

el mirador de los ángeles

josé diez-canseco



el mirador de los ángeles

el mirador de los ángeles

josé diez-canseco

LAS URRUTIA

EL MIRADOR DE LOS ANGELES

ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS

Tomás G. Escajadillo



instituto nacional de cultura

ESTUDIO PRELIMINAR

Barranco y Diez-Canseco

Si bien son las Estampas mulatas las que han cimentado el prestigio de José Diez-Canseco (1904-1949), y el punto indudablemente más valioso y alto de su importante obra narrativa, quizás la obsesión mayor que tuvo como novelista fue escribir una gran novela sobre Barranco, balneario en el cual vivió en su infancia y juventud. Como bien afirma Alberto Escobar

“No obstante ser éste el aspecto más divulgado de su obra, hay otro: el de la evocación de la infancia, de la vida en el Barranco solariego, al que dedicó numerosas páginas, muchas aún inéditas, de lo que puede dar fe esa hermosa confesión titulada *Suzy*”¹.

1. **La narración en el Perú** (Estudio Preliminar, antología y notas por Alberto Escobar). 2da. ed. Lima 1960. Juan Mejía Baca, pág. 23.

En 1940 Diez-Canseco intenta escribir una ambiciosa novela barranquina, que sobrepasara largamente los hallazgos de su novelette de diez años atrás, *Suzy*. 1940 es un año especialmente importante para el autor de *Estampas mulatas*: en agosto escribe su mejor texto, "*El trompo*", que publicaría meses después². La novela, *El mirador de los ángeles*, ha quedado casi incompleta. Su autor cifró muchas ilusiones en ella, y diversos testimonios nos hablan del afán y la esperanza que tuvo en los años siguientes de su breve existencia —años en especial poco propicios para la sosegada labor de la creación literaria— de conseguir la indispensable calma para escribir las pocas páginas que a su juicio faltaban para que *El mirador de los ángeles* estuviese terminado.

Si *Suzy* ha merecido siempre elogios en las breves pero infaltables referencias que sobre ella se encuentran en nuestras historias literarias y panoramas generales, *El mirador de los ángeles*, novela cuya inminente publicación se ha anunciado hasta en dos oportunidades³, plantea un verdadero reto para nuestra crítica literaria. En todo caso, recién después de la publicación de *El mirador...* se podrá por fin tener la imagen global de la producción narrativa de José Diez-Canseco. Sea el público lector —incluidos los

2. En **Excelsior**. Lima, feb. 1941, año VI, Nº 96.

3. Tanto la editorial "Letras Peruanas", en 1956, como su viuda, en el proyecto de **Obras completas** de Diez-Canseco que comenzara a publicar (y del cual se materializaron dos volúmenes: 1949-1951), anuncian la aparición de **El mirador de los ángeles**.

críticos— quien tenga la palabra final acerca de si es esta novela el logro que su autor aspiró con tanta vehemencia; su lectura y análisis son, pues, indispensables.

La presente edición incorpora, también, la novela inconclusa *Las Urrutia*, no sólo por tener la misma ambientación —el Barranco pueblerino de las primeras décadas del siglo—, sino porque, en alguna medida, como se examinará posteriormente, *Las Urrutia* constituye un primer intento de escribir la novela sobre Barranco; intento que queda trunco y que será retomado en *El mirador*... Así, no pocas "estampas" del ambiente barranquino, diversos personajes representativos y hasta escenas y secuencias muy concretas, que se usan en la primera de las novelas, serán empleados nuevamente en la segunda. Hasta cierto punto, pues, *Las Urrutia* representa un primer intento, una suerte de "ensayo general" de *El mirador* de los ángeles. De la misma forma, los cambios que se operan en el tratamiento de los mismos materiales de una a otra novela, nos hablan de las intenciones artísticas de *El mirador* de los ángeles y permiten ya una primera cala interpretativa de su cosmos narrativo, muy a la manera de la utilidad que presta una penúltima o anterior versión para el análisis estilístico de la versión definitiva.

LAS URRUTIA

Los textos de la presente edición

Las Urrutia es una novela claramente incompleta. Su inclusión en este libro se justifica en tan-

to arroja luces y completa el mundo narrativo de El mirador... El manuscrito está escrito en páginas muy grandes, de casi 40 cm.; contiene 33 páginas numeradas a tinta y tres carillas en números romanos que corresponden a una extensa dedicatoria. Como es usual en Diez-Canseco, existe una "portada" al libro que consigna tanto el año, 1936, cuanto la editorial en la cual se publicaría la novela, "Editorial Atlántida". La dedicatoria, dirigida a una misteriosa "Madame de R. S.-M., en París", está fechada en julio del mismo año, y en ella se asume implícitamente que la novela está terminada; asimismo las alusiones autobiográficas de dicha dedicatoria nos muestran a un Diez-Canseco confiado de la calidad de las páginas que ha escrito (¿o va a escribir?), a las que considera, por ejemplo, muy superiores a Duque (1934).

Hemos considerado conveniente adicionar al texto del manuscrito dejado por Diez-Canseco un artículo periodístico que había sido publicado para la edición del 28 de julio de 1935 del diario La Prensa, con el título de "Mire Ud. Carlos Pareja!", puesto que en este texto Diez-Canseco cuenta la historia de la novela Las Urrutia. Por este texto nos enteramos que luego de la muerte del coronel Urrutia (con la que se interrumpe el manuscrito de la novela) vendría la "caída" de Pura y su muerte, junto con la frase de rebeldía final de María Angélica: "Y entonces, yo, Señor, ¿para qué he sido honrada?"

Asimismo, este texto nos ayuda a entender las un tanto misteriosas alusiones al carácter "inmoralista" de Las Urrutia que se encuentran en la

Dedicatoria, que se refieren no sólo a la novela sino también a María Angélica. Por ello, con el título de "Un avance de la novela" antecedemos a las páginas de lo que para Diez-Canseco era propiamente Las Urrutia el fresco y ágil texto periodístico en el cual —un año antes— contaba la historia de la novela. En esta crónica ya se encuentran delineadas, sintéticamente, las siluetas psicológicas de las tres hijas del coronel Urrutia, el aspecto de la casa y sus interiores: salones y dormitorios, y las pinceladas ambientales que evocan un Barranco de la segunda década del siglo. Es, en suma, una muestra de la facilidad para la improvisación vivaz que poseía Diez-Canseco, a la vez que una pauta del proyecto general que tuvo para Las Urrutia.

El texto de la dedicatoria, que hemos denominado "Dedicatoria sui generis", es en verdad un testimonio del estado de ánimo del escritor un año y medio después de haber regresado de Europa; contiene un conjunto de alusiones a su propia vida y al medio en que se desarrolla, antes que páginas que nos hablen de la novela misma. Interesan, en tal sentido, las referencias a otros escritores —López Albújar, Valdelomar, Ventura García Calderón—, al impacto y el sentido de sus propias Estampas mulatas, al concepto que le merece en ese momento —julio de 1936— su novela Duque y al "desencanto" de vivir nuevamente en el Perú:

"Es dolor y es desencanto, dulce amiga lejana. Hace más de un año que llegué de Noruega. Luego me fui a Colombia

[...] He estado, pues, en el Perú, cerca de año y medio y, ¿lo creerás?, todavía no conozco la compensación de estar en mi patria. Aquí se vive qué falsamente [...]"

En lo poco que se refiere a la novela, conviene tomar nota de la declaración contenida en la Dedicatoria de que ella intenta reflejar "la clase media":

"Aquí, en esta novela, está la clase media, la clase que pretende aristocratizarse tomando por modelo a una aristocracia que parece, absolutamente, la clase media. Alguien me ha dicho que es sarcástica y otros amigos me han dicho que es casi revolucionaria".

Este programa se cumple muy pálidamente en Las Urrutia. Salvo por la descripción del interior de la casa del coronel y algún acontecimiento nimio, muy poco es lo que se llega a saber de "la clase media". Más bien pienso que esta intención se cumplirá con mayor hondura en la novela posterior, El mirador de los ángeles, cuyo tratamiento de la clase media si no "sarcástico" es por lo menos irónico, suavemente irónico, diría yo.

Finalmente, hay dos aseveraciones en esta Dedicatoria que no encuentran respaldo en las páginas mismas de la novela:

"Creo, amiga mía, que esta novela es un poco inmoralista en lo que se refiere a la falsedad de una ley o de una nor-

ma, impuestas artificialmente y limitando una vida. Y es inmoralista, también, no mucho, esta María Angélica cuya vida se deshizo, se marchitó y se inutilizó sin saber la pobre por qué”.

“Y la he escrito así, con un dolor que no te quiero explicar, porque sé que, por unos minutos, dejarías de sonreír y yo no sé qué pasaría, entonces, con la alegría del mundo [...]”

“Es dolor y es desencanto, dulce amiga lejana”.

En verdad no se percibe en lugar alguno el carácter “inmoralista” de la novela, aun considerando (“Un avance de la novela”) que los acontecimientos posteriores hubiesen contemplado la seducción y melodramática muerte de Pura Urrutia y la rebeldía final de María Angélica ante el sinsentido de su existencia. Y en cuanto a que la novela esté escrita bajo el influjo del dolor y el desencanto, ello tampoco corresponde con el texto mismo, el cual adolece, más bien, de un acentuado sentimentalismo en muchas de sus páginas.

Una óptica sentimental

Las Urrutia retoma el ambiente barranquino que ya su autor había utilizado en Suzy (1930). Por aquel texto periodístico que hemos denominado “Un avance de la novela” poseemos la idea general de la misma: la historia del coronel Urrutia, desde su enamoramiento hasta su muerte, y el

relato de las desventuras que agobian al hogar acéfalo, como resultado de la "calda", irreparable y sorprendente, de la beatífica Pura, acontecimiento que hubiese culminado en su posterior muerte por "una mala operación de apendicitis". El texto mismo, sin embargo, dividido en seis capítulos de desigual longitud, se interrumpe con la muerte del coronel Urrutia.

La estructura narrativa es poco trabada entre sí y deviene ineficaz. La fábula de las hijas del coronel Urrutia se encuentra mezclada con "estampas" que recrean el Barranco de aquellos días, con una reminiscencia de la vida del coronel, desde que se enamora de su esposa hasta su vida cotidiana con los amigos con quienes juega a las cartas; pero estos materiales no han sido estructurados adecuadamente por el novelista; algo más: disquisiciones sentimentaloides sin relación alguna con los hilos de la narración detienen con frecuencia los elementos propiamente novelescos de Las Urrutia.

La primera división o capítulo de la novela está destinada íntegramente a la evocación de un Barranco que es el de 1916 —año en que se sitúa expresamente la novela— y es al mismo tiempo una imagen intemporal del balneario. Pero mientras en Suzy las "estampas" evocativas de la atmósfera barranquina se dan al comienzo del texto y luego se intercalan en el tejido de la acción novelesca, en Las Urrutia todo el primer capítulo —por lo demás, lo más logrado de la novela inconclusa— está construido en base de sucesivas "estampas" del ambiente y de la vida barranquinos.

El segundo capítulo de Las Urrutia se inicia con el relato de la fiesta de los dieciséis años de Toyita Urrutia; la ocasión es propicia para una demorada descripción del interior del hogar del coronel. Uno de los objetos de la decoración, un trovador medioeval de bronce y mármol, sirve de pretexto para contarnos la historia de los amores de Urrutia con la madre de las muchachas. "Aquel trovador medioeval tenía su historia", dice el narrador, y nos cuenta desde la fiesta en que los futuros cónyuges se conocieran hasta la muerte de la señora Urrutia. El texto continúa brindando algunos detalles de la vida de las huérfanas, delinea el perfil psicológico de las tres muchachas y se distrae con alguna extensión al ofrecer ejemplos de cómo eran las tertulias del coronel, ya viudo, con un grupo de fieles amigos. Recién entonces se regresará a la fiesta que se está llevando a cabo en el hogar de los Urrutia, con cuyo final termina también el capítulo. En éste cabe destacar el detalle y la habilidad de Diez-Canseco para pintar —con una pizca de ironía— un hogar de "clase media", con sus decoraciones interiores típicas y de un gusto standardizado y ramplón; en cambio, al relatar los primeros momentos del matrimonio del por entonces capitán Urrutia, aparecen ya las primeras notas de un sentimentalismo fácil y dulzón.

Este sentimentalismo llena completamente las páginas del tercer capítulo de la novela, el cual podría vincularse con algunas de las confidencias y testimonios de la Dedicatoria; no son, en absoluto, material narrativo: a todas luces estas

"reflexiones" sobre la soledad, el egoísmo; la vida, en suma, sobran de la novela y, asimismo, nos dan la pauta del pecado capital que aqueja a Las Urrutia: el sentimentalismo.

El capítulo siguiente, junto con el segundo el más largo e importante de la novela, se destina a narrar un "paseo en burro" que se realiza a la semana de la fiesta de cumpleaños de Toyita Urrutia. Luego de breves y felices pinceladas del popular sector llamado La Raya de Bolivia, por donde debe pasar el grupo de "niños bien", la prosa se entretiene en una idílica pintura de la campiña de Surco. Esta secuencia del paseo en burro a la campiña —que será repetida con ligeras pero significativas variantes en El mirador de los ángeles— es muestra clara de los alcances y las limitaciones de la novela: junto con los aciertos ya anotados y una narración de las incidencias del paseo en sí que no carece de cierta gracia y agilidad, el acontecimiento "central" de tal paseo, los esgarces amorosos entre María Angélica Urrutia y Carlos Espejo, proporcionan el tono acaramelado de un sentimentalismo poco depurado.

Este sentimentalismo, mezclado con dosis de cierta sensualidad, domina las reflexiones de María Angélica en el capitulillo siguiente, en el cual se ve confrontada ante la inminencia de que surja una relación amorosa con Carlos Espejo; María Angélica piensa en el amor y sus reflexiones suenan a algo forzado; su "lenguaje" es de un romanticismo estereotipado. El capítulo final de esta novela inconclusa nos presenta la continuación de los hilos principales de la trama na-

rrativa: los amoríos de María Angélica con Espejo y los de Haydée (Toyita) con Frank Smith, un gringo que ha conocido durante el "paseo en burro" del capítulo II. El convencionalismo con que está tratado este doble enredo amoroso no hacía esperar mucho de Las Urrutia. Por fortuna el coronel muere en forma súbita y el manuscrito se interrumpe. Hemos de notar que la fábula novelesca había presentado a ambos pretendientes como "solitarios"; Espejo, sobreviviente único de cinco hermanos, que cuida a su anciana madre, y Smith, un gringo sin familia ni amigos que trabaja y vive en Barranco. Si a ello agregamos el tono sentimentaloides y dulzón que tiñe las reflexiones en torno al amor de María Angélica, tenemos ante la vista todos los elementos —especialmente el "tono"— de una historia amorosa convencional. Nuestra hipótesis es la siguiente: insatisfecho de lo que ha escrito, Diez-Canseco prefiere utilizar parcialmente los materiales de Las Urrutia en otra novela antes que intentar terminarla. Cuatro años después escribiría las páginas de El mirador de los ángeles.

EL MIRADOR DE LOS ANGELES

Estado del manuscrito

Los problemas para la edición del manuscrito de la novela han sido múltiples. Por desgracia el original de la novela ha sufrido anotaciones, modificaciones, tachaduras, etc., por parte de diversas personas; inclusive en vida del autor, pues ante algunas tachaduras a tinta, Diez-Canseco ha

añadido al margen —igualmente a tinta— la palabra "vale".

Sin embargo, la mayoría de las anotaciones y tarjaduras que se encuentran se han ocasionado con motivo de proyectos editoriales póstumos.

Por suerte, la existencia de una numeración a máquina del manuscrito, y la invalorable ayuda de la viuda del novelista —que ha tenido la amabilidad de pasar largas horas absolviendo mis dudas en relación a las anotaciones de los originales de *El mirador...*—, han permitido una restitución del manuscrito de la novela al estado en que lo dejó José Diez-Canseco.

El texto de *El mirador de los ángeles* está constituido por 155 páginas tamaño carta, escritas y numeradas a máquina, y con correcciones, supresiones y añadidos manuscritos de su autor, generalmente a tinta negra aunque ocasionalmente también a lápiz. Es de notar, sin embargo, que estas correcciones manuscritas al texto mecanografiado son breves y casi siempre muy claras. Ocasionalmente alguna anotación remite a un agregado a la espalda de una carilla. Frente a un manuscrito en este estado no debieron existir problemas editoriales. Desafortunadamente, los originales de *El mirador...* se encuentran plagados de tachaduras y modificaciones póstumas. Estas son de cuatro tipos:

a) Tarjaduras a lápiz. Muy abundantes en el texto son todas, a excepción de dos de ellas ajenas a Diez-Canseco. Las tachaduras del novelista son, además, características, muy marcadas.

b) Las tachaduras anteriores tienen un correlato muy claro: un "proyecto editorial" que pretendía "seleccionar" elementos de la trama argumental. De este desafortunado propósito resultan 77 páginas (de las 155 originales) divididas en diez capítulos. (En realidad, primero se han numerado, en tinta, IX capítulos, y luego se ha considerado la suerte de introducción de la novela, titulada "San Jarija de Osila" —que no forma parte de la numeración por capítulos en la voluntad del autor de la novela—, como el "capítulo I"; la nueva numeración —también a tinta— será, pues, de X capítulos). Las 77 páginas se encuentran numeradas en grueso lápiz azul; la intención primordial, aparte de "aligerar" la trama, parece ser, asimismo, "centrar" la fábula de la novela en las peripecias relativas a "la historia de los niños" (Nacho y sus hermanos), pues todos los fragmentos relativos a tal "historia de niños" han sido conservados escrupulosamente en este proyecto de "versión abreviada" de El mirador... A lo dicho tendríamos que agregar que los tres fragmentos de la novela que se han perdido (uno de los cuales incluye cuatro páginas), corresponden a páginas eliminadas en esta "versión resumida" de la novela.

c) Algunos fragmentos, sobre todo de los capítulos iniciales que son los que más sufren de "correcciones", tienen lla-

ves que indican "a un espacio". Nuevamente, estas no son anotaciones de Diez-Canseco; y si bien en un caso individual (la indicación "a un espacio" aparece a tinta y no en lápiz rojo como las demás) podría haber un margen mínimo de duda, hemos optado por no tomar en cuenta este criterio de "a un solo espacio" que no tiene asidero en ninguna labor de depuración filológica. Pareciera asimismo que la idea de estos fragmentos, a espacio junto, sería "adicionarlos" a la "versión abreviada" que hemos comentado en el acápite anterior.

d) Finalmente una serie de anotaciones, al comienzo de varios capítulos, indican "revisar", "aprovechables", "casi MB", "regular", etc. "Casi MB" o simplemente "MB" son iniciales (o comentarios) que están ligados a la "versión resumida"; digamos, pues, para terminar, que "el Sr. M.B." ha sido el autor de tal versión de *El mirador*... que, por fortuna, nunca vio la luz⁴.

4. Según testimonio personal, una copia bastante pulcra de *El mirador*... fue mecanografiada por el novelista Carlos E. Zavaleta, hacia 1953 o 1954. Esta copia de la novela conserva, con buen criterio, casi todo el texto del manuscrito original, pero adiciona anotaciones como "tachado desde aquí", "tachado hasta acá" que, a nuestro juicio, no son indicaciones de Diez-Canseco sino de quienes —posiblemente hacia 1949-1951 (v. nota 3)— planearon la "versión abreviada" de *El mirador de los ángeles*.

Esta copia, cuya virtud primordial está, pues, en la

Por suerte, asimismo, los cambios en la numeración de los capítulos, escritos encima de la numeración a máquina hecha por D.-C., no ocultan esta última; ha sido posible, por tanto, el reordenamiento del manuscrito en tres "Libros", cada uno conteniendo cinco capítulos. La hoja no numerada con el título del "Libro II" ha sido restituida a su lugar; en cambio, hemos tenido que idear un título para el "Libro III" ("Festejos y más festejos") puesto que la hoja correspondiente se ha extraviado. Finalmente, el único capítulo existente para el "Libro IV" (que lleva por título "Lágrimas y azahares") que Díez-Canseco había titulado "Homilias de Alarcón" ha sido rebautizado con el título "Luna de miel, tropiezo y happy end", más aparente para su carácter de capítulo final de novela (casi) inconclusa. Mi hipótesis —que luego tendremos ocasión de considerar— es que Díez-Canseco planeaba un "Libro IV" también con cinco capítulos, de los cuales sólo alcanzó a escribir el primero. En todo caso he preferido dejar este único capítulo (con su nuevo título) como un texto "suelto", fuera del

conservación del texto, desconcierta al lector, al anotar, por ejemplo, "capítulo tachado de principio a fin". Asimismo, divide la novela en tres "Libros", el primero conteniendo diez capítulos, el segundo cinco y el tercero uno.

Quiero testimoniar, de manera enfática, que si bien la existencia de esta copia a máquina me fue revelada cuando mi trabajo con el original se hallaba bastante avanzado, me ha resultado sumamente valiosa, especialmente porque me ha permitido confirmar algunas dificultades en descifrar correcciones manuscritas oscuras o borrosas.

ordenamiento de capítulos integrando "Libros"; es decir, en igual forma que el fragmento introductorio, "San Jarija de Osila", que no forma parte del "Libro I". Es de notar la extraordinaria simetría que tiene la división de la novela: en el manuscrito, a cada uno de los tres "Libros" corresponde exactamente cincuenta páginas divididas en cinco capítulos.

La gran mayoría de las páginas ha sido revisada y corregida por su autor y, aunque es dable observar algunos descuidos o incoherencias⁵, solamente unas cuantas carillas finales parecen no haber sido revisadas, pues en algún caso se equivoca incluso el nombre de un personaje. Puede, pues, asumirse que el manuscrito de El mirador... se encontraba en su fase final. Se han corregido unos pocos errores de mecanografía y/o de ortografía; asimismo se ha concordado la ortografía del manuscrito con las reglas actuales (no acentuación de monosílabos, no acentuación del diptongo "ui", etc.); en igual forma, se ha co-

5. A título de ejemplo: Florita es sobrina de doña Asunción Collazos (y por lo tanto también de doña Faustina, la esposa del alcalde), dato que se repite varias veces a lo largo del texto, y que tiene que ver mucho con la "resignación" de Luján a casarse con ella (puesto que si no se produce la clásica "reparación" al "daño", Luján habrá de enfrentarse a poderosos parientes y amigos); sin embargo, en alguna de las páginas iniciales de la novela se dice que Luján "es primo de doña Asunción" y que por tanto la utiliza como "correo" de sus misivas a la entonces esquelva Florita. Ciertamente no debe haber sido la intención del novelista hacer de la pareja Luján-Florita parientes más bien cercanos.

rregido y unificado el uso de comas además de guiones, eliminando, según sea el caso, ambas comas o una sola. Finalmente, las voces en lenguas extranjeras han sido puestas en negritas, para no recargar el uso de comillas. En cambio, se ha respetado el ocasional uso de signos de exclamación sólo al final de la frase, por considerarse un rasgo intencional por parte de Diez-Canseco.

*De Las Urrutia a El mirador...:
camblos significativos*

Hemos afirmado que José Diez-Canseco en vez de intentar continuar con la historia que narra en Las Urrutia decide escribir otra novela sobre Barranco. No por ello deja de emplear de nuevo algunos de los materiales utilizados en la primera narración, especialmente la secuencia del "paseo en burro", que se convierte así en un privilegiado elemento comparativo al servicio de la indagación de los nuevos ideales estéticos que animan al autor de El mirador de los ángeles.

Lo primero que debe notarse es que en la segunda novela ha desaparecido el tono romántico y sentimental que normaba característicamente a Las Urrutia y que invalidaba por completo muchas de sus partes. En El mirador... —salvo quizá en fragmentos relativos a la "historia de los niños Erazo"— la norma con que se elabora el mundo representado es una amable ironía; hay una sonrisa cariñosa pero burlona en la actitud con que el novelista recrea los usos y costum-

bres del Barranco de 1910. "Beatas y dondiegos" (como reza el título de uno de los capítulos) son recreados con la misma óptica entre risueña y realista que se niega a sí misma todo residuo de tonos sentimentales.

El cambio se nota quizás con mayor rotundidad en la caracterización de los protagonistas. Si en la historia de las Urrutia, el romance de María Angélica con Carlos Espejo y, secundariamente, el de Haydée con Frank Smith (para no mencionar "la caída" y la muerte de Pura, que se relatan en el "Avance..." mas no en la novela misma), se habían convertido en el tejido narrativo principal en momentos en que la novela se interrumpe, en El mirador... la pareja María Angélica-Carlos Espejo es sustituida por aquella de Florita-Alfredo Luján. Nótese que la comparsa de jóvenes acompañantes a paseos y veladas —en la cual hay incluso algunos nombres que se repiten en las dos novelas: Juanín Vélez, Héctor González, Jorge Cabero— juega ahora un papel menor, totalmente tributario, de servir de marco y acompañamiento a las peripecias de la pareja de protagonistas. Las hermanas de Florita, a diferencia de las de María Angélica, casi no aparecen en la novela.

Con ello se ha ganado en capacidad de concentración, al centrar el interés de la trama en unos personajes que pueden así ser trabajados en mayor profundidad. Es interesante asimismo notar que si bien el status social de Florita es prácticamente el mismo que el de María Angélica, el sentimentalismo dulzón de esta última es sustituido por una "sensibilidad artística" en Florita,

sensibilidad que la vemos pintada mientras el novelista sonríe discretamente. Ambas niñas tocan piano y cantan, pero mientras en María Angélica esto da lugar a efluvios sentimentales —que el novelista considera con absoluta seriedad—, en Florita todo esto está encaminado a configurarla como “la diva” de Barranco: el alma “sensible” que ameniza por igual paseos campestres, teclados sociales y la solemne misa de gallo cantada. Y sus relaciones amorosas, en comparación con las de María Angélica, trazan una trayectoria más “realista” que tiene cierta complejidad, y está animada de la sorpresa y la paradoja de aquellas aventuras que nos dejan sabor a verdad: Florita, la diva pueblerina y orgullosa, de pronto consiente en aceptar a uno de sus eternos pretendientes para, muy pronto, tener que rogar a su suplicante de tantos años que vuelva al redil amoroso.

El cambio de Alfredo Luján en relación a Carlos Espejo es mayor. En primer lugar, Espejo no había llegado a ser un verdadero protagonista sino más bien una silueta un tanto vaga; de todas maneras, la novela hace saber que cuida a su anciana madre, que es el único de cinco hijos que vive —su familia proviene de Arequipa, donde todavía conservan un negocio familiar cuyas oficinas limeñas atiende el propio Carlos—; en todo Carlos Espejo es un “niño” muy formal que corteja adecuadamente a María Angélica. Aunque la novela *Las Urrutia* se trunca con la muerte del coronel, el futuro de las relaciones amorosas María Angélica-Carlos Espejo estaba condenado al aburrimiento y la banalidad. Alfredo Luján, por el

contrario, representa a la plcaresca pueblerina: es uno de aquellos personajes indistintamente calificados (por su creador) de "tarambana", "dondiego", "badulaque", "calvatrueno", "perdulario". Luján es, en suma, un jaranista, un hombre "que no tiene donde caerse muerto", y que vegeta con un sueldo mínimo proveniente de la Municipalidad de Barranco. Su verdadera vida está en las jaranas y aventuras pecaminosas y su frecuentación absolutamente cotidiana de la "tertulia de Pezzo"; si bien es cierto que cortejó asiduamente a Flora por más de tres años hasta que súbitamente es aceptado, ello parece haberse debido más a una pose que le resultaba conveniente a su condición de "dondiego" que a un amor auténtico. En todo caso, no hay por parte de Luján "grandes sentimientos"; al final de la novela⁶, su "renuncia" resulta de lo más prosaica y antiheroica.

En vez de la tertulia del coronel Urrutia, con sus chistes de viejos un tanto estereotipados, en El mirador... emerge la chispeante "tertulia de Pezzo" a la que pertenece Luján, y se amplían notoriamente los estratos del mundo novelado, sin restar importancia a la pareja central. Aparecen, así, los "notables" del pueblo, comenzando por don Numa Pompilio, el alcalde; el mujerío —de todas las edades— que se mueve entre las rivas Iglesia de San Francisco y la Parroquia de

6. Como se explicita en las últimas páginas se trata de un final involuntario; es decir, a mi criterio, la novela está prácticamente terminada aunque su autor pensara escribir algunos capítulos más.

la Misericordia, y, acierto evidente, se presta importancia especial a una típica beata solterona —Misia Marisabelita Alcázar— y a una “dama bien”, representativa: Doña Asunción Collazos de Santander, esposa de don Francisco, “el médico clásico” del pueblo. Y así, con clérigos, comisario, Jefe de Estación del tren, poeta nativo, revista local, presencia del Presidente de la República en la inauguración del tranvía de Barranco, morenos guitarristas de una chacra del vecino Surco, Díez-Canseco ha recreado un variado y penetrante cuadro de color local que nos devuelve un Barranco casi perdido.

La secuencia del “paseo en burro” de ambas novelas sirve para comprobar fehacientemente el valor que tiene la pareja Florita-Alfredo Luján equivalente a la de María Angélica-Carlos Espejo: ambas parejas son introducidas en la narración después de una descripción de la campiña, que es la misma —con ligerísimas variantes— en ambos libros. Pero por encima de segmentos idénticos —un mismo aspaviento de una niña ante el rebuzno de su burro; el Dr. Jacinto Suárez sirviendo una copa de pisco a Espejo, así como el Dr. Pancho Santander haciendo lo propio con Luján, etc.—, lo ilustrativo de la secuencia del paseo en burro son más bien los cambios de perspectiva. Si bien una misma emoción se descubre, en la voz del narrador, frente al encanto de la campiña de Surco, nada hay de los efluvios sentimentales de la pareja María Angélica-Espejo, sea frente a los sentimientos que les despierta el campo, sea en torno del tema mismo del amor.

No es esta la ocasión de un demorado cotejo estilístico entre ambas secuencias narrativas (capítulo IV de Las Urrutia; Libro III, capítulo II de El mirador...); baste a nuestros propósitos actuales subrayar la mayor fluidez y vivacidad de incidentes del capítulo correspondiente de El mirador..., junto con la ausencia del tono sentimental que impregna al capítulo equivalente de Las Urrutia. Quisiera anotar finalmente que mientras en la secuencia de la primera novela hay atisbos de "jarana", puesto que el Dr. Suárez y su esposa —ante la algarabía de la gente joven del paseo— se bailan sus valsecitos y hasta sus sañas, marineiras y tonderos, en El mirador... la "auténtica jarana", (la "jarana de tapadillo") se deja para otra ocasión, más propicia y "prohibida" o secreta: el famoso "Festejo de 'La Pantoja'" (capítulo III, Libro III), que se narra a continuación permitirá un despliegue completo de usos y costumbres complementarios a los de un inocente paseo en burro con las "niñas bien" de Barranco.

Barranco, 1910: un intenso colorido local

Hemos afirmado que la "picaresca" barranquina, su peculiar "color local" constituyen uno de los logros mayores de la novela. En Suzy el ambiente barranquino juega un papel un tanto de telón de fondo en relación a las historias de niños que ocupan el interés del narrador; en Las Urrutia tenemos que contentarnos con apreciar "estampas" ambientales callejeras, un fragmento de una tertulia cualquiera (en el sentido de que nada nos dice de Barranco), y un grupo de "niños bien":

brevemente en una reunión de cumpleaños y, un poco más detalladamente, en un paseo campesino o practicando el clásico revoloteo en torno al Parque Municipal. En El mirador de los ángeles la fábula narrativa, sin forzar las cosas, nos brinda un muy amplio cuadro de los usos y costumbres del Barranco de 1910; una galería bastante completa de tipos representativos del lugar. Diez-Canseco ha ido en busca de la recuperación de un mundo que conoció en su niñez: lo consigue a cabalidad. ¿Constituye, por tanto, El mirador de los ángeles una novela "costumbrista", de tono menor? Esta es una pregunta difícil, que no me animo a responder de una vez y por todas. Posiblemente lo sea. ¿Y qué? ¿Pretendió José Diez-Canseco otra cosa? Nos parece que no; por lo menos en gran parte del texto es evidente que sus intenciones —y sus logros— se destinan a recrear el intenso "color local" de aquel Barranco de los días en que se inauguró el tranvía eléctrico (ese artefacto que no bota humo pero que igual llega desde la lejana Lima al plácido balneario).

Concedamos que las peripecias amorosas de Florita y Luján carecen de intensidad dramática. ¿Intentan acaso tenerla? Diez-Canseco juega risueñamente con todos sus personajes barranquinos; la suave burla comienza con "las dotes de don Numa Pompilio", el alcalde; incluye una escéptica sonrisa ante la "sensibilidad artística" de Florita; la sátira toca, siempre sin acritud, a la beata intrigante Misia Marisabelita, a los afanes de Fabio Falcón, el ridículo y lírico poeta del pueblo; el lente mordaz se entretiene con los

amigos de la tertulia de Pezzo (incluyendo, desde luego, a Alfredo Luján); contempla con cariño y melancolía, pero siempre en tono irónico, los afanes de los "nacimientos" de las cofradías rivales de Barranco. La suave ironía es, pues, norma rectora del mundo representado: es el tono o color a través del cual se percibe y recrea una realidad. Si en *Las Urrutia* el tono sentimental da su sello al cosmos novellístico, en *El mirador...* una ironía amable y risueña caracteriza la narración.

Páginas como —para citar al azar— los capítulos "Chocolate con hojitas limeñas", "Misa de gallo", "Baños y tranvías" y "Festejo de 'La Pantaja'", recogen como ninguna otra en la literatura peruana la imagen de ese Barranco que se fue⁷. Aciertos evidentes de la novela son el mostrar el ambiente de la beatería pueblerina casi casi en contrapunto con el ambiente de los "dondiegos" y "tarambanas", los amigos de la "tertulia" (?) de Pezzo, grupo en el cual, sin embargo, hay de todo. Nótese cómo el novelista afirma sus dotes: ya no describe en detalle y por separado un ambiente interior para pretender caracterizar la idiosincrasia de la clase media; ahora las descripciones se harán en función de los acontecimientos: mientras se realiza una visita o —preferentemente— mientras se toma "chocolate con hojitas li-

7. Si bien consideramos a *La casa de cartón* (1928) una de las novelas fundamentales de la literatura peruana del siglo XX, sus páginas presentan una imagen más bien difuminada, "interior" de Barranco; pineladas caóticas, realizadas con técnica impresionista, antes que recreación demorada de una realidad.

meñas", se engarza la acción con la descripción de los "interiores" que ilumina o prolonga la caracterización del dueño de casa.

En fin, todo induce a pensar que Diez-Canseco no se sentiría herido al oír hablar de El mirador de los ángeles como de una novela "costumbrista". Después de todo, hay costumbrismos y costumbrismos...

La "historia de Nacho" y problemas de estructura

Considero que el problema estructural fundamental de El mirador de los ángeles es la confluencia, junto con la historia de Florita-Luján y la recreación del típico "color local" del Barranco de fines de 1910, de la "historia de Nacho". Esta "historia" incluye tres capítulos íntegros y participa parcialmente en otros tantos. Cuantitativamente, por tanto, las peripecias de Nacho y su mirador ocupan un lugar menor en el conjunto de la novela. Sin embargo, el mismo hecho que de esta subtrama argumental provenga el título de la novela y el lírico capítulillo que le da inicio, merece que se formule una reflexión específica a tal "historia de niños".

Para decirlo de la manera más llana: Diez-Canseco intenta, sin conseguirlo, fusionar sus "dos historias" en el marco de un mismo universo novelístico. Agua y aceite, las dos tramas argumentales se rechazan; la "costura", lo forzado de los intentos de unimismar ambas historias, puede comprobarse en los capítulos en que conviven (II, II/III, IV/III, V). El conjunto de la novela ofre-

ce el aspecto de una anécdota amorosa (Florita-Luján) rodeada por ambientes y peripecias costumbristas típicos, conjunto al cual se le ha injertado elementos de otra historia, que tiene que ver muy poco con el ambiente barranquino que da el marco general a la novela. Díez-Canseco, que siempre ha tenido problemas de estructura novelística⁸, ha estado muy cerca de resolverlos en *El mirador de los ángeles*; la "historia de Nacho", sin embargo, echa por tierra buena parte de sus esfuerzos.

Existe una armonía estructural entre los diversos acontecimientos que acompañan a la historia amorosa que constituye el tejido narrativo principal y el núcleo aglutinador de los diversos estamentos de la escritura. Florita y Luján, cada uno por su lado, o ambos en concierto, dan motivo a diferentes acontecimientos y descripciones que, en su conjunto, guardan evidente armonía. Si Florita es pretexto e instrumento para hacer una indagación, detallada y deliciosa, en el mundo de las intrigas y rivalidades de las cofradías rivales de la Parroquia y la Iglesia de San Francisco, Luján, por su lado, será motivo de incursión en otros ambientes: aparte del habitual de "la tertulia de Pezzo" —inocente reunión cotidiana que a lo sumo degenera en exceso de tragos—, Luján será objeto de la celebración del "festejo de 'La Pantoja'", y aun ocasionará nebulosas referencias a aventuras igualmente pecaminosas en la lejana Lima.

8. Cf. mi Estudio Preliminar a **Estampas mulatas**. Lima 1973. Ed. Universo, col. Autores Peruanos, N° 43, págs. 21-22.

Los esfuerzos del novelista, conforme avanza *El mirador de los ángeles*, por buscar una mayor cohesión a sus dos historias son evidentes: los dos capítulos finales del "Libro III" se interrumpen y continúan mediante la interpolación de segmentos narrativos que pertenecen a ambas peripecias; el recurso, sin embargo, aparece a todas luces forzado a una visión de conjunto de la estructura novelística.

Es posible, como queda dicho, que la continuación de la novela contemplara cinco capítulos para el "Libro IV", y que en estos capítulos se intentara "integrar" las dos tramas, mediante la interpolación de ellas como norma, tal como se hace en los últimos capítulos del "Libro" anterior (III). Pero mi convicción personal es que en *El mirador...* los elementos que componen "la historia de niños" no debieron incorporarse al resto de la novela. Son dos grupos de materiales que casi nada tienen en común. Se podrá argumentar que Suzy, una historia bastante similar de reconstrucción de la infancia, cohesiona en cierta medida a los niños con su entorno barranquino. Así es, efectivamente; pero pienso que el paisaje —en el sentido más amplio en que podemos concebir el término— en *El mirador de los ángeles* está afinado más bien para guardar armonía con las historias de los adultos; su "tono" es más el del regocijado registro de costumbres pueblerinas que el tono de añoranza y lirismo compatibles con "la evocación de la infancia" (Suzy).

No quiero exagerar mis reparos y negar aciertos en los fragmentos del discurso narrativo relativos a la "historia de Nacho y su mirador". El autor

de Suzy había ciertamente probado sus dotes para fabular en torno a la niñez, en aquella poética y vivaz novelette típica de "recuperación de la infancia". Lo que no quiero soslayar en manera alguna es que la fábula misma de Nacho y su famoso mirador es lo que menos me entusiasma de la novela y que, si bien es verosímil suponer que en los capítulos que Diez-Canseco aparentemente escribiría antes de considerar terminada su novela⁹, hubiera agudizado sus esfuerzos por cohesionar ambas historias, la novela, tal como ha quedado, muestra a mi juicio, insisto, una fábula —la de Florita y Luján— y un entorno con el cual guarda armonía, y, además, la interpolación de otra historia —la de Nacho Erazo— que desafina un tanto en el concierto total de la novela. Mi hipótesis final —sobre la cual insistiremos al terminar estas líneas—, aunque parezca paradójica, hace de esta apreciación algo no tan grave, puesto que tal hipótesis postula que el relato de las peripecias de Luján y Florita —es decir, la verdadera historia de la novela— está terminado.

"La historia de Nacho y su mirador" conlleva, además, otros peligros sobre los cuales sería necesaria una reflexión más profunda; limitémonos aunque sea a plantearlos. Al ser esta reconstruc-

9. En estos capítulos cobraría sentido, aparentemente, la presencia de Cruz en la novela; regresaría su novio de Inglaterra, afectando con ello a Nacho (o algo por el estilo). El hecho real es que sin los capítulos (prescindibles) que el autor planeaba redactar, el personaje de Cruz, por ejemplo, resulta de muy poca funcionalidad en la novela.

ción de la infancia un elemento de fuerte sustrato autobiográfico (no sólo Nacho, 8 años, es una imagen del propio novelista, sino que Perico, 6; Margarita, 5; y Pancho, 4; corresponden a las figuras de sus hermanos cuando niños), el riesgo de idealización de los valores de una familia "de categoría" (social, económica) aflora en el texto novelístico. Don Ignacio Erazo, y su mujer, pero sobre todo el general Manuel de Castro, abuelo de Nacho, y su aristocrática tía Cruz se presentan como representantes de un mundo de valores sólidos —aunque la fábula narrativa no los explicita— y como contraste con algunos valores de la "clase media". Pero mientras la clase media está representada en la novela a través de un lente irónico y juguetón —que distorsiona por igual a sus componentes típicos, como Florita y sus hermanas o Misia Marisabelita Alcázar, cuanto a aquellos integrantes de una clase media que se confunden con los niveles de consumo y bienestar de la pequeña burguesía: Doña Asunción Collazos de Santander, por ejemplo, o don Numa Pompilio Zúñiga, el mismísimo alcalde del pueblo—, estos integrantes de una "aristocracia familiar" están recreados con una indisimulada idealización que implica necesariamente una determinada visión del mundo que no surge de los otros elementos —mayoritarios— de la novela.

Un último comentario —quizá no tan carente de importancia— nos lleva a formular el reparo de que el pueblo en que se sitúa la novela se llame Osila y no Barranco. Aunque nombres de calles y plazas sean cumplidamente los de Barranco, Díez-Canseco, a diferencia de lo sucedido

con Suzy y Las Urrutia, llama "Osila" a su espacio novelado. Ello desde luego tiene que ver con la importancia que asignó su autor a la "historia de niños" que integra la novela; por ello mismo, en atención a las observaciones anteriores nos parece que tal nombre imaginario carece absolutamente de sentido y funcionalidad en El mirador de los ángeles.

El mirador de los ángeles ¿novela inconclusa?

Desde la perspectiva que arroja la trama principal de la novela, considero que nada hay que agregar a El mirador...; después de la "caída" de Florita —que a diferencia de la melodramática "caída" que hubiese sufrido Pura Urrutia, "caída" seguida de muerte, en el caso de Florita fueron reiterados (y regocijados) resbalones durante todo febrero y marzo— lo único que queda por averiguar es si se produce la clásica "reparación". Y precisamente las líneas finales de la novela concluyen en eso. Tanto o más que el "estado" en que (como era de suponer) se encuentra Flora, y la entrevista que con ella sostiene Luján, al "dondiego" termina por convencerlo su amigo Alarcón; Alarcón y el temor de perder su recientemente adquirida "situación" (el puesto en el Ministerio) y, en fin, los innumerables problemas que le esperan si no "repara" su falta casándose con la diva barranquina. Por ello las involuntarias líneas últimas del texto constituyen a mi juicio un muy acertado final para la novela: tienen el "tono" festivo y "picarón" que conviene a la ficción narrativa que llega a su fin:

"[...] Y allí, en la bodega de Pezzo señaló la fecha:

—El 22 de abril me caso...

Se extrañó Alarcón:

—¿Y por qué el 22?

Y la guaragua supersticiosa del truhán:

—Los dos patitos..."

El mirador de los ángeles se hubiera publicado en 1940. La "portada" del manuscrito, indica incluso la casa editora "Imprenta Torres Aguirre". Asimismo, en la primera página del texto figura —de puño y letra de Díez-Canseco— una fecha: 15 de julio de 1940. Si se pensaba en una edición de la novela ese mismo año, es improbable que se trate de la fecha de inicio de la redacción del libro. Nos inclinamos, pues, a pensar que se trata de una data de revisión de lo que hasta ese momento llevaba escrito; una fecha de corrección de gran parte, posiblemente la totalidad, del texto de *El mirador*...

En cualquiera de los dos casos surge la pregunta: ¿por qué no se terminó la novela? Es evidente, subrayémoslo, que se trata de un momento privilegiado en la vida del autor de *Estampas mulatas*: "El Trompo", a nuestro juicio su mejor texto, está fechado: "Barranco, agosto de 1940". De las varias posibles hipótesis en relación a esta interrogante, me inclino por la ya enunciada: Díez-Canseco tiene dificultades para terminar su novela porque ésta se encuentra virtualmente finalizada. Si, como hemos aventurado, el novelista planeaba un "Libro IV" con sus correspondientes

cinco capítulos, en los cuales intentaría unimismar los dos tejidos narrativos de la ficción novelesca, ello tropezó con dos problemas:

a) la "historia de Luján-Florita" ha llegado a su fin, está terminada; todo agregado caería en la redundancia o la repetición.

b) la fusión estructural del segmento narrativo secundario, "la historia de Nacho y su mirador", con la fábula principal de la novela resulta, como hemos expuesto ya, sumamente difícil: esta historia secundaria en ningún momento había podido incorporarse armónicamente al cuerpo de El mirador...

La presentación de una imagen irónica del Barranco de fines de 1910, con sus personajes y acontecimientos típicos, es el fundamento vertebral de El mirador de los ángeles. Una lente distanciada y juguetona nos hace acceder al mundo novelado. De otro lado, estamos muy lejos de la intromisión de un narrador omnisciente cuyas teorizaciones discursivas (o simplemente su mera intromisión en el mundo recreado) fastidien o distraigan al lector; muy lejos, por tanto, del narrador omnisciente que perturba muchas de las páginas de Estampas mulatas o Duque. Frente al narrador de estas ficciones, el de El mirador de los ángeles es ciertamente más "objetivo" y "distanciado".

Estamos de regreso también del ideal de una prosa de vanguardia, transida de imágenes de filiación ultraísta, que informa narraciones anteriores

de Diez-Canseco (sobre todo Duque, pero también Suzy y aun algunas pocas páginas de Estampas mulatas). El ideal artístico de El mirador... es la sencillez expositiva, la ausencia de afanes de innovación, la claridad.

Pero en esta novela simple y diáfana José Diez-Canseco pudo, al fin, entregarnos una imagen imborrable del Barranco que tanto amó.

TOMAS G. ESCAJADILLO

Las Urrutia

UN AVANCE DE LA NOVELA *

Usted quiere que para la edición extraordinaria de las fiestas patrias yo escriba un cuento. ¿Un cuento? Sí, y quiere usted que ese cuento tenga, como toda mi producción literaria, no periodística, el sello moreno de lo criollo. Va a ser difícil. No tengo ahora la cabeza ni el espíritu para este género de literatura, y francamente, me parece que no voy a complacerle.

No juzgue usted que esto sea descortesía de mi parte. No es sino piedad para conmigo mismo. Aquí, en mi casa del Barranco, frente a esta mar que me ha enseñado tantas cosas, paso ocioso una serie de días, viviendo unas horas quietas bajo el emparado de mi jardín, dejando que mi recuerdo enamorado haga unos viajes inverosímiles, y escuchando a los gorriones palomillas y las confidencias del

* Texto publicado el año anterior al de redacción de **Las Urrutia**, con el título de "Mire Ud. Carlos Pareja...!", para la edición del 28 de julio de 1935 del diario **La Prensa**. El artículo contiene la historia de **Las Urrutia**. Ver el Estudio Preliminar.

viento ágil. Unos árboles copudos, espesos, verdinegros, me cobijan a la hora esplendorosa de la siesta y, entre sus ramas, en el mundo misterioso de sus copas, las palomas se arrullan con un eco regalón y engreído.

Por las mañanas, mi querido Carlos Pareja, escribo las páginas de una novela. A veces me interrumpe la voz lenta y grave de mi madre, o salto yo del asiento para ver reír a la única mujer que me inquieta seriamente: mi sobrinita Marién de un año de edad... La chiquinduja juega con mis cabellos, tira irreverentemente de mis bigotes y a veces tiene la insolencia inaudita de morderme la oreja. Luego vuelvo a mi escritorio, a las cuartillas que esperan la mácula de mi pensamiento, para hacer vivir a mis muñecos, a los personajes de esta novela, que yo amo tanto porque encierra gran parte de una primera juventud mía que se mudó cantando unas coplas inconvenientes.

¿Qué dirá Martínez Hauge cuando lea esta novela? ¿Qué dirá Jiménez Borja? Estos críticos, querido Pareja, son tremendos. La novela es de una simplicidad total, de una llaneza casi ingenua y casi perversa. Pero es simple, verdaderamente simple. La estoy escribiendo con lentitud, con una especie de golosinería, con una suerte de delectación, como si estuviera bebiendo ese vino de la chacra de don Víctor Campos, un vino claro y sabroso con más alma que un poema...

La novela no tiene mayor importancia. Allá por el año de 1914, antes de la guerra, conocí yo a una familia que vivía en Barranco. No les traté nunca pero sabía quiénes eran, como siempre se sabe

quienes son todos los que viven en un pueblo pequeño, y su recuerdo ha perdurado con simpatía en mi inteligencia y en mi corazón. Se llamaba... Claro está que no lo puedo decir, que no lo debo decir. Yo la llamo la familia Urrutia de la que era jefe el coronel don Armando Urrutia.

El coronel Urrutia era cacerista porque en este gloriosísimo Perú los militares se encargan de velar por la constitución que los civiles trasgreden a cada instante. Cosas nuestras, ¿no es cierto? Aquel coronel tenía tres hijas: María Angélica, Pura y Toribia, ¿qué le parece? ¡Ponerle Toribia a una niña como ésta! Era bonita; tenía una silueta esbelta y unas manos que habrían sido muy finas si la situación económica de la familia —usted sabe que el Estado ha sido siempre un poco moroso para sus pagos— hubiese permitido una servidumbre plural y activa. Desgraciadamente, no tenían más criada que una cocinera, negra y vieja, que se llamaba Federica como cualquier princesa prusiana.

Toribia se dio cuenta de que, con ese nombre, no iría nunca a ninguna parte y resolvió sustituirlo por el de una yegua del **stud** Bend d'Or, de Manuel Orellana Agüero y que se llamaba Haydée. Este nombre, a pesar de su origen equino, le supo a gloria a la bonita Toribia y como tenía cierta sugestión oriental de odalisca y ella se preciaba de sus ojos rasgados y claros, de su naricilla ligeramente aguileña, de su boca bien dibujada y algo grande, se lo adjudicó inmediatamente, no sé si con perjuicio de la yegüita alazana y veloz. Pura no se inquietó nunca por su nombre. Además, tenía una tan grande inclinación por las cosas eclesiásticas, una

tan variada cantidad de devociones, desde la Virgen del Perpetuo Socorro hasta el violinista San Francisco Solano, que le pareció que este nombre de Pura le convenía perfectamente.

María Angélica era distinta. Carecía de la ambición social de Haydée y del frenesí eclesiástico de Pura. María Angélica era tranquila, serena, de una honrada conciencia. Sus ojos eran morenos y breves. La boca carnosa tenía un pliegue que indicaba su energía reposada y tranquila, y toda ella respiraba salud, fuerza, alegría. Era, como la dijeron un día con un piropo de mal gusto, luminosa.

Las tres hermanas vivían tranquilas en la calle de la Unión, cerca de la bodega de don Aquiles, un italiano sesentón y buen mozo que hacía unos raviolos suculentísimos. La casa tenía un pequeño vestíbulo guardado por una alta reja de fierro pintada de verde. En aquel vestíbulo se veía una hamaca polvorienta, un sofá y dos sillas de esterilla. En las paredes lucían unas oleografías que a mí me encantaban: escenas de la guerra ruso-japonesa, el general Kuropatkine, el asalto a Puerto Arthur, y otra, que me atraía como un ensueño, representando una cacería de focas y osos blancos en los mares heladísimos del polo. Después de este vestíbulo venía la sala, con su mampara de vidrios de colores —amarillo, verde, morado—, que daban muy bonitos tonos a la desteñida alfombra. Allí, en la sala, había un piano negro con candelabros de bronce dorado y un asiento giratorio con la esterilla rota: tanto había tocado en ese piano "El encanto de un valse" y "Sobre las olas" el alma lírica y suave de María Angélica.

Los muebles de reps tenían, todos, unas fundas que no se quitaban nunca y es por esto, mi amigo Pareja, que yo no le puedo decir de qué color era el reps. Usted me disculpará. Pero en cambio puedo decirle que había una maceta, envuelta en papel de cometa, con una palmera de tela engrudada que Haydée había aprendido a hacer, de chiquita, en el colegio de las señoritas Salas. Y sobre la puerta que comunicaba con el comedor, un cuadro con la imagen de Jesús, sonriendo con esa clara sonrisa que las gentes se empeñan en no ver.

El comedor era banal, con unos muebles oscuros, un aparador con espejos, una mesa con el hule descascarado, una alacena con la tela de alambre rota por una esquina y remendada con un trapito rojo. Los dormitorios eran iguales y, a la muerte del coronel Urrutia, Haydée tuvo su cuarto sola porque, de pequeña, dormía con María Angélica.

¿Usted conoce esos dormitorios de nuestra clase media? Creo que no, Pareja... Tienen unas cómodas olorosas a frutas. Sobre el mármol, una repisita con una imagen que puede ser de San Antonio como puede ser de San José. Los roperos con una sola luna, con un gran espejo del que había huido el azogue a sabe Dios qué regiones y, en el de Pura, una mancha a causa de un rayo de sol que se colaba por la alta teatina. Los catres eran de fierro, con unas sobrecamas blancas y, sobre las cabece-
ras, la Virgen de las Mercedes, la Inmaculada del amigo Murillo y la Dolorosa con siete puñales vituperables. Después de las habitaciones venía un patiezuelo con unos geranios, con unos jazmines, con unas plantas de yerba-luisa, tan eficaces para cier-

tas dolencias gástricas, y un arbusto de durazno que jamás quiso ni florecer siquiera el muy desdichado, pero que era una alcándara canora para los jilgueros, para los gorriones, para los trigueritos, que venían a piar en la hora densa, clara, torrada, de la siesta.

El Barranco de aquel tiempo... Usted, ya lo sé, no lo conoció. Por las mañanas el sol amanecía en el pregón de las lecheras que cabalgaban unos caballos cargados, además, con unos porongos:

—¡Caseeeraaa!...

Venía luego Juanito Parreño —gran amigo mío—, con un caballito que al trotar hacía sonar los panecillos, los pinganillos, los cachitos, en los capachos de cuero sin curtir. Y, así, continuaban pasando todos los vendedores con sus pregones cantarines, poniendo una nota alegre y clara en ese ambiente luminoso que tenía los lunares de mantas negras y beatas, agitándose hacia la Iglesia de San Francisco, hacia la Parroquia de la Santísima Cruz, de la cual era cura párroco el señor Fuentes Chávez, que fumaba cigarros toscanos.

Aquellas tres hermanas vivían felices y tranquilas a la sombra austera del coronel Urrutia que, desgraciadamente, no pudo concurrir a la campaña de la Breña con su heroico jefe porque —¡diablo con la coincidencia!— tenía un tremendo ataque de reumatismo y el doctor, don Jacinto Suárez, le había recomendado reposo. Este reposo pesaría más tarde en los emolumentos del montepío porque el Estado ignora el reumatismo.

Pasaron los años. En 1904, si no recuerdo mal, nació Haydée. Su madre murió a consecuencia del

parto. Entonces aparecieron las primeras canas en la cabeza del esforzado y reumático coronel. La segunda sombra que se cernió sobre la casa alegre de las Urrutia, fue el deceso del propio coronel que, con lágrimas en los ojos, llamó a María Angélica y la dijo:

—Hijita, mucho cuidado...

¿Qué habría querido decir el coronel Urrutia? Con la concisión espartana, propia de un coronel peruano, don Armando había dado a entender a María Angélica, todos los peligros que rodeaban a tres niñas solas. María Angélica le había respondido, ruborizándose:

—No tengas cuidado, papacito...

Y, dulcemente, el coronel don Armando Urrutia expiró. Sus hijitas le lloraron con profundo dolor, con una pena amarguísima.

Entonces, Carlos Pareja, comenzó la vida heroica, abnegada, generosa, de María Angélica. El doctor don Jacinto Suárez arregló, rápidamente, la cuestión del montepío y la vida comenzó a normalizarse para las tres mozas que habían quedado solas en el mundo.

En ese tiempo estaba en el Barranco la estación de "All America Cables". Allí trabajaba un muchacho yanqui que se llamaba Smith, de buena presencia y mejor sueldo. Smith comenzó a reparar en los ojazos de Haydée y María Angélica advirtió a Haydée con la misma concisión con que su papá le había advertido a ella:

—Haydée, mucho cuidado...

Pero, a poco, Smith se presentó en la casa y, sin preámbulos, le dijo a María Angélica que quería ca-

sarse con Haydée. El doctor don Jacinto Suárez, tan amigo de la casa, arregló las cosas y Haydée se casó con Smith. Ahora deben andar por los Estados Unidos porque, me consta, no están en Barranco.

María Angélica comenzó a sentirse muy sola. Pura no era compañía para ella. No congeniaban, había una gran diferencia de caracteres, linfática la beata, nerviosa y febril la mayor de ellas.

Pasó el tiempo y, entonces, al quitarse el luto, María Angélica conoció en casa de las Campitos —la familia Campos—, a Ramón Pérez, estudiante de tercer año de derecho y que esa noche había declamado con muy bonita entonación:

*Viendo a Garrick, actor de la Inglaterra,
el pueblo entusiasmado le decía:
eres el más gracioso de la tierra
y el más feliz... Y el cómico reía
Víctima de su spleen, los altos lores
en sus noches más negras y pesadas
iban a ver al rey de los actores
y cambiaban su spleen por carcajadas.*

No, si no estaba mal. Cuando Ramoncito Pérez llegó a eso de:

*El carnaval del mundo engaña tanto
que las vidas son breves mascaradas,
donde aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas*

miró a María Angélica con cierta intención. Después se ofreció para acompañarlas a la casa. Pura iba al lado de la pared, María Angélica al medio y Pérez sobre el sardinel. Como la acera era angosta

y él tenía que hacer ciertos equilibrios para no resbalar al empedrado, a veces su brazo rozaba el brazo de María Angélica que huía el encuentro.

La vio un día, otro, diez días más, un mes... Comenzó a cortejarla seriamente. Las Campitos se ofrecieron para acompañarla al Parque, en esos días de retreta, cuando toda la gente del pueblo tranquilo y grato salía a dar vueltas de izquierda a derecha. Hasta que a las once de la noche se marchaba la banda militar con un pasodoble airoso, y Ramoncito las acompañaba otra vez hasta la casa. Allí, la despedida tenía una ternura profunda y enervante...

Y sucedió un día, mi querido Carlos, que la pobre Pura se enfermó de los bronquios. El doctor don Jacinto Suárez no pudo venir a curar a la pobre chiquilla porque, otra coincidencia, él también estaba enfermo. Entonces vino el doctor Jorge del Río, casado con la señora Graciela Cuéllar y que vivía por la avenida Bolognesi.

Y esto fue de una mala suerte desastrosa. Aquí vino todo el drama: el doctor del Río era, sin duda, una mala persona. Imagínese usted, querido Pareja, que sedujo a Pura sin reparación posible porque era casado... ¡Espantosa cacofonía pero absolutamente cierta!

Ante este conflicto, ¿qué hacer? María Angélica cuando lo supo acudió al señor Fuentes Chávez, el curita de la Parroquia y que era tan buen viejecito: —¡Padre!, ¿qué hago?

¡Qué lo iba a saber el santo varón, tan lejos siempre de todas esas cosas! Apenas si tuvo un gesto para enjugarse una lágrima y para bendecir a la pobre

María Angélica, que tenía los ojos enrojecidos de llanto. ¿El escándalo? ¿Una reparación cualquiera? Pero, ¿qué reparación, Dios mío, cuando la honra de las Urrutia se venía al suelo por culpa del doctor buen mozo y mala persona? Y ocurrió algo tremendo. Ocurrió que el doctor precipitó los acontecimientos y con tan mala suerte que vino una infección y la pobre Pura, que dejara de serlo, se moría sin remedio. Entonces el doctor don Jacinto Suárez, sin tener en consideración lo que su mujer le gritaba —¡tápate la garganta, Jacinto!—, corrió desahadamente a la casa de las pobres muchachas.

Sí, se moría sin remedio. Allí estaba tendida, con un Cristo entre las manos pálidas, la pobre chiquilla que, seguramente, dio aquel mal paso sin saber que lo daba. Se moría... Don Jacinto intentó unas inyecciones, un tratamiento, en fin, yo no sé, Pareja, porque no soy médico, pero a pesar de todo, se murió. En silencio, sin decir una palabra, María Angélica dejaba rodar sus lágrimas una a una.

Al velorio vinieron los amigos de la casa, las mujeres de los amigos y otras amigas. María no quiso ver salir el cortejo, presidido por el doctor don Jacinto, y se quedó en su cuarto con Olga Campos y Yolanda Mascheroni, muy amigas de ella.

Pero a través de la puerta llegaron unas palabras. La gente que se despedía bromeaba con la enfermedad de Pura y se reía del "ataque de apendicitis" que fue el motivo oficial de su muerte. Olga y Yolanda se miraron y, comprendiendo que María Angélica no estaba para charlas, se despidieron prometiendo regresar después de la comida.

María Angélica las acompañó hasta la puerta de la sala. Las amigas, después de besarla, la dejaron

sola, sola, sola... Ya no tenía a nadie en el mundo. Ni siquiera tenía el orgullo de su casa humilde y honorable a causa de la desgracia aquella que ya se murmuraba con tan poca piedad en el Barranco.

Sola, solita en el mundo... Ni siquiera ese Ramoncito Pérez, de quien, precisamente, también había tenido que defenderse... Así es el mundo, ¡qué diablo! Sola, para siempre sola... Nada, ni honra, ni amor, ni fe, ni esperanza, nada. Entonces, lentamente, con una angustia que yo no podría explicarle a usted Pareja, María Angélica se volvió al Corazón de Jesús. Aquella sonrisa piadosa, clara, dulce, tranquila, se le metió hasta lo más profundo de su pobre alma dolorida y se hizo esta tremenda pregunta:

—Y, entonces, yo, Señor, ¿para qué he sido honrada?...

* * *

Así terminó la historia de esta familia Urrutia, de estas pobres muchachas. Así se acabó para siempre aquella casa modesta y buena. Yo nunca volví a saber de María Angélica.

Esta es toda la novela que estoy trabajando aquí, en estas mañanas frescas y alegres del Barranco. La voz de mi madre se alza en el jardín como un surtidor de ternura. La risa de mi sobrinita Marién es un cascabel de cristal. Enciendo un cigarrillo, colmo el vaso con ese vino sabroso de mi amigo Víctor Campos y me dejo llevar por la pereza, mi hada madrina. Disculpe, Carlos, pero yo no le escribo a usted ningún cuento...

Barranco, 10 de julio de 1935

J. D. - C.

JE DONNE CE LIVRE POUR CE QU'IL VAUT.
C'EST UN FRUIT PLEIN DE CENDRE AMÈRE;
IL EST PAREIL AUX COLOQUINTES DU DÉ-
SERT QUI CROISSENT AUX ENDROITS CAL-
CINÉS ET NE PRÉSENTENT À LA SOIF QU'UNE
PLUS ATROCE BRÔLURE, MAIS SUR LE SABLE
D'OR NE SONT PAS SANS BEAUTE *.

ANDRÉ GIDE
Préface à **L'Inmoraliste**

* Doy este libro por lo que vale. Es un fruto lleno de ceniza amarga; se parece a las coloquintidas del desierto que crecen en parajes calcinados y no brindan a la sed sino una quemadura aún más atroz, pero a las que no falta belleza sobre la arena de oro (Traducción de Julio Cortázar).

DEDICATORIA SUI GENERIS *

A Madame de R.S-M., en París.

Amiga mía:

Yo hubiese querido poner ante estas páginas tu nombre —oro y azul en la mañana heráldica—, como un amuleto encantador que las amparase, mas he aquí que recuerdo tu sonriente prohibición y tu espanto humorista:

—¿Dans un roman? ¡Quelle horreur!

Mas esta novela está escrita por ti y para ti. Una tarde —acaso no lo recuerdes—, conversábamos en el bar del Royal Monceau, esperando a unos cuantos amigos, dispersos ahora por el mundo, para ir a cenar a no recuerdo que **restaurant** que había lanzado, en aquel invierno dulce de París, no sé qué guiso maravilloso. Conociendo tú mi **gourmandisse** quisiste agasajarme en esa noche que terminó, si no recuerdo mal, en el Bal Tabarin, contem-

* Sin este encabezamiento, **Las Urrutia** está precedida por esta extensa dedicatoria, cuya inclusión en la edición de la novela nos ha parecido imprescindible, pese a que nos habla más del escritor Díez-Canseco que de la novela misma.

plando el vuelo pecaminoso y exquisito de las chiquillas que, a las doce en punto, danzan esa delicia que se llama el can-can.

Ya entonces, en diciembre de 1932, yo acababa de ganar en Buenos Aires un premio en el concurso literario de **La Prensa** y había recibido el segundo premio del concurso Zozaya, en Madrid, por unas crónicas literarias que no me salieron del todo mal. Hablamos, entonces, de este arte supremo de la expresión escrita, que resume todo el color, la forma mórbida y la melodía innombrable que está en la brisa, en la luz y en las lágrimas. Te hablé entonces del Perú, de esta tierra mía que tiene tantas sugerencias literarias. Tú me hablaste de la clase media de Francia y yo te conté, sin ninguna malevolencia, cómo es lo que aquí llamamos "una huachafa" * y cómo es lo que aquí podría representar a la aristocracia. Y todavía recuerdo tu risa, amiga mía, y la exclamación con que quisiste rechazar mi versión absolutamente fiel y benévola:

—Je t'en pris, Pépé... Ne mens pas...

No, no mentía. Aquí, en esta novela, está la clase media, la clase que pretende aristocratizarse tomando por modelo a una aristocracia que parece, absolutamente, la clase media. Alguien me ha dicho que es sarcástica y otros amigos me han dicho que es casi revolucionaria. Yo no sé nada de esto. Pinto y nada más. Y repito lo que André Gide dice en su prefacio de **L'Immoraliste**: "Je donne ce

* Una indicación al margen, después de este término, nos remite a la palabra "alargar". Posiblemente —pensando en esa misteriosa **madame**— J. D.-C., consideró necesaria una explicación del concepto.

livre pour ce qu'il vaut. C'est un fruit plein de cendre amère; il est pareil aux coloquintes du désert qui croissent aux endroits calcinés et ne présentent à la soif qu'une plus atroce brûlure, mais sur le sable d'or ne sont pas sans beauté".

Creo, amiga mía, que esta novela es un poco inmoralista en lo que se refiere a la falsedad de una ley o de una norma, impuestas artificialmente y limitando una vida. Y es inmoralista, también, no mucho, esta María Angélica cuya vida se deshizo, se marchitó y se inutilizó sin saber la pobre por qué. Pero sobre todo, creo que es Inmoralista porque es humana; porque el dolor de las mujeres y el dolor de los hombres que viven en mis páginas, son obra de la vida burlesca.

Allá por el año 1929 publiqué mis **Estampas mulatas**, un tomo que encerraba dos novelas, "El Gaviota" y "El Km. 83". Yo no conocía aún la obra dolorosa y despiadada de Gide, y coincidí con el admirable colega francés en la pasión humana, y que tantos tildan de equívoca, que hizo que un hombre agrediera a otro y luego muriese en la soledad de un alba marina. Tuvieron tanta fortuna mis "estampas" que, desde entonces, todo el mundo en Lima está tratando de escribir "estampas" y las publican, amiga mía... *

Esas novelas resucitaban un género literario del Perú, olvidado desde la muerte de Abraham Valdelomar, el fino y admirable creador de "El Caballero Carmelo" y de "El sauce que murió de amor". En-

* Manos ajenas al autor han tachado tentativamente esta frase.

rique López Albújar, tan intenso, tan humano, tan realmente real —si me permites expresarme así—, sólo daba y da el matiz indígena en sus novelas, o por lo menos, eso es lo que más vale en la obra del recio escritor. Ventura García Calderón, el exquisito artista de "Frívolamente" y "Cantilena...", de tantas páginas que ya son inmortales, ha hecho del cuento peruano, en "La Vengeance du Condor" y "Couleur de sang", una cosa tan suntuosamente literaria que no lo reconocemos en esta tierra que ignora la suntuosidad. Y, así, no sé por qué designio de los dioses, me tocó a mí abrir de nuevo el cofre inacabable de lo criollo, que me dio el tema de esas novelas y de otros cuentos que han tenido tal o cual fortuna.

Hubo otra novela, **Duque**, que fue sólo un **sketch** incompleto, precipitadamente publicada por un compañero de letras. No quería yo publicar esa novela, no porque me asustase y hubiese después disentiendo de su intención panfletaria, no. Cada escritor tiene el derecho de escribir sobre cualquier tema. Lo lamentable de aquel libro era su ropaje literario de una miseria vergonzosa: aquello estaba deplorablemente mal escrito. Sin embargo me la publicaron cuando ya mi criterio, mi inteligencia y mi conciencia habían variado totalmente respecto a la obra literaria, que debe ser, a mi juicio, de un total agnosticismo *, y ahora anda por allí la pobre, encasillándome dentro de un territorio político al que he renunciado, como a todos los otros territorios políticos, y dentro de una manera literaria que,

* Una llamada de D. - C., indica "alargar" en este punto. No pareciera en absoluto indispensable.

aparte modestias, es muy inferior a lo que escribo cotidianamente.

Ahora doy esta novela —escrita por ti y para ti—, cuyo argumento tiene la simplicidad que la vida tiene. Esta novela, artísticamente, me parece que realiza lo que pretendí: pintar unas vidas, trasladar un ambiente y hacer vivir mis personajes dentro de una atmósfera adecuada y exacta.

En estas páginas, como en todas las de mi breve obra literaria, he puesto mucho de mí mismo. Ya decía Federico Amiel, con aquella su peculiar dulzura, que los paisajes son estados de alma. Igual ocurre con nuestra obra artística: el dolor de unos seres que crean nuestras fantasías es, casi siempre, el dolor que llevamos los artistas en nuestros pobres corazones de hombres. Y yo la he escrito así, con un dolor que no te quiero explicar, porque sé que, por unos minutos, dejarías de sonreír y yo no sé qué pasaría, entonces, con la alegría del mundo...

Es dolor y es desencanto, dulce amiga lejana. Hace más de un año que llegué de Noruega. Luego me fui a Colombia, a emborracharme con el paisaje maravilloso de esa tierra, a reír un poco con las tonterías de algunos seres, idénticos a los del Perú, y aprender no sé cuánta cantidad de arte en otros hombres admirables. Algún día te contaré, en una carta larga y tranquila, para la que necesito un poco de tiempo y paz en mi corazón, cómo es esa tierra que posee los más bellos paisajes del mundo. He estado, pues, en el Perú, cosa de año y medio y, ¿lo creerás?, todavía no conozco la compensación de estar en mi patria. Aquí se vive qué falsa-

mente... Toda actitud asumida por un hombre es siempre atribuida a una subterránea intención inconfesable. Las gentes ejercen gratuitamente una vigilancia inevitable sobre la conducta de cada bípedo inimportante. Y el precio de la independencia es la reputación, cuando no la propia vida, sobre todo en las pobres mujeres que, de cualquier clase social a que pertenezcan, salen destrozadas sin piedad posible.

Lo mejor, claro está, es refugiarse en sí mismo: vivir a solas. Yo apenas si estoy viviendo con un recuerdo que tiene una diafanidad matinal y de oro.

Un recuerdo en el que resuena, argentina y deliciosa, una risa que es como una amanecida... Después no me interesa nada, ni lo que hagan, ni lo que digan, ni lo que callen...

Debió haber sido breve esta dedicatoria, maravillosa amiga innombrable. Ha habido un poco de autobiografía que servirá, seguramente, para alimento de los filisteos, pero no he resistido a la tentación de contarte un poco de mí mismo después de tanto tiempo de ausencia.

Aquí tienes mi libro. Es para ti; sólo para ti. Lo he escrito para que conozcas un poco del ambiente de mi país, tú, amiga dilectísima, que me diste belleza y dulzura en la más pura y diáfana amistad de mi vida. Aquí lo tienes. Perdóname su desgarbo y su pobreza, pero te lo presento tal cual es, con una desnudez que es acaso todo su valor. Acógelo, amiga mía tan querida, y perdónale. Y como sé que va a ser así, como sé que llegará a tus manos y en tus manos encontrará hospitalidad y afecto, yo las

beso —finas joyas exquisitas de tu elegancia discreta— con la tersura de mi gratitud emocionada y con mi dolorido recuerdo permanente.

J. D. - C.

"Los Alamos" *, julio de 1936.

* "Los Alamos" es un lugar imaginario; una hacienda, un lugar de retiro apropiado para escribir. En dos textos narrativos inéditos, "Mi primera jarana" y "Pentapolín", aparece la hacienda "Los Alamos", pero en el primer caso "cerca a Puente Piedra" y en el segundo "en el valle de Cañete".

Surge en la mañana, todavía indecisa, la alharaca estridente de un gallo. En la cercanía responde otro con estridor idéntico y más lejos repite su canto otro pollo altanero como un eco preciso. Más lejos aún, y más lejos, la algarabía rauca se entreteje y se hace un concierto triunfal y matutino.

La niebla deja cendales finos entre los árboles entumidos y en la Plazuela de la Estación se levanta un vuelo de palomas asustadas con un rumor de aplausos estruendosos. Las campanas de San Francisco comienzan el rezongo de todas las mañanas que guía a las beatas de mantas funéreas y a un viejo que fue calvatuerno y ahora es beato, zambo de pajizo encurtido por las lluvias, el sol y el polvo, escaso pucho de cigarro, flexible bastón de membrillo y chancas de crudo y sogá.

La mañana se va aclarando con el sol lejano que a veces luce entre las nubecillas vagabundas. De la tahona cercana llega el ruido de los amasadores rendidos y un apetitoso aroma de pan recién torra-

do. La canción estridente de los gallos se ha hecho unánime y ahora brilla el sol con caluroso descaro que se prolonga en las hojas leves y despiertas de los ficus, agraciadas con el rocío matinal y fresco. En la herrería se abronca el respirar asmático del fuelle y los golpes rudos de la comba sobre el yunque paciente. Desde un caballejo blancuzco, entre los porongos de estaño, la chola lechera de jipijapa, manta negra y falda rosa, grita ante una puerta su pregón cotidiano:

—¡Caseeera...!

En un hilo del teléfono canta un gorrión a quien responde otro más lejano. A éste, otro más, y luego otro.

Mañana del Barranco, clara y festiva como en todos los pueblos quietos. Mañana que tiene un trajín humilde y grato en el mercado bullanguero, en la lechería sávida y en las reboticas inauguradas por el dependiente soñoliento, de amplio mandil blanco y manchado, manos torpes y ojos pitañosos no muy bien despiertos todavía. Una silueta beata —manta verdina, rosario con medallas, zapatos de tacones torcidos y rengo andar perezoso— se encamina hacia la Iglesia de San Francisco que tiene cuatro airosas torres que además son palomares. Por otras calles, por el Parque Municipal, el trajín no comienza aún: tan sólo los policías pitan la hora de madrugada y apenas si un can noctámbulo rompe el silencio con un mustio y prudente ladrido. El tranvía que de Lima viene voltea la curva con un chirriar de rieles oxidados por la garúa nocharniega.

Cantan las campanas. Las de San Francisco son graves y roncas en la frescura de la mañana. Las

de la Parroquia de la Santísima Cruz tienen un son más alegre y repican con claros golpes juguetones. Pero felices, alocadas, infantiles, las campanas de las monjitas de San José de Cluny ríen tontuelas en la abundancia fina de la luz.

La mañana ya es total. El sol se alzó por encima de las lomas de San Juan y en la Raya de Bolivia comenzaron los ajetreos proletarios: desayuno de los albañiles que llegan con la chaqueta sobre un hombro, como húsares prusianos, el sombrero de fieltro desteñido sobre la nuca y una ancha sonrisa en la boca procaz, rápida para el mote amiguero. Se esparce un aroma criollo de chicharrones y camotes fritos que crepitan en la sartén abundante en manteca y, en medio de la bulla de risas y de bromas, salta un ruido aperital de platos de fierro enlozado con filos azules y desportillados. Los gallos persisten en su canción jocunda y mañanera y las palomas se arrullan en la espesura verde de los ficus con un eco regalón y engreído. Pasa una moza con lujurioso esguince de caderas y provoca el piropo rijoso de los truhanes de la esquina que ríen el ingenio del que florea y el enojo de la china.

—¡So liso...!

Por esa Raya de Bolivia llegan los plácidos burros cargados de hortalizas: rojas zanahorias y pálidos nabos, el apio de hojas plurales y los camotes terrosos y las papas y las alverjas y las remolachas moradas y las calabazas de espinas débiles. Sobre el apero de las bestias, entre las alforjas con los frutos óptimos, unas indias viejas con pesados aretes en las orejas y sobre la cabeza unos sombre-

ros de paja, sucios de lluvia y polvo. En las carnicerías, los chinos inician un delicado trabajo de disección y comienzan a separar los trozos de carne sobre los que zumban las moscas. A la puerta, una caterva de perros chuscos hacen guardia fármica que a veces revienta en agresión ladrada, sobresaliendo la voz que demanda imperiosa un favor que no se discute:

—¡Oye, mi yapa!

Y con las solapas subidas y el sombrero gacho; con las vihuelas bajo el brazo y el andar zandunguero; con las ojeras de la mala noche y el tufo del pisco trasnochado, unos zambos badulaques se retiran hacia el cafetín para tomar el desayuno y dormir luego la jarana:

—¡Un café con leche! ¡Taza grande!

* * *

La calle de la Unión se despierta a las seis de la mañana. La bodega de don Aquiles —sesentón italiano fabricante de ravioles succulentos—, luce la albuza de sus toldos. En la Estación se inicia el ir y venir de cargadores que tienen su amaño con los carreteros y discuten por los bultos que el tren deja. El "English Institute", un colegio inglés dirigido por un señor peruano que ignora la lengua exacta de Shakespeare y que inventó en el Perú eso de los **boys-scouts**, abre sus puertas a los alumnos, mientras un cholo en mangas de camisa y de alpargatas riega el vestíbulo con agua para que la escoba no levante el polvo. Y en la botica "Grec" una india pide, desanudando el pañuelo:

—Un rial de creosota...

Así, como esta amanecida, han sido todas las amanecidas del Barranco. El pueblito nació sin pretensiones alrededor de la capillita del Padre Abregú, antes de la guerra con Chile. Dos huertas, la de "La Condesa" y la "Palmo" le fueron dando cierto relieve aristocrático y, por afanes de vecindades elegantes, surgieron los primeros "ranchos" de amplios vestíbulos y altas rejas, indefectiblemente pintadas de verde, con unas macetas que dejaban caer el desmayo de los helechos airosos. Así, como esta amanecida han sido todas las de mi pueblo y así habrán de ser las futuras. Ahora que mi Barranco tiene pretensiones de ciudad, después de haberlas tenido de balneario, mantiene su misma fisonomía un poco cursi y siempre ingenua. Esa fisonomía amable, que mueve a compasión, de los niños retratados con pantalones largos, cruzadas las piernas, una mano en los guantes apoyada en un bastoncito de junco, la otra sobre la cadera y el cerquillo sombreándole la frente, al gusto intolerable de 1900.

Pampa de la Lechuza, el Cercado, el Palmo, barrancos sobre la playa pedregosa y el eco sonoro y perenne de la mar azul y amiga. Cholos pescadores que se hacen a la mar de la Chlra tras los "bonitos" y los "róbalos" y que, cuando no salen, van a buscar entre las peñas de la playa los gordos tramboys y los pulpos gelatinosos. Labriegos que llegan al Mercado, en el comienzo de la Bajada de los Baños, con los pavos y las gallinas cebadas y los frutos lozanos y suclos de las huertas alledañas. Raspadilleros del verano que con una garlopa de acero hacen una viruta de hlelo que se amolda en un vaso y que se rocía con jarabes y en cu-

yos puestos zumban las abejas; clásica raspadilla que se pide con el grito clásico: "¡Un tongo pa' llevar! ¡Di a medio!" Indias gordas, con blusas blancas, faldas de percal polícromo y zapatos de charol, que componen ramos de flores humildes anudándolos con una fibra de banano. Y en medio de los colorines estridentes del Mercado el oro fastuoso de las retamas silvestres.

Lo que el Barranco pudo vender y nadie le quiso comprar fue paz. Paz aldeana y dulce, muelle devenir de los días, quietud de remanso de tantas vidas sin novela, acaso sin historia. Paz soleada en los días de verano, en los mediodías pesados y lentos, con la escala de un piano que desgrana el do-re-mi-fa-sol en la beatitud de la hora luminosa, en esas dos de la tarde, cuando la siesta se hace más sabrosa con el trino del canario prisionero y el pregón del cholo de los dulces:

—¡Turruneruuu...!

En el Parque Municipal, que luce en el centro una fuente de agua de extinto chorro rematada por una estatua de mujer con alas de mariposa en la rolliza espalda, cae la lluvia azul de los jacarandás sin aroma. A veces irrumpe inusitada brisa que remueve los rosales y las palmeras y cruza un gallinazo con aletear áspero. Los tranvías que voltean por la menuda curva hacia Chorrillos, chirrían en los rieles, y sobre el empedrado de las calles saltan las carretelas de sifones y sodas con el anuncio de los cascabeles que llevan en el frontal las mulas. En el billar de don Césare —italiano con bigote escaso y gorda cadena de oro sobre la panza gorda—, las carambolas resuenan en el ocio del

mediodía. Después, cuando el sol cae sobre la mar sonora, los malecones se convierten en locutorios cálidos de diálogos líricos. Otras parejas menos audaces se contentan con las bancas del "camotal", el pasaje sombrío del Parque bajo los jacarandás azules.

Tardes de retretas milicianas y jolgorio de las niñas que dan vueltas y vueltas por el Parque cogidas del brazo en grupos de cuatro, tres, cinco, siete, respondiendo con risas a los piropos chabacanos de los mozos de bigotillo petulante y presumida corbatita. Salidas del cine y saludos de sombreros rendidos. Era aquel el tiempo de Francisca Bertini y Gabrielle Roblne, la italiana fatal y la francesa **chic**, cuando las gentes se escandalizaban con Theda Bara que hacía el rol de Cleopatra y Mesalina, y era la vampiresa terrible de ciento ochenta libras de peso. Helados de Perroni y gringos de "All America Cables", aspiración marital de las señoritas del dengue, y reunión en el Parque de viejos currutacos que se enardecían hasta el paroxismo discutiendo qué hacía sonar a las pianolas: si los huequecitos en el rollo de papel o los pedales.

Paz luminosa del Barranco. Claras madrugadas canoras. Mar azul y neblinoso en las mañanitas friolentas y encendido de doradas tintas en el véspero fulgurante. Fray cansino y antiguo que discurre haciendo acopio de limosnas para el desayuno sólido de los reverendos. Dulces campanas de las misas del alba y de los ángeles crepusculares. Cinco de la tarde: con té con leche y pan con plátano y azúcar y los palomillas que se confabulan estrechamente:

— ¡Vamos a tirarle piedras a la casa del viejo Segovial

Dulce Barranco viejecito, cursi pueblo querido de la infancia clara...

Aquel primer sábado de diciembre de 1916, fue el señalado para reunirse todos los amigos y todas las amigas de Toyita Urrutia que, salida del colegio, se "bajaba el traje". Esta frase, que alguno pudo interpretar con intención más torcida a la que aludían los mozos con sonrisas de dobles intenciones, se refería tan sólo a que Toyita se pondría la falda un poco más larga, una falda plisada y una blusa de seda blanca, porque el calor ya apuraba, falda que, de acuerdo con las prácticas pudorosas de la moda, ocultaría a los ojos siempre ávidos de los mozalbetes de impertinentes bigotitos y corbatas de breves lazos presumidos, las piernas airovas, esbeltas y ágiles de la moza. Y todos, unánimemente, habían señalado para el próximo domingo el "paseo en burro" a la huerta de Misia Adelaida, una India mestiza y gorda, propietaria de un puesto de verduras en el Mercado, que sabía preparar unos anticuchos inefables, unas papas a la huancaína suculentas, un seviche y un escabeche de pato verdaderamente bienaventurados. A más de todas estas

ciencias, Misia Adelaida poseía también la de hacer una chicha de jora, digna de los incas y una chicha morada como no se tomaba ya ni en el día del Señor de los Milagros.

Y con aquella concurrencia la casa andaba revuelta. Don Armando Urrutia, sin destocarse su gorra de seda negra, había dejado escapar por entre sus espesos bigotes y su perilla canosa, esta frase que expresaba la sensación que esa juvenil y bulanguera concurrencia le producía:
—¡Qué tal vaina de muchachos!

Y fosco, respondiendo apenas los saludos respetuosos de los amigos de sus hijas, don Armando se había retirado a su habitación.

En el vestíbulo se habían quedado conversando Hilda Mascheroni, su hermana Graciela, Violetita Campos, Jorge Cabero y Héctor González Urrutia. Aquel vestíbulo estaba acicalado con unas macetas de geranios rojos, con oleografías que representaban escenas de la guerra ruso-japonesa, que en aquella época hacían furor en Barranco, y unas cacerías de osos blancos y de focas en los mares heladísimos del polo. Una hamaca que nadie utilizaba se extendía desde uno de los pilares que sostenían la reja alta pintada de verde, a la pared. Y sobre el felpudo tendido delante de la puerta que daba a la sala, se habían juntado dos programas, uno del cine Moreno y otro del Cinema Teatro, anunciando unos **films** que llevaban unos títulos espantosos: "El ferrocarril de la muerte", "Amores en el Japón" y avisando a los concurrentes que luego habría un **sketch** de un cómico chistosísimo y truculento que se llamaba, vulgarmente, Sánchez. A

los lados de la puerta que daba a la sala, dos ventanas dejaban ver la concurrencia de amigos y amigas que reían los chistes de Juanín Vélez.

En esa sala se reunían otras amigas que charlaban volublemente con los mozos que, después de confeccionar el programa del paseo, bebían a sorbos una mistela preparada por María Angélica. Purita no había querido salir al principio pero luego transigió a la orden de su hermana mayor:

—Pero Pura, por Dios, si ser beata no quiere decir ser salvaje.

Y toda colorada, con un traje azul oscuro cerrado en el cuello, charlaba con Hortensia Suárez, la hija de don Jacinto, Ernesto Muro y Adela Chávez Pró que coqueteaba con el muchacho sin que éste le prestara mayor atención. Estaban recostados en el quicio de la puerta que daba al comedor, sobre la cual extendía su sonrisa piadosa y dulce un Corazón de Jesús, llamando con una mano lacerada a las descarriadas ovejas de este aprisco y señalándose con la otra, también herida, el encendido corazón apasionado. La sala lucía los muebles de reps azul un poco raído sin las eternas fundas blancas con viso rojo. Sobre un pedestal que remedaba una columna barroca, una maceta de mayólica derramaba unas espigas de trigo emergiendo de un musgo de trapo, teñidas de rojo, azul, amarillo, verde. Sobre otra columnita, un trovador medloeval, de bronce y mármol, tañía su laúd, trovador que había llegado a la casa de las Urrutia cuando se lo sacó, en una tómbola de la "Bomba Roma" la difunta doña Graciela. A los lados del *tremaux*, que en su base tenía un tarjetero de porcelana sobre un pie de bronce, las ampliaciones en porcelana

de los retratos de don Armando y de doña Graciela les representaba en una edad juvenil. Don Armando tenía en ese retrato sólo los bigotes castaños y doña Graciela mostraba una suave belleza rubia, con unos profundos ojos azules y una boca de labios carnosos y sensuales en un óvalo de la cara suave y perfecto.

Los retratos de la familia se alineaban en unos aparatos como cortinas de paja, de manufactura japonesa, decorados con unos paisajes azules y verdes que figuraban un pequeño lago, una barquita y, en el fondo, el imprescindible volcán de las tierras del Sol Naciente. Un calendario, atrasado, había quedado en la pared, junto al **tremaux**, en gracia de la figurita de linda chiquilla que sujetaba el cuello de un enorme terranova. Sobre la alfombra, al lado de los sillones y del sofá, unas escupideras de vidrio, amarillas y verdes. En un "chínero" un poco apolillado, unas figuritas de porcelana y unas llamitas de plata, completaban el menaje del salón un poco gastado y estrecho.

* * *

Aquel trovador medioeval tenía su historia. Don Armando había comprado para doña Graciela los boletos de la tómbola en esa fiesta de la "Bomba Roma" en donde la conociera. Había sido un baile de disfraces al que ella concurreniera con un lindo vestido negro con lentejuelas plateadas y Urrutia había tenido la Imprudencia de insistir en los chisguetes de perfumes, pues fue un baile de carnavales, hasta el punto de deshacer las flores de cera que adornaban el tocado de doña Graciela y ha-

cerlas chorrear sobre la cabellera dorada y espléndida. Ella, defendida por el antifaz de seda blanca, protestó en una forma poco halagadora para su compañero de baile y de ese incidente nacieron los primeros coqueteos. Urrutia, al día siguiente, le envió un magnífico ramo de rosas naturales con una cuarteta:

*Para tu cabeza de oro
envío estas rosas de veras
que envidiarán tu fulgor
y no se deshacerán como las de cera.*

Los versos, en realidad, no estaban del todo ajustados a las normas de la poética. Aquello de "rosas de veras" entrañaba una arbitrariedad retórica y un ripio sin disimulo posible. Pero es que necesitaba el consonante, no del todo exacto puesto que estaba en plural, para la alusión a las flores de cera, deshechas a causa de los chisquetes sobre la espléndida cabellera rubia. En el último verso sobraban unas cuantas sílabas, pero Urrutia, de profesión militar, no se sentía obligado a versificar dentro del disciplinado octosílabo, encontrando además que sus palabras se ajustaban absolutamente a la verdad histórica, ya que las flores aquellas habían sido de cera y se habían deshecho.

Tenía entonces el grado de capitán. A esa altura de los tres galones bien se podía permitir el lujo de aspirar a un noviazgo serio. Habló con el padre de la doña Inés del alma suya y éste que a pesar de su humilde condición de inmigrante, tenía muy buen sentido y carecía de ambiciones sociales, averiguó primero los antecedentes del capitán, no fián-

dose en su condición de militar, condición que siempre llevó inherente en el Perú la de badulaque, del monto de su sueldo y las perspectivas del montepío. Sobrio y sin lujos, el italiano encontró que el sueldo del capitán era suficiente para afrontar los primeros gastos, ya que luego, si venían hijos, vendrían también otros galones y por consiguiente mayor sueldo.

Se casaron. La ceremonia fue sencilla y sin mayor aparato. El novio deslumbró a la familia de la novia con los amigos que por él acudieron a la iglesia, vanidoso de sus relaciones sociales. El ministro de guerra de entonces se dignó apadrinar la ceremonia y nadie tomó a desaire que la esposa del ministro no acudiese a la iglesia con el fútil pretexto de una jaqueca.

—¿Yo, a esa huachafería? ¡Qué ocurrencia!

Pasaron la luna de miel en la Magdalena Vieja, dulce y melancólica aldeíta a dos kilómetros de Lima, con su espesa arboleda y su placita silenciosa, con sus estrechas callejas sin transeúntes y la acequia murmuradora y apacible, cuyo murmurar poético se perdía inmediatamente que uno se acercaba a sus orillas, pues la tal fontana servía de desagüe al pueblo.

Pero en los árboles verdinegros; en las copas espesas de los ficus; en las huertas que mostraban sus altos y esbeltos arbustos por encima de las paredes de adobe, las palomas se arrullaban en la hora silenciosa y grata de la siesta, en el atardecer encendido y silencioso, en el que a veces ponía su estridencia el ladrido huérfano de un can solitario.

Los primeros quince días fueron una fiesta continua para el capitán Urrutia. Allá, en la Magdalena Vieja, conoció todas las delicias de un amor sereno que, no por conyugal, dejaba de ser amor. No, nunca había sido Urrutia de esos tipos de obsesiones galantes y sus fugaces empresas tenoríescas no habían pasado de la categoría de episodios velocísimos, de los cuales él no guardaba sino el recuerdo un poco triste ya que nunca se matizaron con el encanto del sentimiento. Pero ahora, con su mujer al lado, rubia y espléndida, ardiente y mimosa, Urrutia sintió que se abría en la tierra, para su uso personal y exclusivo, todo un panorama de exquisiteces insospechadas.

Y la amó. Puso en Graciela todas sus complacencias y toda su dulzura. El nunca hubiese podido precisar muy bien todos sus sentimientos, pero fácil era adivinar en el respeto, en la consideración, en la ternura que en ella ponía, todo el mundo insospechable de amor que había creado, para dárselo a su mujer. Y la amó con todos los amores: con el amor divino y con el amor... con el otro amor. Digo que la amó, con el amor divino porque a veces sentía, cuando terminaba la efusión del abrazo delirante, algo así como un éxtasis mudo, sintiendo la carne tibia y perfumada de su mujer reposando en el mismo lecho que él. Y, a más de sentir la su compañera, su esposa, la sintió también, y gallardamente, su hembra. Y de esta guisa, Graciela resumió para Urrutia toda la felicidad y todas las aspiraciones.

Luego vino el anuncio ruborizado:

—¿Sabes?... Creo que he "salido mal"...

Urrutia no respondió. Salió corriendo de la casa y, a los pocos minutos, regresó por el sombrero que había olvidado. Luego emprendió otra vez su carrera hasta el tranvía para ir a Lima. A la hora y media regresó con un collar de perlas, en el que habían unas cuantas artificiales, que había comprado en ciento cincuenta soles a pagarlos por mensualidades.

Durante el embarazo de su mujer, Urrutia redobló sus cuidados y sus mimos: ¡un hijo! Ah, ¿cómo sería? Le pondría Armando. Ya le veía jugar con su espada, ponerse su **kepís** y montar un caballito de madera, airoso y bizarro el chiquillo en el jardín de madreselvas y jazmines. Graciela se sentía feliz viendo esta adoración del marido. Con los vestidos holgados, luciendo unas batas amplias, pasaba largas horas en la hamaca del vestíbulo, orgullosa de su preñez, tejiendo al **crochet** las ropitas de ese hijo que sentía vivir en sus entrañas.

Los domingos venían a almorzar los suegros y alguno de los hermanos de Graciela. Urrutia había inventado para su mujer un sillón amplio, con brazos y que unos cojines hacían más muelle. Los suegros querían a este yerno que así cuidaba de su hija. Antes que Graciela probase ningún plato, Urrutia tomaba un bocado en el tenedor de su mujer para ver si no tenía demasiada sal, si estaba bien condimentado, no encontrando nunca que ningún plato estuviese bien hecho para su "prenda".

Al fin nació el hijo que resultó hija. Urrutia ocultó su contrariedad con unas cariñosas palabras:

— Así es mejor, Graciela... Se parecerá a ti... Yo estaba prefiriendo que fuese mujercita, de veras...

Será linda, ¿no es cierto?...

Ella sonreía feliz.

Así pasaron los años. A los dieciséis meses, Graciela tuvo un aborto. Luego la vida se tornó normal y fácil, con la vigilancia de la esposa que sabía ahorrar en todo sin que nunca faltase nada, contentos ambos con su medianía. El suegro siempre que se refería al yerno hablaba del **bon figlio** y sonreía bajo sus bigotazos a lo Víctor Manuel I.

Cinco años después del nacimiento de María Angélica, cuando estaba la chiquilla en esa edad que hace que los padres cometan todas las ridiculeces por los hijos, Graciela volvió "a salir mal". Mas esta vez fue anormal el proceso de gestación y hubo necesidad de hospital. Felizmente Pura nació sin mayores complicaciones y los cuidados de Urrutia para con su mujer fueron iguales a los del primer embarazo. Y cuando volvieron a la casita de la Magdalena Vieja, al hogar sin lujos de dinero pero lujosísimo de amor, Armando Urrutia creyó que esa felicidad —su mujer y sus dos hijas—, era la mayor a la que un hombre puede aspirar. Quizás tenía razón...

Con la segunda hija vino el ascenso a comandante, después de cinco años de haber sido sargento mayor, ya que se había casado siete meses antes de ascender de capitán a ese grado. Al año de haber nacido Pura moría el suegro italiano dejando una herencia bastante considerable que la madre dividió en dos mitades: sus ganancias y lo que correspondía a sus hijas.

Esto ocurría el 16 de enero de 1900. Graciela ideó comprar aquella casa del Barranco, en la que ahora vivían, sacada a remate por quiebra del propietario. Con la pequeña herencia y con lo ahorrado de los sueldos de Urrutia, tuvieron hogar propio en la calle de la Unión que, por aquel tiempo, casi era un aristocrático barrio residencial.

El... de... de ese mismo año nació la última hija de los esposos Urrutia y nació a un precio tremendo: al precio de la vida de la madre. Aquel hombre que, siendo todavía relativamente joven y absolutamente coronel, que había fundado un hogar con amor y con dulzura, vio rota su dicha con la muerte de su compañera. Y cuando regresaron del entierro, cuando Urrutia se quedó solo con el doctor Jacinto Suárez, su íntimo amigo, se había derrumbado en sus brazos llorando con desgarrada pena, con inmenso dolor sobre el pecho de su amigo:

— ¡Se fue, Jacinto, se fue!... ¡Dios mío, se fue!...

Y el amigo pretendía consolarle, inútilmente, palmeándole en la espalda:

— Ya está, Armando, ya está: hay que ser hombre...

* * *

La infancia de aquellas chiquillas fue la de todas las huérfanas. María Angélica continuó yendo al "Pensionat de Saint Joseph de Cluny" con sus ocho años asustados. Al siguiente año, las monjitas consintieron en aceptar a Purita haciéndose cargo de que no tenía madre y de que en el colegio estaría mejor cuidada. Desde entonces se dio cuenta María Angélica que ella debía ser, como fue después, quien reemplazase a la madre muerta. Con una pre-

cocidad que sólo podía atribuirse a su instinto, sintió que hasta su propio padre necesitaba de su protección, que sería ella quien habría de solucionar todos los conflictos del hogar en luto; que al irse la mujer animosa y fuerte que había sido estímulo y sostén de la casa, a ella competía el velar por las hermanitas y le competía a ella aliviar la viudez del padre.

En esos años de su infancia no tuvo María Angélica más consuelo que su piano. Todas las tardes continuaba sus lecciones que se limitaban, entonces, a unas escalas monótonas y sosas que la chiquilla desgranaba con sus deditos torpes y contando los tiempos en voz baja:

— Una, dos, tres, cuatro. . . Una, dos, tres, cuatro. . .

Aquel piano fue para María Angélica la válvula de escape por donde su alma de chiquilla precoz se iba con una frecuencia que era un consuelo. Extraña psicología la de esta chiquilla. . . Su frente ligeramente abombada, su barbilla prominente, su boca carnosa y fuerte, los ojos pequeños pero profundos, denotaban un raro vigor y una voluntad rara a su edad. Había pasado sin transición de las muñecas al piano. De los juegos infantiles a sus preocupaciones de mujercita no había habido ese espacio sin característica neta que, precisamente, es la característica de las transiciones. El piano, pues, fue su refugio y su liberación. Después de las escalas solfeadas en el colegio, de estar tecleando unas horas, mirando a veces por los ventanales abiertos el extenso jardín y la gruta de la Inmaculada de Lourdes, venía a la casa en donde comenzaba a "sacar" unas melodías ligeras e ingenuas que la hacían soñar sueños sin nombre.

Un día pensó: ¿cómo será la tarde en música? Y sus deditos todavía torpes comenzaron a recorrer las teclas libremente, poniendo toda su alma en las notas que su inexperiencia y su ignorancia hacían más bellas. Y ella escuchaba en su melodía el viaje lento y alegre de la brisa; la voz innumerable de la mar en sosiego; los encendidos colores vesperales y el trinar de un gorrión que no halló, en la desolación de la tarde, el refugio cálido del nido... Y como sucede siempre que los padres jamás comprenden las ilusiones de los hijos, don Armando había preguntado a María Angélica:

—¿Qué tontería es esa, hija...?

—Ninguna... —respondió la chiquilla dolida en su ensueño.

Pero siguió con él. Después del colegio, a las cinco de la tarde, acabado el té con leche, el bizcocho y el plátano, íbase a su amigo, a su piano, y poníase a desgranar en las teclas la armonía inefable y pueril de su alma, hasta que sentía venir a su padre y entonces cerraba el piano y despedíase de él desgranando una escala como si desgranara un beso.

Pura, en cambio, no tuvo más pasión que los altares. Al decir del doctor Suárez, el fraternal amigo de don Armando, que había atendido unas fiebres intestinales de María Angélica, la escarlatina de Purita y que, sobre todo, había atendido a la esposa difunta y había hecho vivir a Toribia, Pura se había hecho íntima amiga de la Corte Celestial. A medida que pasaban los años crecía su devoción. Cuando salió del colegio no quiso fiesta de ninguna clase y lo único que hizo fue afiliarse a una congregación de San José, a la Adoración Perpetua del Santísi-

mo, a la Hermandad de San Vicente de Paul y a las Hijas de María.

La única mundana fue Toribia. Nacida el día de Santo Toribio de Mogrovejo, el coronel Urrutia, desechando todos los nombres con que querían agasajarla Doña Azucena Pellón, la esposa del doctor Suárez, doña Clementina Rivera, solterona e íntima amiga de su madre, doña Matilde Covarrubias de Campos, madre de las amigas de María Angélica y de Pura, había optado, por patriotismo y por no andar en discusiones, por el nombre de Toribia. ¿Violeta o Perla, Hermelinda o Amanda? No, no, nada de eso: Toribia y nada más que Toribia. Este nombre se transformó, con la media lengua de la damnificada, en Toyita. Pero pasados los años, cuando Toyita se hizo una mujercita, adoptó el nombre de Haydée, que había visto en una reseña hípica. Este nombre correspondía a una yegua del **stud** Bend'Or del doctor Manuel Orellana Agüero, y no sé si por su exotismo o porque tenía un prestigio oriental, lo cierto es que Toyita se convirtió en Haydée sin que nadie protestase en la casa. María Angélica había sentenciado con muy buen criterio:

—A nadie le hace daño con esas tonterías...

Y Haydée fue hasta que se casó y hasta que se marchó del Barranco.

Y Haydée, en ese momento, pasaba una fuente con **sandwichs** realzando la calidad:

—¿No quleres, Herminia? Son de **foie-gras**...

¡Linda estaba la chiquilla en sus dieciséis años alegres y fuertes! Los ojos claros y el pelo rubio delataban la ascendencia italiana materna. Fina y ai-

rosa la silueta, tenía una graciosa agilidad que hacía resaltar aún más la prestancia de la chiquilla, en contraste con el ruborizado encogimiento de Pura y la gravedad un poco indiferente de María Angélica que imponía a todos, incluso a los amigos de don Armando, que solían venir todos los sábados a jugar un rocambor de diez centavos y a gustar un cierto "pisco" que le obsequiaban de Ica y que tenía fama entre todos los catadores.

* * *

No era muy grande la tertulia de don Armando pero sí era escogida. Suárez, desde luego, fue quien más intimara con el coronel ya que había sido el amigo de la casa. Venía también el doctor Juan Francisco Torrico, abogado y calvatuerno, don Pedro Nolasco Salazar, alto empleado del Ministerio de Hacienda, Ernesto Rivas y el muy famoso don Aristóteles Carrasco que, a causa de su nombre y de su miopía, había de tolerar las bromas de todos los amigos, y que era el único capaz de hacer reír al coronel regañón, retirado y viudo.

Un día le preguntaron don Juan Francisco Torrico y el doctor Suárez sobre el origen de su apelativo. Don Aristóteles les miró a través de los gordísimos cristales de sus antiparras y respondió de mala guisa:

—¡No me frieguen!

Pero don Pedro Nolasco Salazar y el coronel Urrutia insistieron en averiguar la razón por la que sus padres habían bautizado a Carrasco con tan extraño sustantivo propio:

—No se sulfure, Carrasco, diga cómo fue...

—Qué me voy a acordar si estaba chiquito... —respondió Aristóteles.

La idea de que éste, con esas antiparras gordísimas, esa calvita mal cubierta por los cuatro pelos que viajaban hacia la frente, ese aspecto de viejo prematuro, a pesar de sólo contar cincuenta años, con ese bastón barnizado de negro y puño de plata y ese traje marrón con una indefectible manchita en lo alto de la solapa izquierda y que parecía una condecoración, hubiese sido alguna vez "chico", hizo reír a todos. No, don Aristóteles no pudo nunca ser "chiquito". Debió venir al mundo así, tal como era ahora, con los anteojos, la manchita, la calva y el bigotito entrecano cortado como un cepillo de dientes:

—¡Diga, diga, don Aristóteles...!

—Pues... mi papá era muy aficionado a la historia antigua. Eso sí, tenía muy mala memoria: imagínense ustedes que se había leído todos los tomos de César Cantú y ni siquiera se acordaba de la fecha en que nació Napoleón. De lo que sí se acordaba muy bien era de la historia de Grecia porque la había estudiado de muchacho en el colegio del doctor Toro.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver? —interrumpió Torrico.

—¡Déjenme acabar!

—Sí, hombre, Juan Francisco, no interrumpa, hombre...

—Bueno: mi padre, que le gustaba un poco el trago, estaba leyendo la parte de Alejandro el día que me iban a bautizar. Esperaban al padrino, que fue el doctor don Lucio Obregón, abogado fiscal. Mientras tanto, mi padre se había tomado unos pisquil-

tos de un barrilito que le habían enviado de Ica, en donde había sido director del Colegio Nacional. Cuando llegó el doctor Obregón, ya mi padre estaba...

—¡Chispo!

—¡Caray, hombre, Torrico! ¡No interrumpa! —protestaron todos.

—Eso es: chispo. Tú lo has dicho. Y cuando fuimos a la Parroquia de los Huérfanos, en donde han bautizado a medio Lima, a la hora de preguntar el cura por mi nombre, mi padre largó lo de...

—¡Aristóteles!

—¡Torrico, hombre! —volvieron a protestar los amigos.

—Exacto —continuó Carrasco. Pero el amolado fue mi hermano que ahora se hace llamar Miguel. ¿Ustedes saben cómo le puso mi padre por culpa de Cantú?

—No... No... —murmuraban todos.

Aristóteles deletreó con sarcasmo:

—E-pa-mi-non-das...

La carcajada estalló unánime:

—¡Ja, ja, ja! ¡Jooo...! ¡Jo, jo, jo, jo! ¡Qué cosas las de su papá!

—¡Qué tal laya de señor! ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Ji... jo, jo, jo!

Y durante unos minutos siguieron las risas a costa del padre de Aristóteles y de Epaminondas hasta que Urrutia fue por una botellita de cristal tallado en que guardaba el exquisito mosto verde de Ica y por unas galletitas con queso.

¡Pobre don Aristóteles! A causa de su nombre soportaba estas bromas que, por otra parte, no eran

malignas. Este, con gran cordura y con sencilla bonhomía, las soportaba y las devolvía amablemente y, poco a poco, había conquistado la simpatía de todos. Don Armando Urrutia tenía por él, como tenía Torrico, el doctor Suárez y el jurisperito doctor Salazar, una especial deferencia, hasta el punto de soportarle todos los errores en el rocambo y todas las mentiras en la conversación, lo que constituía el único vicio irrefrenable de su vida.

Venía a veces a la tertulia de don Armando otro amigo, don Carlos Nieto, un escritor que habíase desencantado definitivamente de la literatura. Gordo, sensual, desafortunado y aventurero, había derrochado su juventud —su única fortuna—, en viajes absurdos por el Perú y en amores sórdidos de burdel, pero su inteligencia tenía siempre una frescura admirable. A pesar de todos los reveses de su fortuna siempre adversa, conservaba el don de su humorismo siempre fresco. Gran escritor, auténtico artista, reíase de ésta su condición exquisita y abandonábase a una pereza suicida, siempre quejoso de su suerte y sin envidiar nunca a nadie. Tenía un inseparable amigo, Guillermo Barba, a quien llamaban "Kerosene" porque existía acerca de él la leyenda de que un día, no teniendo qué beber, se había [tomado] el kerosene de su lámpara, quedándose a oscuras en la alcoba pero iluminado por dentro.

En los malecones solitarios, a esa hora melancólica del crepúsculo, las siluetas de ambos amigos, uno gordo y otro flaco, acentuaban la melancolía y la soledad del paseo. Cuando marchaban juntos no parecía que llegaban: siempre se iban...

* * *

Pero aquel día de recepción juvenil no llegaron los amigotes de don Armando y esto le tenía malhumorado. En el comedor, con unos bodegones de colores pálidos en unas oleografías dentro de marcos dorados y manchados de excrementos de moscas, con las bombas de luz eléctrica dentro de una pantalla lila de seda plisada, con el reloj que daba las horas a destiempo, los mozos alborotaban alegremente. Sobre la mesa con el hule blanco con una greca azul, se había puesto un mantel que, con motivo de esa fecha, habían confeccionado Hilda y Yolanda Mascheroni para obsequiarlo a Haydée. Allí, dispuestas simétricamente, estaban las fuentes de **sandwichs** y de dulces que rodeaban todos sin recurrir a las sillas con asientos de esterillas. Y en el traspatio, a causa de la bulla que los desvelara hasta las siete de la noche, los canarios todavía trinaban en sus jaulas puestas bajo un melocotonero que todos los veranos florecía con bellas flores rojas. En la cocina, una bulla casera de ollas y peroles apagaba la charla de la servidumbre que se sentía un poco incómoda con los delantales blancos y extraordinarios.

Como todo se acaba en este mundo, se acabó al fin la fiesta. A las ocho comenzaron a despedirse amigas y amigos con la acostumbrada exclamación: —¡Ay, tan tarde ya!

Haydée y María Angélica acompañaron a las amigas hasta el vestíbulo. Los mozos se despedían con el sombrero en la mano haciendo bromas sobre la exactitud de las mujeres:

—Mañana todas llegan tarde a misa...

—¡Qué ocurrencia! ¡Las primeras!

Y chasqueaban los besos de despedida en la alharaquenta efusión inútil y disforzada. Se fueron todos. Pura se había escabullido para evitar esta etapa final que a ella la azoraba extrañamente. Y ya en la sala María Angélica había tomado a Haydée por los brazos:

—¡Ya eres una mujer, Toyita...! Hay que tener juicio.

—¿Por qué me lo dices? —se extrañó la otra.

—Porque... No sé... Pero no te olvides nunca de mamá. Acuérdate de ella siempre, siempre...

En lo alto de la pared, en la ampliación de porcelana, la sonrisa de doña Graciela tenía una rara melancolía. Dijérase que el retrato cobraba en ese momento una vida extraordinaria. Sus profundos ojos claros, su boca para siempre muda, sonreían con vaga tristeza. María Angélica se detuvo contemplando el retrato unos instantes y unos instantes lo contempló Haydée. Y sin saber por qué, ambas hermanas se besaron con una efusión desesperada. Del fondo de la casa llegó la impaciencia tronante y senil del coronel:

—¿Y a qué hora se come en esta casa?

Fluye la vida con el devenir de los días que pasan en lenta caravana, llevándose las melancolías y las dichas, los nuevos dolores y la tristeza antigua, en su marcha inexorable hacia el misterio. Ronda ligera de las horas ataviadas en la farsa vistosa de la vida con los cascabeles de las bufas pasiones y las espinas de los dolores bufos. Días que se irán olvidando con el alud de los afanes nuevos, amores que se extinguen y rencores que se esfuman. Locas peripecias juveniles que se juraron eternizar "toda la vida", eternidad y vida que duran tan sólo lo que la juventud dura. Amores que se afincaron un día con la avidez del alma enloquecida en los corazones impacientes y alocados, y que se fueron deshaciendo poco a poco, con la muda y tácita anuencia del alma fatigada y del corazón aterido.

Soledad... Qué dulce es esa soledad que algunos supieron mantener a despecho de todas las tentaciones. Egoísmo que hace la dicha de quienes no quisieron amarrar su vida a otra vida que no se

amolda nunca y se rebela siempre. Mal egoísmo, quizás, pero cuyo precio final es la soledad de los fuertes que se transforma en el mayor de los placeres y en la única felicidad inmutable. Soledad... Vivir al azar de una emoción sin encadenar nunca la voluntad enhiesta, sin entregar nunca la íntima verdad que no siempre habrá de ser comprendida, sin conceder jamás al episodio grato y placentero de un amor, que habrá de extinguirse con las primeras canas, esa perennidad imposible que tan fácilmente jura el labio tembloroso en un minuto en que se cree poseer toda la verdad:

—¡Toda la vida...!

Pues toda esa vida tiene un límite preciso y justo, límite que suele acercarse cuando se esquina la voluntad o surge otra emoción distinta y nueva que viene a romper el encanto de la anterior y exigua. Porque toda palabra es inútil y todo juramento es falso en esos años en que se cree, al murmurar unas palabras o en la efusión de un primer beso, que no hay mejor dicha ni hay mayor felicidad más allá de ese amor ni más allá de esos labios. Entonces se alza el alma, confiadamente e ingenua, con una inocente arrogancia para la que ni los veinte años son excusa.

Soledad... aquellos que aprendimos a vivir a solas; aquellos que supimos tener por único interlocutor leal a la propia conciencia; aquellos que no nos entregamos jamás; aquellos que pusimos por encima de todas las efusiones la aristocrática y agresiva soledad, sabemos de la serenidad inconvencible y del placer altísimo de ejercer el desdén sonriente y piadoso. Soledad que es dulzura sin lágrimas, ener-

gía del corazón sin desmayo, pujanza de la inteligencia siempre en alto. Soledad...

Ir por el mundo con este bagaje fino y elegante de la soledad interior nunca interrumpida y permanente siempre. Yo he amado. He puesto en mis amores una profunda sinceridad y entregué mi corazón infante sin reticencia y absolutamente. Mas siempre me le devolvieron tan estropeado... En tantas tierras y bajo otros cielos, cuántas mujeres con la misma emoción sin variante, dejándome el mismo sabor de **rouge** de los mismos labios que siempre me juraron la misma mentira...

¡Pobre chorotega de los ritmos inmortales con que cantaba la "Canción de otoño en primavera":

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver...
¡Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer!*

Pobre poeta del **quartier** famoso de París, tras las verjas del Luxemburg llevando del brazo a la eterna chiquilla de la comedia eterna. Como él, cuántos hemos ido con nuestra pobre avidez sentimental, cazadores de emociones y de verdad de amor, en la incesante búsqueda tonta. Porque pusimos en las palabras, que siempre son las mismas, la misma certeza y el mismo anhelo, hasta que al fin llegó ese hastío que no se reprime nunca o esa incompreensión que deshace todos los amores. Y entonces no queda sino el recurso de emprender otra vez la fuga hacia otros horizontes, sin hallar jamás la mujer definitiva, aquella que tiene la dulcedumbre de una bahía quieta para este peregrinaje imperturbable.

Porque no hay remanso para la vida ni hay quietud jamás para el alma. Cuando se nace con un destino adverso; cuando el anhelo de paz jamás se cumple, cuando la desesperada angustia por hallar el remanso y la dulzura tranquila de un hospedaje sentimental jamás se satisface, lo mejor es romper todas las ilusiones y guarecerse en sí mismo, porque sólo la soledad da paz y sólo se logra paz por el desdén:

*A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
que para andar conmigo
me bastan mis pensamientos...*

Aquel desolado grito del clásico está diciendo todo lo que el hombre anduvo tras el fantasma de un amor jamás cumplido. Y cuando aquel otro poeta habla del ave de paso, la fugaz viajera desconocida, y añora el beso y la palabra trocados en una noche marina de estrellas desoladas, señala acaso la única posible felicidad: encontrar a una mujer; amarla unos minutos y volver a empezar el viaje sin canso.

Soledad... Dulzura de las horas crepusculares en un viejo malecón que fue el locutorio cálido de los amores. Belleza de las mañanas encendidas y rubias en la playa solitaria, ahora, y rumorosa. Versos que se musitan a solas entre la arboleda parlanchina junto a la fuente susurrante. Y sólo el recuerdo suntuoso, como un tesoro oriental, para ir sacando del cofre siempre inexhausto tantas imágenes borrosas, tantas sonrisas nítidas, tantos sabores de besos y tantas amables falsedades inocentes... Porque aquella que pudo ser la predilecta de la vida no quiso defender su pobre amor aterrido

de miedo. Y en esa hora ineludible y nocturna en que hacemos el examen de conciencia que preconizaba Baudelaire, sonreír ante los fantasmas adorables que un día nos dejaron, con el deleite suave de unos besos, esta dulce soledad querida, única esposa posible para el alma en fatiga y para el alegre corazón que perdona tantas mentiras...

—¡Ite misa est!

A duras penas esperaron las muchachas que el franciscano oficiante diera la bendición y salieron todas en un tropel bullicioso de esa misa de ocho que ese domingo, precisamente ese domingo del paseo, se había demorado enormemente con un larguísimo sermón sobre la repartición de los panes y de los peces.

En el atrio esperaban los mozos con claros trajes campestres y los devotos concurrentes se detenían unos instantes para contemplar al grupo juvenil que alborotaba en la plazuelita desnuda, con la blanca estatua de la Inmaculada en el medio y que unas mustias palmeritas, unos secos y enfermizos geranios adornaban exiguamente. Hilda y Yolanda Mascheroni fueron a su casa para cambiar la mantilla por los sombreros, pues las otras se atrevían ya a ir a la iglesia sin la gracia vaporosa del tocado castizo.

El grupo tomó por la calle de Santa Teresa hacia la plaza de Raymondi en donde esperaban los bu-

rros, aperados rústicamente, rodeados por los palomillas haraposos que no necesitaban de pretexto para arremolinarse y rebullir con gritos y silbos, insultándose con moteles que la presunción elegante de los paseantes hacía disimular como si nada oyesen.

La Raya de Bolivia había amanecido tres horas antes. Los puestos de verduras, las carnicerías, las chinganas de los chinos impasibles, estaban ya menos concurridas a las nueve de la mañana, y sólo quedaban unas cuantas mujeres rezagadas que venían a hacer compras. En un puesto de periódicos, un hombre cojo con una chaqueta que fue negra y era ahora negruzca, de unos cincuenta años, gordo y con antiparras, leía en voz alta, en un corro ávido, las peripecias de un criminal. De rato en rato se espantaba a un curioso que asomaba por encima de su hombro para ver la cara del matarife:

—¡Caray, hombre, no se arrecueste!

Y proseguía impertérrito la lectura que embobados escuchaban mozos maltones, chiquillos mugrientos explorando con el dedo todas las profundidades de las narices y contemplando luego el resultado. En el empedrado de la calle, un perro se rascaba las pulgas y unas palomas discurrían con el buche tornasol y fulgurante, rápidos los ojos asustados que atisban una piedra que venía sin saberse de dónde para que alzaran el vuelo sonoro y fino. En un callejo castaño, repletas las alforjas de costal remendado, pasaba un italiano requemado como un cangrejo, moviendo los pies apoyados en los estribos de cajón. De una casucha se exhaló el grito maternal y destemplado de furia que llamaba:

—¡Feliciciaaano!

Y en torno a un puesto de raspadilla, una parvada de muchachos pedía a gritos:

—¡Un tongo di' a medio!

—¡Oye, pa' mí pa' llevar! ¡Apúrate!

Inmutable, con una gorra gris y un sucio mandil que fue blanco, el japonés raspadillero proseguía en su faena de cepillar el bloque de hielo, moldearlo en un vaso y rociarlo de jarabes de distintos colores y un mismo sabor dulcete y en los picos de cuyas botellas las abejas zumbaban sin espantarse libando tranquilamente.

Por esa Raya de Bolivia comenzó esto que podría llamarse cabalgata. Los burros pacientes llevaban la carga de las mozas ataviadas con claros colores y de los presumidos mozalbetes que, por alarde de equitación, cabalgaban de espaldas a la cabeza del burro indiferente. A los lados del camino, las acequias regaban las raíces de los ficus sombreros y verdinegros, los sauces de follaje claro con pequeñas flores blancas y amarillas. El campo se extendía a ambos lados y a veces saltaban, foscos y ariscos, unos perros panfletarios. Sobre las bardas de los potreros saltaban los guarda-caballos, esos pájaros negros y sin gracia que tienen un silbido grato. En los parrales lucía el pecho rojo de un chirote y a medida que se alejaban de la Raya y comenzaba el campo, un dulce rumor, un fresco y estimulante perfume de campo, ponía en todos una alegría inusitada.

Campo del Barranco. Lejos, al este, las lomas peladas de San Juan todavía indecisas en la neblina matinal que un sol tibio no lograba ahuyentar. Al llegar al Puente de Corrochano, para descender a San

José de Surco, el campo se acentuó aún más con sus cañaverales esbeltos y los pantanos sobre los que volaban, graciosas y ligeras, libélulas polí cromas. El croar de las ranas y el silbido de los gorriones se confundían con el rumor de la arboleda espesa, y surgía a veces, entre el verde oscuro de los helechos airosos la blancura irreprochable de un loto dormido en la ciénaga. Al cruzar un campesino, se destocaba la cabeza para murmurar un suave saludo:

—Buenos días les dé Dios. . .

Los álamos despuntaban en medio de los bosquecillos, llevándose hasta la punta de las ramas más altas las campánulas azules, rojas, blancas, amarillas, que trepaban por el tronco recto. Atada a una cuerda, una cabra rumiaba llamando con un balido intermitente al cabrito que retozaba entre la verdura y paraba las orejitas al rumor de las risas de los paseantes. Y protestando de que le interrumpiesen su reposo en el lecho de tierra, un can flaco se alejó con la cola entre las piernas, ladrando tímidamente y volviendo el hocico malhumorado. Y, siempre, el viento libre jugando en el campo.

Todavía no calentaba el sol demasiado. Las nubes escasas viajaban en lo alto del azul, manchado por el vuelo concéntrico de unos gallinazos que, sabe Dios dónde, habían atisbado una presa. Desde lejos, pero muy lejos, llegó el rebuzno de un garañón y todos los burros del paseo enarcaron las orejas. El burro que cabalgaba Haydée comenzó a rebuznar estrepitosamente y la muchacha se arrojó con un espanto pueríl y exagerado:

—¡Dios mío, qué animal. . .!

Y todos rieron de este espanto. Ella se negaba a cabalgar otra vez sobre esa bestia que había tenido la osadía de asustarla:

—¡No, no! ¡Yo no lo monto! Qué susto me ha dado... ¡Pedazo de burro!

Pero poco a poco tornaron todos a dejarse llevar por la paz del campo y la dulzura de la hora. ¿Qué dice el rumor de la arboleda que tan pausadamente se mece? ¿Qué leyenda suave, qué suave idilio narra la fuente que parlotea entre las pedrezuelas del lecho, acariciando las lianas que caen de los árboles, dejando entrever los pececitos plateados y rojos nadando en las linfas claras? María Angélica, a la cola de la cabalgata, acompañada por Carlos Espejo, escuchaba la voz innumerable y diversa del campo, y éste, en silencio, contemplaba de reojo a su compañera embebida con la atmósfera pura y diáfana. Hasta que la interrumpió:

—¿Qué piensa, María Angélica?

Ella sonrió con vaga dulzura:

—En nada... Me dejo llevar por... todo eso. ¡Qué bonito!, ¿no? A veces una quisiera quedarse aquí, sin hacer nada, sin querer nada, sin pensar en nadie, escuchando todo este rumor...

—¿Sin pensar en nadie, Maruja?

—Sí... ¿Para qué? Es suficiente este campo, con sus árboles, sus chirotes, sus gorriones... ¡Mire qué bonito ese pajarito! ¿Cómo se llama?

—No sé.

Ambos callaron. Espejo había tenido siempre, desde hacía meses, desde que la conociera, una actitud más reservada y más circunspecta con ella que con las otras amigas. Ella lo había notado y había agradecido, sin decírselo desde luego, esa diferencia

que hacía. Las otras habían comentado más de una vez:

—¿Sabes?, para mí que Espejo está enamorado de María Angélica...

—¡Ay, hija! ¿Por qué?

—No sé, con ella es de una manera más...

Y no pudiendo decir qué manera, Violetita Campos, que había sido la del descubrimiento, hizo con la mano un gesto que las otras, Hilda Mascheroni, Adela Chávez, Adalguita Menéndez, habían ratificado:

—Ah, ya...

Y en aquel día del paseo se habían confabulado todas para dejarlos, la más de las veces, solos. Al marchar por el camino hacia Surco, María Angélica y Carlos habían retardado el paso a causa del polvo y a pesar de haberse quedado atrás, sólo habían cruzado unas cuantas palabras. El Puente Corrochano, con su leyenda del fraile suicida por amor, sirvió de pretexto para volver a anudar la conversación. Y el verde varlado de los cañaverales y de los helechos, fue también tema para que las palabras no se muriesen:

—Pero, ¿le gusta de veras el campo, Maruja?

—Sí... Además no he conocido nunca otra cosa; primero la Magdalena Vieja, que es una aldea; ahora el Barranco. Pero prefiero el mar, ¿sabe? El mar es más...

—¿Grande?

—No, pero dice más... El campo es bonito, simpático, pero sólo para esto: un paseo o una temporada. Pero el mar... Yo no sé, no me cansa nunca.

—Sí. Y esta paz es un poco artificial, ¿no le parece? —añadió Carlos. Además da la sensación de

esos nacimientos de Pascua, en que todo está tan arregladito, tan limpio, tan bien colocado, que provoca ensuciarlo y desarreglarlo todo.

María Angélica rió brevemente.

—No, ¿por qué? Esto está muy bien. Fíjese en ese Barranco tan igual, tan monótono. En el pueblo, en la ciudad, las cosas parecen que no supieran nada de nada... Aquí, en cambio, todo parece tener un secreto y todo parece que siempre estuviera haciendo una confidencia... Fíjese en ese sauce: así, sobre la fuente, con esa sombra que debe ser fresca, ¿no le provoca a usted tenderse y dejar pasar las horas?

—Pero, ¿cuántas horas, María Angélica?

—Toda la vida...

—¿Sola?

Ella no respondió. Al mirar a Carlos encontró en sus ojos una expresión en la que había una ternura que antes nunca viera, una extraña luz cariñosa y, entonces, bajó los ojos sonriendo:

—¡Claro!, ¿con quién iba a pasarme toda la vida debajo de un sauce?

—Con quien la quisiera, María Angélica...

Se hizo un silencio que ninguno se atrevió a romper. Ese silencio que parece durar una eternidad y que emociona hasta lo más profundo. Ese silencio en el que las mujeres jamás cometen una tontería y en el que los hombres hacen dos clases de estupideces: o encender un cigarrillo o ponerse a silbar. Carlos optó por lo último.

Pero felizmente vinieron a sacarles de este dulce enojo las voces exageradamente alegres con que todos, especialmente Juanín Vélez, el insoportable,

el inaguantable Juanín Vélez, afeminado y lleno de aspavientos, avisaban la llegada:

—¡Aquí es! ¡Aquí es! ¡Apúrense!

—¡María Angélica! ¡Ven, ven!

La huerta estaba florida de rosas, de claveles, de altos lirios escarlatas, con una ramada de madreselvas y jazmines que daba una fresca sombra perfumada. Las habitaciones de Misia Adelaida habían sido construidas de adobes sin enlucir y techo de cañas. El piso de tierra endurecida por el riego, estaba recién barrido. Los melocotones, los manzanos, los altos pacaes y los membrillos lustrosos, no habían perdido sus hojas mas no florecían todavía. Sólo los nísperos mostraban entre el follaje sus afelpados frutos amarillos y los guayabos tentaban con las pomas verdes que nunca se sabía si estaban maduras.

Al llegar, unos pavos cloquearon escandalosamente huyendo pesadamente hacia el interior. Una parvada lenta de gansos hicieron coro a los pavos, y la clueca se detuvo un instante, con una pata en alto, mirando fijamente con un ojo encendido a la turba bullanguera que hizo irrupción en la huerta. Los pollitos prosiguieron, indiferentes, en su busca de gusanillos y lombrices, corriendo todos hacia el que había encontrado un bicho o un grano demasiado grande para él. En lo alto de una alcándara, una lora dio la bienvenida, gritona y desafinada:

—¡La lora! ¡Buenos días! ¡La lora, la lora!

Debajo de la parra se extendía una mesa con bancas sin respaldo, ataviada con un blanco mantel en algunos puntos remendado. Las servilletas eran de papel blanco con los filos azules, y los cubiertos de estaño pertenecían a muy distintas familias. Grue-

sos vasos de vidrio esperaban la chicha imponderable de la india, y en lugar de pan humeaban las fuentes de yucas, y otras fuentes más pequeñas con cancha dorada y choclos. En unos potes de barro cocido, los alelíes morados y los chunchos de oro decoraban luminosamente la ancha mesa.

Mas nadie advirtió estos lujos. Don Jacinto Suárez, que habíase adelantado con su señora, pues siempre en estos paseos iba entonces una pareja "de respeto", vigilaba a su esposa y a Misia Adelaida, muy atareadas con la parrilla de anticuchos y el perol de los picarones que esparcía un aroma aperital succulento. En el brocal del pozo, una indiecita, nieta de Adelaida, sacaba en cubo el agua fresca.

—¡Niña María Angélica! Buenos días... ¿Cómo está el señor?

—Bien, Adelaida, muy bien... ¿Y tú? ¡Cada día más gorda y más buenamoza!

La india reía con oleadas del inmenso seno satisfecho, acalorada por el trajín y el brasero.

Y todos, mientras se servía el almuerzo, se dispersaron por la huerta. Juanín Vélez hacía aspavientos ante el esfuerzo de Jorge Cabero y Héctor González que trepaban a un guayabo altísimo. La flauta amariconada de la voz de tiple agudizaba su espantado asombro:

—¡Ay, por Dios, éstos se matan!

Yolanda, furiosa, hizo callar al niño del dengue:

—¡Basta, Juanín!

Luego se volvió a otras amigas:

—¡Me crlspa los nervios este idiota!

Y en la huerta se hizo una algarabía de risas que hacían romper a los pavos en un cloquear constan-

te. Retrasado, impertérrito sobre su burro, con unos extraordinarios pantalones de golf que por entonces no se conocían, no sólo en el Barranco, sino en todo el Perú, llegó Frank Smith, un sencillo y corriente Smith, que según Juanín era "de lo más simpático". Nadie conocía al **yanki** y lo único que de él se sabía era que trabajaba en la estación de "All America Cables" por entonces en el Barranco, y que tenía una sólida estampa y una simpática expresión en su cara de niño grande. Juanito lo presentó al doctor Suárez, a doña Azucena y María Angélica. La señora Suárez no pudo evitarse el comentarlo:

—¿Tan grande y con pantalones cortos? ¡Ave María!

Luego le llevaron adonde Haydée que estaba muy afanada dirigiendo a Jorge Cabero que había subido por unas guayabas:

—No, ésas no. . . ¡Te digo que ésas, no! ¡Las otras!... ¡Esas, sí, ésas!

Interrumpió Vélez:

—¡Oye, Haydée, reina, te voy a presentar a Frank!

—Mucho gusto. . .

El otro la sacudió la mano con una **shake-hands** excesivo:

—Frank Smith.

Mientras el gringo saludaba a las otras muchachas, Haydée quedó restregándose los dedos machucados por la manaza de Smith:

—¡Que gringo tan bruto. . .!

María Angélica no tomó parte en esta poda de frutos. Con doña Azucena y Adelaida se quedó al lado de los braseros, con mandil improvisado, ayudando el faenar de las dos mujeres, la doctora y

la hortelana, hermanadas un instante en el quehacer femenino de los guisos. Carlos Espejo, al lado de ellas, aceptó la invitación del doctor Suárez que le había dicho guiñando el ojo con picardía:

—Espejo, tengo aquí un pisco...

—Pues vamos a probarlo, doctor...

Don Jacinto descorchó la botella y se sirvió una copa de reglamento, según él, unidad de un especial sistema de pesos y medidas que significaba copa doble. Espejo aceptó también la copa de reglamento que el doctor había aprobado con entusiasmo:

—¡Así me gustan los hombres!

—¡Salud, doctor!

—¡Salud!

Después de apurar su copa, Espejo se quedó mirando a María Angélica y ésta le reprendió:

—Cuidado...

—Oh, no... Una copa, nada más.

El doctor Suárez había mediado:

—Las mujeres a sus asuntos.

Luego volvióse a Espejo:

—Usted, ¿hace mucho que vive en el Barranco?

No, no hacía mucho. Tan sólo seis meses hacía que había dejado Lima por traer a su madre, anciana y enferma, a quien los médicos habían aconsejado salir de la humedad de la capital.

—¿Qué tiene? ¿Reuma?

—No, doctor, setenta años...

—La peor dolencia.

Espejo era el último hijo y el único que vivía de cuatro hermanos. De ascendencia arequipeña, vinieron a Lima cuando él era todavía un muchacho de

quince años —hacía diecisiete de ello— pues los negocios de su padre se habían ampliado y debía atender la agencia de Lima. Ahora, muertos los tres hermanos y la hermana, después del padre, él había quedado al frente de la oficina de Lima y la de Arequipa la atendía su tío carnal, don Eufemio, y las cosas felizmente no iban mal. Sólo esta espina de la madre viejecita y esta soledad que sólo se distraía un poco con el trabajo.

—Y, dígame, doctor, ¿hace muchos años que conoce usted a los Urrutia?

—He visto nacer a las tres chicas.

—De modo que, ¿es muy amigo usted, claro?

—¡Imagínese! Armando ya está viejo. Sobre todo muy achacoso porque es menor que yo y véame usted: todavía tengo mucho por delante.

—Y, usted, doctor... Claro... Tiene que conocerla...

—¿A quién?

—A María Angélica.

—La conozco y la quiero. Para mí estas muchachas son como hijas mías. Sobre todo para mí que no tuve hijos y eso, que lo deseé toda mi vida...

—Hum...

El doctor rió luego su broma drolática:

—Pero a pesar de todos los esfuerzos... ¡Je, je, je, je...!

Espejo rió también cortésmente.

—Y ahora, dígame usted también, ¿por qué me pregunta?

—¡Hombre! ¿Yo? Pues... Por saberlo, doctor... Además que María Angélica me parece una muchacha...

—¡Excelente, amigo mío, excelente!

Y pasaron las horas y llegó la hora del almuerzo. Y después del almuerzo las otras horas perezosas

de la siesta en la que se hicieron pequeños grupos que bromeaban bajo la sombra de los árboles. Héctor González Urrutia y Espejo tenían reservada una sorpresa. ¿Cuál? Pues nada: unas guitarras. Unas guitarras en ese tiempo en que todavía se ignoraba la majadería portátil del gramófono. Las templaron y cantaron.

Primero el vals lento y melodioso, un poco cursilón con desgarrados versos; luego la tonada de las sañas y las marineras que bailaron doña Azucena y su marido, en medio del estruendo de las muchachas.

—Pero qué bien, doña Azu...!

*Dime mi morenita
qué cuento es éste,
que uno ponga la cama
y otro se acueste...*

Y luego los tristes, los yaravíes de la tierra de Arequipa —tierra de Melgar—, con las desencantadas palabras del poeta y el tema inagotable del amor. Guitarras criollas que desgranaban en la pereza luminosa de la tarde la canción cristalina, retozando con los tonderos y llorando con los tristes. Guitarras que han sido siempre el pretexto insinuante y la pícara alusión que ninguna mujer escuchó jamás sin rubor y sin encanto. Guitarras que decían el dolor de la lejanía:

*Unos lloran penas,
vidalita,
otros el amor...*

*Yo lloro la ausencia,
vidalita,
que es mayor dolor...*

Y, entonces, cuando hay en el fondo del alma una pequeña canción que no se confiesa ni a sí mismo, se canta y se tañe con una elocuencia que siempre saben adivinar quienes la reciben. Esas guitarras que dicen, bajo la calma del emparrado, en la gloria perfumada de jazmines, todas las ternezas y que ríen todas las picardías, se escuchan, más que con los oídos, con el alma. Con el alma, siempre ávida porque es juvenil, siempre ávida porque está sola.

Hasta que la voz impertinente e inoportuna de doña Azucena vio la hora:

—¡Las cinco ya! ¿A qué hora vamos a llegar al Barranco?

Y se dispersó la parvada. María Angélica quiso regresar en el birloche de don Jacinto y Espejo le pidió a Suárez:

—¿Y para mí no hay sitio, doctor?

—¡Cómo no!

Y volvieron. Los burros emprendieron el regreso con el paso cansino y lento que no variaba nunca. La tarde iba tomando una vaga coloración todavía difusa, aun cuando ya habían nubes rosadas por encima de las lomas de San Juan. En el asiento posterior del birloche, Espejo interrogó a María Angélica:

—¿Simpático el paseo, no es cierto?

—Sí, muy simpático.

Los grillos comenzaron a medida que el sol se marchaba, a engarzarse sus rumores millonarios. El

campo se iba adormeciendo poco a poco, sin los trinos del día, arrullado tan sólo por el rumor del agua suelta y parlanchina. Unos gallinazos cruzaron velozmente hacia sus misteriosos palacios arbóreos, y unos aldeanos cruzaron apresuradamente hacia el pueblo lejano de San José de Surco. Ni un ladrido rompió la armonía de la tarde campesina que tenía una vaga paz melancólica.

—No le conocía esas gracias de la guitarra...

—¿Le gustó?

—Sí...

—Usted, ¿no toca?

—Un poco el piano... Pero la guitarra debe ser linda, ¿no es cierto?

—Acompaña un poco. A veces, cuando uno está solo, se pone a tocar y eso distrae...

María Angélica calló mirando la lejanía del campo que comenzaba a esconderse en la sombra azul. Con los baches del camino el birloche saltaba haciendo a veces que la muchacha se apoyase en el brazo de Espejo. Este la miró unos minutos y ella hizo como si no percibiese la mirada. Luego la preguntó:

—¿Usted sale muy poco, no?

—Sí... A veces voy al Parque con Yolanda, con Hilda... ¿Por qué?

—Porque me gustaría volver a verla, María Angélica.

No supo ella qué responder. Sus ojos volvieron a viajar por la lejanía de la sombra, por el campo primoroso y dormido. Luego murmuró:

—Pues... —y no supo qué decir.

De pronto, sin saber de dónde, llegó un cantar melancólico. Ambos escucharon la voz que modulaba en el viento la copla cuyas palabras no se percibían

claramente. Ambos escucharon la canción que se entristecía en el crepúsculo de nacaradas tintas suaves y, sin saber cómo, Carlos tomó una mano de la moza que no la retiró:

—¡Cómo quisiera enamorarme, María Angélica, enamorarme con toda mi alma...!

Y murió el cantar en la lejanía oscura del campo ya dormido.

Al servir el café Haydée preguntó a María Angélica:

—Oye, ¿quieres salir?

—No, estoy muy cansada...

Don Armando, doblando la servilleta, protestó risueñamente de este afán de paseo por el Parque después de la excursión en burro.

—Pero, ¿tú no te cansas nunca? Después de haber chivateado todo el día, marcharse ahora al Parque...

¿Para qué?

—¡Ay, papá...!

Pero María Angélica se negó a salir: el cansancio, el polvo, el sol, todos los ajeteos en la improvisada cocina de la huerta, el burro y el birloche del doctor Suárez:

—No, hija, estoy rendida... Ahora no quiero sino un baño bien caliente y... ¡a la cama!

La alcoba estaba alumbrada sólo con la votiva lámpara de aceite debajo de la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. María Angélica se des-

nudó rápidamente y, envuelta en la bata de felpa, fue al baño.

Se miró largamente en el espejo, pasándose el peine por las crenchas oscuramente rubias y sueltas sobre la espalda. ¿Estaría enamorada de ella Carlos Espejo? A lo mejor... Ella no había escuchado nunca esas palabras que siempre son las mismas, pero que siempre tienen un nuevo encanto. ¿Enamorarse? No, no podría ser. Ella sabía que después de esas palabras, después de esos besos furtivos y veloces, en la soledad del malecón, vendría el episodio total: aquél en el que una mujer se da absolutamente, íntegramente al poderío del varón. La bata se deslizó por la espalda y cayó a sus pies. En el fondo luminoso del espejo se vio desnuda, altos los pechos núbiles, esbeltas las caderas graciosas, llenos y frescos los muslos rosados. Se contempló mimosamente, mirando su cuerpo virgen lleno de alegría y de fuerza, que nunca se crispó con el escalofrío sensual y enamorado, que jamás adivinara la suavidad de una caricia. Bajo la lumbre de la lámpara eléctrica, la carne joven y blanca tenía tonalidades de nácar. Un pequeño calofrío la crispó y entró al baño. El agua tibia la acarició largamente y un suspiro hinchó brevemente su pecho terso y joven. Y cuando salió, arrastrando las chinelas, suelto el cabello sobre la espalda y anudado con una cintita roja en la cabeza que le dejaba la frente desnuda, murmuró con cierto despecho y con una vacilante convicción:

—No, mejor no... No podría ser...

E inmediatamente se acostó. El ropero de una sola luna, la cómoda sobre la que habían dos estatuitas, una de San José con el Niño y una azucena, y otra

de San Roque mostrando el muslo con una llaga y el perro misericordioso, la mesita de noche con la lamparilla azul, completaban todo el menaje. Haydée llegó y se sentó en el filo de la cama:

—¿Por qué no has querido salir?

—Estoy muy cansada, hija... Además...

—Es que yo había quedado con Smith en vernos después de la comida...

—¿Cómo?

—¿No sabes? Si me ha estado enamorando en todo el paseo... ¡Más costear el gringo!

—Pero, Haydée, ¿estás loca?

—No, ¿por qué? Nada de malo tiene que yo le guste. No soy tan dejada de la mano de Dios y el gringo es bien, pero bien simpático...

Y un mohín voluntarioso acentuó su juicio sobre el yanki. María Angélica empujó la almohada y se sentó en la cama.

—Mira, Haydée: me parece una tontería de que, porque se aparece de repente un muchacho que te dice "bonitos ojos tienes", ya quieras hacer tonterías. Todo el día has estado con él y es una tontería que ahora pretendas salir por la noche a seguir coqueteando para que el gringo ese, mañana o pasado te plante y san-se-acabó...

—¡Claro! A ti te parece una tontería en cuanto un muchacho enamora a una muchacha porque a ti no te gusta nada de eso. Como tú tienes más de monja que de mujer, por eso...

—Nada de eso, hija —la interrumpió la otra— a mí también me han enamorado en el paseo.

Haydée abrió los ojos:

—¿A ti?

—Sí, a mí. Carlos Espejo, para que lo sepas. Yo tengo más años que tú y ya podría pensar en casarme. Pero, ¿sabes? A eso no se puede llegar sino cuando una muchacha está enamorada con toda su alma, ¿entiendes? ¡Con toda su alma!

—Ay, qué cosas las tuyas, hija... —despreció la chiquilla. No sé por qué tengo que pensar en casarme. De lo único que se trata es de poder... ¿Cómo te diré? Distraerse un poco. ¿Toda la vida metida en casa, saliendo al Parque y sola entre mujeres? No, Maruja, ¡qué ocurrencia! Además ni tú ni yo tenemos todavía facha de solteronas...

—No seas chiquilla... Anda a acostarte.

Las dos hermanas se besaron. Dentro se escuchaba el carraspeo de don Armando que conversaba con Pura. Al salir apagó la luz Haydée y María Angélica se quedó con sólo la lamparilla de aceite. El cuerpo núbil y airoso se estiró entre las sábanas con un suspiro laxo. Con los brazos detrás de la cabeza, el pecho resaltaba arrogante y gracioso. Y su pensamiento comenzó a correr y comenzó a volar su imaginación.

¿El amor? Esa emoción escondida, ese temblor íntimo y esa aspiración que asombra a quien la concibe, todo eso que es el amor, ¿qué podría representar para ella? En primer lugar tenía ante sí el problema que significaba el padre anciano, achacososo, que, cualquier día, podría irse en el viaje sin retorno. Pura no era, a Dios gracias, problema alguno porque su beatería, su empecinada afición a las cosas de la iglesia, a los altares y a los santos, la ponían al margen de todas las tentaciones mundanas. Haydée misma era todavía muy chiquilla para que pudiese preocuparla, pero sí había algo que

la preocupaba verdaderamente: la continuación de la casa de los Urrutia.

No es que ella, María Angélica, tuviese preocupaciones aristocráticas de estirpe. No era nada de eso. Pero aquel hogar de los Urrutia, aquella casa humilde y digna que formara el amor de sus padres, debía mantenerse a despecho de todo, a pesar de todos los contratiempos. Y cuando el padre desapareciese, cuando el viejo aquel, regañón y tierno, cariñoso y maniático se fuese para siempre, ¿quién, sino ella, sostendría en la casa el orden y la compostura? Y esto, desde luego, le vedaba toda incursión en el territorio del amor.

Pero, ¿no era también mujer? Y sus labios, entonces, ¿no sentirían jamás, jamás, la efusión de un beso? ¿No se crisparía su cuerpo en el abrazo absoluto, anhelante y angustioso, dado totalmente al amor de un hombre que depositase en su seno el germen de un nuevo ser? Ah, ¿cómo sería aquello? ¿Cómo sería el delirio del amor, el abrazo inmenso y tremante, el sentirse penetrada dulcemente y sentirse "la mujer" de un hombre? De Carlos por ejemplo... Sí, de Carlos, ¿por qué no? El sabría quererla y sabría respetarla y ella sabría darle toda su belleza y toda su ternura.

Volvió a encenderse la lamparilla eléctrica. Sentía un raro calor en la cama y arrojó la colcha. Carlos Espejo... ¿Podría ser? Un momento cerró los ojos y se imaginó que estaba ahí, a su lado, en el mismo lecho. Cruzó los brazos sobre el pecho imaginando abrazarlo y cruzó las piernas como si lo hiciese junto al cuerpo del marido. Así, con los ojos cerrados, imaginando el deleite de su amor, se estuvo unos minutos quieta, soñando con el amor de aquel

mozo que, porque la había dicho unas vagas palabras de anhelo, ahora la hacía soñar extrañamente.

Su amor, su amor, ¿cómo sería? ¿Con qué dulces palabras nuevas y distintas arrullaría su sueño, cuando ella escondiese la cabeza en el pecho del marido, después de haberse dado toda en el más amplio, en el más abierto gesto generoso? ¿Cómo sería, por Dios, cómo sería la efusión enfebrecida y el abrazo tremante?

El sueño la vino a vencer poco a poco. Pero antes de dormirse, sonrieron sus labios encendidos y sensuales y se besó en los brazos desnudos y carnosos como si besara, después del delirio maravilloso, los brazos del hombre fuerte. Y se durmió.

Los focos eléctricos —¿por qué le llamarán "focos eléctricos" en mi Barranco?— iluminan el Parque en esa hora nocturna de la retreta. En el centro, bajo la glorieta de madera con unos vidrios de colores, coronada por una media luna musulmana e inexplicable, los músicos de la banda militar de la Escuela de Chorrillos han dejado, por unos minutos, la marcialidad de las marchas a cambio de unos tangos, unos valeses, un **pot-pourri** de "Tosca" y un pasodoble alegre. Una brisa suave mece las copas de los jacarandás, los rosales y los lirios de los **parterres**, y por las calles extremas del Parque camina una muchedumbre alegre de chiquillas, de parejas de enamorados incipientes y hasta de gordos matrimonios lentos. En las bancas descansa otra muchedumbre que no ama las vueltas interminables y los enamorados que ya tienen patente de tales.

Al grupo formado por Hilda Mascheroni, Adalguita Meléndez, Flora del Campo y Haydée Urrutia, se

agregó Frank Smith, a quien, con ese disimulo en el que las mujeres ponen tanta suavidad, dejaron solo con Haydée pretextando que no cabían todos en la vereda y que era más cómoda la separación.

El gringo se había encandilado, desde el día del paseo, con los ojazos de la chiquilla que le había coqueteado a su gusto. A ella no le disgustaba tampoco la presencia del muchacho que, a más de ser bastante buenmozo, tenía un sueldo asaz apetecible. Era ésta la segunda vez que se veían. Fue la primera una mañana, cuando ella saliera a hacer unas compras a la botica y se había encontrado con Smith. Este la invitó a tomar un refresco cualquiera en un saloncito que entonces se llamaba "Petit Palais" y luego se habían quedado charlando, algunas horas, en una banca del Parque. Y esa charla que tuvo lugar a las once y media de la mañana, con sol, con trinos de gorriones, con paz en el Parque desierto, había sido el comienzo de este idilio. Haydée se enamoró, a su manera desde luego, a esa su manera despreocupada y leve, le gustó el mozo y eso fue todo. En cambio él, viviendo a solas tanto tiempo; sin tener a su lado con quien hablar de sus conflictos y sus anhelos; sin tener la voz amiga y femenina, se dejó llevar por esta nueva emoción que venía a llenar innumerables vacíos en su alma de extranjero. Y a esta emoción se aferró casi con desesperación.

Aquella tarde se habían encontrado casualmente. María Angélica había accedido en acompañar a Haydée y a Smith y, a esa hora, en el Parque de Barranco, Carlos Espejo les había encontrado. Cuando Smith saludó a éste, lo hizo con una expresión de gratitud que obligó a sonreír al otro.

Mas aquel Parque tenía una incómoda frecuencia de gentes y entonces propuso Espejo:

—Vamos al malecón sur...

Haydée y Smith aprobaron con disimulada indolencia en la que había entusiasmo. María Angélica pretendió protestar:

—¿Al malecón? ¿Para qué? Si aquí estamos tan bien...

Pero fueron. Allá, frente al mar, en el silencio de la tarde encendida de crepúsculo, el diálogo tendría un allciente inédito. Lejos, al norte, la mole de las islas de San Lorenzo y El Frontón. Aquí, al sur, la punta del Salto del Fraile y las luces de Chorrillos, desordenadas y alegres en la lejanía, como una procesión de antorchas mal llevada. El horizonte se encendía con las tintas fulgurantes del tramonto, incendio de los oros y tenues los nácares, apenas manchados con la cinta Ingrávida de unas aves rezagadas y ligeras. El mar se extendía desde el acantilado hasta la inmensidad lejana y el faro de Palominos comenzó a girar su estrella roja y modesta. Una brisa fresca mecía las copas de las palmeras y los jardines de las "villas" y a veces se percibía el eco intermitente de un tranvía que iba o venía de Chorrillos y el estridente pregón del palomilla periodiquero:

—¡El Comerciooo!

Otras parejas se diseminaban por las bancas en esa tarde barranquina. Smith y Haydée se sentaron y María Angélica con Espejo prosiguieron unos pasos el paseo hasta que, a insinuación de Espejo, también ocuparon una banquita.

Y, entonces, ya no hubo diálogo. En la hora encendida del tramonto muriente, los labios se unen en

ese otro diálogo en que no hay palabras. Besos eternamente repetidos, mejor que todas las promesas y más firmes que todos los juramentos. Dulce diálogo apetitoso de la lengua crispada y de la boca entreabierta, anhelando siempre que ese beso no concluya y que, cuando termine, vuelva a comenzar como repetida caricia inexhausta. Manos que se enredan y la desmayada cabeza de la moza sobre el hombro del galán triunfante y el eco moribundo de sensualidad y ensueño:

—¡Amor mío...!

Mas luego, cuando volvieron a las ocho, cuando María Angélica veía caminar por delante a Haydée tomada del brazo de Smith, pensó con amargura y con desdén:

—He hecho una estupidez...

¿Por qué? No lo sabía a punto fijo. Carlos intentó hablarla con ternura, sintiendo vagamente el arrepentimiento de María Angélica por esa efusión que se había precipitado simplemente porque él pronunciara esas palabras. Pero no, no había sido sólo por ello. Es que la imaginación de la pobre habíala embriagado con una ternura que jamás, antes, sintiera. Sin madre, sin haber sentido jamás lo que era un beso, salvo los del coronel, se dejó llevar más de su afán de ternura que de otra cosa. Y sin más esfuerzo, sin que Carlos ejerciese ninguna otra presión sobre ella, ofreció la boca en ese gesto unánime, un poco tonto, tímido y mimoso con que todas las mujeres de todo el mundo entregan los labios con un vago temblor irreprimible.

Cruzaron por el Parque, la avenida Grau hasta la calle de la Unión. En la esquina de "Grec" se despidieron. Haydée se entretuvo un segundo con Frank

prometiéndole que mañana, sin falta, se verían, hasta que cedió al imperio de su hermana:

—¡Vamos, Haydée, apúrate!

Mas al llegar a su casa tuvieron una sorpresa: la sirviente salía corriendo por la puerta falsa. María Angélica la Interpeló:

—¿A dónde vas?

—¡El señor...! Se enfermó de repente...

Ambas volaron. En un sofá de su cuarto, con la camisa desabrochada dejando entrever el pecho, yacía el coronel Urrutia, pálido y afanoso. El doctor Suárez había acudido llamado por Purita e intentaba reanimar a su viejo amigo. María Angélica le interrogó casi gritando:

—¿Qué fue, don Jacinto?

—Nada, hijita, déjame ahora... No es nada.

¿No es nada? Pero si moría el coronel. Si la vida se le iba allí, con ese ronco estertor, vidriados los ojos, sin fuerzas para alzar las manos, pálido y casi inerte:

—Hijita...

¿No es nada? No, qué iba a no ser nada. El doctor Suárez ordenó:

—Tráeme alcohol, Maricucha.

La otra fue en volandas. ¡Ay, Dios mío!, ¿qué sería eso? ¡Pobre papá! Y yo, allá, en el malecón... Y gruesas lágrimas comenzaron a rodar de sus ojos. En la sala, Pura le contaba a Haydée todos los antecedentes del ataque: había estado jugando al chaquete, solo, esperando que viniese don Aristóteles o Torrico, en fin, cualquiera de los amigos, cuando de pronto, ¡zas!, sin que ella se diese cuenta, le vino un ataque, así, como un ahogo. Claro, lo pri-

mero que hizo fue llamar a don Jacinto... El sabía, claro... Esto era todo.

Haydée, de puntillas, fue al cuarto de su padre. El doctor Suárez y María Angélica le habían acostado ya. La inyección que Suárez le pusiera, le había reanimado un poco y ahora consolaba a su hija para que su hija, a su vez, le repitiese a él el consuelo: —No ha sido nada, hijita...

—Sí, papá, no ha sido nada...

La cena fue silenciosa. Pura sirvió los platos e indicó a la sirvienta que llamase a María Angélica: —Ya dice que ya viene, niña... —fue la respuesta que trajo la muchacha.

Dentro, en la cocina, la voz de Federica, la cocinera, había enmudecido y esto le daba mayor tristeza al ambiente. La negra, siempre canora y alegre siempre, no cesaba nunca de canturrear en voz baja viejas canciones. Ahora, en su mudez, había algo trágicamente agorero.

—Oye, Pura, ¿tú crees que es de cuidado?

—Dice don Jacinto que no...

Mas una cosa era lo que don Jacinto pudiera decir y otra, muy distinta, lo que el destino podía disponer. En la casa silenciosa, sombría, triste, el coronel don Armando Urrutia se moría sin remedio. Durante los días que duró la enfermedad del coronel, Haydée conversaba con Frank por la puerta falsa. Puntual y exacto, el **yanki** venía todas las tardes a las seis y media y se retiraba a las ocho. Ella le hacía el melindre anticipado de la orfandad y él se enterneecía murmurando una palabra que siempre la hacía sonreír:

—Pobrrreclta...

Espejo, en cambio, venía cada dos, cada tres días, a preguntar cómo seguía "el señor coronel" y se retiraba inmediatamente. Las amigas llegaban por la tarde, a eso de las tres, y se encerraban en el cuarto de Haydée que las recibía siempre con el mismo melindre, mas al cabo de algunos minutos, las risas sofocadas hacían que María Angélica acudiese para poner orden en aquel cotarro de locas: —¡Susssh...! Papá está durmiendo...

Quince días llevaba ya enfermo el coronel. Don Jacinto ensayaba inútilmente todos los medicamentos. Había por ahí una complicación de los riñones que, bueno, le traían loco... Lo peor, ¿sabes?, los setenta años, hija... Si la naturaleza resistiese... María Angélica le miraba con sus ojos asombrados de miedo:

—¡Doctor, por Dios...!

Mas se murió al fin. ¡Pobre coronel! Tantos años de vida, toda esa juventud dedicada a amar a su mujer, y a sus hijas; toda esa madurez para trabajar y mantener su hogar; todos esos largos años para llorar a su pobre Graciela, a su mujer adorada que se le fue en el último parto; todo eso, ¿para qué? Para venir a morirse ahora, dejando a sus hijas solas en este mundo... El pobre viejo veía extinguirse su vida con una amargura, con una tristeza y con un miedo que antes no sintiera. No, no era su muerte: era el destino de sus hijas... Y apenas pudo murmurar unas palabras antes de morir:

—El montepío... Dile a Jacinto... El sabe...

Descansó unos minutos. El estertor no le dejaba hablar. Con la mano derecha tenía cogidas las manos de María Angélica y con la izquierda la del confe-

sor, el Padre Buenaventura, franciscano que había acudido a esos últimos momentos. Luego se volvió a su hija:

—María Angélica... Las tres solas... Solitas... Mucho cuidado...

Y se murió. El viejo, el bizarro, el regañón y tierno coronel don Armando Urrutia había muerto. Había muerto aquel buen hombre que dio su vida al amor y a la felicidad bien burguesa de su hogar. Aquel pobre coronel de infantería que ignoraba la pólvora, se moría ahora en su lecho —cruel destino de los coroneles de mi patria—, rodeado de sus hijitas que sollozaban en silencio... ¡Pobre Urrutia! Se calló para siempre la dulce voz regañona y tierna que se alzaba violentamente cuando las chicas venían tarde del cine; la voz que no se atrevía a aconsejar por el miedo de abrir los ojos a sus hijas, habíase apagado para siempre. Aquella voz que había dicho, en algunas paradas militares, único heroísmo de su vida de coronel peruano, "¡de frente, marchen!", no se había atrevido a repetir el mando heroico en esta forzada marcha definitiva. No, murió aconsejando tan sólo "mucho cuidado", sin fuerzas y derrotado ahora por esa muerte tan fea, a esas pobres chiquillas que quedaban solas, solas, solas...

¡Pobre Urrutia! En su sepelio no hubo discursos ni nada. Una compañía rindió los honores. La casa se vio repleta de tenientes, capitanes, mayores, comandantes y hasta tres coroneles, que, entre dientes, regañaban de la obligación de enterrar al compañero y hablaban mal del pisco que, para atender a la concurrencia, habían traído don Jacinto, don Aristóteles, Torrico. Le enterraron y allí se acabó

todo. Pero al salir del cementerio, el doctor Suárez, sonándose para disimular unas lágrimas, hubo de auxiliar al pobre don Aristóteles que lloraba sin disimulo y clamando:

—¡Pobre Armando! ¡Uno de estos días yo también estiro la pata...!

—Hombre, Carrasco...

—Y, ¿se acuerda usted lo bien que hacía el pobre el cau-cau?

Y con este último recuerdo culinario, los tres amigos se retiraron del camposanto tristes de dejar al viejo aquel que maldecía y renegaba cuando en el rocabor no ponían el basto oportunamente. ¡Pobre don Armando!

**EL MIRADOR DE LOS
ANGELES**

Laisse-moi mettre dans Tes mains, comme
j'ai mis ma vie, ces pages écrites dans une
solitude émue par Ton souvenir *.

J. D. - C.

* Déjame poner en Tus manos, como he puesto mi
vida, estas páginas escritas en una soledad conmo-
vida por Tu recuerdo.

SAN JARIJA DE OSILA

(Barranco — julio-15-1940) *

No tiene edad Osila ni la fundó nadie: nació en una canción del segundón de nosotros —yo soy el mayorazgo—, un claro día de sol sobre la mar sinople: ¡hace más de treinta años!

Aquél de nosotros que cantaba en el jardín y jugaba sobre el césped había inventado un tren. Era un tren como los que vendía la Juguetería Campos, pero era un tren distinto. En la canción de nuestro hermano aquel tren corría por unos campos inmensos llenos de corderos y con una cabaña que tenía el techado rojo y no pasaba sobre rieles ni taludes ni pasos a nivel, porque volaba. Aquel tren no tenía tampoco locomotora ni vagones ni carga posible y los únicos pasajeros éramos

- * Parece ser fecha de revisión de la totalidad del texto y no la fecha de inicio de redacción. En el Estudio Preliminar se destaca el hecho de que 1940 —el año en que Díez-Canseco escribe "El Trompo"— constituye una fecha de especial significación en relación al autor de **Estampas mulatas**.

nosotros que íbamos a Oslla: ¡era el tren de San Jarija de Osila!

Y en las palabras pueriles y en el ritmo tontaina viajaba locamente hacia aquel pueblo ignorado que nosotros tuvimos que crear para que, al fin, el tren tuviese una estación de término. A veces le acompañaba una nube redonda, blanca y espesa como un cordero silencioso; a veces le acompañaba el vuelo áspero y pausado de un gallinazo que habitaba un palacio todo negro en lo más negro de un ficus coposo; a veces corría a la vera de un río claro que se llevaba en su corriente los lampos rutilantes de un sol de vacaciones y siempre, pero siempre, le saludaban a su paso los cantares de unos pastores que tenían un gran bastón de sauce y unas chaquetas rojas. Y este tren era raro, tan original, tan único, que jamás dejó en el alto cielo de azul profundo la mácula de su humareda ni el estridor de sus calderas asmáticas: ¡era el tren de San Jarija de Osila!

¡Cuánto viajamos en ese tren! ... Una vez fuimos hacia una playa lejana en donde las olas llegaban sin violencia ni ruido. La mar azul se decoraba con la gracia efímera de un velamen fugitivo y blanco bajo el sol veraniego y los pescadores cantaban, trastocando el mito de las sirenas, las más alegres canciones. Era aquel mar un mar nuestro. Lejos, muy lejos para nuestra visión infantil, la silueta enorme de la isla de San Lorenzo se oscurecía en los atardeceres resaltando en el oro, en el azul, en el rojo, en el nácar, en todas las tintas suaves y armoniosas del tramonto. Lejos, muy lejos, las luces del Callao parpadeaban intentando remedar a las estrellas y, al sur, la silueta de la Virgen sobre

el Salto del Fraile se estremecía también con la corona rutilante que, a la distancia, disimulaba la ausencia de dos o tres mecheros de su corona.

El tren de San Jarija llegaba todas las tardes a Osila. Nuestro padre —alta, fina, robusta silueta; clara sonrisa entre la barba nigérrima; amplio el abrazo que acogía a la esposa y a los hijos— llegaba todas las tardes en ese tren que no tenía locomotora, que no tenía vagones, que no traía carga pero que llegaba, pero que llegaba... Nosotros le sentíamos resoplar a la distancia y atisbábamos apostados tras de la reja de nuestra casa de campo la llegada del tren con nuestro padre y que se anunciaba, desde lejos, desde bien lejos, con un único farol delante de la chimenea como el ojo sanguíneo de un cíclope jadeante:

—¡El tren de San Jarija!

Y llegaba a Osila. Aquel pueblo —ya lo dije— no tuvo edad ni lo fundó nadie. Era un pueblo creado por el cantar pueril de mi hermano y tenía una mar azul, azul, azul ... Las nubes se abrieron siempre sobre su cielo para dejar pasar la luz milagrosa del sol que fulguraba sobre las hojas de los manzanos, de los guayabos, de los paltos y se adormecía morosamente en el rosa imponderable de las rosas, en el perfume ebrio de los jazmines, en la parsimonia juguetona de las palmeras, en el misterio frondoso de los ficus... Aquel sol de Osila se aclaraba maravillosamente en el pitido de los gorriones y se afinaba de gracia en el trino de los jilgueros, como se sensualizaba —esto lo supimos mucho después— en la voz rauca de las palomas que se arrullaban sobre las barandas del corredor de nuestro jardín. Aquel sol de Osila, de

ninguna otra parte que de Osila, se esperezaba en el pregón del bizcochero, en el cantar del muchacho que anunciaba la "revolución caliente", en el desmayo crepuscular de la tamalera que tanto nos emocionaba con su grito distante:

—¡Aquí va...! ¡La tamalera sua...ve!

Osila nació en un cantar:

*¡Mañana me voy a Osila,
cómo no,
en el tren!...*

Cómo no... ¿Cómo no irse a Osila? Pero, ¿cómo conocerla en el viaje de aquel tren ideal que no había existido nunca y que no tenía más viajero que nuestro padre? Entonces nuestra hermana creó el parque:

—¡Osila tiene un parque con claveles y tres palmeras!

Pero yo quise insistir sobre que Osila tenía una estación más grande que ésa de la cual era jefe el señor Moya, hace más de treinta años:

—¡Y tiene una estación grande, bien grande, bien grandaza, más grandaza que la estación del señor Moya!

—¡Y tiene un corral con bastantes burros!

—¡Burros, no: con cabritos!

—¡Con cabritos y burros!

Porque los burros eran indispensables. Con ellos, sobre ellos, podríamos marchar hacia la campiña maravillosa por un camino que bordeaban altos helechos gráciles y sauces que, entonces, no nos parecían llorones. Y el menor de nosotros añadió:

—¡Y allá está nuestra casa: con hartas violetas!

—¡Y con un perro que se llama Capitán, Capitán, Capitán!...

Todos quedamos en silencio: ¿qué faltaba en Osila? Nosotros no pensamos en botica ni en municipio, en parroquia ni en policía, en vecinos ni en comercio: Osila era Osila y no le hacía falta nada de eso a causa de ese fino sentido pueril de la anarquía. Y mi hermana quiso que nuestra casa tuviese, a más del jardín y de las violetas, a más del perro Capitán y de no sé cuántas cosas, un mirador:

—Un mirador grande, bien alto, con unos vidrios azules y amarillos y verdes y de todos colores...

El más pequeño de nosotros quiso que hubiese en el jardín, para que pudiese trepar al mirador, un cabrito saltarín y gracioso:

—¡Un cabrito negro!

—Mejor blanco...

—¡No quiero! Un cabrito negro.

¡No sabíamos qué hacer con tantas cosas como ya tenía Osila! Yo pensaba en el alto mirador desde el cual pudiese contemplar toda la plana de Osila: la mar azul y sinople, el vasto campo rumoroso y los cerrejones que a la distancia parecían pandos, suaves, de quietas pendientes por donde pudiésemos deslizarnos hasta el arenal encendido y gris. Yo pensaba en aquel mirador en donde pudiese recogerme a la hora quieta y somnolenta de la siesta, escuchando el arrullo de las palomas, contemplando el vuelo misterioso de los gallinazos que giran, giran, giran sin objeto en la amplitud azul y profunda de los cielos...

Porque esos gallinazos, esos cuervos que viven de carroñas, tuvieron para nuestra imaginación infantil una seducción de misterio: ¿dónde vivían? ¿Qué hacían volando y volando todo el día, sin rumbo preciso, sin objeto perceptible, atravesando a veces las nubes ligeras y perdiéndose en la lejanía rutilante? De fijo que vivirían en unos palacios oscuros, como el basalto, ocultos en el ramaje de los ficus impenetrables. A veces sentíamos que las hojas se agitaban con las alas de los gallinazos y nosotros atribuíamos esa agitación a un juego de visitas, a una contingencia belicosa pero jamás a ningún motivo de galantería: ¿un gallinazo galante? ¡Imposible!

Porque no eran como aquellas otras aves marinas que vuelan en bandadas hacia los horizontes encendidos. Estos tan negros, tan tristes, volaban solitarios en grandes círculos, sin agitar casi las alas y dejando, a pesar de su negrura, como una estela de luz en la luz de los cielos. Eran feos, eran tristes. Acaso por eso mismo yo les amé más y mejor, viéndoles siempre solos como si todos los pájaros de Osila les desdeñaran por su negrura y su tristeza.

Todas las tardes, en el horizonte variable de la mar se perdía la cinta leve de las aves marinas. ¡Eran miles y miles! Volaban juntas, ayudándose unas a otras y se perdían sabe Dios dónde... Yo ya sabía que vivían en las islas lejanas, en los huecos de los acantilados soledosos, arrullados incesantemente por la violenta y apasionada caricia del océano. ¡Yo ya lo sabía!

Pero, ¿los gallinazos? Nunca nadie pudo descubrir el nido de ninguno de ellos. Los sentíamos, sí, en

las copas oscuras de los ficus, en los brazos altísimos de los pinos, pero sin poder descubrir su raro aposento lleno de misterio. Y eran solitarios. Negros, tristes, sucios, cuando volaban lo hacían con una serenidad armoniosa y casi ejemplar. El ritmo lento de sus alas no se destemplaba nunca ni nunca se alteraba con velocidades inauditas e inútiles y era admirable la dulce parsimonia de sus alas negras resaltando en la luz irreprochable de los cielos. Yo los amé por tristes, por solos, por sucios, porque no tenían amigos, ni casa ni nada... Y viéndoles volar pretendía adivinar su aposento, su palacio misterioso, el nido impenetrable donde escondiesen sus amores, sus alegrías y sus perezas. E inventaba todas las fábulas posibles que me les hiciesen amables y amables los hiciesen para mis hermanos que nunca quisieron compartir mi piadosa ternura por las pobres aves sucias, tristes y solas.

Aquel mirador iba a darme un mundo nuevo que yo descubriría con los ojos pávidos de asombro, encontrándome con un panorama nunca visto: ¡los techos de todas, de todas las casas! Y las gentes parecerían más pequeñas y más pequeñas las cosas y las voces apenas me llegarían hasta mi altura, llena de sorpresa y de alegría. Aquel mirador iba a constituir una vida nueva y una visión exquisita, algo así como una virtud pecaminosa. Pero el menor de todos rompió el encanto y el ensueño: —¡Y en el mirador yo quiero un monito!

Todos quedamos en silencio: ¿cómo sería posible la presencia de un monito en el mirador? De ser posible, aquel mirador de nuestro ensueño se convertiría en una jaula en donde un blcho procaz sal-

taría sin sosiego con unos grititos estridentes sin decir nada, sin explicar nada, gritando porque sí. Y, naturalmente, todos nos sublevamos:

—¡No, monito, no!

Nuestro hermano nos miró primero con asombro; luego sus claros ojos se nublaron, frunció su naricilla y rompió a llorar clamando a gritos:

—¡Yo quiero el monito!

Nuestra madre tuvo que poner orden en estas pretensiones, ideales como todas las pretensiones:

—Será como Dios quiera...

Mi hermano insistió:

—Entonces, ¡rézale para que haya un monito!

Nuestra madre sonrió, como ella sonríe, y murmuró casi burlona:

—¿Y si Dios no me oye?

Entonces el pequeñín rompió a llorar ya sin continencia. Su clamor llenaba todo el jardín con un acento de desesperanza y de angustia. Yo, en silencio, pensaba en aquel mirador creado con ilusión y con llanto preguntándome ingenuamente si sería posible el milagro.

¡Alto, querido mirador ya tan lejano, que fuiste posible para mi deleite! Alto, dulce, maravilloso mirador de mi infancia, claro como un fanal de júbilo, puro como la intención de un niño, sonoro como el cascabel de todas nuestras risas y dulce como el relicario de todos nuestros sueños: ¡Mirador de los Angeles de Osila!

LIBRO I

Aleluyas de vísperas

CAPITULO I

BEATAS Y DONDIEGOS

Toda la luz del día surgió en la dulzura fina de la mañana. En las torres de San Francisco, la vieja iglesita aldeana, las palomas revoloteaban luciendo el tornasol de sus plumas en la abundancia del sol. Por todo el ruedo de Osila surgía ese perfume campesino de hortalizas que se balanceaban en los cachos de los caballejos cansinos y de los burros indiferentes; ese aroma torrado de las tahonas, apetitoso aroma de pan nuevo y caliente; ese rumor de pregones y ese ruido seco de hojadelata de los porongos lecheros; por todo Osila cerníase la novedad rosada y fresca del día como un augurio para la dulce pereza de la siesta, y los gorriones, las santarrositas, lanzaban sus pitidos en la epifanía matinal y grata.

El Angel del Señor ya había anunciado a María el prodigio de su concepción y dentro de pocos días vendría al mundo sucio y pestilente del corral el divino infante. Las señoras de Osila no reparaban mucho en este prodigio que se conmemoraba des-

de veinte siglos justos, y para ellas, muy devotas, la fecha apenas representaba misa de gallo, villancicos tontainas y mucho ahogo y mucha sonrisa en el templo colmado de fieles calurosos que se saludaban:

—¡Felices Pascuas!

—¡Del mismo modo!...

Osila ya estaba de fiesta. Las señoras de todas las cofradías se habían reunido en la puerta del templo franciscano para señalar una hora, en casa de cualquiera de ellas, donde tomaran todas las disposiciones pertinentes e impertinentes para festejar la Pascua: árbol de Navidad para los niños pobres, reparto de ropas, confección del "nacimiento" y la designación de Florita Valencia que cantaría, como todos los años, en la iglesia y que, como todos los años, pretendería ruborizarse y negar con modestia:

—Estoy un poco ronca...

Había ya concluido la misa de ocho y los fieles habían dejado su limosna en el bolso de veludillo que sostenían las manos pálidas, adornadas de sortijas, de Misia Marisabelita Alcázar. Los cuarenta y tantos años de su vida habían pasado tan velozmente que ni ella misma se dio cuenta cuándo llegó a esa categoría amarga de "misia" que evitaba el "señorita", un poco anacrónico a sus años, y evitaba también el "señora" que a ella le parecía casi un insulto. Doña Amada Sánchez y su marido, don Crisanto Gómez Coello, habían salido después de dejar una limosna que Misia Marisabelita comentó frunciendo los labios imperceptiblemente:

—Roñosos...

Y sólo a la señora Asunción, a la plácida y dulce doña Asunción le dijo un "buenos días" tan sonriente que por ello se adivinaba el rumbo de aquella señora Collazos, esposa de don Francisco Santander, el médico clásico de Osila. Doña Asunción era una pasta. No tuvo hijos en su matrimonio y ésta era, en verdad, la única cosa que la sacaba de quicio cuando se lo recordaban las amigas. El marido se había radicado en Osila y se pasaba la vida recetando pócimas bien cargadas de jarabe. Y muchas veces, cuando el paciente podía extender la mano por encima del lecho miserable, don Pancho le dejaba en la palma extendida unos cuantos soles con que el enfermo pudiese adquirir el medicamento. Doña Asunción comentaba con una especie de ternura indiferente:

—¡Es un ángel!

Poco a poco fueron saliendo todas las señoras que se saludaban con un besuqueo que les descompónía la mantilla. En la luz matinal fulguraban las toaletas de colores estridentes, según la moda de 1910: sedas rojas, rasos verdes, cinturones con pedrerías, guantes blancos precursores del verano, botinas altas que no permitían siquiera la depravación de la zarzuela aquella:

*la falda corta
permite ver
hasta el tobillo
de la mujer...!*

Cuando llegó Florita Valencia, fue una explosión golosa de requiebros:

—¡Floral ¡Tan linda!

—¡Esta criatura es un sol!

Ella sonreía pagada de su belleza y encontrando todos los piropos justos, pero jugaba al disfuerzo del melindre púdico:

—¡Ay, señora!...

Don Crisanto Gómez Coello precisó la valoración de la niña:

—¿Un sol? ¡Una esterlina, señora!

Misia Marisabelita atildaba el gesto de fastidio:

—Usted siempre tan preciso, señor Gómez.

—Gómez Coello... Gómez Coello... No me quite el Coello...

La solterona pretendía sonreír con el pretendido retruécano:

—¿Yo, quitarle? ¡Ave María Purísima!

Doña Amada cortó rápidamente el diálogo:

—Florita, tú, naturalmente, cantas en la Misa de Gallo...

—Ay, señora... Estoy un poco ronca.

—Ronquita... ronquita— saragoteaba * don Crisanto.

—Pero, hija: si tú no cantas, ¿quién canta?

Florita se disforzaba toda rosada y linda:

—¡El gallo, señora!

Y el coro estrepitoso:

—¡Es una alhaja!

Y reían y bromeaban estridiendo en la luz de la mañana, bajo el vuelo de los palomos, con tanta alegría y con tal bullicio que el eco de sus risas no se apagaba cuando pasaban las carretillas de pan, de sifones y sodas, con sus caballejos y sus mulitas enjaezados de cascabeles sonoros. Al fin

* **Slc.**

salió el lego del convento a cerrar el gran portalón del templo dejando abierto sólo el postigo. El pobre cholo, metido dentro de su sayal remendado, sonreía a los señores con una clara sonrisa llena de dulzura. Chirrió el portalón y se escarapeló doña Amada:

—¡Vamos, que no resisto!

Por la calle de Santo Toribio marcharon hacia la calle de la Unión. Las gentes iban y venían en el trajín de la mañana y las criadas bajaban de la vereda al arroyo para dejar el paso a los señores. A pesar de los altos ficus que bordeaban la calle, los toldos se extendían para defender del sol a transeúntes y parroquianos. Pero el sol seguía encandilando a las gentes, fulgurando con mayor saña sobre las lonas blancas que se hinchaban con las brisas, como si fuera Osila una nave inmensa dispuesta a navegar a toda vela por una mar misteriosa, clara e imposible.

La calle de la Unión va a caer perpendicularmente sobre la que recuerda al heroico coronel Bolognesi. En el crucero de esas calles estaba la botica de Urrutia, la bodega de Pezzo, centro obligado de la tertulia dominical y mañanera. Esa bodega tenía, en la trastienda, una botillería en donde iban a regustar mostos y caldos tintos los más connotados osilanos: el poeta Fabio Falcón, el loco inofensivo y financista Antenor Vásquez, a quien en Osila llamaban Largo Tiempo a causa de su estatura, don Juan Alarcón, literato, y el famoso perlodista que firmaba sus crónicas escaracoladas y rutilantes de adjetivos con el decadente seudónimo Adolfo D'Algy y que se llamaba nada más que Pedro Pérez.

En esa mañana estaban todos, incluso el comisario de Osila, don Ricardo de la Flor, y todos se destacaron sus sombreros de paja que ya se llamaban "saritas" en recuerdo de Sarah Bernhardt. Las señoras respondieron inclinando las cabezas rubias, morenas, grises, y Alfredo Luján, el badulaque de Osila, después de mirar largamente la silueta de Florita Valencia que se contoneaba con disfuerzo, murmuró con profunda convicción de galante avezado:

—¡Buen bocado!

Se amostazó Largo Tiempo:

—¡No interrumpas, hombre! Lo que yo le digo, don Fabio, es que a ochocientos soles la fanegada es un negocio, un gran negocio: la hacienda "Media Luna" es lo mejor de Osila: ¡buenas tierras y mucha agua!

Nadie le atendía. El pobre Antenor Vásquez seguía en sus elucubraciones mercantiles y el grupo seguía con los ojos a las señoras que marchaban acompañadas por Gómez Coello, pero las miradas eran todas para Florita.

Sólo tenía veinticinco años. Nadie en Osila habría podido ufanarse de haber recibido la dádiva de su mirada ni el don inefable de su sonrisa. Claro está que era amable pero, ¡ay!, era muy circunspecta. Florita jamás aceptó un devaneo, pero ni siquiera una galantería, y Charo, Lolita, Betty, sus hermanas, la censuraban por esta exagerada seriedad que, según todos en Osila, no era sino hija de su orgullo.

Era, todavía, la musa de Fabio Falcón. Cuando Pedro Pérez o Adolfo D'Algy anunciaba el viernes, por la tarde, que al día siguiente, como todos los

sábados, aparecería **Brisas** con versos de Fabio, todos en Osila, y ella misma, ya estaban en el secreto:

—Dedicados a Florita...

¡Pobre poeta! Sels años vivía en Osila y durante esos seis años no se ocupó de otra cosa que de cantar a Florita Valencia. La había llamado "Turris Ebúrnea" en unos alejandrinos preciosos, según D'Algy, y en otra ocasión le juró que estaba listo a quebrar por ella las "catorce lanzas del soneto", lo que fue muy alabado en la trastienda de Pezzo. Alfredo Luján comentaba con la lengua ya un poco entrabada:

—A mí, lo que más me gusta, es eso de:

*En el rojo prodigio de tu boca
yo escanciara el veneno que da vida...*

Y el endecasílabo cursilón y sonoro retumbaba en el anaquel de las botellas, sobre el mostrador húmedo de mosto, sobre los sacos de afrecho, en la trastienda literaria de Pezzo que no sabía de qué se trataba.

Florita fue la musa de Falcón pero fue la ambición de Luján. Este había situado su más pesada y peligrosa artillería ante la moza jarifa y rubia y había recurrido a todos los ardides: desde la parada en la esquina hasta el soborno de la sirvienta, después de haber pasado por la carta anónima y la carta firmada, el recado con doña Asunción Collazos, prima de Luján, y hasta la consulta con el Padre Etcheverri, confesor de Florita.

Y allá se iban ahora, hacia el Parque, sabiendo todos el secreto de Luján y la indiferencia de la ni-

ña, a quien no seducían tarambanas ni poetas, ar-
dides ni sonetos, indiferente a sus amadores y or-
gullosa de la apetencia que despertaba. Y charla-
ban todos, olvidados ya del grupo que dejaran en
la esquina de Bolognesi:

—Ustedes, ¿van a hacer “nacimientito”?

—Mis hermanas son muy flojas...

Misia Marisabelita se entristeció para murmurar:

—Ustedes deben hacerlo, para eso son muchachas...
En cambio nosotras...

Todos amabilizaron:

—¡Qué ocurrencia!

De pronto terció con su voz un poco aflautada don
Crisanto:

—María Isabel, ¿usted sabe si los Erazo vienen
en esta semana?

—Me parece que el martes...

—El año pasado que vinieron por la tos convulsiva
de los chicos —exclamó doña Asunción—, Marga-
rita me dijo que volvería: le gusta mucho el tem-
peramento de Osila...

—¡Ay, doña Asuntita! —se asustó Flora— ¿y su
otro arete?

¡La señora Collazos de Santander sólo tenía un
arete en el pallar rosado de la oreja! La otra esta-
ba sin la joya, una perla rodeada de brillantitos.
Doña Asunción se llevó la mano a la oreja huér-
fana y se hipo de sollozos:

—¡Se me cayó en la iglesia! ¡Ay, Señor!

Don Crisanto propuso inmediatamente volver a San
Francisco y desandaron todo el camino, escudri-
ñando en la vereda, por si la pérdida se hubiese

producido en la calle. Al llegar a la esquina en donde estaba situada la bodega de Pezzo, Alfredo Luján se dirigió a Florita: *

Iglesia... Si pudiéramos buscarlo...

—¿En la iglesia? ¿Cuándo?

—¡Esta mañana! ¡En la misa de ocho!

El lego concedió siempre sonriendo:

—Voy a ver...

Y se retiró de la puerta para dejar el paso a una mujer joven, rubia, alta, enlutada. En la grave sonrisa con que devolvió el saludo se advertía su alta condición señorial. Fina y discreta, sin joyas, cubierta la cabeza con un espeso velo negro, bajo el cual brillaba el oro claro de su cabellera, desnudas las manos que portaban el rosario de oro, el devocionario, los guantes, de toda ella emanaba una delicada y sencilla sensación de aristocracia como perfume natural e ingénito. Atravesó el grupo y se dirigió por la calle de Santa Rosa seguida de una criada mulata, también vestida con riguroso luto y envuelta en una ligera manta de la China.

Luján la quedó contemplando largo rato. Por la calle soledosa, de altos paredones que dejaban escapar claros jazmines, moradas buganvillas, alegres campánulas azules, blancas, rojas, la silueta aristocrática se alejaba fácilmente posando apenas los

* Falta una página manuscrita, la 13. Alfredo Luján se ha unido al grupo que busca el arete, como se comprueba después. Llegan finalmente a la Iglesia de San Francisco y alguien pide al lego permiso para buscar el arete.

pies delgados sobre las lajas de la acera. Embobado, Luján esperó que voltease la esquina y sólo volvió a la realidad cuando resonó, extraordinaria y neutra, la voz de Mlsia María Isabel Alcázar:

—No sabía que Cruz Valcárcel estuviese en Osila...

* Un palomo cruzó aleteando y fue a posarse en la cabeza de la Virgen que ornaba la plazuela. Una sirvienta golpeteaba con la palma de la mano sobre la hoja de una puerta. El sol comenzaba a picar enfadosamente. Entonces Florita se dirigió a Luján para preguntarle con una sorda y áspera impaciencia:

—Alfredo: ¿usted ayuda o no ayuda a buscar el arete?

* "Finalizar con el vuelo de las palomas por la llamada de la sirvienta. Nota del autor". Esto se encuentra copiado en tinta por mano ajena sobre una presunta nota a lápiz de Díez-Canseco. Sin embargo, el autor hace una anotación (en tinta) de "vale", en relación a la parte final del texto. Se trataría, de ser la primera anotación de mano de Díez-Canseco, de dos anotaciones contrarias, ambas tentativas. Nos inclinamos por la conservación de la totalidad del texto, especialmente porque nos parece conveniente y expresiva la pregunta sin respuesta con que concluye abruptamente el capítulo.

CAPITULO II

CHOCOLATE CON HOJITAS LIMEÑAS

A las tres de la tarde se habían reunido en casa de doña Asunción de Santander, de la afligida y desahogada doña Asunción, todas las amigas y amigos que habían tertuliado por la mañana. Florita Valencia llegó con sus hermanas Rosario y Dolores de quien Luján decía que eran tan enfadosas como sus nombres: la una larga, como treinta avemarías, e inoportuna la otra como si todos los dolores de su nombre se radicasen en las muelas. Hora y media después llegaron con muchos sofocos, muchos besos, muchas sonrisas las tres señoritas Del Alva, Celeste, Aurora y Zoila, tres niñas terciaditas ya y muy currutacas, a quienes Fabio Falcón, el suave poeta de "Turris Ebúrnea", les hacía con el nombre un retruécano lleno de galantería: Soy la aurora celeste del alba... Pero a las tres niñas, por una de esas aberraciones inexplicables, se las llevaba una pipa de diablos, al decir de don Panchito Santander, cuando les venían con el celeste y matinal plropo.

Doña Asunción estaba de un humor de perros. Ella, tan plácida que le decía a su marido "eres un ángel" como le hubiese dicho "hace frío", no soportaba ahora lo menor: aquel leguito tan humilde —y tan bruto, decía ella—, le había respondido a su demanda de entrar a la iglesia para buscar el arete, que no se podía alborotar a esa hora el templo, que él buscaría la joya y, en caso de encontrarla, se la devolvería...

Charito y Lolita Valencia llegaron con muchos aspavientos doloridos:

—¡Florita nos ha dicho...!

Doña Asunta había arrugado el morro:

—¡Yo también les puedo decir!

Y el seráfico don Pancho se había condolido con auténtico dolor conyugal:

—¡Mala suerte!

El mal humor de la pobre señora impidió emitir las opiniones para mejor organizar la fiesta popular y caritativa de la Pascua. En el amplio salón de la casa del doctor Santander, en la calle Santa Isabel, la concurrencia estaba diseminada por las sillas mecedoras de Viena, con una almohadilla para la cabeza, sobre los sillones de reps, **art nouveau** y labrados, envueltos en unas fundas de tocuyo un poco sucias. Luján y don Crisanto Gómez Coello colmaban, cada cual por su rincón, las escupideras de vidrio rojo y azul con las colillas de cigarros. Un alto **tremaux** de largo espejo repetía el ambiente fumoso del salón y los padres de doña Asunción, desde los marcos ovalados que encerraban sus ampliaciones coloreadas sobre porcelana, dirígían las miradas a toda la concurrencia, tan aburridos como

ésta. Un Corazón de Jesús, en el vano de la puerta que daba al comedor, sobre una repisa que sostenía flores de papel y una lámpara de aceite, iniciaba el gesto de la bendición con dos finos y largos dedos ligeramente curvados.

La concurrencia, ya lo dije, se aburría sin ocultarlo. Los lentos minutos que habían pasado desde que llegaran a la mansión de don Pancho, habían sido empleados para lamentar la pérdida del arete. Entonces Florita Valencia, con esa habilidad que tienen las mujeres para realizar todos los movimientos sin ser advertidas, se fue acercando al piano cerrado y terminó por sentarse en el banquillo giratorio mientras Luján, con un codo apoyado sobre la tapa del alto clavijero, encendía otro cigarro porque ya no tenía más temas de conversación. Después de arrojar una gran bocanada de humo levantó la voz para preguntar a Florita:

—Florita, ¿por qué no se canta algo?...

Fue la salvación. Todos, don Francisco y Misia Marisabel, don Crisanto y Zoila-Celeste-Aurora, doña Amadita y hasta la misma doña Asunción la suplicaron fogosamente:

—¡Sí, sí! ¡"La madre selva"!

—¡No, mejor "La mariposa de luz"!

Largo rato discutieron. Alfredo Luján, apasionado y tenorio, pidió silencio y suplicó:

—Florita: "La niña del cementerio"...

Todos aprobaron. El perdulario bajó luego la voz y mirando a la cantora a los ojos insistió sin que nadie le oyera:

—Se lo pido yo...

Florita se dio media vuelta en el banquillo y abrió el piano. En el silencio que se hizo en la sala apenas se escuchó la tosecita de Celeste y el escupitajo de don Crisanto que agasajaba su escupidera roja. Florita pasó por el teclado los dedos ágiles y finos. Luego alzó la cabeza y comenzó un viejo vals de unos versos inentendibles, cursilamente apasionados y celosos:

*Tenía la faz marchita y la mirada incierta,
su rostro reflejaba una angustia mortal...!
Junto a l'umilde puerta de un viejo
(cementerio
estaba desmayada como muriendo ya...*

Zoilita del Alva se dirigió a Luján:

—¿Qué lindo, no?

El se apasionó, silbando las eses:

—¡Precioso!...

Florita bajaba la cabeza y entornaba los ojos para mirar a su desafortunado dondiego. Las manos se alzaban exageradamente para seguir el ritmo del vals y continuó:

*¿Qué tienes?, preguntéle, con ardoroso
(empeño,
¿Qué tienes, niña hermosa? Y respondiome
(así:
Yo espero al que custodia los muertos en
(su sueño,
Que me abra el camposanto para dormir
(allí.*

Un beato susurro de admiración cariñoso se alzó en la concurrencia. Del fondo de la casa llegaba

el trino de un jilguero, un tanto inoportuno y por la claraboya se colaba un fino rayo de sol en donde se azulaba el humo de los cigarros. Florita siguió haciendo llorar al plano y su voz se hizo más quejumbrosa para la siguiente estrofa:

*Está en el camposanto la tumba en que
(reposa
mi idolatrado amante que ayer me dijo
("adlós"...
Y está junto a su tumba la tumba de una
(hermosa
y temo que en mi ausencia de amor hablen
(los dos...*

Don Francisco Santander se emocionó de veras: extrajo el pañuelo blanco con una orla roja y se sonó estrepitosamente:

—¡Esta niña llega al alma!

Y la cónyuge:

—Es un ángel.

Por la sala pasó un arrobó de ternura. Florita cantaba ahora con "más alma", como decía Marisabel, porque veía el efecto que había causado con su arte cursivamente sentimental, limeñamente romántico. Sus dedos arrancaban las notas más extremas llevando el vals a una escala tremendamente aguda. Luego, sin mucha fe en su garganta, bajó al tono natural:

*Junto a la vieja puerta del viejo cementerio,
la dulce enamorada de amor se desmayó...!
Allá estaba la tumba mortal en que dormía
su idolatrado amante que ayer se despidió...*

Fue una tempestad de aplausos. Ella, toda colorada por el esfuerzo de los agudos finales, agradecía los parabienes de aquellos amigos que exageraban las dotes de la niña:

—¡Una alhaja!

—¡Pero si esta criatura es...!

Luján silbaba las eses apasionadamente:

—¡Precioso!

Don Francisco estaba realmente emocionado. Aquel hombre tan sencillo, tan claro, tan sin complicaciones, sentía en el alma los afanes de la pobre niña aquella, bastante tonta, que quería dormir en el cementerio para que, en su ausencia, no hablasen de amor de tumba a tumba aquel amante que ayer, nada más, le había dicho adiós y que ya estaba dispuesto a jugársela ¡y con una muerta! Pero don Francisco era médico e ignoraba esas sutilezas de la crítica y del análisis: para él no existía sino un dolor, que él no podía consolar, una desgracia irreparable a la que no podía ponerle remedio. Y entonces, valientemente, sin respeto humano, orgulloso de sus buenos sentimientos, volvió a sacar el pañuelo y volvió a sonarse con un estrépito tan grande que hizo exclamar a su esposa:

—Es un ángel.

Todos insistieron en que la niña cantase otro amor fatal y otras lágrimas luctuosas. Pero ella se negaba sonriendo:

—Déjenme descansar un poquito...

Se hizo un silencio que nadie osaba interrumpir: nadie iba a seguir lamentando la pérdida del arete y nadie iba a seguir alabando a Florita. Entonces doña Asunción abriendo la tapa del relojito que le

pendía de larga cadena de oro sobre el pecho pomposo y casi coloidal, dejó escapar estas palabras: —¿Vamos a tomar algo?

Y fueron. Sobre el mantel de hule de la mesa habían puesto otro mantel que tenía dos manchitas de vino disimuladas con las fuentes de "hojitas limeñas". El aparador estaba colmado de fuentes de porcelana con flores anchas y multicolores y en los auxiliares los servicios de té, uno de plata y sin brillo, otro de loza blanca con unas flores azules, demostraban su vieja y antigua inutilidad: doña Asunción había proscrito el té, a causa de sus nervios, y nadie tomaba en su casa otra cosa que el espeso y aromoso chocolate del Cuzco. Dos oleografías a cada lado de los auxiliares ostentaban el rojo subido de las manzanas, de los rábanos, de las langostas. Y un almanaque de cartón, recortado en el borde como un encaje, lucía un niño de unos cuatro años, con pantalones blancos que se le doblaban debajo de las rodillas, sosteniendo en una mano su sombrero de castor para lucir mejor los largos crespos rubios y posando la otra sobre un inmenso perro de Terranova, de blanco pelaje con manchas pardas.

El silencio de todos dejaba escuchar en el comedor el ruido de las cucharillas trinando en los bordes de las tazas que humeaban el perfume del chocolate. Doña Asunción se multiplicaba en el afán de pasar las fuentecillas de "hojitas limeñas" que estaban recortadas como corazones, como hojas de rosa, como estrellas y que tenían por un solo lado una capa de confitura rosada, blanca, verde. Sobre el aparador, María Isabel Alcázar cortaba finas ta-

Jadas de bizcochuelo exclamando:

—¡A ver! ¡Traigan sus platos!

Y todos festejaban y alababan el gusto del cacao exquisito, la fragilidad de las "hojitas" y el regusto de aguardiente que tenía el bizcochuelo. Alfredo Luján exclamó lo que él suponía el mejor de los elogios:

—¡Chocolate de convento!

Doña Amada aprovechó la coyuntura para soltar la pregunta que desde por la mañana, cuando se encontraron con Cruz Valcárcel, le estallaba en el pecho:

—Teresa Valcárcel ¿se metió en el de Santa Clara o en el de las Nazarenas?

María Isabel la socorrió con su información:

—En Santa Clara. Y ha llevado una dote...

—¡Qué ocurrencia de niña...! —criticó doña Amada.

—¡Ay, hija! —comentó la informadora—: el mejor de los caminos... Cuando se está para vestir santos lo mejor es hacerse esposa del... Señor.

Se avisgó Zoila del Alva:

—¡Pero si no tiene sino veintiséis...!

—Eso dirá ella... —insistió la Alcázar. Pero así y todo, la juventud no es suficiente. Tanto Cruz como Teresa fueron siempre muy...

—Presumidas —precisó don Crisanto.

—Eso es. Claro, con los millones que tienen, cualquiera... Pero, hija, a mí, francamente, Teresa nunca me fue simpática. Cuando venía a Osíla no paraba sino metida en la iglesia...

—Bueno, pero ese no es motivo... —exclamó doña Asunción.

La beata cuarentona volvió por sus fueros:

—¡Claro que no! Pero ella seguramente lo hacía por despecho, porque como nosotras no llevamos nunca el amén... Y ahora, para rematar, de monja... A lo mejor, Crucita le sigue los pasos...

Florita Valencia mirando a Luján inquirió:

—¡Cómo! ¿Y el novio ese que se fue a Inglaterra?

—Pues... si se fue a Inglaterra... —insinuó Luján.

—¡Ay, no! —aseguró Florita—: yo sé, positivamente, que se escriben...

—¿Y cómo lo sabes, hija? —se asombró María Isabel. Porque ella no te habrá hecho confidencias...

—Muy fácil: por el cartero... ¿Y confidencias? Yo no soy amiga de ella...

Llegaba al final el chocolate y Florita sabía que habría de volver al piano a cosechar las ovaciones que todos le debían en su condición de "diva", al decir de Luján. María Isabel Alcázar Pancorvo bebió un largo vaso de agua, se enjugó rápidamente los labios con el pañuelito orlado de luto y comenzó a despedirse.

—¿Cómo, tan temprano?

—Es que me he olvidado de una cosa que tenía que hacer...

Todos aceptaron la razón y ella fue estrechando las manos de los hombres, besando las mejillas de las mujeres y dando y recibiendo unas palmaditas sobre el hombro que reemplazaban los abrazos.

—¡Hasta luegoito!

—¡Riquísimo el chocolate!

—¡Ay, tus cosas!...

—Adiosito, entonces...

Doña Asunción acompañó a su amiga hasta el vestíbulo adornado con grandes maceteros que tenían unas hojas de begonias y de cuyo techo pendían otras macetas con unos helechos inmensos. María Isabel Alcázar, con un pie sobre la vereda, confesó a doña Asunción el motivo de su fuga:

—Voy a ver a la Valcárcel.

—¿Y para qué, hija?

María Isabel quedó mirando a doña Asunción con una expresión de piedad y de sarcasmo. Luego le respondió lentamente:

—Tienes unas preguntas...

La otra vislumbró todo el posible tesoro de informaciones que María Isabel iba a obtener y amabilizó el gesto:

—¡Ay, Isabelita! Vente luego a comer, ¿quieres?

—Bueno, pero avísale a tu marido... Como se acuesta tan temprano...

—El, encantado: es un ángel.

Y se despidieron con recíprocos besos estruendosos.

* * *

La tarde se diluía en los dorados, rojos, azules, lejos. Las hojas de los árboles, las fachadas de las casas, el rebrillar de las piedras pulidas de las calzadas, las fofas nubes vagabundas, todo cobraba en la hora crepuscular una grata tonalidad melancólica. Osila se despedía de la tarde con una quieta paz que no interrumpían ni los trinos de todos los pájaros en todos los follajes. Desde la lejanía de los potreros aledaños llegaba un rebuzno solitario

y lamentable. Un cholo en mangas de camisa, con un gris pantalón remendado, con chancas de sogas, llevaba una tabla en la cabeza y al hombro un soporte de tijera. Pregonaba con tristeza:

—Euuuh!... Turruneruuu...!

En la Estación del ferrocarril unos cuantos cargadores descansaban esperando el tren que, los domingos, llegaba de Lima a las siete de la tarde. Los policías, los celadores, como se les llamaba entonces, se aburrían contra los postes del telégrafo, en las columnas de los faroles de gas. La tarde caía lentamente e hizo su aparición el farolero con su escalerilla pulida y sus fósforos de cera —fósforos chalacos—, canturreando una anatópica canción popular:

—Soy el farolero
de la Puerta'el Sol
Pongo mi escalera
y enciendo el farol...!

CAPITULO III

LA SEÑORITA Y LA BEATA

El rancho de los Valcárcel estaba situado en la Avenida Lima por donde pasaba el ferrocarril que unía a Osila con la capital. Aquel rancho era un palacio. No se supo nunca ni se sabe ahora la razón por la cual aplicaban en Osila y aplican todavía en el Perú este nominativo denigrante de "rancho" a las amplias mansiones lujosas. Pero el palacio de los Valcárcel era en Osila un rancho grande, acaso el más grande de todos en aquel pueblecito pintoresco, dulce y querido.

Sobre la vereda, que en la sección que correspondía al palacio era toda de losetas polícromas, se alzaba la verja de hierro forjado, con las iniciales de los dueños. Sostenían aquella verja unos pilares de piedra pulida coronados por unas estatuas al gusto romano. Del descubierto vestíbulo de mármol ascendía una escalera que comunicaba a una ancha galería y aquella escalera se abría entre dos leones, de mármol también, que apoyaban sus patas, Izquierda y derecha respectivamente, sobre unos globos de cristal que se iluminaban con gas,

lo que disminuía un poco la fiera de los leones pues el humo les ennegrecía las abiertas fauces.

Aquel palacio tenía tres salones inmensos y lujosos, cosa que se sabía en Osila por las informaciones de los criados, que los señores Valcárcel jamás los abrieron para fiestas. En uno de ellos, con alegres muebles dorados forrados en seda, con espesos cortinajes, con anchos espejos ovalados que prolongaban el salón dentro de sus marcos labrados con amercillos y con flores, Cruz Valcárcel había recibido a María Isabel Alcázar.

Ahora, sin velo que la recatase, su belleza se percibía más claramente a pesar de la penumbra de la sala. Sentada en un extremo del sofá, vestida de luto, tenía a pesar de su alta estatura, un indefinible matiz de delicadeza. Los cabellos rubios, peinados al gusto de la época, le hacían sobre la frente clara y espaciosa una suntuosa y grácil corona de oro. Los ojos, no muy grandes, de un impreciso color leonado, se expresaban con miradas firmes y alegres a pesar de la tristeza que ponía en ellos el recuerdo de los padres muertos, de la hermana monja, de su soledad obligada. Las manos finas, de largos y afilados dedos, tenían una tierna carnación lechosa. El traje de seda que la ceñía modelaba un busto alto y lleno, una cintura fina, un talle amplio, femenino, fuerte y gracioso. Los finos zapatos descotados que calzaba dejaban percibir el alto empeine avivado por la seda negra de las medias. El cuello cerrado hasta la garganta tenía un pequeño borde blanco, para acentuar más el luto, y no se adornaba sino con un gran medallón bordeado de pequeñas perlas encerrando el retrato de su madre. Y la boca carnosa, tierna, ju-

gosa, dejaba errar una sonrisa que le hacía dos leves hoyuelos en el óvalo un poco ancho y rosado de la cara.

Mientras María Isabel le decía el objeto de su visita, Crucita hacía el balance de los nuevos estragos que un año más de soltería ineludible había dejado en el rostro de la beata. Esta ponía los más delicados acentos en la voz y hacía la más gentil de las sonrisas mientras hablaba de los pobres niños sin juguetes, de la falta de recursos, de la tradicional caridad de los Valcárcel y de la pobreza de la gente de Osila que esperaba esa Pascua como una bendición.

Crucita hizo un esfuerzo para volver a la realidad y apartarse de la afilada nariz, de las mejillas pálidas, de la cabeza entrecana de la Alcázar:

—Desde luego, Misia Marisabel, cuente usted conmigo...

—Ya lo sé, hijita: desde chiquita eras así...

Crucita sonrió para agradecer. Hubo una pausa: María Isabel no se atrevía a soltar el verdadero motivo de su visita. Luego, esforzándose, inició el ataque por el flanco como había dicho el coronel Palacios, su tío:

—En esta casa no se siente el calor... Porque el verano se ha adelantado, ¿no?

—Efectivamente...

Insistió María Isabel:

—Claro, como es tan grande... Aquí hay mayor ventilación... Lo que es en mi casa, es horrible... Menos mal que como es tan chiquitita una se siente menos sola...

Cruz cayó en el ardid:

—Además, usted tiene a sus hermanas...

—¡A Dios gracias, hija! En cambio, tú, tan sola...

Y pasando al tono confidencial, lo que acentuó cruzando los brazos y montando una pierna sobre la otra, preguntó:

—¿Y cómo se le ocurrió a Teresita meterse de monja?

—Usted sabe, Misia Marlsabel... Esas son cosas tan íntimas... Es una cuestión de vocación que nosotras no podemos entender, ni siquiera sentir...

—Así será, ¿no? Pero bonita, porque no me digas, Teresita es un amor... ¡un amor! ¡Y con la fortuna de ustedes! Bueno, ahora la fortuna no es sino tuya... Naturalmente...

Crucita asintió adivinando ahora el motivo de la visita de la Alcázar:

—Naturalmente: a Teresa no le hace falta ya esa fortuna que, por otra parte, no es tan grande como a usted le parece...

—¡Ay, no me digas! Pero ella, claro, habrá llevado al convento una dote que no te digo nada...

—Sí, lo conveniente.

Se hizo una pausa. Crucita guardó silencio con el objeto de que la otra se despidiese. Pero María Isabel estaba decidida a llevar a doña Asunción la información que las dos, que todas las amigas de Osila necesitaban y prosiguió:

—¿Y la señora Teresa? ¿De qué murió?

—¿Mamá? Pobre, del corazón... A raíz de la muerte de mi papá la pobre quedó tan afectada...

—Muy natural.

—Y luego los años, usted comprende, no la ayudaron a resistir...

—¡Y aquí te has quedado tan sola, criatura!... Pero, en fin —y sonrió la solterona para endulzar la impertinencia—, espero que sea por poco tiempo...

Crucita sonrió mudamente. María Isabel picardeó con afectada puerilidad:

—¡A mí un pajarito me ha contado!...

—Ese pajarito se llama Pacheco, el cholo cartero, ¿no?

—¡Las coges al vuelo! —festejó la Alcázar—: pero francamente, a mí, no me ha contado nada: fue a Florita Valencia.

Crucita intentó recordar:

—¿Florita Valencia? ¿La más alta?

—No, la que canta. Por cierto que la pobre no tiene ni pizca de voz ni de sentimiento, pero como tú no has querido cantar nunca en la iglesia hubo que pedirle a ella el favor. Y está más pagada de su voz, te digo...

Concedió la señorita Valcárcel:

—Qué curioso...

—Bueno, lo cierto es que el cholo Pacheco le contó a Florita que con mucha frecuencia te traía correo de Europa...

—Sí... Mamá, la pobre, nos acostumbró tan mal... Siempre quiso que encargásemos todo allá... Y como mi papá le daba gusto en todo...

—Si no me refiero a modas, Crucita: tú sabes a qué me refiero...

—Es posible, Misia Marisabel, pero no caigo. ¿Quiere usted un poco de jerez?

—¡Yo no bebo nunca! —se escandalizó la Alcázar.

—Bien: entonces me dirá con cuánto piensa usted que debo contribuir a la fiesta de Pascua...

—Eso es voluntario.

Crucita se levantó del sofá y fue al vano de la puerta para tirar el cordón de seda de la campanilla.

—Sabe usted, Misia Marisabel, que yo tengo un tutor, mi tío Marcial, y el pobre como es tan escrupuloso quiere siempre que le dé recibos y comprobantes de mis gastos... ¡Un horror! De modo que...

Interrumpió una mulatita vestida de negro:

—¿Niña Crucita?

—Oye, Goyita: tráeme la bolsita de la plata, tú sabes... Y papel y tinta.

Luego volviéndose hacia María Isabel continuó:

—Para mí es un laberinto esto de los bancos, de tío Marcial, de la testamentaría...

La solterona murmuró derrotada:

—Debe ser.

A poco volvió Goyita con lo pedido y esperó en la puerta. Crucita pasó a la Alcázar el papel y la pluma y le dictó: "He recibido de Cruz Valcárcel la suma de cinco libras como contribución para la fiesta de la Pascua". Luego, como excusándose, añadió:

—Crea usted, Misia Marisabel, que no puedo darle más... De otro modo, más le daría... Pero tío Marcial...

—Comprendo, hija, comprendo.

Cuando María Isabel terminó de escribir, Cruz se puso de pie y puso en la palma de la beata las cinco monedas de oro. Luego, sencillamente, con la más franca de las sonrisas, con el más dulce de los acentos, la despidió:

—Crea usted, Misia Marisabel, que me ha dado

mucho gusto haberla visto... Y espero que no será la última vez, ¿verdad?

—¡Ay, no, Crucita!

—Ahora, que estoy tan sola, en esta casa tan grande, deseo verla a usted con la mayor frecuencia... en la iglesia...

No entendió de pronto María Isabel. Agradeció las cinco libras en nombre de los pobres y se retiró acompañada por Cruz sólo hasta la puerta de la sala. A la puerta de la calle la acompañó Goyita y cuando la negrita volvió al lado de su ama, ésta, con toda la picardía de su estirpe limeña, con todo ese donaire de su aristocrático criollismo, se encaró con Goyita para preguntarle:

—¿Qué te parece esta beata de... de todos los días de la semana?...

Goyita rompió a reír a carcajadas.

Y Cruz, seguida por la risotada ancha de la criada, fue al interior del palacio, hacia el comedor. Atravesó el amplio salón dorado y siguió por otra sala más, adornada al gusto victoriano, con anchos canapés de palisandro, con mullidas butacas talladas, pisando levemente sobre las espesas alfombras y reflejando su alta, fuerte, airosa silueta en los espejos.

Sí, qué grande la casa aquella... Muertos los padres, la hermana en el convento de Santa Clara, cerca del barrio de las Maravillas, Carmen Alto adelante, su vida tenía ahora una soledad que, no por transitoria, era menos dolorosa. Había que esperar un año o más a que retornase aquel misterioso corresponsal suyo de Inglaterra, que las suspicacias unidas de Florita y de María Isabel daban

nombre y figura. Había que esperar... Y esa espera no podía ser más angustiosa, no podía ser más angustiosa... Esperar y esperar un día y otro día, sin más compañía que Goyita, la alegre negrita, su hermana de leche, mal consolada por la ternura de María Jesús, su "mama", y el respeto de José del Carmen, el zambo sesentón. Pero por mucho que los padres de Goya la hubiesen visto nacer y por mucho que la amasen, ella no podía consolarse de esos almuerzos, de esas cenas a solas, de esos días que llegaban sin tener cerca a quien deseárselos buenos, y no tener en las noches la dulzura apasionada del beso que la despidiese "hasta mañana"...

Ella no se explicaba, no podía explicarse el monjío de Teresa. Bonita, ya lo había dicho la Alcázar, era su hermana como la que más. Fortuna, le sobraba. Y un día tiró a un lado fortuna y belleza para meterse dentro de un hábito y enclaustrarse toda la vida, abandonando el amor de su hermana por otro amor que ni María Isabel Alcázar, con ser tan beata, ni ella, con ser tan inteligente, podían explicarse.

En la galería interior que daba sobre el inmenso jardín que cuidaba José del Carmen, se sentó Crucita. Goya le trajo sus agujas y las dos comenzaron a tejer. El crepúsculo se había acentuado y en el cielo se desvaían las tintas del tramonto. Los jilgueros, los mirlos, los canarios de la señorita Valcárcel ya dormían en la gran pajarera con las cabezas bajo las alas. Un gran dogo danés se acercó en rápido y pesado trote y Goyita, que fue quien le bautizó, le ordenó imperiosamente:

—Echate, Pepián.

El jardín iba quedando en sombras. José del Car-

men ya había encendido todos los faroles de gas y a su claridad se entretenía en separar unos tercios de pasto:

—José del Carmen, ¿ya comió San Martín?

—Voy a darle, niña.

Los cuatro inmensos plnos que eran la característica de Osila y de la casa de los Valcárcel se perdían ya en la alta sombra de la noche. Lejano, se anunció el tren que llegaba en el viaje ideal y real a la vez... Las dos mujeres, ama y criada, seguían en su obra con una pertinacia de hormigas. De pronto Goyita se interrumpió:

—Niña Cruz, ¿a qué habrá venido la señora Alcázar?

Crucita hizo un largo gesto con la mano semiabierta y sonrió:

—A buscar plata para los pobres y chismes para las beatas...

—¿Le preguntó por la niña Teresa? —inquirió Goyita.

—Y sobre la muerte de mamá, sobre mi soledad, sobre todo... ¡A bien de que no le di relleno!...

—Y sobre el niño Jaime, ¿también le preguntó?

—Sobre todo, hija...

Los rojos belfos de la negrita se fruncieron en un gesto de ira y de desprecio para murmurar:

—¿No le digo, niña?... Si estas beatas son de lo más currupantlosas... De veras...

Y volvieron a sus agujas. La noche ya había caído. El jardín lujoso y sombrío se prolongaba ahora hasta lo infinito. De pronto un relincho llegó claro, sonoro, extraordinario. Murmuró Crucita:

—Vamos a comer, que San Martín ya está comiendo...

CAPITULO IV

SAN LUNES

Una de esas nieblas veraniegas, tan frecuentes en los pueblos marinos, arropó la amanecida sanlunera de Osila. Después de la huelga morriñenta, calurosa, pesada, melancólica y soleada del domingo, el lunes amanecía con una guisa de sopor friolento. Pero aun así, la actividad del día contrastaba felizmente con la lentitud dominical: caballos con porongos a los flancos y encima una chola de pajiza y manta negra sobre los hombros, burros con capachos verduleros, carretillas de frutas de todos los perfumes y de todos los colores, animaban las callejas de Osila por donde se prolongaba el eco de los pregones matinales.

En la Estación había un inusitado trajín y los cargadores se llamaban a gritos mientras el jefe de patio, indiferente a todo, fumaba recostado en el quicio de la puerta de su oficina, sostenido por un pie y apoyando del otro nada más que la punta del zapato, con las piernas enredadas como una columna salomónica.

—¡Don Pimentel, estos bultos son para la Casa del Mirador!

—Bueno... —bostezaba don Pimentel.

María Isabel Alcázar, al marchar hacia la Iglesia de San Francisco, había cruzado por la Estación para preguntar al jefe de patio:

—Don Pimentel, ¿llegaron los bultos de los Erazo?

—Algunos...

Ella se dirigió entonces al templo para contar la noticia a doña Asunción y a doña Amada. La noche anterior había comido, muy bien, en casa de su gorda y bonachona amiga y se había desfogado contra la orgullosa esa de la Valcárcel que la había tratado como a una intrusa. Y la muy miserable que no la había dado sino una libra:

—¿Qué hacemos con una libra?...

—¡Ay, hija, algo es algo! —había consolado doña Asunción.

—¡Y lo que es de su mamá!... ¡Que si la pobre se había afectado!... ¡Que si la pobre no pudo resistir!... ¡Que si la pobre tenía muchos años!... ¡En mi vida he visto mujer más palangana!...

—Es que la pobre, como está de luto, por eso...

—¡Ay, hija! Todos hemos tenido nuestras penas y nuestros lutos y no por eso hemos cambiado...

—Pero es que todas no somos iguales... ¿Y qué te dijo de lo de Inglaterra?

María Isabel Alcázar palideció al confesar su derrota:

—Nada.

—¿Y de Teresa?

—Nada.

—¿Y de la cuestión de la fortuna?

—Que tenía un tutor.

Doña Asunción se infló despectivamente para considerar a su amiga:

—Hija, lo cierto es que tú no sirves para estas cosas.

La Alcázar entornó los ojos y respondió moviendo la cabeza de arriba abajo; segura de su eficacia:

—Que yo no sirvo... ¡Qué cosas tienes! Lo que pasa es que ésa es... ¡Ave María!

No pudo prolongarse mucho la tertulia porque don Pancho Santander cabeceaba en mecedora de Viena con el pucho del cigarro colgándole de los bellos entreabiertos, por donde dejaba escapar un suave murmullo que era el preludio de todos los ronquidos que esperaban a doña Asunción. Misia Marisabel tuvo que despedirse de su amiga con tan sonoros besos que despertaron al angélico doctor: —¡Eh, eh! ¡Sí, sí! Hasta mañana, María Isabel...

Y hasta esa mañana iba a reanudarse la conversación en San Francisco. El lego había encontrado el arete de doña Asunción al barrer la iglesia y allí lo tenía en la vuelta de su ancha manga, sin importarle un ardite la inseguridad de semejante caja de caudales. Apenas vio a la devota señora se acercó a ella:

—San Antonio le hizo el milagrito...

—¡Ay, Dios se lo pague, hermano!

El lego sonreía dejando enseñar las caries de los dientes:

—¡Vaya, vaya! ¡De nada, de nada!

—Tenga para sus pobres, hermano...

—Gracias, gracias: póngalo en el cepillo de San Antonio...

Y volteó las espaldas. Doña Asunción se ofendió por lo que ella creía desaire y no se acercó a la alcancía del santo milagroso. A los pocos minutos sintió el ajeteo de la cadena que sujetaba un reclinatorio y, a poco, María Isabel colocaba el piadoso mueble a su lado. Se saludaron en voz baja:

—¿Cómo te ha ido?

—¡Encontré el arete!

—¡No me digas!

El lego volvió a salir para encender los cirios del altar. Al lado de la epístola arregló las vinajeras, la campanilla que hizo un tilín como avergonzada y levantó una caja de fósforos que sacudió para ver si ya estaba vacía. Luego, apoyando la mano izquierda sobre el altar, arregló unas azucenas que pretendían escaparse de un gran vaso de cristal de pésimo gusto. Luego volvió a la sacristía y, a poco, tornó a salir precediendo al sacerdote. Comenzó la misa.

—Introito ad altare Del.

—A Dei qui letificat juventutem meam —respondía con su acento serrano y piadoso el lego.

Las beatas de todas las edades, de todas las clases y de todos los colores seguían con afectada unción la voz bronca del fraile vasco. Pero a los pocos segundos, cuando el sacerdote se inclinaba para rezar el Confiteor, todas volvieron el rostro: entraba Cruz Valcárcel, a quien Goyita arregló el reclinatorio. La alta, bella, garrida muchacha no reparó en la curiosidad que despertaba y prescindiendo de todos, absorta tan sólo en la misa, dobló el cuello, inclinó la cabeza de oro y escondió el rostro entre las manos: oraba por los padres muertos, por la hermana eternamente querida y eterna-

mente ausente, por aquel extraño corresponsal de Inglaterra que comenzaba su correspondencia con este raro y delicioso vocativo: MI Cruz mía...

El fraile llegaba al final de la misa y se disponía a rezar el maravilloso evangelio de Juan: *secuentia sancti evangelii secundum Joane*. Las beatas de pie escuchaban las palabras latinas que no entendían, contemplando la alta figura del oficiante y la humildad del lego cholo y pío.

A la salida se encontraron doña Asunción, María Isabel y Crucita. Se saludaron llanamente y doña Asunta se pavoneó casi maternalmente:

—Qué gusto de verte...

—Tanto gusto, señora. ¿Y el doctor?

—¿Pancho? ¡Divinamente! —se disforzó la señora.

—Ayer tuve el gusto de recibir a Misia Marisabel y espero que usted no se haga esperar... Si no fuera por mi luto yo iría a verla sin cumplidos...

—¡Encantada, hija! Un día de estos...

Crucita aprovechó para despedirse:

—Ya está, un día de estos...

Y se marchó seguida de Goyita dejando en suspenso la fecha de la visita. La Alcázar y doña Asunción quedaron en silencio mirando cómo marchaba la alrosa muchacha hasta que la señora exclamó:

—¡Qué encanto de criatura!, ¿no?

—¿Encanto? —replicó la beata—, ¡y no me quita el "misia" ni por equivocación!

Doña Asunción rompió a reír a carcajadas.

—No sé qué gracia pueda hacerte...

La otra reía hasta las lágrimas.

Desgraciadamente no le duró mucho la alegría: chinos harapientos, cholos zarrapastrosos, zambos vie-

jos de tumefactas narices enrojecidas, venían bariendo las calles, haciendo el clásico servicio de baja policía, levantando más polvo que un rebaño.

En la altura de las cuatro torres de San Francisco, las palomas, ateridas de frío, no se atrevían a volar entre la neblina.

En la calle de la Unión los toldos blancos hacían un mal papel porque no tenían sol que resguardar. Las sebes de geranios, claveles y rosales, los torcidos jacarandás de azules flores, las palmeras esbeltas y el magnolio florido del Parque se entumían en el esfumino gris-azul de la niebla. En el Municipio se abrían, con su habitual pereza, las puertas de las oficinas y los empleados iban llegando parsimoniosamente.

Eran todos los amigos de la tertulia de Pezzo: Pedro Pérez o Adolfo D'Algy, el espiritual cronista de la espiritual **Brisas**; don Juan Alarcón, bisojo, grandullón, humorista y distraído y, de veras, buen escritor y con tan mala suerte que no era sino secretario del Concejo; Fabio Falcón, el lírico poeta de Florita y padre de todos los gatos que a su casa caían; Antenor Vásquez, con su mansa locura financiera y Alfredo Luján, oficial del registro civil. A las once y todavía con niebla, llegó el Ingeniero Municipal, don Casimiro Bocanegra, con su enorme lunar en la punta misma de la nariz rojiza y con su enorme vientre de Sileno matemático. En el atrio del Concejo, recostado en una de las cuatro columnas de dóricos capitales, el eterno postulante a un destino, Dioscórides Acevedo, borrachín contumaz, descansaba de la fatiga de no haber hecho absolutamente nada durante los cincuenta y tres años de su vida.

A los pocos minutos llegó a la secretaría del Con-
cejo un sacerdote preguntando por don Juan Alar-
cón:

—¿De parte de quién? —inquirió el ujier.

—Del doctor Eusebio Oré.

Alarcón mismo salió a recibirlo. Un gran abrazo
con grandes palmadas en la espalda hizo sonreír con
servil sonrisa al viejo y flaquísimo ujier: *

—|Buon giorno, signore!...

Luján no perdió el tiempo:

—Don Atilio, ¿qué puede prepararnos de almuer-
zo?...

—Hay de todo, hay de todo: una entrada, unos ta-
llarines, muy buena corvina, fresquecita, su lomo,
su ensalada, ¿eh?...

* Se han perdido las páginas 35 a 38 del manuscrito
original. Se desconoce, por lo tanto, el contenido de
la conversación entre el canónigo Eusebio Oré y Alar-
cón; no se sabe tampoco si hay otras escenas entre
la anterior y la que muestra, llegada la hora del al-
muerzo, a los amigos de la tertulia de Pezzo entran-
do al local de don Atilio.

A la espalda de la página 39 la viuda del autor ha
copiado un fragmento, proveniente, con toda seguri-
dad, de las páginas perdidas:

"Se acercaba el mediodía. El sol brillaba ahora que
la neblina había sido llevada por la brisa que movía
las palmeras ahora claras, el magnolio alto y florido,
los jacarandás azules, las sebes de los jardines don-
de se empinaban rosales y azucenas, entre los cer-
cos de geranios y begonias".

Las calles iban quedando desiertas. El sol caía a plomo sobre Osila fulgurando en las paredes encaladas, en el verdor de las hojas, en la blancura de los toldos. En la Estación había terminado el ajetreo de bultos y documentos de carga y don Pimentel ya se había retirado para almorzar. Un pregón lejano y agudo llegaba de la distancia:

—¡Uva Italiaaaa!

En el jardín de los Valcárcel, bajo la glorieta cubierta de madreselvas, Crucita almorzaba acompañada por María Jesús y servida por Goyita. Pepián, junto a la mesa, recibía en sus fauces enormes las sopas de pan que Crucita hacía en la salsa de su plato para engreír el bello dogo. En la pajarera los jilgueros, los canarios, los mirlos, un chirote de negro plumaje y pecho rojo, los perluquitos de Australia, se morían todos de risa. El aire jugaba en los altos ramajes oscuros de los pinos, en las copas de los grandes árboles floridos y con frutos. María Jesús preguntó a Crucita:

—Niña, ¿un poquito más de pescado? ¡Está riquísimo!

Cruz titubeó y cedió al fin a la insistencia de Goyita:

—¿Le traigo, niña?

—Bueno, pero un poquito...

Era mejor yantar en la glorieta que en el comedor. Aquí todas las flores ponían una alegría, una dulzura, una belleza que no encontraba ella en la soledad de la lujosa sala colmada de plata y de cristales. Y en la espesa modorra del medio día luminoso, las palomas torcaces se engreían en los altos follajes susurrantes:

—Cu... cu.. lí.. Cu.. cu.. lí..

CAPITULO V

EL TREN DE SAN JARIJA DE OSILA

De Lima partió de lo más petulante: tocando la campana, piteando a gritos, resoplando que era un contento. De la alta chimenea salía un humo denso, retinto y pesado y de los flancos le salía otro humito pero blanco que nadie se podía explicar por qué era blanco cuando el de la chimenea era negro. Y cuando arrancó, jadeando en el esfuerzo, todos los vagones se estremecieron y Perico gritó desde la ventanilla saludando a todos los que se quedaban en la estación de San Juan de Dios:

—¡Viva el tren de San Jarija de Osila!

Y era un bullicio de risas y de gritos alegres porque al fin, ¡al fin!, salían de la casona de la calle Pando para ir a pasar el verano en Osila, como el año anterior, a la casa que tenía jardín y gallinas y patos y una cabra que seguramente ya tenía cabritos:

—Mamacita, ya habrá cabritos, ¿no?

Y como la madre no le atendía, Pancho la tomó de las manos insistiendo:

—Dime, pues, mamá...

El tren salió por fin al campo corriendo a todo correr. Los potreros se extendían a ambos lados de la vía halagando los ojos con la frescura de su verdor, interrumpido a veces por el oro de los cardos y el rojo encendido del "frailecito". A la derecha, según se va a Osla, se divisaba el azul lejano de la mar. En los potreros mugían las vacas pintojas y se apelotonaban los corderitos de sucios vellores blancuzcos y los tres chiquillos, vestidos como marineros, con blancas blusas y pantalones azules, enseñaban a la hermana todas esas maravillas señalándolas con las manitas enguantadas.

—¡Mira, mira, ese caballito tan chiquito!

Aquel tren no era muy veloz... Había salido a las ocho de la mañana de la estación y a las ocho y media todavía estaba en Limatambo. Los niños se desesperaban ya:

—¿A qué hora llegamos?

¡Y el tren que no corría, que no llegaba! Y los campos siempre iguales, siempre extensos, con las mismas vacas y los mismos terneros y los mismos caballos y los mismos chirotes que lucían el plumaje encarnado del pecho y silbaban sobre las tapias grises. Para colmo de males, el tren hizo una parada brusca a poco de haber pasado Limatambo y Petita, una de las amas de los chicos, exclamó impaciente:

—¡El martes ni te cases ni te embarques!...

A Dios gracias la cosa no pasó a mayores y el tren pudo reanudar su marcha. Pasado Miraflores se pudo distinguir las siluetas de las torres franciscanas y los cuatro pinos, más altos todavía, de

la casa de los Valcárcel. Petita se los enseñó a Pancho:

—Allá está Osila... Ya vamos a llegar.

Y en el vagón volvieron a alborotar los niños:

—¡Viva San Jarija de Osila!

Eran Ignacio, el mayor, luego Perico, moreno y bizarro, Margarita y Francisco, el tremendo don Pancho de todas las diabluras que en sus cuatro años de vida ya debía la de un gato... Ignacio era acaso demasiado alto para sus ocho años, rubio y fino, de claros ojos en los que la expresión cambiaba con frecuencia de la sorna a la melancolía; Margarita, de sólo cinco años, tenía una cabecita de azabache y un rostro delicado y alegre. Don Pedro, como le llamaba su padre, era moreno como él y tenía una marcial actitud coronelicia: siempre estaba mandando.

Don Ignacio Erazo se había casado con Margarita de Castro hacía sólo diez años y el mayor de los hijos nació dos años después del matrimonio. Perteneían los dos a viejas familias limeñas fundadas por esos hidalgotes conquistadores con muchos pergaminos y sin blanca. En el Perú lograron medrar en honores y dineros y con el correr de los años fueron quedando los honores y creciendo los orgullos, mas los dineros se fueron marchando inexorablemente. Los Erazo tenían ahora una medianía decorosa que les permitía vivir sin lujos, es verdad, pero con el decoro que competía a quienes poseían limpio nombre y honesta conducta, testificados por aquella Mama Chepa de Erazo y Gorbea, tía de Ignacio, que exclamaba mascando su enorme cigarro de hoja con las encías desdentadas:

—Los Erazo somos gente por la sábana de arriba y la de abajo.

Buen tarambana, Ignacio Erazo y Carbajal había derrochado alegremente la herencia de su padre en esa Europa que sólo le enseñó dos o tres idiomas, la disposición de los vinos en una cena y la mejor manera de pasar la vida sin hacer absolutamente nada. Pero, de buena casta, reaccionó al fin, tiró por la ventana orgullos y vanidades, casó con una limeña, hidalga como él, y comenzó a trabajar con dignidad y con modestia para afrontar todas sus responsabilidades. Y como jamás se pudo repicar y andar en la procesión al mismo tiempo, don Ignacio dejó de repicar, es decir, de atronar a la ciudad con sus badulacadas y comenzó a vivir recta y seriamente. A Dios gracias, nunca perdió su alegría sino que la encerró en su casa para dársela toda a su mujer y a sus hijos.

El año anterior la tos convulsiva había atacado a los cuatro chicos y entonces tuvieron que salir de Lima para ir a una vieja casa, que nadie habitaba, en Osila, último resto de la herencia derrochada. Don Manuel de Castro, padre de Margarita, le había ofrecido:

—No te preocupes: por mi cuenta corre la refacción de la casa; la salud de mis nietos es lo primero y espero que Ignacio no tendrá conmigo tantas delicadezas.

Así se hizo y los muchachos, libres en el jardín, respirando el aire que llegaba del campo y de la mar, montando burros y comiendo fruta robada —la más grata de todas las frutas—, recuperaron salud y alegría. Y como así había sucedido, los pa-

dres y el abuelo hacían el sacrificio de venirse a Osila este otro año para que los chicos recibiesen, en el aire del campo y en el yodo de las olas, toda la salud del mundo.

¡Al fin llegó el tren! Llegó jadeante, teniendo apenas fuerza para tocar la campana, estremeciendo todas las casas con su fatigada trepidación de gigante, pero llegó. Don Pimentel saludaba a los pasajeros conocidos y desconocidos hasta que se dio con Erazo:

—¡Don Ignacio, qué gusto!

—Cómo va, Pimentel, cómo está usted...

—Para servirlo, señor. ¿Y el coronel?

—Llega el sábado.

Don Pimentel saludó a Margarita y a los niños. Estos no recordaban muy bien la figura del jefe de patio de Osila porque del año pasado a la fecha había engordado una considerable cantidad de kilos. Doña Margarita recordó a sus hijos:

—Si es don Pimentel... ¿No te acuerdas, Panchito?

Panchito se lo quedó mirando largo rato con un dedito dentro de la boca entreabierta. Don Pimentel intentó doblarse para hacerle una caricia al muchacho que la rehuyó amparándose en Adelaida, su ama. Después de titubear un instante, Pancho se quitó el dedo de la boca y le preguntó al jefe de patio:

—¿Por qué tienes ese chupo en la nariz, ah?...

El gordísimo cholo reía:

—¡Je, je, je!

En la casa les esperaba Federica, la zamba cocinera, madre de Crispín, un mulatito de diez años

que no veían desde el año anterior. Los cuatro chiquillos entraron corriendo, corriendo, al jardín, a los gallineros, a los corrales, para ver a todos los animales queridos. Era una bulla de risas y de gritos, de cacareos y berridos y Capitán, el mastín guardián de la casa, atronaba el espacio con sus ladridos reconociendo a sus amos. Llegaron a poco los padres y Pancho voló hacia su madre para contarle:

—¡Tres, mamá, hay tres! ¡Te digo que hay tres! ¡Ven para que los veas!

Margarita se inclinaba sonrosada y sonriente:

—¿Tres qué, hijito?

—¡Ven, pues! —gritaba el chiquillo sin tiempo para explicar. ¡Tienen papá y mamá, ¡mamacita! ¡No son silvestres! ¡Ven!

Al fin se supo que eran tres cabritos y, ¡Dios mío!, ellos eran cuatro. Aquí surgió una discusión tremenda porque cada uno pretendería, seguramente, un cabrito. La madre, entonces, pretendió solucionar el conflicto:

—Uno para cada uno...

—¿Y yo? —se angustió Margarita.

—Las niñas no juegan con cabritos... —explicó la madre.

La respuesta fue un llanto interminable. Don Pedro entonces irguió sus seis años arrogantes:

—Yo no quiero cabro, mamá: dáselo a Margarita. Yo me quedo con Capitán y con Crispín.

La casa no era muy grande. Tenía una sala amplia, un escritorio, el comedor y galería interior que daba sobre el jardín amplio. Las parras estaban reverdecidas y los melocotones, los manzanos, los

nísperos, todos los árboles frutales daban sombra a las flores encendidas, cuyo perfume se anulaba en parte con el de la albahaca y el huacatay incitante y criollo.

Adelaida comenzó a perseguir a Panchito para quitarle la gorra marinera y los guantes pero él seguía cargado con su cabrito que berreaba lastimeramente. Cuando al fin lo atrapó el ama, el animalito, blanco y con una orejita negra, salió brincando tan graciosamente que el chiquillo rompió a carcajadas:

—¡Míralo, Mama Lela! ¡Míralo!

Nacho, el mayor, fue tranquilamente a dejar gorra y guantes sobre una silla. Volvió luego hacia la galería buscando el cuarto de baño pero, sin recordar bien, equivocó la puerta y se dio con una escalecita oscura y polvorienta. Miró hacia arriba la curiosidad del muchacho y esa curiosidad le impulsó. Subía lentamente, haciendo crujir los escalones. Subió, subió, subió y al fin se encontró en lo más alto de lo alto, en el mirador de la casa. Un murciélago pendía de la cúspide interior del cono como una telaraña llena de polvo. El chiquillo limpió con una mano uno de los vidrios, un vidrio azul, pegó las naricillas y contempló: ¡se veía todo Osila!

Allá, lejos, el sendero que llevaba a Surco. Descendía entre unos pantanos cubiertos de lotos y helechos grandes y espesos. El verde claro de los sauces dejaba caer la gracia tristona de sus hojas sobre las aguas quietas, como en un mudo coloquio de miradas. Más allá todavía, se divisaba el follaje de las huertas, la dulzura de los potreros con sus cepas tan verdes, tan claras, tan alegres, que ha-

bría sido delicioso caer allí y rodar, rodar ... Las torres derruidas de la iglesuca aldeana ponían el acicate de su rojo pálido y más lejos, más lejos, los cerrejones de arena, las lomas famosas de San Juan eran como una mar gris y fulgurante de sol.

Aquí, cerca, se veía otras casas en donde trajinaban unas gentes que se habían empequeñecido. Nacho las miraba colgar ropa lavada en los cordeles sujetos por cañas, barrer los traspacios, enjuagar el arroz en unos caños de fierro oscuro. Hasta él llegó, débil y dulce, la voz femenina que llamaba: —¡Felicianooo!

¡Ah, y por este otro lado estaba la mar! ¡Qué azul, Señor, qué azul! ¡Y qué blanca aquella vela que temblaba en el filo del viento! Nacho, claro está, no podía explicar esa sensación casi religiosa que le nacía en el pecho contemplando toda la vastedad imponderable de las olas y la audacia alegre de la barquita viajera. Sus ojos claros se agrandaban de asombro contemplando aquella delicia que antes nunca conociera porque siempre les estuvo prohibido subir al mirador. ¡Y ahora estaba allí solo, dueño absoluto del cielo, del campo y de la mar! ¡Y era él, él mismito quien estaba en el mirador, en el mirador suyo, pues era suyo porque lo había conquistado su audacia! ... Y miraba, miraba todo ese pequeño mundo, más pequeño ahora para su altura. Y sentía ese vago cariño que se siente por las cosas que se poseen y conquistan y ¡todo era suyo y era querido!

Limpió entonces otro vidrio y la mano le quedó hecha una desgracia, pero bien valía la pena: aquí, a la izquierda, estaba un jardín grande, más grande

que el de su casa, y había una pajarera y un perro más grande que Capitán y había una negra más negra que Petita y había una mujer bella, alta, rubia, que daba de comer a los pajaritos de la jaula tan grande. Y pegó la naricilla que le quedó blanca sobre el vidrio y vio un caballo y un negro viejo que le daba pasto. Y después había una plita de azulejos que, desde luego, debía tener unos pescaditos colorados, grandes y chicos y de todos tamaños...

Y no pudo contenerse: silbó, primero, y luego gritó y tornó a silbar. El perro tan grande de aquel jardín alzó la testa y sus ojos se fijaron en el mirador. Avanzó unos pasos y comenzó a ladrar. Y la señorita que le daba de comer a sus pájaros, el negro que alimentaba al caballo, la negrita que era más negra que Peta, todos le descubrieron en el alto mirador de redonda cúpula rematada por una media luna morisca. Y lo más gracioso fue que sabían su nombre:

—¡Nacho! ¡Nacho! ¿A qué hora llegaron?

Y él se asombraba de que, desde la tierra, le hubiesen descubierto a él que estaba en el alto cielo, en el cielo más alto. Y de pronto se dio cuenta y gritó también:

—¡Crucita! ¡Tía Crucita!... ¡Pepián, Pepián!

Y bajó corriendo buscando a su madre. Fue a la sala, fue al comedor, fue al vestíbulo y no la encontraba.

—¡Mamá! ¡Mamacita!

Y alborotaba por toda la casa llamando a la madre que estaba atareada con baúles y maletas. Tuvo que salir Petita:

—¿Qué quieres, Nacho?

—¡Mi mamá! ¡Dónde está mi mamá!

Al fin la encontró. La madre iba a reprenderle a causa del vestido inmundo de polvo, de la cara tiznada y de las manos negras, pero él no la dejó hablar:

—¡Mamacita, yo no quiero cabrito! ¡Mamá, para mí, para mí sólo el mirador, mamá! ¡Dime que sí!

—Petita, anda a lavarle las manos y la cara a ese niño. . . —ordenó la madre.

Nacho se desesperaba clamando:

—¡Mamacita, primero dime sí, que es mío, para mí solito!

Se extrañó doña Margarita:

—¿Qué cosa?

—¡El mirador, mamacita!

Ella sin entender lo que pedía su hijo accedió para deshacerse de la majadería del niño:

—¡Bueno, sí, pero anda a lavarte!

¡Oh, qué descanso! Su madre le había dicho "bueno, sí" y ahora tenía que cumplir su palabra tal como ella le enseñaba a sus hijos. "Bueno, sí"... Nada ni nadie en el mundo le quitaría ahora el mirador, ese mirador de encanto que ahora era para él, sólo para él... Y salió corriendo hacia el baño seguido de Peta cantando con un ritmo improvisado:

—¡Mío, mío, mío, mío, mío!...

Entonces convocó a sus hermanos, a Crispín y a Capitán. En los escalones por los que se descendía de la galería al jardín, que los niños llamaban "el potrero" tuvo lugar el cónclave:

—Oye, Perico: yo te doy mi cabrito...

—Yo tengo a Capitán...

—Bueno, pero también te doy mi cabrito... Capitán es de todos y Crispín también...

El negrito, mudo, miraba alternativamente el rostro de los dos tratantes. Pedro no se resignaba a hacerse de la inmensa responsabilidad del cabrito. Al fin ante la insistencia de su hermano mayor tuvo que acceder.

—Bueno, ¿y tú?

—A mí, como soy más grande, mi mamá me ha dado otra cosa.

Pedro, Margarita y Pancho preguntaron a la vez:

—¿Qué cosa?

—¡El mirador!

Todos quedaron en silencio. Nacho esperó inútilmente la explosión de asombrada envidia de sus hermanos pero estos no se inmutaron:

—¿El mirador? ¿Para qué?

—¡Para mirar!

Para mirar, para ensoñar... Vagas lejanías, mar azul, médanos grises, campos lueños de verdes abundantes, fina luz de la mañana, claros celajes del tramonto... Gentes chiquitas, casas ignoradas, minúsculo trajín, pequeño afán, mundo chiquito bajo el mirador de gloria... Pero ellos no entendían:

—Para mirar, ¿qué?

—¡Para mirar todo!

Nacho les pareció un poco extraño, un poco distante de ellos... ¡Qué gusto tan raro ese de mirar! ¿Qué miraría? Y todos aceptaron sin discutir el regalo de la madre:

—¿El mirador para ti? Bueno, pues...

—¿Quieren venir a ver?

Margarita desconfió:

—¿Y qué se ve?

—¡El mar, los potreros y la gente chlquita y todo, todo!

Fueron corriendo y Nacho subió primero seguido por sus hermanos. A media escalera pasó a la cabeza Capitán meneando la cola y ladrando con el contento de los niños. Pero antes de llegar Nacho ordenó a Crispín:

—Trae un trapo para limpiar los vidrios.

El mulatito, en la expectación de la fiesta, bajó corriendo y a poco volvió con el paño que en la repostería servía para enjugar las copas. Nacho en persona limpió los vidrios y todos pegaron las narices a los vidrios, hasta Capitán que se empinó en dos patas. Desgraciadamente hubo que echarlo porque Pepián, abajo, y Capitán arriba trabáronse en un diálogo estruendosísimo.

—¿No ven qué bonito era?

Crispín, para quien el mirador era cosa vieja, no entendía bien el entusiasmo del niño. Panchito, muy pequeño, no podía ver bien. Margarita se asustaba un poco y a Pedro le pareció aquello muy estrecho, muy... Y con la mano terminaba lo que no podía explicar con palabras: muy tonto.

Pero tuvieron que bajar porque Petita los llamaba para el almuerzo que se sirvió en lo que se llamaba con hogareña redundancia el "comedorcito chico". Alrededor de la mesa se sentaron todos, incluso Crispín y Capitán. Hasta el comedorcito llegaba la voz de la madre que dialogaba no sabían con quién.

—¿Con quién conversa mi mamá? —curioseó Margarita.

—Con la niña Cruz.

Entonces todos comenzaron a llamarla:

—¡Crucita! ¡Tía Crucita!

Crucita llegó al comedor seguida por doña Margarita. Su alta silueta se marcó en el vano de la puerta y su sonrisa hizo sonreír a los chiquillos. Margarita extendía los brazos:

—¡Crucita!

Ella voló hacia la niña besándola en las mejillas:

—¡Mi amor! ¡Qué linda!

Y todos la festejaban y ella iba a donde cada uno:

—Don Pancho, ¡qué grande estás! ¡Y con esa cara de mataperrol!

Pancho le contó:

—¡Yo tengo un cabrito! ¡Y Margarita y Perico, también!

—¿Sí? ¿Y de qué color es tu cabrito?

—El mío es blanco y el de Margarita también es blanco pero el de Perico es colorado...

Crucita fue al sitio de Perico:

—¿Conque colorado?

—No, es castaño pero Panchito no sabe.

Nacho miraba en silencio a Crucita, contemplando los mimos que hacía a sus hermanos, el gesto de pasarle la mano por la cabeza a Crispín y para él, nada. Hasta que vino Crucita preguntándole:

—Y tú, ¿no tienes cabrito?

Nacho perdió la serenidad y no respondió. Entonces Margarita, indiscreta y femenina, delató a su hermano:

—Nacho tiene el mirador.

—Ah, sí... Tú estabas, picarón, en el mirador... Yo te vi... ¿Y qué miras?...

Nacho, sonriente y ruborizado, confesó:

—Miro todo... El mar y los potreros y tu jardín y tú... Miro todo.

Petita se apareció con un azafate portando los platos. Crucita batió las palmas y ordenó alegremente:

—Bueno, ¡a comer, a comer! ¡Y a dejar los platos limpios!

Con el alborozo de la moza todos se pusieron a comer y Capitán ladró. Crispín, con los grandes ojazos melancólicos de los mulatos, contemplaba a Cruz Valcárcel sin probar bocado:

—¡Vamos, Crispín, come o te peino!

Y todos reían con el júbilo del primer almuerzo en Osila y la presencia de Cruz. Esta se despidió a poco besando a cada uno de los niños. Cuando le tocó el turno a Nacho, éste no quiso dejarla que le besase aduciendo ruborizado:

—Ya estoy muy grande...

Cruz rió de la pretensión del chiquillo pero no le ofendió:

—No importa: aunque estés grande también te beso... ¿O no quieres?

Lo besó y marchó con doña Margarita alabándole los chicos:

—¡Qué encanto de muchachos! ¿E Ignacio?

—No demora, debe estar en la Estación con Pimentel...

—¿Y tío Manongo?

—¿Papá? Bien, vendrá el sábado... Tenía no sé qué asuntos.

Crucita propuso:

—Oye, Márgara, vénganse a casa a almorzar. Aquí todo está revuelto todavía y ni cublertos tienen...

—¡Ay, hija, pero!...

—¡No seas tontal Además, para mí, que todos los días como sola...

—Bueno, sí, chola... —aceptó Margarita.

En el comedorcito seguía el bullicio. Todos comían de prisa y alegres. Crispín pensaba en el peligro de que la niña Cruz lo peinase. Petita contaba un cuento, un cuento de monitos y de un niño que no quería comer y un sapo grandazo... Nacho, como distraído, como lejano, comía con una dulce lentitud de ensueño.

LIBRO II

Romance y noches buenas

CAPITULO I

MISA DE GALLO

La Parroquia de la Misericordia rivalizaba, todos los años, con la Iglesia de San Francisco en la confección del Nacimiento de Jesús. El señor cura, don Fernando de las Casas, viejísimo y retorcido como el tronco de una parra, reía un poco de estas rivalidades y escuchaba, fumando su medio cigarro toscano, todas las razones que sus feligresas cotorreaban para mantener el prestigio de la Parroquia. Aurorita del Alva, muy bachillera, proclamaba: —¡El templo representativo!

A las cofradías y hermandades de la Parroquia pertenecían las Alva —las tres hermanas del retruécano—, la mujer del ingeniero Bocanegra, Sara Ayllón, y sus cinco hijas, Clemencia, Hortensia, Rosaura, Leopoldina y Emperatriz; las primas de Antenor Vásquez, Maruja y Graciela Heres; la esposa de don Ricardo de la Flor, el mostachudo comisario de Osila y la mayor y la menor de las hermanas de Florita Valencia, Rosario y Betty. Don Eurípides Castagnini, cegatón, enamorado y beato, venía también a la Parroquia para iluminar con sus

luces y galantear a las mozas estimulándolas, decía él, en su piadosa actividad.

Después de la misa de nueve que celebraba el párroco, cuya vejez le impedía madrugar, la señora Ayllón de Bocanegra, Marujita y Graciela Heres y las dos Valencia se habían reunido en el despacho parroquial. Don Fernando de las Casas —negra bufanda, pucho de toscano apagado, torcida y temblorosa cabeza caída sobre el hombro izquierdo, carraspera floja y sonora—, escuchaba la relación de la señora acerca de la contribución de las amigas y los proyectos de la fiesta.

—¿Y quién va a celebrar la misa de gallo, señor cura?

Don Fernando se limpiaba el galillo para la respuesta:

—¡Eeeeejem! El íter...

—Pero si Su Ilustrísima llega hoy bien podía decirle el doctor Oré...

—Ya veremos... Ya veremos...

Un rumor de fiesta se cernía por todo Osila desde la mañana del jueves, víspera de la Pascua. En el Parque Municipal se armaba ya el castillo de fuegos que tendría esta vez, según confidencia secretísima de Crisóstomo Parreño, el cholo pirotécnico y panadero, una "paloma" extraordinaria. El comisario de la Flor había prohibido los "buscapiques" pues el año pasado le había saltado un ojo a un muchacho. Las cholas vivanderas, las zambas de los picarones y anticuchos, de todos los guisos populares, Indigestos y divinos, que se asientan con chicha y se incitan con pisco, preparaban sus mesas, bancos, braseros, fuentes y vasos, y los muchachos tajaban las cañitas recogidas en los ba-

rancos de los acantilados en las que habrían de ensartar los trozos de corazón de vaca encurtidos en vinagre con ajos y comino, cebollas y achiote, que luego crepitarían en la parrilla esparciendo un perfume irresistible y maravilloso.

De la Escuela Militar de Chorrillos llegaban los ecos de clarines y tambores que ensayaban la música para la retreta de Noche Buena, y por el camino de Surco llegaban burros y carretas colmadas de flores para adornar las dos iglesias.

En la plazuela de San Francisco el trajín era igual. Alrededor de la estatua de yeso que representaba a la Inmaculada con el blanco pie aplastando la cabeza de la serpiente parlanchina y tentadora, se armaron también las mesas de las vivanderas y las parrillas de los anticuchos. Las palomas revoloteaban por la plazuela recogiendo las migajas, los pedazos de lechuga, los desperdicios que las mujeres desechaban y lo mismo hacían todos los perros de Osila que a veces se disputaban con terribles gañidos un hueso pelado o un pedazo de pan.

Aquel año iba a ser excepcional para Osila. El primero de enero se inauguraría lo que Antenor Vásquez llamaba la llave del progreso que consistía en una línea de tranvías eléctricos. El presidente de la república haría el primer viaje, en un vagón especial, con los ministros de estado, el gerente de la compañía, el ingeniero jefe, senadores y diputados: toda la fauna. El comisario de Osila había ordenado a sus hombres que limpiasen esmeradamente sus armas y sus arreos para formar, con él a la cabeza, al paso del vagón presidencial rindiendo los honores que correspondían a Su Excelencia.

Todo era, pues, trajín en Osila. Doña Amadita de Gómez Coello, doña Asunción, la Alcázar, doña Ismena Covarrubias de Benítez, Lolita y Flora Valencia, las dos franciscanas, habían recibido un "montón" de flores que había enviado la señora Faustina Collazos de Zúñiga, hermana de doña Asunción y esposa del señor doctor don Numa Pompilio Zúñiga, alcalde de Osila, quien había escrito la tarjeta de ofrecimiento: "Modesta contribución del desinteresado Alcalde de Osila y señora de Zúñiga".

Sin guantes, con las mantillas revueltas, sudorosas y coloradas, aquellas amigas se afanaban en la colocación de flores. De un altar habían quitado las imágenes, candelabros y floreros para poner una inmensa tela engrudada que representase la montaña, la gruta y el pesebre donde nació Jesús. En las cúspides de esta pequeña cordillera de crudo, habían derramado pintura blanca que figurase la nieve que había hecho tiritar al Niño, desnudito sobre las pajas del establo. Y después de colocar al burro y al buey, los primeros adoradores, habían puesto a los pastores con sus zurroneos trayendo la leche, el queso y los corderos de su ofrenda. Melchor, Gaspar y Baltazar habían dejado sus séquitos dorados y fastuosos y ya estaban de rodillas ante el Niño que extendía las manecitas aceptando y agradeciendo los presentes de los Magos.

Esto debía ser todo, según los cuatro evangelios, pero no era bastante para la piedad de las señoras ni para la exigencia devota de los feligreses. Y sin más ni más, formaron un túnel del que salía un tren humeando y diseminaron por todo el valle de trapos, entre las macetitas con los trigos brotados, bizcocheros y turroneos peruanos, con sus atavíos

típicos; vendedoras de frutas con su blanco jipijapa y sus dos canastas pendientes de los brazos y el crío cargado a la espalda con la manta; herreiros con sus fraguas y lecheros con sus porongos; soldados de caballería y fieros artilleros inmóviles junto al cañón peligroso; hacendados de fino sombrero pajizo, poncho de vicuña y caracoleante caballo enjaezado a la criolla, trenzadas las crines con cintitas peruanas; un puesto de picarones y anticuchos con su zamba cocinera, conmitones y una pareja de mulatos inmovilizados en el esguince de una fuga resbalosa, con los pañuelos en alto y un pie adelantado; y más lejos, el aeroplano de Jorge Chávez que ya se había caído en el Simplón...

El pobre lego no se daba abasto para despachar a los chiquillos haraposos que se aglomeraban en la puerta atisbando el prodigio del Nacimiento aquel. Y con la misma impaciencia que estos palomillas, en casa de los Erazo otros chiquillos clamaban cada cinco minutos:

—Mamá, ¿a qué hora estará el Nacimiento?

¡Por fin llegó la hora! Desde las siete de la tarde, todavía sin oscurecer completamente, comenzaron a tronar los primeros cohetes que lanzaban los muchachos encendiéndolos en una mecha de trapo que habían trenzado cuidadosamente: soplaban la mecha y aplicaban la pequeñita del cohete; luego lo lanzaban al alre: ¡ppem! De cuando en cuando tronaba más bronco un cohetón de "a real" y las niñas paseantes se estremecían de pavor.

Todas estaban ya en el Parque, después de haber cumplido como devotas en la confección de sus Nacimientos. Las cinco Bocanegra con las dos Va-

lencia, Rosario y Betty, daban vueltas al Parque cogidas del brazo. Las dos Heres con Florita paseaban también pero en sentido inverso. En una banca charlaban don Eurípides, completamente ciego ya a causa de la noche, Juan Alarcón, Antenor Vásquez, el comisario y el farmacéutico Urrutia, contemplando el paseo de las mozas que recordaba el ir y venir de las colegialas en los claustros. En el centro del Parque alborotaban chiquillos de todas las edades y las amas vigilaban desde las bancas contando intimidades de las casas en que servían.

A poco llegaron Ignacio Erazo con su mujer y Crucita. Después de seis meses de luto Margarita había obligado a su prima a este paseo, "siquiera porque era Pascua". Ella accedió mal de su grado pero accedió al fin. Margarita y Cruz iban del brazo y don Ignacio marchaba a la vera de su mujer jugando con su bastón de Malaca, respondiendo a los saludos que recibían, alto y elegante. La presencia de la huérfana levantó un revuelo entre las amigas:

—¡Allá está la Valcárcel!

—¿Dónde?

—¡En el "camotal"!...

Se llamaba así en el Parque la sección sobre la que caía la fachada de la Municipalidad y de otras casas porque era el sitio predilecto de los enamorados, de los "encamotados". Dábale sombra y perfume unos jacarandás que alfombran "el camotal" con sus flores azules. En una de las bancas se sentaron los tres para contemplar también el ir y venir de las gentes.

Por todas partes se escuchaba el "Felices Pascuas" seguidos del clásico "del mismo modo". En la glorieta morisca la banda de la Escuela Militar atacaba en ese momento el vals "Los Patinadores" siguiendo la aburrida batuta de un sargento primero. Un mundo multicolor y pequeño daba vueltas, hablaba con estridencia, se reía sin motivo y se asustaba de los cohetes. Junto a la fuente del Parque, el castillo alzaba su esqueleto de cañas con las manchas negras de los fuegos como una promesa de jolgorio inaudito.

Alfredo Luján pasó por el "camotal" y no pudo resistir a la tentación de acercarse para saludar a los Erazo y a la Valcárcel. Treinta minutos justos se estuvo en la banca que ocupaban conversando de banalidades pero dejando en los ojos de Cruz la insinuación romántica de los suyos. Ella respondía a la charla del dondiego con un tono amable pero seco.

Emperatriz Bocanegra se encargó de darle el aviso a Florita Valencia de lo que, según todas las amigas, constituía una imperdonable traición de Luján: ¡estaba sentado en la misma banca que la Valcárcel! Florita despreció levantando los hombros: —¿Ay, sí? ¡A mí qué me importa!

Pero dentro del pecho comenzó a roerle una cosa pequeñita, que ella no sabía muy bien qué era: despecho, celos, resentimiento... Así, cuando Maruja Heres propuso dejar la banca para reanudar el paseo, las cuatro se levantaron y fueron con inusitada prisa al "camotal" y, cuando llegaron, Emperatriz dejó caer su pañuelo frente a la misma banca en que se sentaba Cruz. Florita, pues, pudo con-

templar a sabor la traición de su perenne caballero y para que no creyese que le importaba respondió a su saludo con la mejor de sus risas y deseó a toda la banca las Pascuas más felices.*

—¡Tómate un trago primerol

—¡Buenol

Lo zampó de un trago y comenzó a leer un soneto de Fabio Falcón: el poeta quería tener la mirra de los reyes orientales para ponerla, como su ofrenda, a los pies de Florita Valencia, niña diosa que nacía todas las mañanas en el Belén de su corazón... El, Fabio, había venido de un país lejano y misterioso, sobre las dos jorobas de un camello, seguido por sus odaliscas y sus eunucos, pues le había despertado de la somnolencia sensual de su serrallo la fúlgida estrella del mirar de Florita. Y finalizaba asegurando a la musa de su alma que él pondría a sus pies su mirra, sus tesoros, sus odaliscas, sus eunucos, todo, y además su corazón.

* Se ha perdido la página 56 del manuscrito. Sin embargo, a la espalda de la página 55 la viuda del novelista ha copiado unas frases de la página extraviada, frases que sirven de enlace entre la escena de Luján con Cruz Valcárcel y los Erazo en el "camotal" y la que viene a continuación, en que nuevamente los amigos de la tertulia de Pezzo están tomando y conversando. Las frases copiadas dicen:

"Era ya tarde y la gente comenzó a dispersarse para la cena. El Parque se aclaraba y las luces de las vivanderas brillaban iluminando los rostros de los clientes que cogían los anticuchos con los dientes pintándose las mejillas con la salsa picante y aromosa".

Alarcón murmuró sonriendo:

—No está mal la yapa...

Todos celebraron el soneto. D'Algy recomendó con sinceridad:

—¡No dejen de comprar **Brisas** el sábado! He escrito una crónica que no me ha salido del todo mal...

La tertulia se prolongó hasta cerca de la medianoche. Fuera, en las calles, estallaban los cohetes festivos y se escuchaba el rumor de la gente marchando a la Parroquia de la Misericordia, a la Iglesia de San Francisco. Los amigos abandonaron la trastienda y marcharon también a la misa de gallo. D'Algy acompañó al comisario y Alarcón, Vásquez y Luján marcharon a San Francisco.

La iglesia era un primor de flores y de luces. El Nacimiento inmenso y anacrónico lucía con todas las ceras de colores, con globos de vidrio azul, rojo, amarillo, dorado, verde, despidiendo rayos polícromos. El Niño, desnudo, tenía una amplia aureola de latón dorado y los ojos del buey y del burro, de cuentas de vidrio, lucían animados por las ceras. El órgano preludiaba la misa y en el coro se oía un cuchicheo continuo y un rumor de pisadas. Los fieles se habían agolpado en la puerta porque en las naves no cabía ni un grano de anís, según María Isabel Alcázar. Y reclinadas sobre la baranda del coro doña Asunción, doña Amadita, doña Ismena, las Valencia, se preguntaban con los celos de la beata rivalidad:

—¿Cómo estará la Parroquia?

Estaba igual, con las mismas flores y las mismas luces. Al fin se logró que el doctor Oré oficiara

la misa de gallo, pero antes, erudito y latinista, historiador y retórico, había ordenado quitar todos esos ad-ephesios —el doctor pronunciaba en latín—, realmente estrafalarios en el nacimiento de Jesús:

—¿Bizcocheros en Belén? ¡Qué barbaridad!

Luego, en el sermón, recordó con todos los latines de que podía disponer el hecho que se conmemoraba: el nacimiento de Jesús, su humildad al haber querido venir al mundo sobre un pesebre y la sabiduría divina que le había dictado, a las pocas horas de nacido, una serie de palabras de salutación a los pastores y a los Reyes Magos...

En San Francisco el sermón fue menos erudito pero en cambio la voz de Florita enterneció a todos. Cantó aquellos villancicos con toda su alma y con toda su coquetería, sabiendo que Luján estaría escuchándole:

*Vamos, pastorcitos,
Vamos a Belén
que ha venido el Niño
para nuestro bien!...*

María Isabel, que tocaba el órgano, señalaba los compases con movimientos de la cabeza. El coro repetía el estribillo del canto y en la alegría de la fiesta comenzaron también los fieles a cantar, sinceros, piadosos y desentonados. Fuera, en la plazuela, los estampidos de los cohetes, el reclamo de las vivanderas, las carcajadas de los palomillas, los ladridos de los perros se confundían en un estrépito ensordecedor.

Al fin terminó la misa y la feligresía se apresuró a marchar al Parque para contemplar los fuegos.

En la puerta de la iglesia se agruparon todos los amigos para felicitar a Florita que salió envolviéndose una chalina de seda a la garganta amonestada por doña Amada:

—¡Cúidate ese tesoro!

Después de los fuegos estaban todos invitados a tomar chocolate en casa de doña Asunción que, como todos los años, disculpaba a su marido:

—¡Francisco no podrá tomar el chocolate con nosotros: está un poco resfriado!

Los fuegos estallaron en el Parque haciendo las figuras que repetían todos los años; eran los mismos surtidores de luces y la misma girándola que aquí llaman todavía "la paloma" ascendiendo recta y gloriosamente hacia la noche y horadándola con su fulgor giratorio. Las gentes, grandes y chicos, miraban embobados el prodigio de las luces y aplaudían y corrían los muchachos a recoger las cañas con que podrían golpear a un chino, a cualquier pacífico ciudadano chino que se le ocurriese salir a la calle en esos momentos, según tradicional costumbre criolla, prohibida después de que los muchachos apalearon al plenipotenciario de la Imperial Majestad del Celeste Imperio.

En casa de doña Asunción se reunieron poco a poco todos los amigos. Las señoritas Bocanegra llegaron protestando de que el doctor Oré hubiese ordenado descomponer el nacimiento:

—¡Más antipático te digo! ¡Estaba precioso!

Doña Asunción sacó copas y botellas y ofreció un traguito, nada más que uno, de un pisco que le ha-

bían regalado a su marido. Todos lo celebraron y Florita, yéndose por derecho, le preguntó con cierta sorna a Luján:

—¿A usted le gusta mucho, no?

Se extrañó el badulaque del acento:

—Como a todos...

Ella insistió:

—Un poquito más...

La mesa resplandecía de fuentes y manjares: la causa limeña con sus camarones inmensos montando los pedazos de pescado frito, yucas, choclo y camote y casi desapareciendo bajo la salsa de cebolla; las papas a la huancaína coloreadas con el ají picado y los huevos duros sumergidos en la salsa de queso; el escabeche con sus mirasoles y sus aceitunas; los panes abiertos de la butifarras mostrando el interior con la salsa criolla cubriendo el jamón puesto sobre una hoja de lechuga...

—Las bodas de Canaam *... —exclamaron todos.

Luján se volvió hacia Florita:

—Si fueran las mías...

—Usted es muy bala para marido.

Se apasionó Luján:

—Con usted yo vivía formal toda mi vida, ¡palabra!

* No dice "Bodas de Cana", como debiera ser; ni siquiera "Canaan" ("Antiguo nombre de Palestina o Tierra de promisión"). Pensamos, sin embargo, que la distorsión es intencional: en un ambiente de beatería **todos** desconocen el nombre verdadero de las famosas bodas bíblicas. En suma, un recurso más de Diez-Canseco para ironizar suavemente a sus personajes y al ambiente barranquino.

Del interior de la casa llegaba un perfume de arroz con pato y doña Asunción ordenó servir, primero, unas tazas de caldo. Florita, Emperatriz, Clemencia, Maruja, comenzaron a servir. El Ingeniero Bocanegra quiso repetir caldo. A poco, Luján le dijo a Flora que comía a su lado:

—¿Vamos a la glorieta un momento?

—¿Para qué?

El otro insistió casi imperiosamente:

—¡Vamos, se lo ruego!

Ya en la glorieta se irguió la pretensión arrogante de la diva:

—Ya estamos aquí. A ver.

Con los piscos tomados donde Pezzo y reavivados por los que se había bebido en el comedor, Luján tuvo fuerzas para insistir:

—Florita, ¡esto no puede seguir así!...

Ella se extrañó:

—¿Qué cosa no puede seguir?

—¡Esto! Seguir la por todas partes, rogarle a cada instante, reirse usted de mí... ¡Usted no puede imaginar cómo sufro!

—¿Usted? ¡En la bodega de Pezzo!...

Se apasionó el calvatrueno:

—¡Ah, sí!... Allá encuentro un poco de... ¿cómo le diré?... De despreocupación... En la charla con los amigos, en las copas que bebo, allá sepulto toda la angustia de mi alma...

—Y en la banca del camotal, con la Valcárcel...

—confesó ella.

Luján se pasó la mano por la frente:

—¿Qué importancia tiene que me acerque a cualquier mujer para saludarla, nada más que para saludarla? En cambio a usted me he acercado impulsado por un amor que usted no puede imaginar, ¡Florita!

Ella comenzó a escuchar halagada. Reanudó Luján su discurso:

—Esto no puede seguir así: dígame usted algo, déme alguna esperanza o —el badulaque hizo un gesto trágico— ¡hago un disparate!

Se asustó la diva:

—¿Qué disparate?

—No sé: pero yo no puedo soportar más.

Quedaron en silencio. Con un supremo esfuerzo de audacia, Luján tomó una mano de la niña que tenía abandonada en el regazo, como siempre en estos casos. Ella no la retiró y entonces Alfredo la besó apasionadamente, haciendo la comedia, que ahora era realmente sincera, del apasionado amante.

Ella, entonces, no tuvo más remedio que capitular:

—Pero si usted, al menos, cambiara de vida: esas copas, esas fiestas en la hacienda del doctor Zúñiga...

—¡Locuras sin importancia! Pero yo le prometo... yo te prometo, amor mío, no volver a hacer sino lo que tú quieras.

Ella se abandonó al fin. También era, pensaba, una tontería estar negándose. ¿Hasta cuándo iba a rechazarlo? Además, esa Valcárcel... Y bajo la gloria, en la oscuridad de la noche, escuchando el rumor que llegaba desde el comedor, ella le entregó los labios que Alfredo tomó dejando en ellos un beso que tenía sabor a guiso criollo, tabaco y pisco.

Regresaron al comedor. Todos se dieron por aludidos por el paréntesis hecho por la pareja:

—¿Dónde han estado? —preguntaron con sonrisas cómplices.

Entonces Luján se dirigió a Florita en voz alta:

—Oye, Florita, tráeme arroz con pato, ¿quieres?...

Y cuando todos escucharon a Alfredo tutear a Florita, las niñas y las señoras se acercaron a congratularlos. Los hombres palmeaban a Luján:

—¡Mis felicitaciones!

—Luján, ¡se lleva usted una alhaja!

—Falcón se muere de esta hecha... —pensaba riendo Alarcón.

Las cinco Bocanegra gritaban a la vez como si hubiesen ensayado:

—¡Al fin, hija, al fin!

Ella agradecía sonriendo y roja los parabienes de los amigos y Emperatriz exclamó:

—¡Ay, qué pavo!

Aurorita del Alva excusó el pavo de Flora:

—¡Cualquiera, hija!

Doña Asunción no se contuvo y fue a despertar al bendito de su marido:

—¡Oye, despierta! ¡Baja, que Luján y Florita ya se comprometieron!

El otro regañaba:

—¡Y a mí qué me importa!

Se tuvo que vestir y bajó al comedor donde todos le acogieron con aclamaciones que el pobre médico agradecía todavía soñoliento y legañoso:

—Bueno, pues, sirvan una copa siquiera...

Todos bebieron por la felicidad de los novios. Seguían los besos y seguían las felicitaciones. Don Crisanto Gómez Coello precisó la necesidad de casarse cuanto antes:

—¡Nada de noviazgos largos!

Eran ya las dos de la madrugada y los contertullos comenzaron a despedirse. Luján acompañó a las Valencia hasta su casa y las hermanas tuvieron el tino de dejar sola a Florita y a Luján para que se diesen el beso de despedida. No uno, cientos fueron con los que se desquitó el amante del antiguo desvío de su novia; después se marchó a tomarse en el Parque la "penúltima"...

Se fue canturreando y feliz. Al pasar el Puente de los Suspiros murmuró con cierta rabia:

—Lo que es Falcón no le vuelve a hacer un verso en toda su pen... denciera vida...!

CAPITULO II

HULANOS Y MUÑECAS

El mismo sol radiante y tibio que iluminó aquella mañana del 25 de diciembre de 1910, hacía dos mil años que había lucido sobre Belén, menos tibio y menos radiante. El mismo sol que azulaba esta mar americana había azulado la mar de Tiro y de Sidón, pasando por encima del establo miserable en que Jesús recibió a los magos pensativos y a los pastores ingenuos, al buey calefactor y al asnillo adorante. Pero este sol de Osila no lució igual para todos los que amanecieron en el pueblo.

Luján despertó muy tarde en su revuelto cuarto de soltero adornado con carátulas de **La Lidia** y de **Blanco y Negro** que lucían volapiés del Machaco y sonrisas de cupletistas —que ya se llamaban así en Madrid a las cantadoras del género chico. La dispersión de las prendas que, al acostarse había arrojado sobre una silla, y una polvorienta colección de **Brisas**, decían claramente del estado en que Luján se había acostado: con muchas copas y con mucha pereza. Ahora, al despertar sintiendo en la

boca un áspero sabor a cobre, llamó a gritos a la sirvienta para que le trajese una limonada, sin azúcar, pero con pisco, que le anulase esa sed, ese malestar, esos nervios que la semiborrachera de la noche anterior le había producido.

Luján recapituló toda su vida del día anterior. Al fin, después de tres años de persecuciones, Florita Valencia había consentido en la exigencia amorosa. Pero, a su vez, había impuesto condiciones: supresión de copas, ausencia de jaranas y vida pacata, burguesa y decente, entendiendo por tal lo que siempre entienden las mujeres: trabajo y sacrificio ante la responsabilidad adquirida. Pero Luján ya se espantaba de esa responsabilidad que él sabía que le venía grande aunque no se atreviese a confesárselo.

¿Estaba enamorado de Florita? El decía que sí y ella lo creía. Durante tres años la había perseguido con todas las súplicas y esos tres años crearon en Luján el hábito del enamorado sin esperanza. Esos tres años, por lo que atañe a Florita, la convencieron de la pasión del tarambana. Pero ahora, conseguida la voluntad de la moza, Luján sentía que algo iba a faltarle porque ya no tendría a quien rogar, a quien perseguir, a quien piropear con su insistencia. Además, tendría que iniciar una vida de disimulo, inventar una serie de excusas y mentir todos los días, de seis y media a siete de la tarde, para probar a Florita que las copas no habían sido sino dos, nada más que dos... Desde las siete hasta las ocho, el diálogo se desarrollaría normalmente, haciendo programas de vida que él sabía quiméricos e imposibles.

La noche anterior, en la efusión de esos besos que le reembolsaba el derroche de miradas y piropos, había sentido sobre todo la satisfacción de la vanidad halagada. No triunfaba ante sí del desvío de la tan esquivada doña Inés aquella, sino que triunfaba ante los demás, lo que equivalía a la plena revancha pública que era lo que él, inconscientemente, apetecía.

Bebió la Ilmonada de un solo trago y pidió otra con más hielo. El alcohol bebido en ayunas le sacudió como un latigazo de optimismo y le dio fuerza para encararse con su propio pensamiento: en verdad, ya estaba casi arrepentido de lo que había hecho. Ahora, a las once y media, la encontraría en el Parque; se acercaría al grupo de amigas en que estuviese Florita; todas le harían sitio junto a ella y él tendría que ensayar un gesto de fatiga para decirle:

—No he dormido en toda la noche... ¡Pensando en ti!

Como todos los hombres ligeros afirmaba la posibilidad, la certeza de poseer un carácter y una voluntad de extraordinaria reciedumbre. Era el alarde, en voz alta, porque en voz baja se sabía ausente de voluntad y de carácter. Su miserable sueldo de oficial del registro civil —ochenta soles al mes—, era, más que sueldo, propina y con eso no podría vivir nunca con mujer y con los hijos que indefectiblemente vendrían. Y dedicarse a otra actividad le parecía imposible. ¿En qué podría trabajar él, que había pasado casi toda su vida en Oslila, sin relaciones, sin conocimientos del comercio, vagabundo y tarambana, bebiendo el pisco adulte-

rado de Pezzo y seduciendo cholas y mulatas de los caseríos vecinos? Y, también como todos los hombres ligeros, se dijo mientras se lavaba la cara en la Inmensa palangana con las mangas de la camiseta arrolladas a los codos y los tirantes colgándole de los botones posteriores del pantalón: —¡Mejor es no pensar en estas vainas!...

Y peinándose ante el espejo empañado del lavatorio de madera comenzó a canturrear, consolado con su determinación de no pensar en aquello:

*Tenia la faz marchita y la mirada incierta,
su rostro reflejaba un angustia mortal...!*

Florita, a su vez, había amanecido casi de la misma guisa. ¿Sería Luján el hombre para ella? Sabiéndose bonita, atractiva, de lo más distinguido de Osila, ¿no era una locura haber aceptado a Alfredo que no tenía, según Misia Marisabel, tras de qué caerse muerto? Pero era, también, tremendo que los años pasasen y pasasen sin ninguna perspectiva, sin ningún aliciente, sin ningún encanto. ¿Cuál sería su porvenir en Osila? Terminar como María Isabel, soltera, beata, agriada, no encontrando nada bueno, seca y estéril para siempre, inútilmente virgen, sin sentir jamás la maravillosa emoción de los labios del hijo mamando de sus pechos leche y vida.

Ese instinto maternal de todas las mujeres salió entonces a consolarla. En realidad, Alfredo no había tenido jamás quién le guiase, quién le diese fuerza, quién le trajese a la realidad de esta vida que no se puede pasar en una trastienda ni en una jarana.

¡Ella lo haría! ¿Cómo? No lo sabía, claro está, pero esperaba todo de la misericordia de Dios y de la ayuda de San Francisco... Jamás, en su vida modesta de niña mimada, de reina de Olla, había tenido ningún trabajo ni había realizado ningún esfuerzo. El padre viejo vivía de una pensión de cesantía y como a su edad no podía hacer dispendios y las niñas eran ordenadas, el dinero aquel alcanzaba para todos y para todo. Y, por primera vez en su vida, se vio también ante una responsabilidad: la de hacer un hombre de quien no había sido hasta ahora sino un muchacho.

Mujer, y por consiguiente más generosa, se vio ya con una misión en su vida. Ella no apetecía para Alfredo la aventura peligrosa de las finanzas sino la certeza consoladora de un ministerio, de un destino en cualquiera de las reparticiones públicas: doscientos soles al mes y tocaría el cielo con las manos. Lo único que se necesitaba era que cumpliera con su deber, según la frase consagrada, y lo demás vendría fácilmente. No, nada de irse a la montaña ni trabajar en Cerro de Pasco: un auxiliario, una jefatura de sección, y todo se arreglaría.

Pero, ¿se avendría a ello Luján? ¡Sí, por su amor, sí! Y alegre, confiada, casi feliz, saltó de la cama en camisa luciendo hasta los muslos las piernas blancas, llenas, ágiles, que nadie le había visto nunca.

Terminaba de vestirse cuando entraron a su cuarto Dolores, que venía de San Francisco y Betty que venía de la Parroquia, donde habían repartido los juguetes a los niños pobres. Venían sofocadas, con las mantillas dobladas sobre los devocionarios: —¡Un gentío, te digo!

—¡Uf, qué calor!

E inmediatamente se pusieron a hablar de Luján. Las dos hermanas hacían a Flora las mismas reflexiones que ella ya se había hecho pero la enamorada sentenció:

—Yo sé lo que hago. Y, por último, si no me conviene, lo largo...

Y cambiando de charla preguntó por los juguetes, por los muchachos, por el Nacimiento. Lola y Betty contaron lo que pudieron y la última dijo haber visto ante el Nacimiento de San Francisco a los chicos Erazo con sus dos amas.

* * *

Los chiquillos habían dejado por un instante los juguetes que les había traído en aquella noche de Navidad el Niño-Dios y habían ido a contemplar el prodigio del Nacimiento. ¡Juguetes, juguetes, juguetes!... A los tres hombres les había puesto el Niño unos uniformes de hulanos que había comprado antes en la Juguetería Campos y para Margarita había mercado una muñeca, casi tan grande como ella, pero no tan bonita, y con unos crespos de oro que le caían hasta los hombros. También trajo el Niño unas bolas de cristal, unos trompos de colores y tres carretitas donde podrían uncir a los cabritos.

Los chiquillos despertaron a las seis de la mañana y toda la casa se pobló de gritos de admiración y con el llanto de Panchito que, vestido el uniforme de hulano sobre la camisa de dormir y el puntiagudo casco sobre los rizos revueltos, no podía hacer bailar su trompo. Intervino Pedro:

—¡Mira, zonzo! Así se hace.

Y la peonza giraba zumbando y confundiendo sus colores ante la alegría de Pancho que ahora reía con dos lágrimas temblándole en las pestañas.

La hora del baño fue una baraúnda de protestas: Margarita quería bañarse con su muñeca y Pancho no quería bañarse porque para ello era necesario deshulanizarse. Al fin se pudo domarlos y los tres hulanos y la madrecita de cinco años tomaron el desayuno muy formales y heroicos. En la mesa, Crispín miraba los juguetes con sus tristes ojos agrandados por la pena. Doña Margarita se dio cuenta de ello y fue por otros juguetes que ella destinaba para el año nuevo:

—Toma, Crispín: el Niño se equivocó y me puso a mí estos juguetes en lugar de ponértelos a ti...

El negrito salió de estampida a la cocina para mostrar a su madre, a Federica, la cocinera que se llamaba como una archiduquesa de Habsburgo, estos presentes inesperados y por esto inauditos y maravillosos. Capitán ladraba de alegría y Pepita y Adelaida tenían que intervenir para que los hulanos no sacaran las espadas y tomaran su chocolate.

Salieron luego a jugar al jardín y Nacho, uniformado, quiso que lo viese Crucita:

—Mamá, voy donde Crucita, ¿quieres?

—No, todavía no que es muy temprano...

Entonces Nacho tuvo una inspiración genial: ¡subir al mirador, a su mirador, y llamarla para que le viese ella y María Jesús y José del Carmen y Pepián y Goyita y todos! Y subió los escalones corriendo.

Allá, en su jardín, estaba a Dios gracias Cruz Valcárcel. Sobre la falda negra se había puesto una ligera blusa de seda también negra pero con las mangas cortas que le permitían lucir los brazos rosados y llenos. Crucita tenía en las manos un palomo de robusto buche polícromo y lo besaba en el pico engriendo al ave. Nacho no se atrevió a llamar. Clavó los ojos en la figura luminosa de Cruz y hasta él llegaron, suaves de arrullo, las palabras mimosas: —¡Pichón!... ¡Pichoncito rico!

Y él miraba y oía, más que con los ojos, con el alma. Y la veía así, mimosa y tierna, arrullando al ave con sus besos que trinaban en la mañana de luz. Y el ave apoyaba el buche tornasol sobre la morbidez rosada del brazo acariciándose en el nido cálido del codo, entrecerrando los ojos cuando ella le rascaba la cabeza murmurando:

—Piojito... Piojito...

Y era maravillosa y dulce para el niño la quejumbre de la voz femenina y el desmayo del ave y la despreocupación de las otras palomas que pico-teaban alrededor de Cruz sin envidiar al preferido. Y miraban sus ojos descubriendo el fulgor de aquella piel tersa encendida de sol y el temblor del pecho alto cuando ella reía en el disfuerzo de las cosquillas que la hacían las alas azules y grises...

Y Nacho reía cuando ella reía sintiendo también pero no en los brazos, sino en el pecho, y más adentro, en el alma, esas cosquillas de las alas, esa caricia de las plumas... Y sentía el calor de los brazos rosados y una como apetencia de posar él la cabeza y de que ella le rascase también y le dijese como al palomo:

—Piojito... Piojito...

Y sentía los dedos finos y delicados de la moza entre sus bucles y se quitó el casco de hulano y se rascó la cabeza. Y refa de este juego, admirable de jugar, que él no sabía por qué era así de grato y placentero... Y en sus ojos había fiesta imponderable nunca prevista ni jamás soñada... Y cuando el palomo voló de los brazos de Cruz, Nacho lo siguió viendo en esos brazos, apoyando el buche de colores, alzando el pico rojo hacia el descote breve que temblaba en la risa de la fuga.

Y el mirador era como un fanal de júbilo, como una lámpara de ensueño...

* * *

Los cuatro chiquillos y Crispín regresaron a las doce del templo franciscano. Las gentes se diseminaban ya en el calor del mediodía. Llegó la tarde con su pereza y, como todos los días de fiesta, Osila se dispuso para la modorra de la siesta.

La palomillería, fatigada de la traspasada de Noche Buena, había silenciado los cohetes. Las mesas de las vivanderas ofrecían el desairado espectáculo de las fuentes de guisos y de los vasos de chicha vacíos y acabados. Los braseros de los anticuchos con mucha ceniza blanca estaban rodeados por una inmensa cantidad de cañitas afiladas y chamuscadas. Los perros deambulaban husmeando sin encontrar desperdicios.

* * *

Alarcón y Luján almorzaron solos y el escritor se escarbaba los dientes con un palito de fósforo

que había tajado con el cuchillo de la mesa dejando sobre el mantel las pequeñas virutas blancas del palito; Luján apelotonaba las migas de pan. Después de concluir el vino de su vaso y de limpiarse los labios con una punta del mantel, Alarcón preguntó:

—¿Y qué vas hacer?

Se refería a la aventura de Luján. Alarcón sabía muy bien que su amigo era incapaz de esfuerzo, que vivía sólo para esta diversión de la trastienda, para la empresa donjuanesca de extramuros y para el jolgorio de las pachamancas en la hacienda del doctor don Numa Pompilio Zúñiga. Y le veía irresoluto y como atemorizado ante esta nueva perspectiva que se le abría.

—¿Qué vas a hacer? —insistió.

Luján no supo qué responder:

—Psch...

Por su influencia entró Luján a la oficialía del registro civil. De todos los habitantes de Osila, Luján era para Alarcón el único interlocutor posible, no porque el tarambana fuese hombre de muchas letras, que de ninguna era, sino porque su despreocupación, su alegría real o ficticia eran un sedante para su conciencia de hombre concluido, de escritor pospuesto. De auténtico talento, de sólida cultura, Juan Alarcón no había tenido en su vida una dirección y, lo que había sido peor, ni una voluntad. Se había dejado vivir sin mayores entusiasmos, sin vicios ni virtudes, escribiendo por vocación, estudiando y leyendo porque era eso para él, el refugio en que se ocultaba su melancolía y su

tedio; tedio y melancolía que provenían de su falta de dirección y de su ausencia de voluntad.

Los dos vivían en un departamento que les alquilaba el doctor Zúñiga, el gran don Numa Pompilio, que tenía la rara originalidad de olvidarse de cobrar los recibos y regalárselos después como presente de año nuevo... Y así vivían los dos, sin ambiciones y desencantados, aturdiéndose con el mal pisco de Pezzo y viviendo de la generosidad del alcalde. Pero esto, para Alarcón, no tenía mayor importancia: él no tenía una sola complicación en su vida. En cambio Luján ya había tomado una. Salvo que... —No —protestó Luján—, es en serio.

Alarcón sonrió: pero, ¿no se daba cuenta Alfredo que un oficial del registro civil no podía casarse? ¡Casarse! Mejor estaba antes de eterno dondiego desairado pero libre, sin responsabilidades, sin palabras dadas en serio ni en broma. ¡Es en serio!... Pero, ¿no veía él que en serio no se puede hacer nada con ochenta soles sino tomarse ochenta botellas de pisco?

—Voy a hablar con Erazo —exclamó Luján.

—¿Y por qué te va a servir Erazo? —murmuró el escepticismo de Alarcón.

—¿Y por qué no me va a servir? —se admiró Luján.

Don Ignacio era un caballero. El le expondría su caso y como el otro tenía cierta influencia... Además, nunca existió peor diligencia que la que no se había hecho...

—Haz como quieras, pero a mí me parece...

—¿Qué? —inquirió Luján.

—Lo mejor es o deshacer el camino o...

Alfredo se puso grave:

—¿O qué?

Alarcón no se atrevió a soltar crudamente lo que pensaba y dijo:

—¡El matrimonio es una vaina!...

—¿Pero, qué voy a hacer? —se amostazó el tarambana—, ¿qué voy a hacer?... Años y años persiguiendo a una mujer y cuando ella le hace a uno caso salirse por la tangente porque el matrimonio es una vaina... ¡No me vengas!

—¿Qué vas a hacer? En esta aldea en la que no hay nada que hacer, en la que tú tienes menos que hacer que cualquiera, ¿vas a dejar tus copas? ¿Vas a dejar a Felicitas? ¡No me vengas tú tampoco con esas cosas!... Fíjate bien, Alfredo, y no hagas tonterías.

Quedaron en silencio los dos amigos. Fuera, en el mostrador, don Atilio despachaba a un parroquiano haciendo sonar las pesas de la balanza. En la Estación resoplaba una locomotora guardando los vagones y girando en la tornamesa. Un gorrión pitaba solitario y estridente. Luján sirvió más vino en las copas.

—Hay que dejar las cosas que vengan como vengan... —murmuró después de beber.

—Acaso... —asintió Alarcón.

Pero los dos pensaron en lo mismo: si Florita se enterase del asunto de Felicitas... La zamba aquella que comenzó por lavandera de los dos amigos había terminado en amante de Luján, y esto podía llegar a oídos de ella en menos de lo que canta un gallo. Pero, ¿y si dejaba a Felicitas, qué hacía? Y en la mente de los dos surgió el mismo pensamiento que no se comunicaron: reemplazar con Florita

a Felicitas. Alarcón heredaría a la zamba y asunto concluido.

Pero Luján inmediatamente se arrepintió de lo pensado: Florita era una muchacha seria. Entonces, para no pensar más, para no inquietarse más, volvió a repetir para sí: que las cosas vengan como quieran. Y alzando la voz pidió a Pezzo:

—Don Atilio, otra botella...

Y dirigiéndose a Alarcón le consultó:

—Buen vino, ¿no?...

Fuera, Osila se amodorraba en la tarde espesa, caliente, pesada.

CAPITULO III

LAS DOTES DE DON NUMA POMPILIO

El alcalde de Osila había ordenado a Fermín García, el zancudo ujier del Concejo, que esa mañana abriese la alcaldía a las ocho en punto y, fiel cumplidor de su deber, el flaquísimo e ínfimo funcionario abrió la alcaldía a las ocho en punto.

El doctor Zúñiga quería ensayar el discurso que pronunciaría ante S. E. el Presidente de la República el primero de enero, cuando llegase la comitiva inaugurando la línea del tranvía eléctrico. En su escritorio, rodeado de libros, de viejas actas de las sesiones del Concejo, había compuesto y limado su discurso: progreso de Osila, espíritu democrático de S. E., sentido de la realidad nacional, fuerzas vivas del país, ¡toda la gama! Y ahora, en el despacho, iba a ensayar sin que nadie le oyese, ese discurso que no podía leer en voz alta en su casa, porque su mujer —¡siempre las mujeres!— le cortaba las alas al cóndor de su inteligencia que volaba serenamente sobre la tempestad de tropos y adjetivos de su pulido discurso:

—¡Por Dios, Numa Pompilio!

Al llegar el alcalde a la Municipalidad ordenó a García que no volviese hasta las diez de la mañana y se encerró por dentro. Sobre la mesa de las sesiones puso la chaqueta y en mangas de camisa comenzó:

—Excelentísimo Señor Presidente de la República; Excelentísimos Señores Ministros de Estado; Honorables miembros del Parlamento; Señor Gerente, Señor Ingeniero Jefe; señoras y señores:

Aun cuando no tengo las dotes necesarias que la elocuencia requiere, cábeme el honor de presentaros, Excelentísimo Señor, el saludo de Osila que ve en Usted, no sólo al Jefe de la Nación Peruana, sino al representante de las fuerzas vivas del país que, como las olas encrespadas de este océano que nos contempla, se estrellan contra el peñón abrupto de la rutina...!

La voz engolada del señor alcalde retumbaba en el recinto modesto de la alcaldía lanzando aquellos tropos y aquellas metáforas como joyas preciosas de su talento encerradas en un pobre estuche de cartón. La mano izquierda sostenía los papeles en que escribiera aquellas maravillas y la derecha accionaba veloz y recia, luciendo el grueso anillo de matrimonio y la sortija con dos rubíes y un brillante, sortija en la que, remedando los colores de la bandera, había encerrado el señor don Numa Pompilio su patriotismo acendrado y cabal.

El doctor Zúñiga veía ya la fiesta porque fiesta iba a ser: los empleados de la alcaldía detrás de él; el comisario de la Flor a la cabeza de sus números uniformados de negro y galoneados de plata, con escarpines blancos y la vara de la ley terciada bajo

el sobaco; el Señor Presidente con su levita gris y su tarro de unto, apoyado en el bastón de puño de oro y sonriendo complacido de la elocuencia del señor Alcalde. Los senadores y diputados reteniendo en la memoria todas aquellas metáforas llenas de fulgor y de fuerza para soltarlas luego en la violencia de un apóstrofe gobiernista. Los ministros admirando no sólo la elocuencia sino también el gesto y, luego, las felicitaciones del presidente, de los ministros, de los senadores, de los diputados...

Y con el pañuelo se secaba la sudorosa calva que la emoción humedecía y proseguía ensayando, alta la voz, rotundo el gesto, en la soledad de su despacho que su imaginación había poblado ya con un auditorio que aplaudía a rabiar: su mujer, roja de satisfacción; Santander y Asunción orgullosos de su cuñado; Amada Sánchez y Crisanto Gómez Coello trémulos de envidia y, más lejos, ramo florido de bellezas, todas las niñas de Osila que comentaban desde ya:

—Qué bien habla, ¿no?

Su pequeña estatura se agrandaba al empinarse el alcalde sobre las puntas de los pies, irguiendo su robusto abdomen, y echando la cabeza hacia atrás, para darle más énfasis a sus frases. Y continuamente se repetía:

—Tengo que hablar despacio... Con calma...

El estaba seguro y confiado de su discurso. Pero, con todo, quería consultar ciertas imágenes, ciertos giros y ver el modo de darles más fuerza. Alarcón sabía de estas cosas... Y apenas pensó en él, sintió chirriar los goznes del postigo: ¡era el secretario que llegaba!

Desgraciadamente no llegó solo: con él venía el doctor Eusebio Oré, el erudito y retórico canónigo y con él no tenía tanta confianza... Pero venciendo su natural pudor acometió al clérigo y al secretario que le saludaban extrañados:

—Señor Alcalde...

—Buenos días... Buenos días... Quiero pedirles un favor...

El dúo halagador:

—A sus órdenes, Señor Alcalde...

El señor alcalde comenzó a leer su discurso. Otra vez la voz llegaba a alturas insospechadas en los alardes de su elocuencia y en la mano fulguraba la tumbaga sortija patriótica y el aro conyugal en la velocidad del gesto. El canónigo se precipitaba por una escala de elogios:

—¡Cicerón! Lo que yo digo: ¡Cicerón!

El secretario aplaudía con guasa:

—Pistonudo...

Pero el alcalde no quería elogios. Aquellos dos amigos le harían el favor de señalarle los defectos. Ellos negaban sabiendo que no existe hombre sobre la tierra que tolere el menor reparo a un discurso o un artículo, pero el doctor Zúñiga imploraba:

—¡No es por mí! ¡Es por Osila!

Entonces Alarcón tomó la palabra y se permitió, pidiendo disculpas, señalar una pequeña inadvertencia del Señor Alcalde, inadvertencia debida sin duda posible a la fiebre de la inspiración:

—Ese "vos" y ese "usted", don Numa Pompilio...

El primer pronombre es segunda persona y el segundo es tercera*...

El otro se confundía con tantos primeros que eran segundos y tantos segundos que eran terceros:

—¿Cómo, cómo?

Entonces canónigo y secretario metieron mano en el discurso y lo dejaron como nuevo. El doctor Zúñiga miraba dolorosamente a su dos amigos como quien mira al verdugo y a su ayudante ensañándose con un mártir. Pero el discurso salió completo. Sólo cuando Alarcón quiso suprimir algo así como el caballo del progreso galopando por el destino de la patria, don Numa Pompilio protestó enardecido:

—¡No, eso no! Esa es una imagen soberbia. ¿No es cierto, doctor Oré?

El municipio se fue poblando poco a poco de empleados y vecinos que venían con memoriales y solicitudes. En el despacho del alcalde, olvidados ya del discurso, se charlaba con risas. Alarcón había ido por la segunda botella de pisco que el alcalde le obsequiara y los tres amigos brindaban, cortando la mañana. El doctor Zúñiga inquiría por la salud de Su Señoría Ilustrísima, excusándose por no haber ido, como era su deber de alcalde, de ciudadano y de católico, a saludar a esa lumbrera de la Iglesia peruana.

Pero la lumbrera no estaba para visitas. El pobre viejo se acababa con sus achaques que le hacían

* Díez-Canseco está evidentemente jugando con las limitaciones de don Numa Pompilio; creemos que también Alarcón lo hace.

aparecer más viejo aún pues sólo contaba sesenta y ocho años de vida:

—Y los médicos, ¿qué dicen?...

—Lo de siempre —respondió Oré—, que monseñor necesita reposo, tranquilidad, régimen y baños de mar...

Se acriolló Alarcón:

—De cincuenta para arriba...

Precisó don Eusebio:

—Monseñor se baña con agua de mar, pero no en el mar... Un servicio de aguadores le proporciona el saludable elemento.

Se despidieron por fin y cada quien marchó a sus quehaceres. El día pasó monótono y caluroso y por la tarde se reunieron los amigos de siempre en la clásica botillería. Indiscreto y guasón, el secretario del concejo fue, una vez más, infidente:

—Zúñiga nos ha leído el discurso que pronunciará el primero, cuando venga el presidente: una maravilla...

—Cuenta, cuenta...

—Soltó todo: desde "endenantes" hasta "vos" revuelto con "usted"... ¡Todo!

A poco llegó Luján que había dejado a Florita en la puerta de su casa. Habían pasado la tarde en el clásico camotal, sentados los dos en una banquita con el sombrero de Luján de por medio, según las reglas establecidas entre los enamorados de 1910. Luján todavía no se había atrevido a hablar de sus proyectos en cuanto a economía se refería, y sólo había hablado de quererla toda la vida. Y de rato en rato cogía la mano blanca y fresca de Flora que se la abandonaba queriendo creer en todos esos

prodigios del amor eterno, de toda la vida, del siempre y del nunca...

Ella tenía, escuchándole, esa expresión inefable peculiar a todas las enamoradas. Su boca jugosa se entreabría en una semisnrisa coqueta y cuando Alfredo le confiaba todas sus ansias, todos sus sueños, todos sus insomnlos, pensando en sus besos y en todas las delicias de aquel amor tantos años perseguido, Florita palidecía encandilada con las palabras del calvatuerno.

A las ocho pasaron sus hermanas, que estaban sentadas en otra banca, frente a la pareja advirtiéndolo:

—Ya son las ocho...

—Vamos...

Luján, en la puerta de la casa, se quitó el sombrero de paja y se despidió de las hermanas. Al despedirse de Florita retuvo su mano y la miró a los ojos, pediguño. Ella se ruborizó y Luján oteó la calle. No había nadie y pudo atreverse entonces a asaltar su boca besándola y murmurando:

—Amor mío... Amor mío...

Ella se dejaba besar mimosa y ruborizada. Pero cuando él la abrazó, cuando sintió que dos brazos viriles la atraían y la apretaban, Florita se arrebató besando la boca de su enamorado con una pasión y con una furia que anonadó de delicias al mozo. Luego se desprendió de sus brazos y pasándose una mano por la frente casi le suplicó:

—Ya, Alfredo, anda, vete...

Florita se quedó en la puerta y Luján, desde la esquina volvió el rostro e hizo un último saludo. Luego, en voz alta, exclamó con una fruición desconocida:

—Esto se hace...

Ella, en la puerta de su casa, murmuraba casi orgullosa:

—No tenía tufo...

Y como no lo tenía, Luján marchó a la trastienda para adquirirlo. Al llegar todos exclamaron extrañando su ausencia:

—¿Dónde te has metido?

El tarambana respondió con mal disimulado orgullo:

—Tuve que hacer...

Como el gesto y el tono del mozo fueron secos, no quisieron los amigos insistir en ese quehacer que todos sabían. Menos mal que se daba tiempo para todo y era galante por la tarde y borrachín por la noche. Alarcón, entonces, tuvo que narrar otra vez el episodio del discurso de Zúñiga y Luján, que traía una emoción nueva y no sentida antes. Suavizó la voz para murmurar:

—Pobre...

Antenor Vásquez, el largo y flaco financista osilense, criticó con acerbía la ausencia de toda alusión al futuro económico de Osila en el discurso del alcalde. Vásquez aseguraba que Osila se moría, se moría sin remedio, a causa de la estagnación —así decía— de ese valle, el más fértil del Perú. La gente labraba sin sentido de lo moderno en la agricultura y todo el trato de la tierra, su preparación, su cultivo y las cosechas se hacía en una forma empírica.

Cerca de las nueve llegaron Adolfo D'Algy y Fabio Falcón, los líricos y exquisitos literatos de Osila. Falcón, tímido, pequeño, como ausente, aceptaba

las copas que le pasaban y las bebía contra todo su gusto pues detestaba el alcohol. D'Algy, en cambio, se decía bohemio y afirmaba poseer una cabeza de extraordinaria fortaleza. El tema de la tertulia era el comentario a la próxima llegada del presidente. D'Algy veía en el tranvía eléctrico, la afluencia de gentes a Osila y, por consiguiente, la mayor venta de **Brisas**, de la que, en ese día, lanzaría una edición extraordinaria con el retrato de S. E., del Alcalde, que ya le había pasado la consiguiente subvención para que escogiera, en todo el vasto repertorio de adjetivos que D'Algy poseía, los más floridos para dedicárselos, adjetivos que el doctor Zúñiga leería y comentaría luego:

—¡Qué bien escribe Pérez!...

Llegó el momento de la despedida y Alarcón tomó del brazo al poeta para marchar con él. Los otros se fueron diseminando y Pezzo recogió copas, pasó un trapo mugriento sobre el mostrador y contó las monedas. Entre ellas encontró un medio sol de plomo y frunciendo el ceño exclamó:

—¡Per Dio santo! ¡Seguro ha sido el comisario!

Fabio se dejó arrastrar por Alarcón por la calle de Bolognesi hacia el Parque y en una banca se sentaron. Grandazo, pesado, humorista, comenzó el escritor:

—Oye, ¿sabes lo de Luján y Florita?

Se asombró el poeta de la pregunta:

—Eso lo sabe todo el mundo...

—No es eso... Ahora parece que Florita le hace caso a Luján...

El poeta no hizo un gesto para exclamar:

—¡Ah!... ¿Sí?...

Y no volvió a hablar. En el fondo de su alma había guardado, imposible y ciego, ese amor que le alimentaba y le sostenía. Se sabía pequeño, esmirriado, tímido, prematuramente caduco, sin audacia y sin alardes. Sabía muy bien que ninguna mujer en toda la redondez de la tierra aceptaría jamás un requiebro suyo si no iba acompañado con las monedas que mercaran favores y sonrisas. Pero, ¡qué diablo!, él era poeta y no era mercader y quería, amaba de veras, a la niña aquella que ahora cometía el desatino de entregar su emoción al sinvergüenza ese que no la quería, estaba seguro.

Alarcón le miraba compasivamente. El poeta se había hecho más insignificante aún. Se había abrochado los cuatro botones de su chaqueta gris y había cruzado los brazos. Una sonrisa le erraba en los labios con una expresión de dolorosa sorpresa. Alarcón explicó su intervención:

—Yo te lo he dicho porque como eres amigo de Luján... Y a él no le gustará seguramente que tú...

El pobre poeta murmuró entonces comprendiendo lo irremediable de su drama:

—¿De modo que ya no podré dedicarle nada?

¡Pobre Falcón! Su musa exquisita y decadente, cursilona y sincera, le seguiría soplando a las orejas todos los ritmos y todas las rimas, pero él no podría llevar a la mesa de D'Algy aquella succulenta inspiración rutilante. Tendría que publicar otros versos, otras cosas que no fueran a herir la susceptibilidad de su amigo y que jamás pudiesen poner en entredicho la honestidad de su dama, de su "Turris Ebúrnea". Porque si él ganaba en la empresa de

ser el favorecido tercero en discordia y Luján quedaba en ridículo, Florita bajaría del pedestal de su pureza al arroyo turbio por donde transitan las casquivanas...

Y pensando en estas cosas se metió las manos en los bolsillos, hurgó largo rato y luego pidió a Alarcón:

—Dame un cigarro, ¿quieres?

Se despidieron y Alarcón marchó a comer. Fabio se retiró por una calleja mal iluminada y solitaria. Al Parque comenzaron a llegar las gentes para pasear la comida. La noche era calurosa y el alto cielo estaba nublado, sin estrellas ni luna.

En su casa dos docenas de gatos recibieron al poeta, maullando con la insistencia del apetito insatisfecho. Falcón tiró el sombrero sobre la cama y se sentó a su mesa, apoyando los codos y escondiendo la frente entre las manos.

—¡Pobre muchacha! —pensó— ¡Qué locura!

E imaginó entonces los besos que Luján le habría robado. Vio, los vio materialmente, con las bocas unidas en un beso que no terminaba nunca. Y después de ese beso, cuyo sabor él habría guardado toda la vida, ¡toda la vida!, Luján se iba a la bodega a tomar un pisco que le quemaba la boca y le borraba el sabor del beso maravilloso...

Mojó la pluma y comenzó a escribir:

*Tú no has muerto en mi amor porque eres
(toda
la floración celeste de mi vida!
Sólo la Muerte curará la herida
que me ha hecho el anuncio de tu boda!...*

Pero los gatos seguían maullando frotándose a sus pantalones. El poeta entonces cogió la vela sostenida en una botella vacía de cerveza y pasándose el pañuelo por los ojos murmuró:

—¡Caray! Hay que dar de comer a estos animales...

* * *

Cuando el doctor Zúñiga llegó a su casa su esposa le esperaba impaciente:

—¡Cómo te has demorado!

—He estado trabajando.

Los niños Zúñiga y Collazos rodearon a su papá y le besaron las mejillas. La sobra frente a doña Faustina humeaba prometedora y apetitosa. La sirvienta con un delantal blanco —inusitado y refinadísimo lujo— esperaba que la señora sirviese. Don Numa Pompilio extrajo las tres hojas del discurso y comenzó retumbante y pomposo:

—Escucha, Fausta, escuchen... ¡Excelentísimo Señor Presidente de la República; Excelentísimos Señores Ministros de Estado; Honorables miembros del Parlamento; Señor Gerente, Señor Ingeniero Jefe, señoras y señores: Aun cuando no tengo las dotes necesarias que la elocuencia requiere, cábeme el honor de presentaros, Excelentísimo Señor, el saludo de Osila que ve en Vos, no sólo al Jefe de la Nación Peruana, sino al representante de las fuerzas vivas del país que, como las olas encrespadas del océano, se estrellan contra el peñón abrupto de la rutina!...

Interrumpió doña Faustina:

—No veo la diferencia... Está igualito.

Se amostazó la erudición del alcalde:

—¡No, señor! Antes había un pronombre de tercera persona y ahora hay uno de segunda.* Además, el océano ya no nos contempla porque desde la Alcaldía no se ve. ¡Ahí está!

Los niños aplaudieron y gritaron y la sopa se enfrió a pesar del cálido entusiasmo.

* Ver nota anterior.

CAPITULO IV

SU ILUSTRISIMA SEÑORIA

—Abuelito, ¿por qué este puente se llama de los Suspiros?

El general de Castro se volvió a Nacho:

—Porque todo aquel que pasa debe lanzar un suspiro. Así, ¿ves?

Y aspirando poderosamente lanzó luego un largo suspiro. Nacho se reía.

—Y yo, ¿también suspiro?

—¡Naturalmente! Si no, no pasas.

El chiquillo remedaba al abuelo:

—Aaa... yyyy...

Aquella tarde iba el general de Castro a la casa arzobispal llevando al nieto para que le confirmasen. Don Manuel tiró de la cadenilla de la campana y a poco asomó la sotana de lustrín de un familiar. —¿El general de Castro? Monseñor le está esperando.

En el amplio salón con damascos rojos, sobre un sillón, la figura del arzobispo crecía con el fausto

de las vestiduras, brillándole en el pecho la cruz de oro, encarnado el birrete que le cubría la calva:
—¡Manongazo! perdona que no me levante...
—¡Benito! ¿Cómo van esos males?...

Eran lejanos parientes. Los dos habían ingresado al seminario, todavía mocitos, pero Castro se había fugado para seguir a Felipe Santiago de Salaverry en la revolución contra Santa Cruz. Benito de Argote había seguido su vocación y se ordenó sacerdote cuando Castro era ya capitán y había estado en un tris de que lo fusilaran junto a su jefe en Arequipa.

Los dos eran altos y magros. El rostro rapado del arzobispo tenía una expresión de energía que, poco a poco, se había dulcificado a causa de esos achaques. Castro lucía una espesa barba blanca y su apostura era marcial y engallada.

En el salón de rojas cortinas y rojos tapices en los muebles dorados, lucía un alto crucifijo entre dos espejos de marcos dorados, encima de una consola sobre cuyo mármol estaban encendidas dos velas dentro de sus guardabrisas de cristal tallado.

Con el bastón de puño de oro entre las piernas, don Manuel de Castro charlaba con Monseñor Argote evocando recuerdos. Nacho contemplaba a monseñor, ante quien se había arrodillado, como su abuelo, para besar la sortija enorme que le deslumbró. El chiquillo a poco se desprendió de su abuelo:

—Venga acá, don Ignacio, que Su Señoría lo va a confirmar.

Monseñor tocó una campanita y llegaron dos familiares con limpias sotanas:

—Ayúdenme, que voy al oratorio.

Se revistió y comenzó la ceremonia en que Nacho tenía que abominar del mundo, del demonio y de la carne, sin entender él muy bien de qué carne, ni de qué mundo abominaba. En cuanto al demonio, ese era asunto muy antiguo... Terminada la ceremonia, regresaron al salón. Monseñor Argote hizo traer una botella de jerez y sirvió dos copas:

—Esto me lo han prohibido los médicos... Pero si uno fuera a hacerles caso... ¡Qué buen jerez!, ¿no?... —¡Magnífico!— asintió el general.

Nacho, mientras conversaban los dos ancianos, se dirigió al crucifijo contemplando una a una las llagas amoratadas de las rodillas, la sangre coagulada alrededor de los clavos, la herida del costado, la corona terrible de espinas. Después, pasito a pasito, atisbó entre unos cortinajes y como el arzobispo y su abuelo estuviesen distraídos, se atrevió a traspasar la puerta. Era el escritorio de su señoría.

Sobre la mesa había una estatua de plata y unos tinteros, muchos papeles, muchos libros, muchos periódicos. Se sentó en el sillón y fue una delicia hundirse en aquellos cojines suaves. Frente a él se alzaba la estantería con otros libros más gordos, con letras doradas. De encima de la mesa cogió un cuchillo de marfil y, de pronto, sus ojos se detuvieron en un cuadro que no había visto al entrar: ¡era Crucita!

Con el cabello recogido, toda cubierta con una larga túnica, tañendo un arpa cuyos sonos venían a escuchar unas palomas blancas, la imagen recordaba la expresión dulce y serena de Crucita. Bien sabía él que no era ella pero se le parecía tanto...

Y el marco dorado que la encerraba parecía pálido y triste con la luz que de la figura irradiaba. Nacho la quedó contemplando embobado, jugando con el cortapapel de marfil, sin hacer caso de todos los otros primores que el escritorio de monseñor encerraba.

En la sala seguían conversando el militar y el sacerdote y los dos se quejaban de aquellos tiempos que corrían. Don Manuel de Castro recordaba sus años mozos marchando por todo el Perú con la espada desenvainada y ganando uno a uno sus galones en los campos de batalla: de Ingavi a Huamachuco... En cambio ahora... Los años le habían arrinconado con su inútil penacho de general y con sus entorchados de oro. Unas cuantas sesiones en el Consejo de Oficiales Generales le sacaban a veces de la monotonía de su vida y, otras veces, en la Sociedad Geográfica recordaba sus excursiones por los grandes ríos de la selva, su vida entre las tribus salvajes, su acción generosa de civilizador después de haber cumplido su misión heroica de soldado.

Por el mismo tono hablaba monseñor Argote: hacía falta un prelado joven, enérgico, generoso, capaz de regularizar la vida del clero en esas serranías peruanas, de encauzar la acción misionera del catolicismo, de dar a la Iglesia peruana el auge que antes tuvo y que él ya no podía por estos años que le vencían y, más que los años, los achaques. —Ahora, paciencia... ¡Hasta que Dios quiera llamarme!

El sol de la tarde se colaba por los ventanales avivando el rojo de los cortinajes y de los tapices.

Uno de los familiares llegó con una pócima y un gran vaso de agua:

—Monseñor...

Sonrió la paciencia del arzobispo:

—La tortura...

Mientras bebía, don Manuel se dio cuenta de la fuga de Nacho y batió las palmas llamándolo:

—¡Capitán Centellas!

Con muy pocas centellas se presentó el muchacho que fue hacia el prelado y recordando la instrucción de su madre le interrogó dándole el tratamiento:

—Monseñor, ¿quién es esa santa que está en su escritorio?

—Santa Cecilia...

—Ah... ¿Y usted tiene, monseñor, estampitas de ella?

El familiar escuchaba sonriendo y salió a la orden de su señoría:

—Escobar, búsqieme unas estampas de Santa Cecilia.

El niño adivinó que eran para él pero no quiso demostrar mucha ansiedad. Pero no pudo disimular e interrogó:

—¿Y usted tiene muchas estampas de ella?

—Sí, ahora te van a traer...

—Muchas gracias...

Don Manuel se levantó mirando su reloj:

—Son las cinco y este niño necesita...

—¡Hombre, si aquí le pueden servir la merienda! Algo habrá para él y para ti...

Cuando el familiar volvió con las estampas el niño no pudo contener una exclamación:

—¡Uy, cuántas!...

Monseñor ordenó:

—Escobar, vea que Epaminondas sirva un buen chocolate al general y a este caballerito...

Monseñor había dicho: algo habrá. Pues había el cielo: de todos los conventos enviaban al arzobispo esas pastas y esas golosinas que eran una gloria; alfajores de las Nazarenas, maná de la Encarnación, limones rellenos de Santa Clara, alfeñiques de la Encarnación, bizcochuelo de Santa Teresa... En las fuentes de porcelana se elevaban todos los dulces y todos los bizcochos imaginables. Monseñor fue al comedor para hacer los honores a sus huéspedes y a poco llegó el canónigo Oré:

—¡Señor general!

—Señor doctor...

Nacho, de pie junto a su silla, inclinaba la cabecita rubia saludando al pomposo doctor que le respondía:

—¡Distinguido joven!... Su nieto, ¿verdad, general?

—Sí, el mayor. Le traje para que le confirmase Benito.

Se escandalizó el canónigo y precisó el tratamiento:

—¡Su Señoría Ilustrísima!

El arzobispo se echó a reír:

—¡Mi señoría ilustrísima le permite a Manongazo Castro que me apee el tratamiento: somos primos y, además, íntimos desde el seminario!...

Nacho se complacía con la derrota del erudito latinista:

—Y monseñor es mi tío... Le puedo hablar de tú y decirle tío Benito, ¿no es cierto?

—¡Buena es ésa! —rió monseñor— ¡buena es ésa! ¡Dime tío Benito!

Nacho se sentó y puso todas sus imágenes ante su taza de chocolate y el plato colmado de dulces. Santa Cecilia o Santa Crucita le miraba sonriendo, contenta de verle tan compuesto y atildado para partir el bizcocho y comer las golosinas, para tomar el chocolate sin hacer ruido y para limpiarse los labios con la servilleta que tenía anudada al cuello. Y era como si los dos, Crucita y él, estuviesen tomando su chocolate solos, sin testigos, riendo y bromeando y dándose dulces...

Cuando le trajeron su jícara a don Eusebio, el canónico exclamó entusiasmado:

—¡Se ha portado Epaminondas!...

Don Manuel ya había extrañado el nombre y preguntó a quién le correspondía. Era el cocinero, un cholo feo, coronguino y gordo que ponía en la confección de sus guisos, inspiraciones que no son de este mundo. Don Eusebio ponderaba los guisos del cocinero y ponderaba sobre todo la destreza que tenía para maniobrar entre sartenes, cazuelas y tachos. Y como por aquella época el doctor Oré estaba leyendo algunas cosas sobre Grecia agasajó al cocinero con el nombre del heroico general.

—Porque, mejorando lo presente, Epaminondas es un héroe de la culinaria...

Monseñor Argote y el general de Castro volvieron al salón. El arzobispo había ordenado que empaquetaran algunos dulces para que Nacho los llevase a sus hermanos. Este devolvió todas las estampas de

Santa Cecilia y sólo se quedó con una, pero monseñor le concedió:

—Llévatelas todas...

—Muchas gracias, monseñor.

—Y rézale, rézale, que es una santa muy milagrosa...

¡Rezarle! Ah, sí... Cuántas cosas le diría al acostarse y al levantarse y a todas horas... Una pondría en la cabecera de su cama, otra sobre la mesita de noche y las otras en lo alto de su mirador de gloria... Y estaría allá y él vería las estampas cuando ella no saliese al jardín a jugar con sus palomos... Y le diría que era bueno, que se portaba bien a causa de ella y que la quería, que la quería mucho... Y ya sonreía de contento y ruborizado pensando en todo aquello y estaba seguro, pero bien seguro, que la santa repetiría a Crucita todas aquellas palabras dulces y adorables cuando ella durmiese en la vastedad solitaria de su palacio... Y le diría, le diría... Dios mío, ¿qué no le diría?...

Volvieron por el mismo camino y el general repitió, al pasar por el puente, la broma de los suspiros. Para Nacho no fue broma aunque con el pretexto de ella pudo aliviar su pecho de toda la dicha suave y dulce que le anegaba. Y suspiró larga, largamente...

—¡Qué suspiro, Capitán Centellas! —curioseó el abuelo.

—Tú no decías, pues... —disimuló el nieto.

Cuando llegaron a la casa estaban todavía en el comedor los niños que habían merendado alrededor de Crucita, quien fue a casa de los Erazo llevando el regalo para Nacho a causa de la confir-

mación. Margarita y Cruz charlaban y la madre cometió la indiscreción:

—¡Yo creo que le ha salido un rival a Jaime!

—¿Qué dices?

—¡Mi hijo Nacho!

—¡No juegues!

—¡Sí, hija! Todo el día de Pascua me estuvo fastidiando porque quería ir a enseñarte su uniforme... Después se le pasó, felizmente. Y luego todo lo relaciona contigo: Crucita aquí, Crucita allá...

Ella reía cariñosamente:

—¡Qué gracioso!

—Pero no hay que decirle nada, pobre —absolvió la madre—, porque se cortaría.

Llegó Nacho y desenvolvió los dulces. Doña Margarita hizo cuatro partes, tres para sus hijos y una para Crispín. Nacho protestó:

—¿Y para tía Crucita?

Las dos primas se miraban y no pudieron contener una sonrisa que, felizmente, no advirtió Nacho. Luego, el chiquillo comenzó a mostrar sus estampas y se volvió a la tía luminosa y espléndida:

—Se parece a ti, ¿no?

Cruz, a pesar suyo, se ruborizó y doña Margarita rompió a reír a carcajadas:

—¡Por Dios, Cruz!...

El niño miraba de hito en hito a su madre y a Cruz sin explicarse el motivo de la risa y de la exclamación y de la risa sofocada de su tía. Esta lo atrajo y lo besó en la frente con una suavidad que él no advirtió nunca. Y sin poderlo remediar, le echó

los bracitos al cuello y le devolvió el beso en la mejilla y se marchó corriendo.

Se fue a su mirador. Allá, en el pequeño espacio que él había barrido y compuesto, colocó sus estampas y luego se asomó al jardín vecino. No había nadie y quedó contemplando largo rato el lugar donde viera a Cruz dando de comer a sus palomas. Y la volvió a ver mimando y rascando la cabecita tornasol del palomo aquel y sonrió a la visión que su emoción evocaba.

De pronto se asomó Pepián y Nacho lo llamó sin alzar la voz:

—Pepián... Pepián...

El perro alzó la cabeza y quedó mirando al chiquillo reconociéndolo y meneando la cola. Y los dos se quedaron mirando como viejos amigos sabiendo uno de ellos que un mismo afecto los unía. El perro, cansado de mirar, bajó la cabeza y moviendo la cola siempre pretendió retirarse pero Nacho lo volvió a llamar:

—Pepián... Pepián...

Y otra vez se quedó fijo el perro y el chiquillo, desde lo alto, contemplaba al animal cuya cabeza Cruz acariciaba como acariciaba la suya. Y ella había puesto un beso en su frente, un beso más largo que antes y todavía tenía sobre la piel la humedad cariciosa de sus labios... ¡Y a Pepián nunca lo había besado! Sintió entonces que a él lo quería más, que él era para ella más, mucho más que Pepián. Y esta certidumbre le hizo sonreír en lo alto del mirador.

El perro, aburrido, se marchó por fin sin escuchar las llamadas de Nacho. El jardín iba quedando en la penumbra. Allá, lejos, el mar se coloreaba con nácares y verdes del véspero. Las palomas cruzaron aleteando y fueron a guarecerse en el palomar con ventanitas y en los altos árboles y en los pinos inmensos. Desde el fondo de la casa ascendía la voz de Petita que llamaba al niño:

—¡Nacho! ¿Dónde estás?

—¡Ya voy!...

Con una última mirada se despidió del jardín, sabiendo bien que ella no vendría porque estaba con su mamá. Pero él había ido porque sí, sin poder explicárselo. Y era porque el mirador le daba soledad y la irrealidad del recuerdo era para el niño mejor que la presencia real de Cruz porque a veces ella hablaba con su mamá, con su papá o con sus hermanos y entonces no le hacía caso a él. En cambio allí, desde su mirador, era toda para él, sólo para él, para nadie más que para él.

Antes de comer fueron a acicalarse para la cena. Peinados y perfumados, fueron a despedirse de los padres y del abuelo y de Crucita. La voz de don Manuel llegaba desde el vestíbulo anotando el tiro de los dados en el chaquete que jugaba con Ignacio Erazo:

—Treces a la quina.

El alto mechero de gas irradiaba una luz blanca y pura proyectando la sombra de los jugadores sobre la pared. Capitán se había hecho un ovillo a la vera de don Ignacio que estaba un poco picado porque su suegro le iba a ganar un juego doble. El viejo reía de la impaciencia del yerno:

—Ya me debes cinco reales...

El jardinero salió por la puerta de servicio y se despidió de los señores. Un policía pasaba y repasaba frente a la casa y la candelilla del cigarro le iluminaba las aristas bronceadas del rostro indio. Del fondo de la casa llegaba la bulla de los niños y el eco de las risas de Cruz y Margarita. El viejo don Manuel se reía complacido con la suerte que esa noche tenía:

—¡Quinas generales! Las precisas...

En la salita seguían charlando las dos primas del ensueño de Nacho y de las cartas de Jaime.

—Me dice que llegará en abril... Yo no quiero que venga por Panamá porque la fiebre amarilla me da mucho miedo...

—¡Sí, hija! Que se demore un poco pero que llegue... ¡Pero cuando Nacho sepa!...

—¡Tonterías! En marzo se va a los Jesuitas y no se acuerda más...

—Como siempre... —corroboró Margarita.

Los chiquillos cenaban en el comedor vigilados por Petita y Adelaida. Pancho se resistía ante un plato y la pobre ama hacía todos los esfuerzos de imaginación para que el muchachito comiese. Terminada la cena los niños se despidieron para acostarse.

Margarita dormía sola en una pequeña alcoba junto a la de sus padres y en un cuarto más grande estaban alineadas las camas de los tres hombrucitos. Nacho colocó sus estampas, se enfundó dentro de su camisón y se metió a la cama. Panchito comenzó a gritar desde su lecho:

—¡Buenas noches, Crucita!...

Ella respondió desde la sala pero los cuatro chiquillos tornaron a sus gritos de despedida. Ella entonces, acompañada de Margarita, comenzó a recorrer los lechos despidiendo primero a la niña y luego a los muchachos. Y los besó a todos y todos le devolvieron los besos. Cuando salía la madre de la habitación Nacho le rogó:

—Mamacita, apaga la luz, ¿quieres?...

Pero del corredor llegaba una difusa claridad lechosa. Los chicos inmediatamente bostezaron y comenzaron a dormitar. Nacho en su cama besó una, diez, cien, mil veces la estampa que representaba a Cruz y se rascó la cabeza murmurando:

—Piojito... Piojito...

El sueño comenzó a pesarle sobre los párpados. En la dulzura de la modorra se sintió arrullado y mecido en los brazos cálidos de Cruz. Y entonces encogió las piernas para hacerse más pequeño en aquella cuna adorable y adorada, imaginándose que apoyaba la cabeza sobre el pecho y el brazo desnudo como en el juego de la paloma. Y sentía la risa que la agitaba cuando sus cabellos cosquilleaban sobre la piel clara y fresca de Crucita. Y dulce, maravillosamente, se fue quedando dormido con una sonrisa radiante en los labios.

CAPITULO V

BAÑOS Y TRANVIAS

Aun cuando Osila había trasnochado, se había volcado en las calles aquella mañana del primero de enero para asistir al paso del vagón en que vendría el presidente inaugurando la línea del tranvía eléctrico. Don Pimentel se había negado a dejar su Estación despreciando a esos tranvías que viajaban solos, sin la majestad voluminosa de la locomotora, sin campana y sin fuego, sin chimenea humeante ni trepidación de coloso.

El vagón presidencial se detendría frente al municipio. Allí estaban todos los hombres de la comisaría con sus uniformes relucientes, con escaarpines blancos y albos penachos sobre los **kepís** galo-neados de plata. El comisario también estaba uniformado, con una placa plateada sobre el cuello, los largos pantalones que se le arrugaban en los tobillos, los guantes de **preville** sujetos por la dragona del sable que se le enredaba lastimosamente entre las piernas.

—La falta de costumbre... —se excusaba de la Flor.

El alcalde, de **jacquet** y tarro de unto, sudoroso y enguantado, esperaba con un ansia mortal la hora de pronunciar su discurso y a cada instante se recomendaba calma, serenidad, presencia de ánimo... El exquisito Pérez D'Algy estaba en primera fila, con varios ejemplares de **Brisas** que pensaba obsequiar al presidente, a los ministros, a los senadores. Los otros amigos estaban apostados a los flancos de la larga alfombra roja con flores verdes extendida como pasadizo para S.E. desde el apeadero hasta la municipalidad. Y todo el concurso de niñas y señoras, sentadas en las bancas, agitaban los abanicos desesperándose de la demora de ese vagón retenido en Miraflores por otro alcalde con otro discurso y otra concurrencia. Un vagabundo perro irrespetuoso se hizo una rosca y se echó sobre el alfombrado del pasadizo presidencial; lo expulsó el bastón del honorable alcalde.

Altos peinados de levantado tupé, largos trajes de colas largas, mangas abullonadas hasta el codo, guantes de veinte botones cubriendo los antebrazos, anchos sombreros con plumas de avestruz, sombrillas guarnecidas de encajes, abanicos sujetos por una cadenilla de oro, cinturas torturadas por el corsé de barbas inflexibles, ausencia de afeltes, ¡moda ingenua de 1910!

Los hombres ignoraban entonces la chaqueta entallada y lucían encaracolados peinados y retorcidos mostachos, peritas del Segundo Imperio y afiladas barbas que perennizaban el nombre del general Boulanger. Los pantalones caían hasta los tobillos y los pies se calzaban con botines de botones empinados sobre tacos aperillados; gruesas cadenas de oro sujetas a un ojal del chaleco y puños redondos

y almidonados salléndose de las mangas hasta la mitad de la mano, ¡los dondiegos de Osila!

En febrero estaría concluido el local donde funcionaría el blógrafo, que entonces se llamaba así al cinema, después de haberse llamado linterna mágica. De vez en cuando había llegado hasta Osila una cupletista que cantaba con mucha picardía sonrojando a las mujeres y encandilando a los hombres:

*¿Qué te quieres apostar,
qué te quieres apostar,
que si subo a la cazuela
no me dejan regresar?...*

*¡Con el garrotín,
con el garrotán!...*

Era la Bella Carmela, astro rutilante que llegó a Lima y, por una noche, aceptó la propuesta de Antenor Vásquez, activo empresario según la reseña que hizo **Brisas**, para actuar una escueta y solitaria noche en que el pobre Vásquez perdió un dinero porque, hombre galante, no quiso aceptar que sus amigos y conocidos pasasen por la boletería... De la bella Carmela quedó apenas, como recuerdo lejano y triste, ese nombre que luego le aplicaron a una negra horrible, tamalera y hedionda que cada vez que los muchachos le gritaban:

—¡Bella Carmela!

—¡La tal de tu madre! —respondía la jeta procaz de la zamba.

Osila estaba en plena conmoción. Ese tranvía traería, por la facilidad del viaje, nuevas gentes que, a su vez, traerían nuevas corrientes revitalizando al

humilde pueblo que antes viviera en una eterna parsimonia aldeana. Ya se edificaban nuevos palacios y nuevas residencias, conocidos bajo el común denominador de "ranchos". Aquella temporada veraniega prometía ser de un brillo excepcional y en su despacho parroquial don Fernando de las Casas se espantaba:

—¡Más gente y más barullo! ¡Ave María!

De pronto el silbato del vagón eléctrico estridió a la distancia y fue un remolino de gente corriendo hacia la esquina para ver la llegada del presidente que, al fin, llegó. Ceremonioso, y amable descendió acompañado de sus ministros y del gerente de la compañía, correspondiendo con el sombrero a los aplausos y los vivas de los osilenses entusiasmados por esta muestra del espíritu progresista del presidente.

Su excelencia saludó al alcalde que estaba trémulo y rojo de orgullo. Luego divisó al general de Castro y a los Erazo y se acercó:

—¡Mi general!

—¡Excelencia!

—Mi querido Erazo... Señora...

Su querido Erazo y la señora presentaron a Cruz Valcárcel al presidente. El jefe del estado casi se descompuso para desbaratar el piropo:

—No sabía que Osila tuviese el orgullo de albergar... —y el gesto de admiración completó la galantería.

—Señor Presidente... —murmuraba confusa Crucita.

La mano que firmaba decretos y resoluciones acarició la cabeza de Nacho y después de cambiar breves palabras continuó su marcha el presidente.

El ministro de hacienda se acercó a los Erazo:
—¿Cómo estás, Ignacio?... A usted, ni preguntarle, Margarita...

—¿Qué tal viaje, Evaristo?

El señor ministro se quejaba del exceso de velocidad del tranvía. Las gentes se habían acercado al vagón que tenía a sus costados las armas del Perú y el motorista, con su gorra blanca, era la envidia de los chiquillos. Dos policías cuidaban las estriberas para que nadie osara penetrar al santuario rodante de su excelencia.

La comitiva se detuvo en la puerta de la Alcaldía y el señor doctor Don Numa Pompilio Zúñiga extrajo el discurso y se quitó el tarro que entregó a Fermín García. Se aflojó la garganta con un ¡ejem! enérgico y comenzó:

Excelentísimo Señor Presidente de la República; Excelentísimos Señores Ministros de Estado; Honrables miembros del Parlamento; Señor Gerente; Señor Ingeniero Jefe, señoras y señores; Aun cuando no tengo las dotes necesarias que la elocuencia requiere, cábeme el honor de presentaros, Excelentísimo Señor, el saludo de Osila que ve en Vos, no sólo al Jefe del Estado, sino al representante de las fuerzas vivas del país que, como las olas encrespadas del océano, se estrellan contra el peñón abrupto de la rutina!...

Los empleados del municipio aplaudieron y aplaudieron después todos. Continuó el alcalde:

Hay momentos en las vidas de los pueblos, Excelentísimo Señor, que no pueden expresarse con las palabras: éste, es uno de ellos. El espíritu progre-

sista de Vuestra Excelencia marca ahora para Osila la iniciación de su marcha hacia un futuro de grandezas, con el mismo ímpetu con que un potro salvaje galopa, señores, por la senda del progreso!...

Pero el pobre doctor Zúñiga no podía dominar sus nervios. Los papeles del discurso temblaban en sus manos y las palabras le salían precipitadas y veloces. Una mirada de reojo le advirtió la sonrisa del presidente y de los ministros, de los parlamentarios y de los ingenieros, del general de Castro y de su secretario Alarcón y sintió un raro malestar innominable. Apresuró el discurso y terminó con un viva al Perú y otro a Su Excelencia. Un torrente de aplausos le consoló al final.

En ese instante llegó monseñor de Argote y Villegas en una silla de ruedas acompañado por su capellán y sus dos familiares. El presidente salió a recibirle:

—¡Señoría Ilustrísima!

—¡Excelentísimo Señor!

Todos le saludaron y monseñor, en voz baja, le confesó a don Manuel de Castro:

—¡Manongazo, qué lata!

—Te compadezco, Benito...

Monseñor bendijo la línea y el vagón y esperó el discurso del presidente para retirarse. Este, muy dominador de la escena, muy canchero como decía Alarcón, se calzó los quevedos de oro y comenzó a leer, con elegante parsimonia, vocalizando con seguridad, el discurso que le había escrito su secretario y que, hasta ese momento, no había visto. Las palabras rodaban en la voz engolada de Su Excelencia que se aseguraba su predilección por

este pueblo, postergado inexplicablemente, y que su gobierno haría surgir con entusiasmo pugnaz...

Los aplausos y los vivas de Osila los agradeció su excelencia con lentos y pausados movimientos de cabeza y la comitiva oficial se metió al municipio en donde Fermín García y sus dos hijos mayores, vestidos de negro y con unos guantes blancos que les quedaban grandes pasaban los azafates con las copas de champaña. Y así, bebieron, se festejaron, Adolfo D'Algy repartió **Brisas**, el presidente le dio la mano a todo el mundo y puso una libra en la de Fermín que le alcanzaba el tarro y cuyo asombro le impidió agradecer a su excelencia la generosa propina. Todos sonreían del gesto del presidente.

Cuando el tranvía partió se llevó hasta una pequeña curva a un racimo de palomillas trepados en los estribos posteriores y el eco de los aplausos. Después todos rodearon a monseñor Argote que se disponía a marchar en su silla empujado por sus familiares. El canónigo Oré se quedó charlando con el general de Castro y felicitando al doctor don Numa Pompilio por la magnífica pieza oratoria que había pronunciado. A esta felicitación se unió la de todo lo más representativo de Osila.

Fuera, el grupo de señoras y señoritas esperaba el regreso de los amigos y de los maridos. Luján, muy planchado y muy empolvado, se acercó a Florita:

—¿Cómo estás, mi amor?

—Oye, éstas quieren ir a los baños...

—¡Vamos! —accedió Alfredo.

Y la comitiva se dispuso a marchar. Iban doña Asunción y su marido, las cinco Bocanegra, las Valencia, don Crisanto Gómez Coello y su mujer. Al llegar a la boletería discutieron don Francisco Santander y Luján y al fin el médico pagó los boletos:

—¿Cuántos somos? A ver... A ver...

El viejísimo local de los baños estaba casi en ruinas. Recién pintado, con cadenetas de papel colgando de los soportes del techo, con la cantina colmada de botellas y las butifarras tentadoras en un azafate, tenía a pesar de sus años un cierto aspecto de fiesta. Una de las preocupaciones del doctor Zúñiga era dotar a Osila de un establecimiento que estuviese de acuerdo con la importancia de la ciudad. Y por lo pronto, había contratado a una orquesta —piano, violín, clarinete y flauta—, que constituía una lujosa y sorprendente novedad.

Todos los petimetres de Osila se habían dado cita en los baños. Trajes blancos y sombreros de jipijapa, ruido de dados en las mesas, risas y música confundiéndose con el rumor bronco de las olas y los gritos de los bañistas, animaban el ambiente. Doña Asunción se entusiasmó:

—Esto está precioso...

Los elegantes osilenses se acercaron a las niñas y saludaron a las señoras formando grupos:

—Emperatriz, ¿no se baña?

—Todavía no...

Pero el agua azul y fresca, blanqueada por la espuma de las olas, tentaba locamente. El fastidio era la bajada tan empinada. Uno de los mozos chunquió:

—La bajada, no: ¡la subida!

Se disforzaron las niñas:

—Lo mismo da...

La orquesta comenzó un vals. ¡Tiempos aquellos de Osila!... Dulce vals lento, caricioso, sensual... Era el vals de "Eva", la pícara opereta:

¡De esta quimera quiero gozar!...

¡Este gran sueño quiero vivir!...

*¡Y aunque en seguida despierte a morir
quiero en tus labios la vida agotar!...*

El violinista, de larga melena rubia, apoyaba la cabeza sobre la caja del violín llevando el lento ritmo con el cuerpo. El pianista echaba hacia atrás la cabeza y el clarinete, sin moverse un ápice, soplabla hinchando los cachetes y poniéndose colorado; el de la flauta alargaba la jeta chola y hacía gorgoritos. Alguno propuso:

—¿Por qué no bailamos?

Las niñas pudibundas se extrañaron:

—¡Ay! ¿En los baños?

La audacia de los mastuerzos:

—¿Y qué tiene?...

No se atrevían aunque todas lo deseaban. Hortensia Bocanegra y Betty Valencia encontraron la solución:

—Salimos todos al mismo tiempo...

—¡Ya está!

Se tomaron las parejas y comenzaron a valsar ante el asombro de la concurrencia. Luján invitó a Flora y ella se abandonó en sus brazos. La muchacha estaba sinceramente emocionada: era su primer vals

con él. Ese primer vals que, en cualquier circunstancia de la vida, no importa la condición de quien lo baile, tiene siempre una dulce emoción tontaina. Y era grato y maravilloso ir así, en el ritmo de "Eva" gozando efectivamente la quimera y viviendo de veras aquel sueño que siempre y en todos los casos es maravilloso.

Concluyó el vals y a los aplausos de los bailarines tuvo que repetir la orquesta. Florita apoyaba por instantes la cabeza en el hombro de Luján y éste se estremecía cuando los cabellos de la moza le rozaban las mejillas. Y con el brazo con que le ceñía la cintura, la apretó dulcemente murmurando: —¡Mi vida!...

¡Qué fiesta! Hombres y mujeres, en traje de baño, largo hasta las rodillas y cubriendo los brazos hasta el codo, se agolparon en las puertas de sus respectivas secciones para ver a las aristócratas de Osila en este desenfreno del vals que tenía mucho de alarde despectivo a las murmuraciones de la huachafería... Florita no se preocupaba de nada de esto llevada por Alfredo, muda y sonrosada, escuchando todas las ternezas que el tarambana le murmuraba al oído.

A poco llegaron Antenor Vásquez, Fabio Falcón y Juan Alarcón, quienes inmediatamente fueron a la cantina. Fabio devoraba con los ojos a su ingrata musa que, esa mañana, estaba más linda que nunca. El poeta improvisó al oído de Alarcón:

*Aquella noche en que valsabas, Flora,
eras un ángel raudo que en la alfombra,
dejabas en la estela de tu sombra
todo el placer con que mi amor te llora...!*

Alarcón criticó riendo:

—¡No seas bruto: los cuatro versos están asonantados!

Fabio los apuntó para pulirlos y terminar luego el soneto que guardaría para siempre por miedo a Luján. Pero el poeta se consolaba contemplando los giros del vals y se bebió una copa doble de pisco con angostura para quitarle el mal sabor.

Después del vals de "Eva" vino otro pero Flora no quiso bailar más. Se sentaron entonces en una banca contemplando el retozo de los muchachos que se bañaban saltando sobre las olas y el miedo de algunas mujeres que no se desprendían de la soga.

Las señoras entraban al agua con una ancha capa impermeable, metidas dentro de una gruesa tela llamada cúbica, con la que habían hecho un traje de baño de largos pantalones y una chaqueta de mangas que bajaban hasta las manos, enfundadas las piernas en medias negras y calzadas con unas zapatillas que tenían toscamente bordadas en azul dos anclas cruzadas. Las olas se repetían y los muchachos maltones venían sobre las espumas de ellas, corriendo hacia la playa en un juego feliz y raudo.

A poco llegó el señor alcalde con su esposa y luego aparecieron los Erazo con sus hijos y las dos amas con sus uniformes blancos, muy enguantadas y elegantes. Margarita venía trayendo en un bracito su muñeca y cogida de la mano de Cruz. En lo alto de la escalera se detuvieron sorprendidos de ese inusitado valsar en los baños y sonrieron:

—¡Mira qué adelantos!...

Crucita rió:

—¡El "Kursaal" de Ostende!...

Flora vio a Cruz e, inmediatamente, exigió a Luján:
—¿Vamos a bailar?

El no se había dado cuenta de la presencia de los Erazo ni de Cruz Valcárcel y aceptó la exigencia de Florita. En sus brazos, ella hizo entonces esas pequeñas coqueterías de las que ninguna mujer deja de darse cuenta y Cruz advirtió los dengues y arrumacos de la Valencia. Luján, sorprendido de esta efusión para él inexplicable, se entusiasmó y la llevo a volandas en el ritmo alegre, mientras Fabio Falcón, que tampoco podía darse cuenta de esas coqueterías y de esas efusiones, sintió nacer en su alma un odio africano por Luján: todo eso del baile lo hacía por humillarlo, por herirlo, por empequeñecerlo a los ojos fatales de Florita. Y pidiendo otra copa de pisco con angostura murmuró:

—¡Sinvergüenza!

Al fin descubrió Luján a la Valcárcel y comprendió entonces todo el juego de Flora. Sin saber por qué, hubo algo en él que le desencantó. Esa pequeñez, esa mezquindad, esa cosita ruin de Flora coqueteándole y valsando exageradamente con él para demostrar a la otra que era ella la triunfadora, redujo en su consideración a Flora. No quiso darse cuenta de que ella era también muy dueña de sus celos así como él lo era de los suyos cuando le escocía, ruinmente también, los sonetos de Falcón dedicados a Flora. Casi malhumorado siguió valsando hasta que terminó la música. Propuso entonces:

—¿Vamos a sentarnos?

—Bueno...

En la banca él procuró llevar la conversación hacia el reproche que le saltaba del alma. Pero también, ¿cómo decírselo? Y sencillamente, sin literatura y sin teatralizar, le rogó:

—Mira, Florita: cuando estemos juntos no hagamos alarde de nuestro amor... Resultaría muy... vulgar.

Ella le miró sorprendida:

—¿Yo he hecho algo?

—No, pero... te lo quería decir. ¿No te molestas, verdad?

Ella mimó el melindre amoroso:

—¡No, vidita!...

Los baños se iban quedando desiertos. Los bañadores, con el pantaloncillo de cúbica y unas camisetitas gruesas, ambulaban por los callejones de los cuartos retirando cubos de agua y secando el piso. Los cuatro artistas de la orquesta reunidos alrededor del piano bebían cerveza, comían butifarras y pitaban sus cigarros. Vásquez, Fabio y Alarcón se retiraron saludando con los sombreros. El grupo de las niñas disforzadas y de los mozos petimetres se estremecía de bromas y de risas. Unos escasos bañistas gozaban del alto sobre la mar azul y agitada.

Luján había tomado una mano de Flora y bromeaban haciendo ella todos los dengues posibles y mirando por encima del hombro de Alfredo a Cruz Valcárcel que estaba un poco distante.

Ya era tarde y debían marchar a sus casas. Doña Asunción dio la voz:

—¡Vamos, niñas!

Emperatriz tuvo una idea: comerse una butifarra. Y todos fueron hacia el mostrador y los jóvenes del vals sirvieron a sus parejas el pan con jamón del país y unas copitas de vermouth. Alfredo Luján no se movió de su asiento y Flora le suplicó:

—Vamos, ¿quieres?

El badulaque en ese instante tuvo una audacia que hubiese muerto a Fabio: hincó su huesuda rodilla en la corva mórbida y caliente de Flora que casi se desmaya de delicias:

—¡Cuidado, Alfredo!

El insistió en el gesto casi brutal y enronqueció la voz:

—¡Te comería a besos!...

Entonces Florita se levantó de su asiento y tirando de un brazo de su amante volvió a suplicar:

—Vamos, ¿quieres?

Se apasionó el otro:

—¡Canalla!...

En el bar Florita se comió con muchas delicadezas su butifarra y bebió su vasito de vermouth; Alfredo pidió un pisco grande con unas gotas de amargo: el color, pensaba, disimulaba el trago.

LIBRO III

Festejos y más festejos *

* Ver Estudio Preliminar.

CAPITULO I

LA NOVENA Y EL PUESTO

—¿De parte de quién? —preguntó el criado.
—De Alfredo Luján.

En la puerta de la casa de los Erazo el oficial del registro civil del municipio de Osila daba vueltas a su sombrero con las manos sudorosas de emoción. Al fin, después de veinte días, se había atrevido a ir a casa de don Ignacio para pedirle la recomendación ante el doctor Evaristo Ugarte, ministro de hacienda e íntimo amigo de Erazo.

¿Cómo se determinó a este paso? Muy sencillamente. La charla cotidiana con Florita, los apasionados besos en la puerta falsa, o de servicio, de su casa, el encontrarse con ella cada instante y las enérgicas amonestaciones de Alarcón, crearon en Luján una especie de obsesión por esta diligencia. Florita, con ese sutil sentido diplomático de las mujeres, ya había hablado con Luján acerca del futuro, de la necesidad de buscar algo más sólido y remunerativo y todo ello lo había salpicado con mimos y con besos. Después, trémula y pálida, ha-

bía aludido a su futura maternidad enorgulleciendo al tarambana que le juró:

—¡Mañana hablo con Erazo!

Lo consultó con Alarcón y éste, bebiendo a traguitos su copa de pisco, dio un puñetazo sobre el mostrador de Pezzo:

—¡Salga pato o gallareta! ¡Mañana mismo!

Pero ese mañana no llegaba y Florita por un lado y Alarcón por el otro insistían con Luján para que se atreviese a importunar a Erazo:

—Pero, Juan, ¿tú crees que me recibirá bien?

—¿Y por qué habría de recibirme mal?

Florita comenzó entonces una novena a San Antonio y todos los días pasaba largas horas en la Iglesia de San Francisco orando ante la imagen del santo amparador de las enamoradas en dificultad. La pobre le suplicaba con todas las veras de su alma:

—¡El puesto, santito mío, el puesto!

Cuando el criado anunció a don Ignacio que le buscaba el señor Alfredo Luján, hizo un gesto de extrañeza:

—Que pase a mi escritorio. ¿Qué querrá el bribón ese?...

Luján admiró la sobriedad de la sala, la vieja platería familiar, el blasón de armas llamando la atención con su gules, sus jaldes, sus azures, los retratos de viejos señores y señoras con largas leyendas y con otros blasones en los ángulos de los marcos, la espesa alfombra y los muebles amplios, pesados, relucientes. El criado le guió hasta la pequeña sala que servía de escritorio a Erazo y se quedó contemplando unos viejos mapas de la costa del

Perú y del río Amazonas que descubriera Orellana, todos poblados con monstruos terribles y unas leyendas con una ortografía endiablada. Se abrió el cortinaje y saludó Erazo extendiendo la mano:

—Qué tal, Luján, cuánto gusto...

—Don Ignacio, usted dispense...

—No, hombre, no faltaba más. ¿Qué de bueno le trae por aquí?

El gesto campechano y sencillamente amable de Erazo le infundió ánimos:

—Sabe usted... ¡Es que no sé cómo empezar!...

—sonrió el badulaque.

—Malo —pensó Erazo—, esto me sabe a sablazo...

—Sabe usted —continuó Luján—, es que yo no conozco a nadie y quería molestarlo a usted... Usted, don Ignacio, me disculpará...

Sonrió benévolo el caballero:

—¡Sí, hombre! ¡Diga usted!

—Antes, salir de Osila era como hacer un viaje a Europa, ¿no es cierto?

—Casi...

—Yo me eduqué aquí, aquí he pasado toda mi vida y no conozco a nadie... Durante siete años he trabajado en la municipalidad y, francamente, ahí no tengo porvenir... Usted comprende...

—Naturalmente —concedió Erazo.

—Ahora, con el tranvía es distinto: se puede ir a Lima en cualquier momento y yo he pensado que me podía dedicar a otra cosa, es decir, a no ser sólo oficial del registro civil...

—Ah... ya —comprendió don Ignacio sonriendo.

Continuó Luján:

—Pero la cuestión es que yo no conozco a nadie...

Metido aquí siempre, usted comprende, no tengo amigos... Yo he hecho aquí una vida... ¿cómo le diré?, un poco tonta...

Luján se detuvo con cierto rubor. El otro le animó bondadosamente y entonces teatralizó un poco el oficial del registro:

—Yo he perdido lamentablemente mi tiempo... Copas, fiestas, mujeres... Usted comprende... Ahora yo quisiera cambiar de vida y hasta he pensado en casarme...

—¡Muy bien, hombre, muy bien! ¿Y qué desea usted?

—He sabido, don Ignacio, que usted es muy amigo del doctor Ugarte, el ministro de hacienda, y si usted quisiera podría hacerme el favor...

—Con mucho gusto. Pero... le voy a ser franco. Yo soy hombre como usted y conozco lo que es la vida de soltero. Todos hemos tomado copas, todos hemos jaraneado y todos hemos galanteado mujeres... ¡Le puedo asegurar, querido Luján, que yo tengo una buena foja de servicios!...

Sonrió la adulación de Alfredo:

—¡Don Ignacio!...

—Sí, hombre, sí, como todos. Un día comprendí que esa no era vida y cambié de giro, como se dice en el comercio. Yo sé que usted ha vivido un poco... a la aventura, ¿no es esto?, sin un rumbo ni un objetivo... Tiene usted, pues, que hacerse cierta violencia, de sacar recursos de su voluntad y de cumplir como el mejor con su deber. Yo voy a hablar con Evaristo pero también le voy a decir que le dejo libre para aplicarle a usted todas las medidas disciplinarias que juzgue conveniente en el caso de que usted se descantille...

—Muy bien, don Ignacio.

—Mañana mismo, por la mañana, hablaré con Ugarte y usted puede venir por la respuesta después del almuerzo, a eso de las dos...

—¡Don Ignacio, mi gratitud!...

Surgió la guasa criolla del señorón:

—¡Será eterna, ya lo sé! Pero... otra cosa. ¿Qué puesto, qué sueldo pretende usted?

Luján, rojo de emoción y de alegría, no sabía qué decir:

—Francamente, yo... No he pensado en el puesto... Como no conozco las secciones... Pero ya le dije, don Ignacio, que pensaba casarme... Y he pensado que con unos doscientos soles tendría lo suficiente... Al principio...

—Muy bien, hombre, muy bien. Yo le prometo hablar con Ugarte pero no le respondo del resultado de mi petición...

El badulaque fue sincero:

—De todos modos, señor, ¡mil gracias!...

En ese instante llegó el criado para anunciar al señor que estaba servido el té. Erazo, llanamente, ordenó a Luján:

—Quédese a tomar el té...

El otro no sabía si aceptar o rehusar:

—Muchas gracias, pero...

—Nada, hombre, nada: toma usted su té y va a hablar luego con la novia, a quien saluda usted en mi nombre, y le da la noticia... Ojalá tenga éxito.

En el comedor Luján se sintió un poco incómodo con la elegancia modesta que veía y con la apos-

tura de doña Margarita. Don Ignacio se dirigió a su suegro presentando a Luján:

—Papá, usted conoce al señor Luján...

—Tanto gusto.

Y para romper ese primer hielo don Ignacio exclamó campechanamente:

—¡Luján me ha pedido que hable con Evaristo para un puesto en el ministerio! El mozo piensa cambiar de vida y convertirse en hombre serio...

Todos aplaudieron la idea y doña Margarita insistió con su marido:

—¡Tienes que conseguírselo!

Todo esto anonadaba más al pobre Luján que, dicharachero y audaz en su mundo de calvatruenos, no sabía qué actitud adoptar en ese ambiente de sencillez y de elegancia. Y afectaba finura tomando la taza de té con sólo dos dedos y enarcando el meñique exageradamente. Pero como todo termina en este mundo, terminó también el té y don Ignacio le despidió sencillamente:

—Vaya, vaya usted a dar la noticia...

Luján renovó la expresión de su gratitud, se despidió con una profunda ceremonia de doña Margarita y se dejó sacudir el brazo por la mano todavía férrea del viejo general. Ya en la calle no pudo menos de exclamar:

—¡Esto es suerte!

Y pensando en lo sencillo que había sido todo, en lo fácil y natural del ofrecimiento de don Ignacio, de la insistencia de doña Margarita, de la aprobación del general y recordando el té ofrecido con llaneza y sorbido con tan ruidosa dificultad, volvió a exclamar alegre, optimista, seguro de su destino,

de su puesto y de su vida:

—¡Gente más simpática!

Voló a la municipalidad para contarle todo a Alarcón. El cuarentón cachazudo y benévolo sonrió de la alegría del mozo que le ocultaba la mitad de la promesa:

—¡Erazo me ha prometido conseguirme un puesto de diez libras!

—¡Magnífico, hombre! No le digas nada a nadie y con los ochenta rúcanos que tienes aquí ya puedes ir pensando en algo...

—¿Y cómo desempeño los dos puestos?

—¡Ya veremos!...

Con los nervios excitados por la promesa de Erazo, Luján no pudo trabajar ni una línea. Felizmente aquel día el registro estuvo desierto y el oficial marchó con el secretario: ¿a dónde? ¡A donde Pez-zo! Allá pidieron dos "copones" y unas aceitunas:

—¡Salud, compadre!

—¡Salud, Juanito!

Repitieron a insistencia de Luján y éste suplicó luego a su amigo:

—Oye, cholo, ni una palabra a nadie, ¡por favor!

—¿A quién le voy a contar nada?

¡Ah, qué maravilla de vida! Todo era fácil y todo era estupendo... No, ahora sí que la cosa iba en serio: se casaría, formaría su hogar, medraría por sus méritos y apoyado por don Ignacio, escalaría todos los puestos de la administración y quién sabe, quien sabe, llegaría a director general del ministerio... Claro, eso, andando los años... Mientras tanto tendría una casa limpia, una mujer acicalada y él

no volvería a las andadas... Claro que, de vez en cuando, se daría sus escapaditas pero eso no tiene importancia, ¿no es cierto? ¡Ah, qué vida, qué maravilla de vida!

Alarcón le escuchaba sonriendo complacido de todos esos buenos propósitos pacatos y burgueses y sospechando que no se iba a cumplir uno solo, salvo el logro del puesto. Conocía a su amigo, su ligereza y su volubilidad y sabía que eso de reforzar la voluntad daba trabajo, mucho trabajo, un trabajo de los diablos... ¡Si no lo sabría él! Y Luján pidió una tercera copa para celebrar todos esos proyectos y su suerte, esa su suerte loca y para festejarse, además, el coraje que había tenido de ir a donde Erazo...

—Porque si no me atrevo...

Bien sabía Alarcón que a pesar de sus reconvenciones y a pesar de las súplicas de Florita, Luján no se había atrevido. Y si ese día lo hizo, fue por una de esas exageradas e inexplicables audacias que caracterizan a los más tímidos, a los más abúlicos, porque esta clase de hombres no se resuelven jamás a un esfuerzo continuado y persistente y prefieren siempre lo momentáneamente brusco, lo inopinadamente recio.

Cuando Luján pretendió pedir a Pezzo que sirviera la cuarta copa, Alarcón intervino:

—¡No seas bruto! Ahora vas a ver Flora y te va a ver borracho... ¡Pistonudo el comienzo, compadre!

Luján asintió:

—De veras, ¿no?

Salieron a la esquina a contemplar el vaivén de las

gentes. En la botica de Urrutia se oía el acento serrano de una chola:

—¡Un real de creosotal

Era todavía muy temprano para que Florita saliese al Parque. La impaciencia agitaba a Alfredo que encendía cigarro tras cigarro. Los tranvías marchaban ya regularmente estremeciendo las casas. Al principio, la trepidación de los vagones eléctricos había asustado a los moradores de la calle Grau que suponían que aquello temblaba a causa de tremendas fuerzas subterráneas. Después se habituaron y todos los niños comenzaron a jugar a motoristas y conductores, manejando uno las llaves del motor y cobrando otro los pasajes al resto de chiquillos sentados en unas sillas puestas de dos en dos.

Al fin sonó el reloj las seis y media y Luján marchó al Parque acompañado por Alarcón que protestaba:

—A mí no me gustan esas tertulias...

—Pero si las muchachas se entretienen mucho contigo...

El protestaba con su lento hablar gangoso:

—Yo no sé ni piropearlas...

—Hablas de lo que quieras... —arregló Luján.

El otro accedió:

—¡Qué vaina!...

Llegaron las niñas y se repartieron sobre las bancas según la costumbre. Alfredo encendió un cigarro, expelió el humo echando la cabeza hacia atrás y con el pulgar derecho en la sisa del chaleco exclamó:

—Flora, Erazo me ha dicho que el presidente pensaba ofrecirme el ministerio de hacienda.

—¿Cómo?... ¿Cómo?... —balbuceó ella en su sorpresa sin comprender claramente.

Bromeó Luján:

—Lo que te digo: ¡el ministerio!

Y como Florita se desesperaba, Luján narró con lujo de detalles el ofrecimiento de Erazo, la acogida de doña Margarita, la amabilidad del general y la seguridad absoluta y rotunda de ser incluido en el número de los altos funcionarios del estado... Ella no podía creer en la realidad del sueño:

—¿Y te ha dicho?... ¿De veras?... ¿Cuándo te nombran?...

¿Cuándo? No lo sabía él ni lo sabía Erazo. Al día siguiente por la mañana fue a Lima y vio a Ugarte:

—¿Tú, por aquí? ¡Qué milagro!

Inmediatamente, Erazo se metió en materia: se trataba de un mozo que había sido un poco badulaque pero que, en el fondo, era una buena persona. El le conocía bastante y creía que podría serle útil. Y apoyó con calor su pretensión, recordando la frase de su mujer:

—Hazlo, Ignacio: con hacer un favor nada se pierde...

El ministro, abrumado por la insistencia de su amigo, accedió al fin:

—Bueno, tráemelo a la tarde... Si tienes tiempo.

De modo que cuando Luján fue a las dos en punto por la respuesta, don Ignacio le dijo:

—Hablé con el ministro...

Se atolondró la gratitud del badulaque:

—¡Don Ignacio!...

—Y me ha dicho que lo lleve a usted esta misma tarde. Con que...

El ministro habló con el director general y entre los dos encontraron la forma de meterle allí: Luján se entendería con los derechos de exportación, recogería las letras sobre Londres y New York, una cosa sencilla, y le darían ciento ochenta soles al mes que, en aquella época, era un sueldo aceptable y decoroso. De modo que cuando Luján llegó con el poderoso padrino creyó ingresar, cuando entró al vasto despacho ministerial, al propio paraíso sin serpiente posible. El ministro le había dicho que esa tarde firmaría la resolución de su nombramiento y que mañana, a las nueve, estuviese en su oficina; el director le señalaría su función y él, el doctor Evaristo Ugarte, no tenía que añadir nada: cumpliendo su deber, siendo puntual a sus horas y trabajando con honestidad podría llegar muy lejos:

—¡Sí, señor ministro!

—Ignacio me ha dicho todo lo que usted vale y yo espero que no defraudará usted a su padrino...

—¡No, señor ministro!

¡Jesucristo! ¡En veinticuatro horas se había arreglado el asunto aquel! ¡Ciento ochenta en el ministerio y ochenta en el municipio hacían doscientos sesenta! ¡Y doscientos sesenta soles al mes significaba el sastre elegante, el zapatero prodigioso, las camisas planchadas y las corbatas rutilantes! Iba, pues, a salir de esa horrible medianía y abandonar, a la hora del aperitivo, ese pisco chivateado de Pezzo por los aperitivos de Broggi, de

Kleim, de Nove... Almorzaría en el Maury y, por la tarde, iría mansamente a su registro civil a consignar nacimientos, matrimonios y defunciones para no perder los ochenta rúcanos municipales...

Florita estaba prácticamente en el cielo. Cuando Luján le dio la noticia casi se desmaya sobre la banca del camotal viendo ya todas las perspectivas que se le abrían delante: la casa acicalada y compuesta, sus toaletas de señora, su marido considerado y, más tarde, esos desmayos, esos sofocos que le obligarían a usar unos trajes anchos, flojos, holgados...

Alarcón se alegró sinceramente. Ahora ya tenía Luján los medios para salir a flote, para sacudirse de esa rutina, de esa vida estúpida y vacía girando alrededor de una botella, perdida en las charlas insustanciales de la trastienda, encandilada por la zamba Felicitas y rodando cada día más bajo, más bajo... Bromeó Luján:

—¡Harto el diablo de carne!...

—¡No seas bruto! ¿Acaso mis burradas van a disculpar las tuyas?...

Alfredo se sorprendía del acento y del tono del sermón moralizador de Alarcón. El solterón grandazo y parsimonioso continuaba su perorata: Luján debía fijarse bien... Uno puede ser todo lo sinvergüenza que se quiera, siempre y cuando se viva solo... Pero, ¡qué diablo!, una mujer era un ser humano y uno no podía ni debía meterse por la vida de una mujer si no era para afrontar la responsabilidad total de ese disparate... El sabía, claro está, que el buey solo bien se lame... Pero, compadre, llegaba un día en que el buey solitario no tendría fuer-

zas ni para lamerse y, entonces, ahí tenía a la vaca... Además, Florita se merecía eso y mucho más porque la muchacha era buena, caramba, muy buena... Y bonita, simpática y seria y Luján podría al fin tener lo que no había tenido: una vida decente y limpia.

Luján se confesaba que Alarcón tenía, en el fondo, razón. Efectivamente, esta era la gran oportunidad de su vida. Claro que él no se iba a cortar la coleta definitivamente, porque unos cuantos tragos, ¿qué importancia tenían? Pero, eso sí, estaba ya convencido, con esa volubilidad característica de los calvatruenos, de la necesidad de hacer una vida como la que Alarcón le pintaba. Este, al final de su perorata y como avergonzado del sermón, exclamó:

—Tanta lata me ha dado sed... ¿Me convidas un trago?

Se acanalló la amabilidad del oficial y funcionario:
—¡Dos!

CAPITULO II

BORRICOS Y ANTICUCHOS

La idea fue lanzada por Emperatriz Bocanegra en casa de doña Asunción:

—¿Por qué no celebramos el compromiso de Flora con un paseo a la chacra de don Natalio Vera?

María Isabel Alcázar agrió el gesto:

—Porque a nadie se le había ocurrido... Además, para lo que eso va a durar...

—¿Y por qué no va a durar? —se amostazó la señora Santander—, cuántos muchachos así se han compuesto...

La erudición de la beata:

—Yo, hija, como Santo Tomás: ver para creer...

Las niñas Bocanegra, las dos primas de Vásquez, Graciélita y Maruja Heres, las tres del Alva, Aurora, Zoila y Celeste, comenzaron a planear el paseo alrededor de la mesa en donde habían merendado chocolate y bizcochuelos. Hicieron la lista de invitados y se señalaron los guisos que habrían de llevar a la huerta del cholo Vera: butifarras de las Bocanegra, papas a la huancaína de las Heres, anticuchos de las del Alva...

—¿Ustedes tienen parrilla? Porque yo les puedo prestar una... —ofreció Emperatriz.

—Yo llevo chicha morada y dos botellas, nada más, de puro... Alguno querrá tomar su copita... —consideró doña Asunción.

—Luján el primero... —apuntó la sorna de Misla Marisabel.

La señora le consiguió cirineo a Luján:

—¡Y mi marido!

Aurorita del Alva preguntó por lo principal:

—¿Y los burros?

Y el rumbo de doña Asunta:

—No se preocupen: Pancho corre con los borricos...

El domingo, después de la misa de ocho, se reunieron en la plazuelita de la que partía el camino polvoriento y sombreado de sauces hacia la huerta de Natalio Vera.

Para compañía de las niñas habían invitado a todos los mozos de Osila: Jorge Cabero, Héctor González, Juanín Vélez, Ricardito Suárez, Frank Zúñiga, hijo mayor del alcalde, Roberto Castagnigi, heredero de don Eurípides, ¡la flor y nata veinteañera de Osila!

Los burros pacientes y aperados rústicamente esperaban la llegada de los paseantes vigilados por don Natalio y su hijo Alejandrino. La plazuela y calle de la Raya estaban llenas de gentes humildes que trajinaban en las compras de carne y verduras. En las pulperías los chinos hacían paquetes y daban yapas y los perros se enseñaban los dientes amenazadores gruñendo sordamente alrededor de los puestos de carne. Y cuando llegaron las señoritas y los dondiegos, los hombres, las mujeres y

los muchachos del barrio quedaron mirando embobados a esa concurrencia que subía sobre los burros con muchos aspavientos de disfuerzo.

Por la Raya comenzó esto que podría llamarse cabalgata. Los burros, después de haber acarreado adobes, acarreaban ahora mozas ataviadas con trajes de claros colores y presumidos mozalbetes que, por alarde de equitación, cabalgaban de espaldas a la cabeza del burro indiferente. A los lados del camino las acequias regaban las raíces de ficus sombreros y verdinegros, de los sauces de fresco follaje con flores blancas y amarillas. El campo se extendía a ambos lados de la senda y a veces saltaban, ásperos y foscas, unos perros panfletarios... Sobre las bardas de los potreros silbaban los guarda-caballos y en los parrales lucía el buche rojo de los chirotes. A medida que se alejaban de Osi-la y se metían en el campo, un dulce rumor, un fresco y estimulante perfume campesino ponía en todos una alegría inusitada.

Lejos, por donde el sol sale, las lomas grises de San Juan, todavía imprecisas entre el cendal de la neblina mañanera. El sol, todavía tiblo, esparcía una suave claridad dorada. Por entre las cañas verdes y esbeltas, por entre los helechos espesos, volaban las libélulas de alas transparentes. El silbido de los gorriones, el croar de las ranas se confundía con el rumor de la arboleda lenta. Y entre las anchas hojas verdes que cubría la ciénaga, surgía la blancura admirable de unos lotos.

Los álamos despuntaban en medio de los bosquecillos luciendo, en lo más alto de sus ramas, las campánulas azules, rojas, blancas, amarillas que tre-

paban por el tronco erecto. Atada a una cuerda, una cabra rumiaba llamando con un balido interminable al cabrito que retozaba entre la verdura y enarcaba las orejitas al rumor de la risa de los paseantes. Y protestando de que le interrumpiesen su reposo en lecho de tierra, un can flaco se alejó con la cola entre las piernas, ladrando tímidamente y volviendo el hocico malhumorado.

El sol no calentaba demasiado. Las nubes escasas viajaban en lo alto del azul manchado por el vuelo concéntrico de unos gallinazos. Desde lejos, pero de muy lejos, llegó el rebuzno de un garañón y todos los burros del paseo pararon las orejas, pero el que cabalgaba Emperatriz Bocanegra respondió rebuznando con tal estruendo que la muchacha se asustó y saltó a tierra despavorida:

—¡Qué animal!

Todos rieron con el susto de Emperatriz que se negaba a seguir sobre el pobre asno:

—¡Yo no le montol... ¡El susto que me ha dado!... ¡Pedazo de burro!

¿Qué dice la voz innumerable del campo y la dulzura de la mañana? ¿Qué dice el rumor de la arboleda que tan pausadamente se mece? ¿Qué leyenda suave, qué suave idilio narra la fuente que parlotea entre las pedrezuelas del lecho, acariciando las lianas que caen de los árboles, dejando entrever los pececitos plateados y rojos nadando en las linfas claras?

Florita iba feliz al lado de Luján y coqueteándole libremente, sin temer murmuraciones y como desquitándose de tantos, de tantos años de circunspección. Doña Asunta montaba un burro muy par-

simonioso y su figura era extraordinaria bajo el rojo quitasol con blondas blancas con que se guarecía. A su lado iba Ismena Covarrubias y su marido, Eduardo Benítez. Don Pancho, más atrás, escuchaba los discursos de Vásquez que se extasiaba: —¡Mire usted, qué riqueza!

La concurrencia iba en risas y en bromas, asustándose las muchachas ante los retozos de los elegantes que tiraban de los pelillos del anca para que los burros diesen unas corvetas. Doña Sara Ayllón vigilaba a sus cinco retoños y sobre todo a Emperatriz, la más loca, que iba en una charla animadísima con Frank Zúñiga. Juanín daba unos grititos aflautados y todos coreaban con risas las diabluras del muchacho. Alarcón tan lento y pesado como un burro regañaba de haber aceptado la invitación:

—¡Qué tal terra!...

Aurora y Celeste le consolaban:

—Cuando regrese a su casa se baña y ya está...

¡Al fin llegaron! La huerta estaba florida que era un primor y una ramada de madreselvas daba una fresca sombra perfumada. La casucha de Vera era de adobe sin enlucir y el piso de tierra estaba regado y barrido con retamas. Los melocotones, los manzanos, los altos pacaes, los guayabos, los nísperos, los membrillos estaban colmados de frutos.

Patos y pavos, gansos y gallinas recibieron a los paseantes con una alharaca estruendosa y huyeron pesadamente hacia el Interior de la huerta. Una clueca se detuvo un instante, con una pata en alto, mirando fijamente con el ojo encendido a la turba bullanguera, mientras los pollitos proseguían

su búsqueda de gusanillos. En lo alto de una alcándara la lora clásica dio la bienvenida desafinada y gritona:

—¡La lora, la loral

Debajo de la parra había una larga mesa y bancas sin respaldo. Un mantel blanco remendado en algunos puntos estaba sujeto por cuatro potes de barro que lucían alelles y claveles. La gorda mujer de Vera, chola como él, saludó a los llegados:

—Buenos días, niña, buenos días...

Todas la palmeaban en la rolliza espalda y la saludaban por su nombre:

—¿Cómo estás, Albertina?...

La chola comenzó a preparar braseros y parrillas para los anticuchos y las señoras empezaron a disponer las fuentes en la larga mesa, ayudadas por algunas de las chicas entre las cuales se distinguía por su actividad Florita que quería impresionar a Luján con sus virtudes hacendosas de dueña de casa. Los guisos vistosos, los alelles morados, los claveles rojos y blancos, los grandes recipientes de la chicha morada y de la chicha de jora daban al emparrado un aspecto de vivandería de 28 de Julio.

El sol se alzaba ya en la gloria rubia de la mañana. Trinos y cacareos, dulce rumor de fontanas, lento murmurar de los árboles, risas del mujerío, todo hacía un concierto grato, banal y aperitivo. Doña Asunta se sofocaba con el trajín y se sentó a descansar al lado de la Benítez. ¿Sería posible?... Hacía un mes que sentía unos sofocos, unas impacencias, unas náuseas... Veinte años de matrimonio habían pasado sin que Dios la bendijese el vientre y ahora,

¡ay, San Antonio!, podía ocurrir el milagro... Porque con sus cuarentaicinco años y los cincuentaídos de Santander, vaya si era milagro... Sólo que no se atrevía a decirlo, a publicarlo porque aquella gente era, ¡Ave María!... Pero cuando la Benítez le preguntó qué tenía, doña Asunta no pudo menos: —¡Ay, hijal... Creo que he salido mal...

Doña Ismena Benítez la miró con pávidos ojos de asombro y contempló la fofa gordura de la Santander. Luego se miró a sí misma y se vio flaca, esmirriada, estéril, a despecho del matrimonio y del marido. Y con un dejo de llanto en la voz sostuvo en su duda a doña Asunta:

—¡Hágalo Dios!

Don Francisco, sin tomar en cuenta las sofocadas pretensiones de su mujer, había descorchado una botella y servía a Alarcón, a Vásquez y a Luján que aprovechaba los alardes hacendosos de Florita para cortar la mañana. Estaba elegantísimo: saco azul, pantalón blanco de dril, botinas amarillas y jipijapa reluciente. Cuando los anticuchos comenzaron a creptar sobre la parrilla los cuatro amigos exclamaron a coro:

—¡Qué bien huele!

Y rieron celebrando el haber coincidido en la frase.

—¡Don Pancho, sirva usted la otra! —guaseó Alarcón.

—Que no nos vea mi mujer...

Pero su mujer no podía advertir nada: con muchos detalles contaba a doña Ismena los fundamentos de su sospecha:

—Unas náuseas, te digo... ¡Horrorosas!

Ismena la contemplaba los pechos gordos y fofos, el vientre pomposo preso entre las ballenas del

corsé, el corto cuello hasta donde había bajado del rostro el rubor que le causara confesión semejante. Y a ella la daba una sorda envidia ese embarazo de Asunción Collazos, menor que ella sólo cuatro años, y en la garganta se la hacía un nudo de pena:

—¡Hágalo Dios!

Doña Sara Ayllón de Bocanegra batió palmas y alzó la voz llamando:

—¡Niñas! ¡El almuerzo!

Fue un desbande de risas y de bromas. Héctor González y Juanín Vélez se precipitaron de un alto guayabo y Frank Zúñiga se acercó lentamente al lado de Emperatriz que, toda colorada, reía de las insinuaciones del muchacho y de sus bromas pícaras. Alrededor de la mesa, cada cual con su plato en la mano, fueron recibiendo las papas a la huancaína y los huevos duros con una salsa tan picante que inmediatamente tuvieron que reclamar chicha. Albertina Vera echaba la cabeza hacia atrás semicerrando los ojos evitando que el humo de la parrilla la hiciera lagrimear. Tres perros blancuzcos y flacos rondaban la mesa y la parrilla.

Con el calor del mediodía y el fuego de los pican-tes los hombres tuvieron que quitarse las chaquetas y eso de estar en mangas de camisa les daba la sensación de una jarana de tapadillo. Doña Asunta, después de luchar contra su pudor y de vencerlo, soltó por fin el antojo que su estado la exigía:

—Pancho, dame una copita...

Se extrañó el físico:

—¿Tú?...

El disfuerzo de la madama:

—Se me ha antojado...

De pronto escucharon el ruido inusitado de unos cascabeles. Todos volvieron los rostros y por encima de la tapia vieron el tálburi de Cruz Valcárcel halado por San Martín, un zaino de lo más petulante. En el cochecito que fingía una canasta, venía la espléndida moza con doña Margarita de Erazo y los cuatro chiquillos. Y todos saludaron a las damas y Florita tuvo una inspiración: la de agradecer, invitándolas a comer unos anticuchos, el favor inmenso del ministerio de hacienda... Cruz y Margarita se consultaron con una mirada y descendieron del coche haciendo bajar a los chiquillos, un poco cohibidos con la concurrencia. Alejandrino tomó las riendas del caballo.

Quitándose los guantes, levantándose el velillo del sombrero, las señoras respondían al saludo de la concurrencia y aceptaban los anticuchos de manos de doña Sara. Y cuando les pasaron butifarras y papas y vasos de chicha, las dos pretendieron excusarse:

—Es que vamos a quedarnos sin almorzar...

Las niñas del paseo dengueaban:

—¡Pero sí es un bocadito!

Florita en persona servía a Cruz, segura ya de su triunfo, olvidada de sus celos. Pancho pidió chicha morada y el chiquillo se pintó, al beber, unos bigotes que le iban hasta las mejillas. Perico, marcial y rotundo, pidió chicha pero de jora. Nacho miraba a las muchachas, a su madre, a Cruz, y no se daba muy bien cuenta de cuál era la diferencia que entre ellas existía. Margarita no quiso probar bocado. Fuera, San Martín daba grandes cabezadas que Alejandrino no podía contener:

—So... Caballo... Soo...

Cuando a los pocos minutos se despidieron las extraordinarias invitadas, Luján se acercó a Florita:
—Has estado muy bien... —la aprobó.

Ella le miró largamente. En los ojos de Luján no había ninguna intención oculta y sólo vio la aprobación a su actitud. Entonces se olvidó de todo, de los celos, de la rivalidad con Cruz, de todo, y picardeó mirándole a los ojos:

—Pero a ti te gustaba... ¡Confiesa!

El caramelo ardiente de Luján:

—¡A mí no me ha gustado nadie sino tú!...

En el tálbur guiado por Cruz, Margarita comentó:
—Ricos los anticuchos, ¿no?

—Sí... Pero, ¿por qué se les ocurriría invitarnos?
—se extrañó la Valcárcel.

—Es que Ignacio le ha conseguido no sé qué a Luján...

—¿Y eso?...

—¿No sabías? Parece que se casa con la chica esa, Valencia... ¿Bonita, no?

—Sí, simpática... —concedió Cruz.

En la huerta en cambio todos se hacían lenguas para elogiar la llaneza de doña Margarita, su distinción y lo bien vestidos que estaban los chicos.
—¡La bebe es un amor!...

Dos de la tarde. Hora de oclo solemne, de modorra y de siesta. El campo quieto y calmo bajo el calor del sol no tenía ya rumores. Las parejas, bajo la vigilancia de las mamás, estaban sentadas sobre el césped formando grupos perezosos. El humo de los cigarrillos azulaba la sombra de los árboles y los perros dormitaban también, espantándose las

moscas con rápidos movimientos de las orejas. Alarcón miraba a los burros en que regresarían todos con una especie de compasión fraternal. Doña Asunta rogó a Florita:

—Flora, canta, ¿quieres?

Todos aplaudieron la idea. Luján fue por la guitarra que sabía muy bien donde la guardaba Vera y la niña comenzó a pespuntear templándola. Luego, corriendo la mano por el traste, hizo unas escalas que despertaron a la lora:

—¡Agua! ¡Agua!

Todos pidieron una canción distinta y ella comenzó como quiso:

¡Amor! ¡Amor, me tienes penando!

¡Amor! ¡Amor, me tienes sufriendo!

¡Que no hay amor más constante, ay, ay, ay!...

¡Que no hay amor más constante,

cual es el arequipeño!

Era un viejo yaraví de Arequipa que aprendió, hacía ya cinco años, cuando estuvo en la ciudad de encanto, de picantes y de chicha, acompañando con Rosario a su padre que había ido a tomar aguas en las termas de Socosani. La voz fina y agradable arrullaba la somnolencia de hombres y mujeres y los perros, que al principio alzaron las cabezas sorprendidos, tornaron a su siesta. Alarcón pensaba:

—¡La suerte de los sirvengüenzas!...

En Osila, en la soledad de su cuartucho, rodeado de sus gatos, el pobre Fabio estaría rumiando ríos y buscando adjetivos para distraerse del abu-

rrimiento dominical, y colgándolos en el recuerdo de Florita que cantaba allí, apoyada sobre el mismo árbol en que se apoyaba Luján.

—¡Pobre Fabiol!

Florita repetía la copla con el más quejumbroso de sus acentos y Alfredo se deshacía de voluptuosidades:

*¡Amor! ¡Amor, me tienes penando!
¡Amor! ¡Amor, me tienes sutriendo!...*

Natalio Vera y Albertina esperaban con impaciencia la hora en que la concurrencia determinara irse llevando rosas, claveles, azucenas, madre selvas y cobrando ellos lo que los niños quisieran darles... Esa hora llegó por fin y con sus ramos floridos volvieron a cabalgar en los burros, tan cansados como ellos, sin ganas de bromear, pesados de la comilona y de la chicha.

En la plazuela de altas palmeras se despidieron y las cuatro Valencia fueron con Luján y con Alarcón a casa de Santander. Doña Asunción llamó aparte a Ismena, su confidente:

—Vente a casa... Benítez querrá tomarse una última copa con Francisco...

Benítez agradecía que le hubiesen adivinado el pensamiento:

—¡Con mucho gusto!

Allá, en la casa, ya esperaba María Isabel Alcázar que no dejaba, que no dejaría jamás su visita al Santísimo por un paseo y en burro... La beata preguntó cómo se habían divertido; las niñas exageraban su entusiasmo:

—¡Divinamente!

Doña Ismena, insignificante e Ingenua, delató con delicia:

—Precioso... ¡Y Florita cantó un yaraví! ¡Con guitarra! Precioso...

Condescendía el agrio malévolo de Misia Marisabel:

—Una jarana... ¡Qué simpático!

Los hombres vaciaban en el comedor la segunda y última botella de pisco. Alarcón, mirando al trasluz el aguardiente lo alabó:

—Pistonudo... ¡Y qué bien ha cantado Florita!

Todos la alabaron y Luján aceptó ya con gesto de propietario:

—Sí... Tiene buena voz... ¡Y mucho sentimiento!

Las niñas habían ido al baño y regresaron perfumadas y con las manos frescas. Rosarito Valencia dijo que ya era hora de ir a casa para cambiarse. Alfredo se dirigió a Florita:

—Después, ¿sales?

—¡Claro!

Con muchos besos y agradeciendo al doctor Santander el que hubiese corrido con los borricos se despidieron las cuatro niñas. Luján se marchaba también y otro tanto hizo Alarcón. Eduardo Benítez y su mujer querían marcharse pero doña Asunta no lo permitía: necesitaba continuar sus confidencias. Pero Benítez insistió y entonces la señora invitó a la seca y esmirriada pareja:

—Bueno, ¿pero regresan a comer?

—Con mucho gusto...

Ya a solas, don Pancho se derrengó sobre un sofá y doña Asunción exclamó con fatiga:

—¡Al fin!

Y subió a aflojarse el corsé.

CAPITULO III

FESTEJO DE "LA PANTOJA"

Por todo el ruedo de Osila corrían sordos rumores subversivos. El señor doctor Don Numa Pompilio Zúñiga había sabido, por conducto de su secretario, el éxito de Alfredo Luján debido a su amistad con el ministro de hacienda, e, inmediatamente, el doctor Zúñiga absolvió el conflicto que para el oficial del registro se presentaba al tener que atender dos puestos:

—¡Se busca un amanuense!

No era oportuno poner dificultades a quien tan buenos padrinos y mejores relaciones tenía y el digno alcalde se asombraba del nombramiento:

—¡En veinticuatro horas! ¡Si parece mentira!

Entonces el doctor Zúñiga encontró en esto un pretexto, un maravilloso pretexto para demostrar a ese inteligente y contraído joven su simpatía y su amistad. ¿Cómo? Pues con una fiesta en "La Pantoja". ¡Una fiesta de rompe y rasga!

—Pero, mi querido Alarcón, ¡el más riguroso sigilo! ¡Que no lo sepa nadie!

Y allí, en el despacho municipal, comenzó a hacer la lista de los invitados: Luján, Alarcón, el boticario Urrutia, el comisario de la Flor, Antenor Vásquez, Adolfo D'Algy, don Eurípides, el coronel Palacios, Gómez Coello, Pancho Santander...

—¿El doctor? —se extrañó Alarcón.

La prudencia munícipe:

—¡Por supuesto! Así, no habla...

Se acachazó don Juanito:

—¿Y de mujeres?

Picardearon los ojos del alcalde:

—¡Mañana voy a Lima!... Pero ni una palabra todavía... ¡Déjeme usted hacer las cosas!

Por todo el ruedo de Osila corrían estos rumores de subversión conyugal. ¡Iba a haber una jarana como hacía años que no se veía! Desde el 28 de julio no habían vuelto a tener una sola fiesta. "La Pantoja" era una hacienda que don Numa Pompilio poseía en Osila y a la cual se iba en un coche del alcalde. Eran unas fiestas con mucho trago y mucha comilona, guitarras y pindongas. En Osila se sabía algo de esto y las gentes exageraban en pro y en contra de los festejos del doctor Zúñiga, pero concretamente nadie sabía nada.

El doctor fue a Lima e invitó a unas mujeres que aceptaron estimuladas por los regalos que después les haría el alcalde. La orquesta era lo de menos porque en el galpón de la hacienda había negros que tocaban la guitarra y el tiple como los dioses y en cuanto a la comida, ni preocuparse: las mulatas de "La Pantoja" eran famosas.

Las pecadoras niñas invitadas vendrían en el tren porque el tranvía era muy concurrido: bajarían a la

entrada de Oslla porque el alcalde hablaría con don Pimentel para que el tren hiciese esa parada extraordinaria y, luego, ¡en el coche hasta "La Pantoja"!

Así se pensó y así se hizo. En la huerta de la hacienda los negros habían preparado un almuerzo formidable y las niñas, con muchos arrumacos y muchos dingolondandos, reían fuerte y bebían pisco. Los hombres, en mangas de camisa, se atufaban con bromas de punto subido y Eugenia, Rosaura, Ernestina, Pastora, todas gritaban con exagerada alegría. Sobre las piernas rollizas de Santander una de las niñas, mal llamada "La Pacocha", se dejaba estrujar por el médico fumando los dos del mismo cigarrillo. ¡Una orgía!

El pisco hizo hervir la sangre y el vino acabó la obra. Comenzaron entonces los vales bailados bajo el emparrado y los hombres muy currutacos: el comisario de la Flor llevaba a la zambita Eugenia y Urrutia a la borrada Ernestina; Luján apretaba el tallo de Pastora diciéndole barbaridades que la pindonga celebraba con gruesas carcajadas. Los zambos se desgañitaban gritando los versos absurdos:

¡Miniatura del bosque soberanooo!...

El doctor Zúñiga disponía, copa en mano, los detalles del almuerzo. En una batea con grandes trozos de hielo esperaban las botellas de cerveza y el vino blanco la hora de morir en su ley, como decía Alarcón. Las de tinto se alineaban junto a las del mosto y Vásquez no dejaba de contemplarlas murmurando:

—¡Buena batería!

En las fuentes negreaban aceitunas y albeaban chocos con una salsa picante. El mantel ya estaba manchado de vino porque Urrutia había querido probar ese tinto que paladeó lentamente alabándolo a la pregunta de Zúñiga:

—¿Qué me dice usted?

—¡Formidable!

Se sentaron a almorzar y continuó el jaleo estruendoso. Los negros, con los pies en el suelo y las manos lavadas pasaban los platos que servía dentro de la cocina una negra gorda y lustrosa. Los brindis se sucedían sin tregua y el vino se trasegaba velozmente a causa del ají. A una broma de Urrutia se encrespó Vásquez:

—¡A mí no me dice eso usted! ¡Yo soy tan hombre como cualquiera!

El comisario tuvo que intervenir y logró que financiero y farmacéutico se dieran un abrazo y bebieran un trago de pisco juntos. Volvieron a sentarse y los dos rivales de hacía un instante exageraban las recíprocas amabilidades. Luján, con su aire tenue de tenorio, muy elegante con su vestido nuevo, se apretaba a Pastora que aceptaba el requiebro pensando:

—Simpático el flaco éste...

Terminaba el almuerzo y el señor alcalde se alzó del asiento copa en mano:

—Señoras y señores: vamos a beber este trago por nuestro amigo Alfredo Luján...

Todos le interrumpieron con aplausos y el doctor Numa Pompilio tuvo que hacer un gesto con la mano explicando que aún no había terminado:

—Nuestro amigo Luján ha sido designado para un

importante puesto del ministerio de hacienda, pero fiel amigo de Osila, no nos abandonará. Yo pido, pues, a esta simpática reunión que levante su copa por Luján que...

No pudo terminar. Los hombres se levantaron y fueron a abrazar al badulaque que agradecía emocionado creyendo en la sinceridad de esa efusión originada por las copas. A su vez se levantó y alzando la copa brindó por el mejor alcalde que había tenido Osila, por esos amigos tan leales y generosos y por las simpáticas señoritas que prestigiaban con su presencia esta simpática reunión y sobre todo por esta criatura que le estaba gustando más que el azúcar...

—¡Canalla! —exclamó Falcón, completamente borracho.

Terminado el almuerzo bebieron otras copas de pisco para asentar aquellos platos que habían estado maravillosos:

—¡Qué seco! ¡Ese seco de cabrito estaba de los cielos!

Entonces los negros se abrieron en floreos de picardía mulata: vino el triste con fuga de tondero, la marinera incitante y la resbalosa procaz:

*¡Agua de los montes,
la brisa del mar!
¡Tú eres mi consorte!
¿Cuándo me lo das?*

Las manos ásperas de un zambo repicaban en el cajón con una reminiscencia africana. Los negros seguían gritando medio borrachos también y en-

candilados con las mujeres que meneaban las caderas sin recato posible:

*¡Yo vi una noche
a la redonda luna
iluminando el blanco firmamento!
Y era tu amor
que me hacía mecer,
cual se mece la hamaca cubana
de aquí para allá, de allá para acá!...*

Las parejas bailaban agitando los pañuelos en alto, recogiendo las faldas las mujeres con una mano, y guardándose en el bolsillo del pantalón la que sobraba a los hombres. Los negros proseguían en sus gritos y el zambo del cajón meneaba los hombros siguiendo el ritmo cortado y veloz de la danza afroperuana. Al fin la voz de los cantores puso término a la impaciencia rijosa de las parejas:

*¡Ya con ésta me despido
porque para gusto, basta!*

El comisario había bailado como las propias rosas, según el decir de todos, pero Eugenia había derrotado al flaco y largo Antenor Vásquez. Don Ricardo de la Flor se retorció el mostacho ennegrecido con el tinte que le preparaba Urrutia y todos volvieron a servirse del pisco ardiente y exquisito. Hasta que terminó la jarana y hubo que pensar en volver. Luján propuso a Alarcón:

—¿Vámonos a Lima? Yo ya hablé con Pastora...
—No tengo plata... *

* Esta frase ha sido agregada por el prologuista.

—Yo tengo aquí... No te preocupes... ¿Vamos?

—¡Vamos, pues!

* * *

¡La cosa se supo! Sí, caramba, se supo y hasta sus mínimos detalles. El idiota de Falcón había hablado y, además, todo el mundo les había visto la borrachera a las siete de la tarde, en el Parque, repleto de gente el día domingo. ¡Osila vivía momentos de horrible y dolorosa conmoción! El chisme llegó más rápidamente que a ninguna otra parte a casa de Florita y la niña había tenido un patatús espantoso, con llanto, decisión de romper con Luján para siempre, para siempre, y de ingresar a un convento...

Misia Marisabel fue a consolar a la adolorida doncella:

—¡Los hombres son así, hija!

Y allí le contó todo lo que sabía: el viaje de Alfredo a Lima en compañía de las mujeres aquellas, ¡mujeres del medio de la calle!, la borrachera que, seguramente, todos tenían, el crimen del doctor Santander de haberse ido a jaranear cuando la pobre Asunta estaba en ese estado...

Florita se limpió las lágrimas:

—¿Qué estado?

—¡Cómo! ¿No sabes? Si ha salido mal... Claro, yo no lo creo, pero en fin...

Y la culpa de todo la tenía exclusivamente, exclusivamente, Zúñiga. Faustina estaba que echaba chispas: ni se hablaban. Vásquez había querido pegar-

le al comisario y Numa Pompilio tuvo que interceder por el loco manso ese, mientras Urrutia le daba amoníaco... ¡Un horror!

El doctor don Eusebio Oré se enteró también de la orgía y, ahuyentando un mal pensamiento, consoló a la mujer del alcalde y a la señora de Bocanegra: —¡La gente exagera mucho, señoras mías! Yo, francamente, no creo en esa relajación.

El lunes, muy temprano, Florita fue a la Parroquia. Nunca supo muy bien la pobre diva por qué había sido infiel a San Francisco en aquel doloroso trance y allí estaba en el despacho parroquial, dispuesta a hacer todas las confidencias al viejo cura y a pedirle consejo: ¡tenía tanta experiencia!

El clérigo se había asombrado:

—¿En estas cosas? ¡No hija, en estas cosas yo no tengo experiencia!

Ella contaba todos los horrores exagerándolos por el prurito de parecer más ultrajada. El cura escuchaba encendiendo en un mechero de alcohol el medio cigarro toscano que hedía a demonios. Un bulto de madera que representaba a San Roque se iluminaba con unas lámparas de aceite y el santo se señalaba las llagas como para significar a Florita que en este mundo lo que no es jarana es pústula. Ella proseguía en sus melindres de adolorida niña:

—¿Qué hago, padre, qué hago?

Don Fernando se limpió el galillo y escupió sonoramente por un rincón. Luego, humeando su tabaco, comenzó a situar las cosas en su sitio: claro está que una de esas fiestas, con esa clase de mujeres, era un pecado, un pecado mortal... Pero esa

es, desgraciadamente, la condición humana... Florita debía tener serenidad y esperar un poco antes de tomar una determinación definitiva... En cuanto al Ingreso al convento le parecía una exageración y hasta un disparate... Ella se espantaba:

—¿Pero, padre, usted no comprende?...

¡Claro que comprendía! Pero si su adorado tormento era un badulaque, ¿no le parecía a ella que abandonarlo equivalía a precipitarlo en esa vida de crápula? Florita debía tener energía, tino, sagacidad y encaminarlo por el sendero del bien... Ella protestó rabiosa:

—¡Ese sinvergüenza no tiene compostura!

—¡No digas eso, hija, no digas eso! Se compuso San Agustín, con que...

Defraudada en sus expectativas, Florita se retiró del despacho. Ella no había ido a buscar un conciliador sino un condenador de la conducta de Luján, alguien que le diese toda la razón y que la consolase en su dolor para que, mientras dijese la palabra de consuelo, ella pudiera hacer todos los pucheritos engreídos que apetecía... Y cuando salió del despacho no pudo menos de murmurar:

—¡Es un bendito!

Sentado en el borde de su cama, con las flaquísimas zancas velludas moviéndose en el vacío, mal envuelto en su camisa de dormir, Alfredo Luján leía por centésima vez la carta que había recibido de Florita. La adolorida y humillada niña comenzaba por un seco "Alfredo" y hablaba de sus ilusiones muertas, de su dicha trunca, de sus ensueños manchados por aquella crápula y de la fatalidad de la vida. Ella le confesaba que había creído en

sus juramentos, que había confiado en su amor y que había esperado que su ternura y su cariño hubiesen suplido todas esas cosas que no se atrevía a escribir por el asco que la provocaban... Y finalizaba con un terminante "adiós para siempre" encima de su nombre que había subrayado con una rúbrica de muchas curvas y dos puntitos. Luján leía la cursi literatura de la ex-amada y pensaba:

—¿Pero cómo diablos han sabido?...

Y llamó a Alarcón en voz alta. Sus dormitorios estaban separados por una salita modestamente amueblada y decorada con oleografías de desnudos y carátulas de revistas extranjeras. Alarcón se presentó en zapatillas, con pantalón y camiseta removiendo la espuma de una bacía con una brocha que ya había perdido casi todos los pelos:

—¿Qué te pasa?

—Lee.

Alarcón leyó la carta y aduló:

—No escribe mal...

Se sulfuró el otro:

—No se trata de eso. Se trata de que me digas qué voy a hacer...

—¡Hombre, escríbele que no ha sido tanto!

Y se marchó dándose jabón furiosamente porque la calva brocha no daba espuma. ¡Sí, le escribiría! El no podía desairar al alcalde que a más de ser su amigo era su jefe... Unas cuantas copas en "La Pantoja" no era para hacer tanto crimen y allí, además, no había pasado nada malo: ¿acaso no estaba Santander, tío de Florita, el comisario de la Flor, tantos caballeros que eran serios? ¡El juraba que había pasado toda la tarde arrinconado, solo,

rumlando en silencio la desesperación de no estar con ella! Y cuando le insinuaron que bailase con algunas de las señoritas invitadas que no eran, claro, aristócratas pero sí unas chicas muy decentes, él se había excusado diciendo que se había torcido un pie, ¡palabral!

Las palabras le fluían fáciles y embusteras. Después, cuando esas señoritas quisieron retirarse, él se brindó a acompañarlas por pura galantería... Y todavía había ido con Juan para dejarlas en sus casas y luego él y Alarcón se habían ido a donde Broggi a tomar un vaso de cerveza. Y, claro, aprovechando que estaban en Lima, Alarcón le había pedido que le invitase a ver "Eden Club" en el Politeama... ¿Qué tenía eso? ¡Ah, ella volvería sobre sus palabras! ¡Ella no le sumiría en un océano de desesperación, en la negra noche solitaria de la angustia!... ¡Ella no haría eso!

Pero Florita lo hizo. No respondió a la carta y dejó de salir al Parque en donde Alfredo habría tenido seguramente la osadía de acercarse. Ella ya lo había notado un poco cambiado... Muchas corbatas, muchos trajes, muchos sombreros, presumiendo de elegante y no hablando ni una palabra de proyectos matrimoniales... ¡Y lo peor era que cada día se hacía más simpático! Ella había sabido que Alfredo se había quedado muchas veces a comer en el "Jardín Strasbourg", un sitio muy elegante, pero muy... ¡Había allí una orquesta de vienesas! Alfredo mismo le había contado alguna vez que el doctor Ramos Delgado, director del tesoro, le había invitado a comer:

—Tomamos una corvina *méunier* y una *poularde* a la *marsellel*se...

Ella se deslumbraba con tan extraordinarias elegancias pero en el fondo había algo que le escocía, que le decía que eso no estaba bien, que el muchacho se aburría en Osila y como tenía medios se divertía en Lima... Y la pobre Florita lloraba su soledad y el desvío tenorio de su amado... Pero tenía que ser firme. Ella no podía prestarse a ser el hazmerreír de Osila: él la había perseguido durante tres años y ahora, ¿iba a salir con esas? ¡Jamás!

Pero suficiente fue que la moza se le negase tan rotundamente para que Alfredo volviese al asedio en la esquina, en la iglesia, en la calle. Recurrió a Emperatriz Bocanegra, a las hermanas de Flora, a las primas de Vásquez, y ella, más firme que una roca:

—¡No me da la gana!

—Pero si no quiere sino hablar contigo una vez, ¡nada más!

Ella lo atisbaba por el visillo de su ventana y, en el fondo, le daba un poco de pena ver el plantón de Luján que no se apartaba de la esquina desde las siete hasta las ocho de la noche. Pero tanta energía de Flora fue contraproducente: una tarde Luján no apareció por la esquina y lo mismo sucedió al día siguiente. ¿Qué había pasado? Lo natural: con unos cuantos soles y aburrido de estar rogando, el truhán aquel se dedicó a consolarse de la feroz esquivez de Flora. E inició entonces una vida en grande, decía Alarcón, que era su acompañante habitual, comiendo en el Strasbourg, valiendo con las francesas que allá acudían, tomando copas de extranjis y comiendo esa **poularde a la marseillaise** que Florita no había comido nunca.

Unos cuantos días resistió Flora sin salir al Parque, yendo a misa de siete, escurriéndose por las más apartadas calles en donde era imposible que Luján la encontrase. El mozo iba a las nueve al ministerio y regresaba a las once al municipio en donde atendía el registro civil, firmaba las boletas extendidas por el amanuense y se iba a almorzar a la trastienda de Pezzo. Por la tarde regresaba a Lima y ya no venía a comer, ya no venía a Osila, ya no paseaba por el Parque, ya no se paraba, ¡ay!, en la puerta de la botica de Urrutia...

Entonces ella salió al Parque como de costumbre. En el grupo de sus hermanas, de las Bocanegra, de las del Alva, de las Heres, Florita daba vueltas y vueltas esperando que el tarambana apareciese. Alarcón la había visto una vez y, como Alarcón, todos los amigos de Osila. Ella calculaba que, naturalmente, le dirían a Alfredo la noticia y Alfredo, porque en el fondo era muy bueno, vendría a ella a pedirle perdón y a jurarle que nunca, pero de veras, nunca, volvería a repetirse aquello que por amabilidad, ella ya lo creía, había sucedido: emborracharse hasta la médula y haber acompañado a las pindongas baratas a sus prostíbulos de la calle de Patos.

Pero no aparecía. Inútilmente había recomendado a sus amigas:

—¡Fíjense si vlenel

¡No, no venía! Y, entonces, Florita comenzó a arrepentirse desde el fondo de su alma no haber seguido los consejos del cura que ya no le parecía un bendito...

¿Qué hacer ahora? Flora comprendió un poco tarde que había hecho mal en no contestar la carta de

Luján y a ello se puso con mucha cautela, diciéndole que si algo le tenía que decir, que si tenía cómo explicar su conducta y aclarar todo ese embrollo que los rumores de Osila le habían hecho en la cabeza, se acercara a ella en el Parque para poner fin a lo que, ella deseaba, parecía ser un malentendido.

Luján recibió la carta en su oficina del municipio y sonrió de su triunfo: Florita le suplicaba. Con ello no ganaba nadie pero su vanidad se satisfacía. En el primer momento tuvo la intención de responder con una larga, apasionada carta en la que habría hecho una literatura preciosa, estaba seguro. Pero la buena intención se le espantó considerando que reanudar con Florita significaba privarse de los aperitivos de Broggi, de la **poularde a la marseillaise** del Strasbourg, de los vales que tocaban las vienesas de la orquesta y que él valsaba arrulladoramente con esa Lucinne, con esa Andrée, con esa Jeanette que eran refinadísimas...

Leyó y relejó la carta y dudando entre si escribía o se hacía el sueco se fueron pasando los días. Florita salía todas las tardes al Parque y daba Innumerables vueltas esperando y, más que esperando, soñando con que el tarambana apareciese en la esquina con sus zapatos blancos y sus calcetines negros, con su traje de franela color crema y con rayitas azules y ese sombrero de Panamá que dejaba entrever la crespá cabellera reluciente de aceitillo y muy perfumada por Roger Gallet.

Y pasaban los días y era casi víspera de carnavales y Alfredo no aparecía por el Parque. Felizmen-

te, una tarde se encontró Florita con Alarcón y requiriendo toda su audacia se le acercó:

—Juan, necesito pedirle un favor...

—Hecho, Florita...

—Que le diga a Alfredo que le estoy esperando...

Y sin esperar la respuesta del escritor, roja del pavo que le había subido, dio media vuelta y se marchó taconeando de prisa. Alarcón hacía una profunda reflexión irreverente:

—¡No hay caso! Dios le da barbas a quien no tiene quijadas...

CAPITULO IV

PAYASADAS DE ANTRUEJO

El sábado por la tarde, víspera de carnavales que caía aquel año en los tres últimos días de febrero, Crucita se había permitido un pequeño lujo para distraer su soledad: invitar a los chicos Erazo, a los de la Fuente, a los Carpio Girón, a una partida de veinte y tantos, a una fiesta de carnaval que debía comenzar a las cuatro de la tarde y terminar a las siete. Los chiquillos vendrían disfrazados y ella les proporcionaría, además de la merienda suculenta, los chisquetes de perfumes, los pitos y matracas, los confeti y las flores para el juego. Y a las cuatro en punto comenzaron a llegar los minúsculos personajes: el virrey Amat, con las rubicundas mejillas encarnadas y los rulos de oro cubiertos por una peluca blanca. Amat venía, claro está, con su Perricholi, de cuatro años, enfadada a causa del largo traje y con los bracitos desnudos. Margarita Erazo traía una peluca blanca de marquesita de Luis XV y con un lunar tan negro, tan tentador cerca de la boquita fresca, que el Blen Amado habría abandonado a todas las Dubarry y a todas las Pompadour por esta hidalguita limeña rosada y riñente. Los tres hermanos estaban con sus uniformes

de hulanos y, para hacerlos dignos de escoltar a Margarita, también les habían puesto peluca blanca. Y llegó Pierrot y Arlequín y Colombina y el Jorobado Polichinela y aldeanas rusas y una cholita del Cuzco y otra, la menor de los Carpio Girón, morena y rosada, trajeada con un tul negro y unas estrellas de papel plateado representando la más bella de las noches.

Los chiquillos, al principio cohibidos, comenzaron a perseguirse luego con chisguetes y flores. Los amplios salones de muebles dorados, de tapices rojos, azules y perla, los grandes espejos señoriales repetían este mundo pequeñín y alegre. En el comedor los chicos pedían helados y pasteles y en el Jardín hubo que encerrar a Pepián porque también quería tomar parte en el festejo y corría con los niños ladrando y asustándolos.

Las amas uniformadas con blancos mandiles vigilaban este desconcierto de antruego pueril y tenían que contener a un caballero de capa y espada que, olvidando todas las prácticas de la caballería, quería arrebatarse un pastel de crema a la amante criolla de Amat. Polichinela, olvidado de todas las infidelidades de Colombina, la había dejado que se batiese a chisguetazos con Arlequín y Pierrot, que no tenía el menor deseo de serenarse a la luna.

Allá, en Osila, en el campo, como se decía entonces, Crucita se creía autorizada a Interrumpir, si quiera un día, el luto que la entristecía. Además, todos los chiquillos eran parientes y así la fiesta resultaba de familia. Cruz, muy sofocada, con los ajetreos que le imponían los niños, estaba ya vagamente arrepentida de haberlos invitado:

—¡Jesús, qué laberinto!

Porque todos querían al mismo tiempo la misma cosa y todos querían más chisguetes y más pasteles y más helados y correteaban por el jardín sin cuidarse de las plantas que Cruz cuidaba todas las mañanas:

—¡Ay, por Dios, mis hortensias!

José del Carmen reía de los apuros de Cruz y pretendía consolarla:

—Mañana arreglo yo todo, niña...

Y una nueva ocurrencia de cualquier muchacho la hacía reír y olvidar de aquel retozo que tan apuradas traía a las amas, a Goyita, a María Jesús, a todos. Nacho jugaba también con las primas chiquitinas y a veces se permitía chisguetear a Cruz que protestaba:

—¡No, Nacho, a mí no!...

Y él se reía y burlaba del fingido enojo de Cruz y la perseguía con las rosas y las bolas de algodón coloreado y con el papel picado, hasta que se encontraba a una chiquilla y dejaba a Cruz un momento para perseguir a la aldeana, a la marquesa, a la noche estrellada y morena.

De pronto Nacho se escabulló y marchó a su casa después de haber secreteado con Petita y, cuando Cruz quiso detenerle, el ama morena vino en su ayuda:

—Déjelo, no más, niña Cruz...

El muchacho salió corriendo y llegó a su casa: pero no a lo que había dicho a Petita. En esa hora casi crepuscular, después de haber chivateado toda la tarde, se sintió cansado y quiso reposar un instante. En su casa se sorprendió la madre:

—¡Cómol ¿Qué te pasa?

—Nada... Ya regreso.

Sobre su cama dejó el casco, la peluca, la coraza plateada, el sable herolco y los chisguetes casi consumidos. La casa estaba en reposo y Capitán dormitaba sobre un escalón de la galería interior. Hasta el jardín llegaba el rumor de la gente de Osila, enloquecida ya en la víspera del carnaval y la baraúnda de pitos, matracas, gritos, se alzaba estridente hacia el cielo que comenzaba a colorearse en el crepúsculo.

Nacho, entonces, subió a su mirador. Los ventanales en forma de ojivas tenían vidrios de colores: azul, verde, rojo, amarillo. La vislón por cada ventana era, pues, distinta pero siempre bella. Y allá arriba, de pie, quedó contemplando el ir y venir de las gentes, el retozo en el jardín de la Valcárcel, el vuelo de los gallinazos que se retiraban a sus nidos ignorados y misteriosos.

¡Cuántas veces, en el jardín de su casa, él había jugado a ser un gallinazo! Con los bracitos extendidos, corriendo en grandes círculos, se imaginaba volar por encima de las nubes apelotonadas y fofas sintiendo, de veras, que todo el mundo estaba bajo él, lejos y pequeño. Él volaba y todas las cosas se empequeñecían de manera que se hacían más bellas, más dulces, más tiernas. A veces le interrumpía el grito de Peta o de Adelalda pero, luego, reiniciaba su vuelo magnífico y armonioso. Lo que no pudo hacer nunca fue irse a su nido, pero no a su nido de Nacho sino de gallinazo: nunca había visto ninguno. Suponía que los grandes pájaros negros habitaban en los árboles pero sus ocho años jamás treparon por las ramas para buscar el refugio sugerente de esas aves.

¿Cómo serían? Ya había leído la historia de Simbad el Marino y había conocido a las grandes aves misteriosas que se habían robado al persa aventurero. Pero, ¿sería el de los gallinazos parecido al nido de esos otros pájaros monstruosos? No, no tendrían la fiereza de aquellas mansiones de espinos y de rocas... Los gallinazos, allá en el fondo misterioso de los follajes, se guarecerían en otros de hojas, más tiernos y más acogedores, y dormirían toda la noche despertando a veces y contemplando entre las ramas verdes el parpadear de las constelaciones vagabundas. Y por la mañana, cuando el sol despuntase por encima de las lomas lejanas, esos gallinazos despertarían mirando hacia abajo y descubriendo los primeros afanes de las gentes. Luego emprenderían un vuelo para posarse en una torre, en un techo, en una tapia donde pudiesen extender las alas, tristemente negras, para recibir el halago luminoso del sol.

Y como no tenía nido posible, como no podía estar eternamente con los bracitos extendidos corriendo en grandes círculos, haciendo curvas amplias y lentas, había descubierto que su mirador bien podía ser ese ignorado nido misterioso. Y entonces se refugiaba allá, bien alto, contemplando, como los gallinazos, el pequeño afán de las gentes pequeñas, el sol despuntando dulcemente y descubriendo un mundo distinto, una vida que no era la corriente y vulgar sino otra extraordinaria, única y que sólo él podía gustar.

El mirador, pues, no fue sólo el atalaya de la curiosidad de Nacho. Aquel paisaje tan conocido —mar azul, torres franciscanas, campo soleado, rumoroso, verde, palomas que pasaban cerquita de sus oji-

vas—, cobraba una vida distinta según lo contemplase por un vidrio azul, por uno verde, por uno rojo, por uno amarillo... ¡Era distinto, asombrosamente distinto! Desde allí se veía otra vida y en él despertaba esa piedad que todos los niños sienten por las cosas chicas: el burrito, el trencito, el perrito y Crucita, más pequeña y por esto más querida... El, en alto, se sentía poderoso, fuerte, con una vaga sensación de seguridad dominadora. Cuando la brisa se metía por un ventanal abierto, el muchacho ensanchaba el pecho respirando ese aire tan alto, tan alto... Y había en su alma como una soberbia afirmación de una fuerza que aún no poseía.

Aquel viejo mirador no le era querido sólo porque desde allí podía ver a Cruz sino porque la veía distinta. Desde la lejanía alta aquella Cruz era más accesible para él, mucho más que cuando estaba cerca, en el comedorcito chico, por ejemplo. Allá la sentía más suya porque la veía más pequeña, como sentía que dominaba a todo ese mundo de Osila, a toda esa vida de Osila porque también se achicaban a sus ojos de niño imaginero. ¡Y era maravilloso de ver la vida, el mundo, Cruz!

El no pensaba que aquello habría de terminar algún día como terminó la vida azarosa de Simbad y de los otros héroes de sus cuentos pueriles. ¡Qué iba a pensar en ello! Sólo sabía que tenía en lo alto del mirador, tan cerca del cielo, tan lejos de la tierra, la fiesta mejor de su vida. Allá estaban el sol, las palomas, el aire, los gallinazos, la soledad querida para su ensueño.

La tarde iba cayendo lentamente. Las torres de San Francisco se alzaban finas y negras sobre el cielo de nácar. Lejos, el mar se teñía hasta sus más

profundos senos con el prodigio multicolor del tramonto. Más allá de Surco, más allá, las lomas grises se habían cubierto de un lírico color morado, como las vestiduras de tío Benito, de monseñor Argote. Los pinos altos de la casa de Cruz se agitaban a veces cuando llegaba a descansar el cuervo fatigado y oscuro, perdiéndose en la sombra. Zigzagueantes y raudos, los murciélagos volaban con unos chirridos agudos. Lejana y agorera, una lechuzza rechinaba ásperamente.

¡Qué bonito! ¡Qué bonito y qué fino! Así era el mundo y la vida que a él le gustaba: así, libre, alta, lejana y así el mundo empequeñecido, inexplicablemente risible, tan chico bajo su mirada dominadora. Así era, así era... ¡Qué bonito! La fuente de azulejos, alberca alegre con lotos y con peces, tenía el agua casi roja. Un ganso de bronce, sujeto por un amorcillo, arrojaba por el pico un intermitente chorro de agua y aquel rumor era claro, dulce, amistoso... Nacho se dio cuenta de que la casa de Cruz había quedado en silencio y que en el cielo apenas quedaban jirónes de nácares y celestes desvaídos; pero no se dio cuenta de que ya había pasado el farolero con sus fósforos chalacos dando lumbre a los mecheros de gas y que Osila hacía un ruido endiablado por el Parque con tantos pitos y tantas matracas. Y le pareció un poco raro que de pronto hubiese llegado la noche haciendo misterioso todo lo que antes había sido tan claro y tan alegre y en el alto mirador, perforando la sombra y casi tocando a las estrellas parpadeantes, tuvo miedo.

Comenzó a descender y a mitad de la escalera escuchó la voz de Petita que le llamaba:

—¡Nachol ¡A comer!

—¡Ya voy! —respondió el grito del niño.

Pero no fue. A media escalera recordó que el miedo de aquella oscuridad le había impulsado desatentamente y que no se había despedido de Santa Cecilia, de Cruz. Y volvió sobre sus pasos para cumplir con aquel rito que constituía la única compensación para su devoto cariño pueril: besar la estampa.

Cuando bajó al comedor sus hermanos todavía contaban a Crispín las incidencias de aquel juego de carnavales, el primero que habían tenido en toda su vida. Crispín, asombrado, escuchaba las versiones exageradas de los niños que no habían querido quitarse todavía los disfraces y preguntaba azorado:

—¿Y también jugaron con globos?

—¡Con globos, no! Con chisquetos y con flores y con papelito picado...

Doña Margarita se extrañó de la repentina fuga de Nacho: ¿por qué se marchó de la fiesta? El pretexto fue suficiente pero no encontraba razón ninguna que justificase el que su hijo no hubiese regresado a casa de Cruz.

—¿Por qué te quedaste? ¿Por qué no volviste?

—¡No sé! Porque sí...

¿Cómo le explicaría a su madre lo que ni él mismo podía explicarse? En el sueño confuso de su alma él podía sentir pero no podía explicar. Y la miraba con sus grandes ojos claros e inocentes sin atinar con la palabra que pudiese revelar todo lo que su imaginación descubriera y todo lo que su emoción había guardado.

—¡No sé! Quería ver los carnavales desde arriba... Es distinto y más bonito...

—¿Más bonito?

—Sí, mamá, de veras...

Doña Margarita no entendía bien cómo para su hijo podía ser mejor ver que jugar. Además, él había subido un poco tarde, cuando la tarde caía ya entre las sombras densas y no era posible sino adivinar, por el barullo infantil, el jolgorio de la fiesta: —Es que también es más bonito, mamá...

Doña Margarita no comprendió. Pero en el largo beso que puso en la frente de su hijo parecía que, vagamente, había sentido también como su hijo.

* * *

Por la tarde había cesado el fuego con los globos marinos, los pequeños globos llenos de agua que eran proyectiles casi infalibles en la fiesta desatada del carnaval. Una multitud extraordinaria se situó en el Parque para continuar con chisguetes de estaño llenos de perfume barato, el juego que, ahora, cobraba un matiz más delicado y menos brutal. Los mozos, trajeados de blanco, estaban apostados en las cuatro esquinas del Parque y asaeteaban a las mozas que paseaban cogidas del brazo.

En una banca del camotal estaban sentadas Emperatriz, Florita y Graciela Heres, acompañadas por Juanín Vélez y Frank Zúñiga que ya habían concedido una tregua al ruego melindroso de las muchachas.

—¡Por favor, no!...

Florita parloteaba voluble y ligera y reía con la exageración del disímulo. ¡Aquella tarde estaba de ve-

nal Pero en el fondo de su alma una espina la punzaba malamente porque Alfredo no había aparecido y ella había visto en los periódicos que en el Strasbourg habría esa noche una comida y un baile de disfraces y ya le veía bailando, metido dentro de su dominó, con alguna de esas mujeres a quienes aborrecía con una envidia iracunda.

Porque, ¿qué había sacado con ser una señorita? El otro, bribón y tarambana, se iba tras de aquellas mujeres fáciles encandilado por las risas y la zalamería de una cualquiera mientras ella, tan seria y tan cariñosa, allá estaba olvidada y solitaria teniendo que escuchar las majaderías de Juanín y de Frank que casi le habían deshecho el moño con el inaguantable perfume de sus chisguetes. Sí, ¿qué había sacado con ser una señorita? Pero el mal pensamiento la espantaba con la tremenda perspectiva del desaire de toda su gente, de sus amigas de Osila, de la eterna proscripción y de tener que soportar, más tarde, a otros hombres que no tendrían ni la simpatía de Alfredo ni su corrección. Y allí, en la banca del camotal, tuvo que contener el llanto que le subía a borbotones desde el fondo de su pobre alma huachafa y acongojada.

Ella había visto bien que durante los tres años que duró el asedio de Luján nadie, ninguno de los mozos de Osila se le había acercado intentando rivalizar con el badulaque. En Osila era ella una especie de propiedad de Luján que la poseía con sólo su pretensión, pues esos tres años de miradas, de cartas y de súplicas la habían convertido, a los ojos de sus amigos y de sus vecinos, en el objeto inviolable de la adoración de Alfredo. Y si eso había sido así, cuando ella no tenía ningún compro-

miso formalizado con Luján, ¿cómo iba a ser ahora que la habían visto sola con él en la banca comprometadora de ese camotal de todos los enamorados?

Ella no se atrevería nunca a coquetear con nadie, a insinuarse y a picardear buscando el sustituto de Luján. Dentro de la costumbre de Osila aquello habría sido casi un pecado y, además, ella no podía abdicar de su condición de "difícil", de señorita seria, de mujer circunspecta. Por otra parte, los hombres de Osila de aquel tiempo profesaban ya una tirria especial a toda seriedad, a toda circunspección, mucho más tratándose de la mujer que ellos hubiesen pretendido enamorar o adquirir.

Cuando sus hermanas, a la mañana siguiente del compromiso en casa de doña Asunta, la habían hecho aquellas reflexiones a las que respondió que si Alfredo no le convenía, lo largaba, no supo en realidad lo que respondía. No, así como así, no se podía largar a nadie... La pobre Florita no se daba cuenta de que las mujeres que una vez se entregaban, en cualquier forma, no podían rescatarse jamás. Y no había rebelión ni protesta posibles porque, desgraciadamente para ella, las mujeres son como las palabras: una vez pronunciadas, imposible recogerlas...

Pero, entonces, ¿qué iba hacer? ¿Cómo iba a solucionar este conflicto doloroso y, sobre todo, bochornoso? No lo sabía. Lo único que sabía era que Luján se había metido en su alma, no sabía ella cómo, y no lo podía echar ni con oraciones ni con esfuerzos. ¿Cómo había sucedido eso? Florita no se dio cuenta de que, durante esos tres años de

asedio, la había enamorado y la había conseguido. Ella se engreía, sin confesarlo, con la actitud y con las palabras del calvatrieno y cuando esa palabra, esa mirada, esa actitud le faltó aquella mañana, por ejemplo, a la salida de misa de ocho de San Francisco, ella había sentido unos celos rabiosos, una ira insana sintiendo que aquella mirada dirigida a Cruz era una estafa que Luján la hacía. Flora pretendía y creía que todas las miradas, todas las insinuaciones, todos los requiebros eran de su exclusiva propiedad, de modo que lo que comenzó por un hábito de Luján terminó por un amor de Florita. ¿Cómo no se dio cuenta de ello? Porque, la había dicho su hermana Charito, vivía muy ensimismada, es decir, muy envanecida de esta dedicación del enamorado tunante.

Todo estaba o podía estar muy bien y todas esas razones podían tener todo el valor que quisieran, pero ella, ¿qué iba a hacer? ¿Escribirle? Ya lo había hecho y Alfredo no había respondido; había salido al Parque y el otro no había asomado ni la punta de la nariz; no venía a las salidas de misa de ocho y ella había comenzado a ir a la de la Párroquia, a las once, esperando que acaso estuviese allá porque ya no era posible suponer que madrugase por ella, y tampoco, tampoco, tampoco...

Pensó entonces que doña Asunta podía invitar a Alfredo a tomar chocolate y ella estaría allí, atendiéndole, pasándole los bizcochuelos, alcanzándole el vaso de agua y todo esto con una sonrisa, con una expresión que Luján no podría resistir.

Sólo que, ¿lo haría tía Asunta? Era difícil. La bea-
tona se pasaba el día en una poltrona, en bata, muy

emperifollada esperando que el vientre le creciese con esta delicia del embarazo. ¡Y el vientre que no le daba la gana de crecer! Y mientras ella esperaba nuevos síntomas que no se presentaban, nuevos sofocos que no la sofocaban, su desencanto la ponía de un humor de los demonios.

Con las otras amigas no era posible contar. Doña Amada de Gómez Coello no tenía ninguna simpatía por el pollastrón fulastre y don Crisanto la había dicho alguna vez que para comprometerse, por toda la vida, con un hombre como aquel se necesitaba de una audacia extraordinaria o de una pasión superior a la de Julieta por el hijo parlanchín de los Montesco... Doña Ismena, la pobre, no tenía espíritu para nada y su marido, tan seco y agostado como ella, era de la misma madera: sin jugo posible. Y en cuanto a Misia Marisabelita, toda ella respiraba furor por aquel sinvergüenza que se había ido a Lima con unas mujeres del medio de la calle a sabe Dios qué porquerías y qué aberraciones.

Quedaba el doctor Oré que tenía alguna simpatía por Luján pero... El pero era que ella no tenía tanta confianza. Claro que era sacerdote y hasta se podía confesar con él pero el doctor Oré era, además, canónigo y esas medias moradas, su sotana tan pulcra, su coronilla empolvada, sus cachetes gorduzuelos no la inspiraban mucha confianza. Para ella no había más que los frailes de San Francisco y el párroco de las Casas a quien, su despecho, ya había incorporado en la categoría de bendito...

Pensando cómo resolver su problema se le pasaron los tres días de carnavales, con su estruendo de globos procaces y de fiesta rijosa. Llegó el Miér-

coles de Ceniza y tampoco vino la apetecida solución ni el consuelo para su mal hasta que el sábado por la tarde, a eso de las tres, en medio de este conflicto, volvió a su primera idea: escribir. Sí, le escribiría una carta tan sentida, tan emocionada, tan elocuente que Luján no podría menos que volar hacia ella, arrodillarse a sus pies y pedirle, ¡oh, delicia!, perdón por sus extravíos y a la vez que formulaba un propósito de enmienda en que ella no tendría más remedio que creer.

Y a ello se puso. Principió por un "Idolatrado Alfredo" y siguió con todas las frases que su cariño la inspiraba. Le dijo que viniese a explicarse, que ella comprendía ciertas obligaciones sociales y que los chismes de la beata Alcázar la habían puesto la cabeza como un volcán; que hablando se entiende la gente y que se daba cuenta de que si él no había acudido ya era por culpa suya que, en el primer momento, había estado furiosa a causa, precisamente, del cariño que le tenía. Y la pobre Flora terminó pidiendo perdón por esos absurdos celos y enviándole nada más que un millón de besos. Releyó la carta y el número de besos le pareció exiguo y tarjó el "uno" y puso "millones de millones". Luego firmó y rubricó con las consabidas curvas y los dos puntitos.

Luego llamó a la criada y con ella fue a la calle de Santa Isabel para indicar a la chola debajo de qué puerta debía poner la salvadora misiva. Se limpió los ojos llorosos, se sonó en el pañuelito con encajes y se echó polvos en la punta de la nariz que estaba coloradita de llanto y de pena.

CAPITULO V

SANTA CECILIA Y ASMODEO

Al sábado siguiente del que Cruz Valcárcel había convidado a los chiquillos, doña Margarita de Erazo quiso festejar el cumpleaños de su hija y los convidó a merendar helados y pasteles pero sin disfraces ni chisguetes. Y la misma bandada de muchachos correteaba por el jardín y jugaba con las pelotas y los aros en una fiesta de la que también participaban Capitán y Crispín.

Margarita, muy en su papel de festejada, recibía obsequios trinando de risa y mostrando a su madre, a Ignacio, al abuelo, a Cruz, lo que habían traído sus primos:

—¡Mamá, mira! ¡Me lo ha regalado Toto!...

Y la chiquilla mostraba, arrullado en sus bracitos desnudos, haciendo reposar sobre su hombro casi cubierto por los crespos, la cabeza gruñona de un oso tirolés de terciopelo.

El amplio jardín de la casa de los Erazo resultaba pequeño para la chiquillería. Bajo el parral saltaban intentando coger los racimos, todavía verdes, Jor-

ge y Enrique Carplo Glrón y Pedro Erazo. Panchito había uncido a su minúsculo carro al cabrito de su propiedad pero el condenado bicho no quería tirar y bajaba la testuz berreando lastimeramente. Nacho enseñaba sus cuentos y sus láminas a dos primas que se aburrían sin disimulo y los juegos comenzaron a declinar por el desconcierto de los muchachos.

Entonces Crucita tuvo una inspiración: fue a su casa y ordenó a José del Carmen:

—Oye, Chepo, anda y búscame unos juguetes: escopetas, muñecas, cualquier cosa...

—¿Yo, niña?

—¡Tú, hombre! Anda y tráeme todo lo que puedas...

—¿Y a dónde voy?

—¡Qué sé yo! Por ahí debe haber quien venda esas cosas...

Pero José del Carmen no atinaba a interpretar a su ama. María Jesús tampoco entendía muy bien lo que la niña Cruz quería y ésta, desesperándose, ordenó a la zamba:

—¡Anda, llámame a Goya! ¡Jesús, por Dios, una cosa tan fácil!...

Cruz, muy acalorada, explicó a Goyita de lo que se trataba: que comprase una serie de juguetes para darlos como premios en una "yinkana", en un concurso que haría tomar parte a los chicos que ya se estaban aburriendo.

—¿Y qué compro, niña?

—¡Lo que encuentres! Unas escopetitas, unas muñecas, unas lampas, baldes, ¡cualquier cosa!

La zambita sonrió:

—¡Ya!... Déme la plata.

—Toma: y si no te alcanza, dices que es para mí y que me envíen a una gente para pagarles aquí...

—¡Ya, niña!

Goyita fue y volvió con el encargo y Cruz pudo entonces organizar aquella tremenda competencia con tan valiosos premios: carreras de tres pies, coger una manzana que flotaba en el agua de una batea sólo con los dientes, la carrera ensartando una aguja, la carrera llevando en la mano una cuchara y en la cuchara un huevo.

Cuando Cruz anunció los nuevos juegos todos los muchachos quisieron tomar parte en todos los juegos. El barullo infantil era tan estrepitoso que don Manuel de Castro se llevó las manos a la cabeza protestando con sorna:

—¡Por favor, Cruz, esto es peor que una montonera!...

Al fin ella pudo ordenar aquel desconcierto de gritos y peticiones e inició la "yinkana" amarrando la pierna derecha de un chiquillo con la izquierda de una prima, toda emocionada y sorprendida:

—¡Uy, qué rico!

Otros, ya unidos, ensayaban el acuerdo que debían observar para que ninguno cayese. Los padres, el abuelo, las amas observaban la operación preliminar desde lo alto de la galería. Al fin estuvieron listos los competidores y Cruz los alineó en el fondo del jardín. El juez de llegada era don Manuel que descendió de la galería bromeando con Cruz:

—¡En los líos que me metes!

En el fondo del jardín con el brazo en alto, llna y rosada, Cruz daba la partida:

—¡A la una! ¡A las dos! ¡Y a las tres!...

Cojeando, enredándose, cayéndose y levantándose, en un laberinto de polvo, de llanto y de risas, las parejas iniciaron la carrera. Los caídos volvían a ponerse de pie y volvían a caer y los chicos se aconsejaban a gritos:

—¡No corras, no corras!

—¡Levanta el pie!

—¡Así, no! ¡Margarita, así no!

La carrera la ganaron Nacho y Lolita Carpio Girón que recibieron su escopeta y su muñeca, pobres juguetes sin lujo, pero que habían sido adquiridos por su esfuerzo y tenían el valor inapreciable de trofeos.

A la de tres pies siguió la carrera de la aguja, sólo para mujeres, e Isabelita de la Fuente llegó la primera con su aguja ensartada en lo alto de la mano, toda colorada por el esfuerzo y feliz por el triunfo. Y luego el concurso de las manzanas en las bateas llenas de agua que mojaba los cuellos marineros y los crespos de las chicas esforzándose por aprehender con los dientes el fruto que no tenía peligros. Al fin, Hernando Téllez Ponce, salió con la manzana sin atreverse a reír para que no se le cayese y cuando Cruz quiso poner término a la extraña pesca todos quisieron proseguirla por el deleite de jugar con el agua. La carrera de la cuchara con el huevo debía ser de dos vueltas al jardín. Los niños hacían prodigios de equilibrio, corriendo con medida, estrellando unos el huevo sobre el césped y conteniéndose los otros para no seguir igual suerte. Así pasaron dos horas felices, bromeando y riendo y haciendo reír a todos con las peripecias festivas del inusitado concurso y guardando los premios, los juguetes modestos que, en ese instan-

te, eran más vallosos que todos los otros que podían soñar y apetecer.

Nacho entonces fue a guardar su juguete:

—¿A dónde vas? —le preguntó Hernandito Téllez.

—Al mirador... A guardar mi escopeta...

—¿Al mirador?

—¡Claro!

—Yo también voy, ¿quieres? —se despertó la curiosidad de Hernando.

—Bueno...

—¿Y yo?... —preguntó otro.

Nacho quiso alardear de su propiedad:

—Vengan todos, si quieren...

Nueve muchachos subieron por la retorcida escalera de caracol hasta el mirador y los nueve exclamaron entusiasmados con la nueva visión:

—¡Qué bonito!

Asintió Nacho:

—¿No es cierto?...

Pepe Carpio Girón se abismó de curiosidad:

—¿Y es tuyo? ¿Y siempre subes? ¿Cuándo quieres subes?

—¡Claro! Es mío y subo cuando quiero...

Y fue mostrando todas las maravillas que se contemplaban: al norte, el paisaje era azul. Aquella casa amarilla, esa de allá, de más lejos, en ese potrero tan verde, se veía azul... Por el este, todos esos cerros que desde la tierra se ven grises, por la ojiva embrujada del mirador se veían amarillos, como el papel de ese pandorgo que Crispín ya no volaba porque "no era el tiempo". Al sur, en cambio, todo era verde. Parte del mar, hacia la hacienda "Villa", el verde halagaba con su suavidad los

ojos: verde el cielo y verde la mar y más verde, pero muchísimo más, los cañaverales que el aire rizaba con murmullo de caricias. Al oeste se había repetido el milagro geográfico y bíblico: allí, a la mano, tenía el mar rojo. Las olas, desde la playa hasta la lejanía, parecían, vistas por el vidrio ancho de la ojiva, encendidas por un sol de fuego. Y cuando se abría la ventana, ¡todo era del mismo color, del color de las cosas! Y eso también era distinto.

Todos le envidiaron ese mirador a Nacho. Abajo, a la derecha de la casa, estaba la de Cruz, con su jardín inmenso y pulcro, con alberca de azulejos y sus pececitos de colores, con sus cuatro pinos señeros y Pepián y los palomos y los pájaros de la pajarera, todo eso debía ser una fiesta cotidiana para los ojos de Nacho:

—Tú, ¿la ves todos los días?

—¡Todos los días! ¡Y cuando quiero!

—¿Y al perro y a los palomos y a los pajaritos?

—¡Veo todo!

—¿Y estas estampas? ¡Cuántas!

—¡Santa Cecilia! Me las regaló mi tío Benito...

—¿Regálame una, quieres?...

—¡No! —y se encendió el rostro de Nacho.

¡Qué fortuna! Tener un mirador propio, particular, que nadie podía invadir y contemplar así un mundo distinto e inédito según la ojiva escogida... Y tener allí a Cruz y a Pepián y a Goyita, tan graciosa, y a San Martín, tan grande... ¡Sí que era fortuna! Y cuando se cansaba uno de jugar subía a lo alto y recrearse en la paz de aquella luz, en la beatitud de esa claridad... ¡Y tan alto como era! Porque había que fijarse que más alto que el mirador sólo

los pinos de Cruz y las torres de San Francisco y después el cielo...

En esto llegó Pedro seguido por otros chicos y Margarita con dos amigas y Crispín que ayudaba a Panchito. Y tuvieron que apiñarse porque no cabían en tan breve espacio y todos miraban y contemplaban esas maravillas. Pedro, Margarita y Pancho confesaron que el mirador sólo era de Nacho pero éste, generoso concedió:

—Pero mis hermanos suben cuando quieren... ¡A mí no me importa!

Era, pues, de todos por graciosa concesión de Nacho. El no quería gustar solo esa maravillosa vida distinta, ese distinto mundo maravilloso, no: también lo donaba a sus hermanos que agradecían la merced del don y allá jugaban y bromeaban con esa verdad de los niños que es la única verdad verdadera... Pero la voz de Cruz les volvió a la realidad: había que marchar y ya las amas estaban preparando sombreros y guantes para el desbande general. Los chiquillos fueron bajando con gran cuidado y al final se quedaron Nacho, Cruz y Hernando Téllez:

—¿Por qué te gusta tanto el mirador, Nacho?

El chico no supo qué responder pero respondió la envidia de Hernando:

—¡Porque te ve a ti y ve el mar y todo!

Cruz se echó a reír y besó en las mejillas a Hernando, besó también a Nacho y llevando de la mano al tunante del Téllez comenzó a descender. Nacho la veía bajar ondulando suavemente, deslumbrado por los rizos rebeldes que se cuajaban de

oro en la nuca blanca, suave, sedaña de Santa Cecilia...

* * *

Florita, acompañada por la sirviente India, fue hasta la calle de Santa Isabel: la chola se podía equivocar y... ¡qué pavo! A lo mejor metía la carta por debajo de la puerta de otra casa y... ¡Ave María!

A esa hora, dos de la tarde, el sol espeso y caliente ponía una vaga modorra en la atmósfera. Luján, en mangas de camisa, dormitaba sobre un canapé en la pequeña salita de su casa y despertó al rumor que escuchó. Fijó la atención y vio luego que la punta de un sobre entraba por la rendija con una dificultad que desde fuera querían vencer. Saltó entonces y fue hacia la puerta:

—¡Flora!

Ella palideció primero y se puso roja después. Pretendió explicar pero las palabras salían precipitadas:

—Es que... Esta no conocía tu casa... Y yo vine...

El badulaque la ayudó en su angustia:

—Has hecho muy bien.

—Es que yo... ¿sabes?... ¡no podía más!

Y sin pudor, sin temor de que la viesen, se echó a llorar escondiendo el rostro entre las manos.

—¡Por Dios, Flora! ¿Qué es esto? ¡Entra!

Ella, laxa y sin voluntad, se dejó llevar. Luján puso un sol en mano de la sirviente:

—No digas a donde has dejado a la señorita: regresa prontito...

—Buenas tardes, señor... —se despidió la india.

Flora, sobre el canapé de la siesta, lloraba sin consuelo. Una pena desconocida, un dolor inmenso, una agonía de angustia pesaba sobre su alma desamparada y sin ternura:

—¡Por Dios, Flora, cálmate!

Mas ella seguía en su llanto sin atender a razones, sin escuchar consuelos, vaciando todo su dolor en esas lágrimas que no podía, no quería contener. Luján entonces fue a su dormitorio y sirvió en un vaso un poco de cognac y vermouth.

—¡Toma!... Esto te tranquilizará...

Sin darse cuenta de lo que hacía bebió de un sorbo. A los pocos segundos el alcohol la reanimó y entonces pudo reprochar:

—¿Qué te hice? ¿Por qué te has portado así conmigo? ¡Te fuiste con esas mujeres y porque yo me resentí te pusiste así! ¡Ni una palabra, ni una palabra!... ¡Y yo, sola, sufriendo, llorando, sin saber de ti! ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Luján la atrajo con dulzura y ella se abandonó. Comenzó a hablar, a explicar, y las palabras que al principio salían difícilmente fueron afluyendo velozmente: él no pudo hacer otra cosa: ¿cómo desairar a su jefe, al doctor Zúñiga? El alcalde había querido festejar su nombramiento: ¿iba a negarse? ¡Imposible! Zúñiga no habría tolerado jamás ese desaire, lo que le habría costado su puesto. Y no siéndole posible eludir la invitación, ¿iba él a poner condiciones al dueño de casa, al oferente del banquete, acerca de cómo debía celebrarse aquello? ¿Cómo habría impedido que Zúñiga invitase a aquella gentuza? ¡El, podía jurarlo, no había bailado con nadie, con absolutamente nadie! Y después, cuando

aquellas mujeres, que él al principio creyó que fuesen unas señoritas pobres pero honradas, quisieron retirarse, el alcalde, su jefe, el doctor don Numa Pompilio le había rogado que las acompañase... Y un ruego del doctor, que había sido tan caballero con él, era una orden que nunca se habría atrevido a desacatar...

Florita continuaba llorando sobre el pecho de Luján, sintiendo en la mejilla el calor de la carne varonil y escuchando el ritmo isócrono de aquel corazón que juraba amarla. Aquellas palabras que el badulaque pronunciaba ya se las había dicho en la carta primera y ella las había leído y releído, indignándose primero y creyéndolas una por una, después. Y ahora que Alfredo las repetía, como una lección bien aprendida, Florita se daba cuenta de que su idolatrado no mentía, porque si hubiera mentido se habría equivocado, y no había contradicción entre lo escrito antes y lo dicho ahora...

Como tenía la cabeza sobre el pecho de Luján éste contemplaba la nuca carnosa e incitante y, sabiendo que eso sería el mejor argumento, la besó larga y temblorosamente. Ella irguió un poco la cabeza haciendo presión sobre los labios que la besaban y murmuró desfallecida:

—¡Amor mío!

Aquel "amor mío" era el perdón. Entonces volvió a besarla y la levantó la cabeza y puso en sus labios entreabiertos, humedecidos por las lágrimas, un largo y apasionado beso. Florita sintió entonces que recuperaba a Alfredo y le echó los brazos apretándole y atrayéndole con una desesperación, con una angustia de que se le fuese a escapar, de que se le

fuese a ir a ese Strasbourg odiado a valsar con aquellas francesas satánicas... Y le besó furiosamente, recuperándose de todo su dolor, de su larga agonía, mordiéndole la boca y como queriendo fundirse con aquel idolatrado tan sinvergüenza...

Luján sintió, a su vez, que aquella mujer estaba allí a merced suya, sin defensa posible, encandilada por el trago tremendo de vermouth y cognac y por los besos que había dejado en su nuca, en su cuello, en su boca... Y ya no pensó más. Ese vértigo irresistible, esa ansia brutal, ese rabioso instinto de la bestia que todos los hombres llevamos dentro, le saltó sin que pudiese él retenerlo. Y volvió a los besos, ahora calculadamente dados, enloqueciéndola de placer y desmayándola de voluptuosidad. Y el suspiro que exhaló ella, ya desmayada, se confundió con el ruido del almidón del fustán que se estrujaba...

Cuando volvió de su delirio escondió la cabeza en el pecho de Luján y ruborizada le pidió:

—Dame más vermouth, ¿quieres?

—¡Lo que quieras, mi amor!... —se apasionó el tudiante, feliz de su proeza.

Quedó sola escuchando el ruido de las botellas y el tilín de las copas. ¿Qué había hecho, Dios mío?... Pero como todos los equivocados se aferró a su error y allí, al segundo de haber dado ese paso, salió su coraje a defenderla:

—¡Ya está hecho! ¡Y era lo mejor!

Volvió Luján con dos copas en la mano y trincaron haciendo sonar el cristal barato:

—¡Por nuestro matrimonio!

Ella quiso ruborizarse:

—¡Zonzo!

Ya calmada pudo hablar: ¿por qué había hecho eso Alfredo?

—¿Qué cosa?... ¿Esto?

Ella no se avergonzó:

—No, lo de "La Pantoja"...

Luján repitió la historia. Además ella debía de darse cuenta de que él no era ningún santo. Ahora todo sería diferente... Porque, claro, esa no sería la última vez que ella vendría, ¿no es cierto?

—¡No, mi amor, todos los días, cuando tú quieras, Alfredo!

Alfredo expuso entonces sus puntos de vista. El amor era cosa que no podía condicionarse como un contrato de compraventa que no otra cosa era el matrimonio... ¡Un amor como el de ellos debía pasar por encima de todos los prejuicios de los burgueses! Y como la palabra no le pareció bastante fuerte buscó en su almacén de adjetivos y encontró: prejuicios de los filisteos... Un amor como el de ellos volaba alto, muy alto, y los filisteos chapoteaban aquí, abajo, en el lodo de las buenas costumbres, en el cieno de los convencionalismos, en el abismo oscuro de las reglas y de las leyes... En cambio ellos estaban muy por encima de aquellas cosas y su amor se nutriría, como los dioses, de ambrosía y néctar. Alfredo lamentaba sinceramente que no fuesen dioses porque entonces hubiesen podido yacer en los fofos cojines de las nubes: una lástima, pero ¿qué iba a hacer?

Florita estaba encantada. Sería como su amado quería y todo saldría muy bien y nadie se enteraría

de nada. Porque ella, claro, ni a su confesor... Y después, cuando Alfredo tuviese cómo y con qué, él repararía su falta porque era muy caballero... Y entonces se olvidó de todo: del pobre padre viejo sobre cuyas canas caería el chisme y la maledicencia, la reputación de sus hermanas a quienes su desliz iba a fastidiar un rato largo, la piedad con que acudía a la iglesia, la imposibilidad de confesar y comulgar mientras viviese amancebada, la dificultad para negarse a María Isabel, a su tía Asunción, a todas las beatas de la feligresía aquella, cuando ellas le solicitasen que viniese a cantar el sábado de gloria, por ejemplo...

—¡Minucias! —expresaba la jeta despectiva del truhán.

Y otra vez vinieron los besos y otra vez se embriagó hasta enloquecer y con más calma, sin aquel fustán enojoso que se estrujaba tan ruidosamente, sin tantos impedimentos como decía su idolatrado Alfredo, Flora Valencia, el ruiseñor de Osila, el canario pascual, la diva irreprochable, dio aquel mal paso que no fue, como el de la costurerita de Carriego, sólo por casualidad...

A las seis de la tarde volvió a su casa. Sus hermanas la ajocharon a preguntas:

—¿Dónde has estado?

Florita confesó pero a medias: había estado con Alfredo...

—¿Dónde?

—En el malecón de la Condesa...

—¡Pero si Betty ha estado por allí y no te ha visto!

Ella se afirmó en su embuste:

—¿Y qué culpa tengo yo? No me vio y ya está...

Pero yo tenía que hablar con Alfredo.

—¿Y?...

—¡El no tuvo la culpa!

Explicó entonces, añadiendo excusas de su cosecha, todo aquel intríngulis doloroso, aquel malentendido que parecía irreparable. Las hermanas sin convenirse la escuchaban. Claro, hasta cierto punto, era cierto que Luján no podía rechazar una invitación de don Numa Pompilio y también era cierto, hasta cierto punto, que Zúñiga tenía el derecho de invitar a quien le diese la gana.

Intervino Rosario:

—A quien le diese la gana, no: a esas mujeres, por ejemplo...

Sin poderlo remediar Flora se puso roja hasta la raíz del cabello. Luego, audaz y mentirosa, exclamó: —Además, yo tenía que amistar con Alfredo de todos modos...

Llegó la hora de la cena y la hora de acostarse. Ella puso su ropa interior en el saco de la ropa usada para que sus hermanas no vieses los estragos del fustán y otros estragos de blondas rotas... Se enfundó en su camisón de dormir y, sin rezar, se metió en la cama cubriéndose la cabeza con las sábanas. Así escondida, se besó en los brazos desnudos que todavía tenían huellas de los besos de Alfredo, y murmuró con desmayo:

—¡Amor mío!... ¡Maridito mío!...

LUNA DE MIEL, TROPIEZO Y "HAPPY END" *

Aquel mes de febrero y todo el mes de marzo fue una luna de miel y de hiel. Luján gustó y regustó el sabor de una dicha que ignoró siempre y que, aun después de conseguida, le parecía un sueño: una conquista. Era la empresa gloriosa, el placer de haber osado, la certidumbre de su audacia y de la seguridad de haber conseguido. La lengua se le soltaba para la confidencia pero la razón le obligaba a callar, a disimular el delicioso peso de su satisfacción, puesto que una palabra imprudente podía costarle sabe Dios qué quebraderos de cabeza.

Sólo que Alarcón algo barruntaba. Aquel arreglo de la sala, aquel gasto de extraordinaria escoba y kreso extraordinario *, aquellas cortinitas y aquella ropa de cama con una A y una L bordadas le traían a mal traer.* En Luján se advertía una expresión de serenidad y de triunfo que nunca le había visto

* Título del prologuista. Ver Estudio Preliminar.

* Ejemplos de reiteraciones intencionales que no son infrecuentes en el texto.

antes, pero suponía que se debía a los soles abundantes, al poco trabajo y a la reconciliación con Flora.

Todo Osila vio a los enamorados volver a ocupar la banca del camotal clásico y la expresión feliz y radiante de Flora que ahora, arrostrando posibles críticas, cogía del brazo a su novió para pasear su dicha en las rondas banales del Parque. Y todos los amigos y los conocidos, las beatas del chisme-río y los currutacos del pisco, todos exclamaban con una profunda convicción profética:

—¡Esto está hecho!

Alfredo fue invitado a tomar el té en casa de las Valencia y fue presentado al padre de Florita que estuvo amable aunque a él le pareció que su suegro no le miraba con ojos del todo buenos. Y una vez que Alfredo estuvo de visita en la casa, Osila comentó con deferente displicencia:

—¿De modo que ya son novios? Vaya, pues...

Y esta oficialización de los amoríos vino a dar a Luján y a Florita una suerte de conyugalidad en la que ella ya se sentía absolutamente atada al taram-bana y él se asustaba ante la perspectiva de atarse sin remedio y para siempre. Menos mal que la cosa iba sobre ruedas y nadie se había enterado de aquello, y aquello podía seguir deliciosamente, con más delicia puesto que entrañaba cierto peligro y estaba prohibido.

El verano no declinaba y la gente se quejaba de este calor que tostaba desesperadamente, sin remedio posible de baños, helados ni refrescos. El mes de marzo, como si el verano quisiese fastidiar más antes de retirarse, había sido un mes inaguan-

table para todos y, especialmente, para Flora que, una tarde, temprano, se precipitó a la casa de su amante, con los ojos todavía enrojecidos de llanto, trémula la voz y pálida de espanto:

—¡Alfredo, estoy mal!

El badulaque trastabilló:

—¿Cómo?

—¡Tenía que ser! ¡Dios me ha castigado!... ¡Estoy mal!

Ella se echó a llorar sobre el canapé del primer mal paso y Luján no atinó siquiera a consolarla, buscando en la memoria el nombre de un médico de la suficiente confianza como para rogarle que solucionase aquel conflicto. Y como no le venía a la memoria ningún nombre y tenía que interrumpir aquel llanto silencioso, humilde, amargo y continuo, se le ocurrió esta estupidez:

—Y... ¿desde cuándo?...

—¡No sé!... Hace quince días que he debido... ¡Y nada!...

Las lágrimas le fluían humildemente sintiendo que la aplastaba aquella vergüenza, vencida y doblada por el dolor de saberse caída como una cualquiera, como una de esas que fueron a "La Pantoja". Y entre los sollozos que la levantaban el pecho breve y lleno, murmuraba en la desolación de su desamparo:

—Yo, también... Yo, también...

Alfredo comenzó entonces a hablar, haciendo las reflexiones pertinentes. No, no era posible ni lógico dejarse llevar por una cosa que, en realidad, no tenía mayor importancia...

—¡Cómo! ¿Qué dices?... —se espantó Florita.

—No, no me has entendido... Importancia claro que la tiene pero, en fin, no es una cosa sin remedio... Yo creo que, francamente, no se debe perder la serenidad...

Los ojos de Flora brillaron duramente:

—Lo que no se debe perder es el tiempo. ¿Qué piensas hacer? Este hijo que yo tengo aquí es tuyo, tuyo, tú lo sabes.

Sí, Luján lo sabía. Pero había que tomar las cosas con calma. El pensaba que este conflicto podía tener una solución... El conocía...

La expresión de Flora se endureció de ira:

—¿Qué vas a decir? ¡Cuidado con lo que digas! Este hijo no es sólo tuyo: también es mío, más mío que tuyo, y será mío, mío... ¿Entiendes? ¿Qué ibas a decir?

Luján, buscando eufemismos, dando rodeos, explicó que ese hijo todavía no era un hijo: era un proyecto de hijo. En consecuencia, no era realmente una cosa demasiado grave el buscar una solución que las circunstancias excusaban... El, claro está, no iba a rehuir su responsabilidad pero, desgraciadamente, para todo hace falta dinero y él no tenía todavía cómo hacer frente a los gastos que...

—No hay gastos —cortó Flora—, sólo hay un hijo que, yo te aseguro, no nace sin nombre. Y tú, Alfredo, que eres oficial del registro civil vas a anotar: Alfredo, hijo natural de Alfredo Luján y de Flora Valencia...

El tarambana se sintió sobrecogido: bien sabía que ella hablaría, que ella diría todo lo que tuviera que decir y eso, francamente, no le convenía: sobrina de Faustina Collazos, esposa del alcalde, sobrina

de Pancho Santander, la cosa podría traer quebraderos de cabeza. Y con el mejor de los gestos fue a sentarse a su lado:

—¿Natural? ¡Qué ocurrencia!...

Fue una explosión de júbilo de ella: ¡así, así era de caballero Alfredo! Su idolatrado había protestado de la presunción de que un hijo suyo pudiese nacer fuera de la legitimidad y la pobre mocita no sabía cómo agradecersele. Y le besaba y le mimaba con una dulzura grave, con una dulzura maternal y tranquila, sin los antiguos arrebatos furiosos de las siestas encandiladas.

Viéndola más tranquila, Alfredo comenzó a hablar. Tendría que hacer esto y aquello, arreglar sus papeles, hablar con el ministro... No era cosa de dos días y en la próxima semana él, estaba seguro, podría arreglarlo todo. Florita no podía creer en tanta dicha y a las cinco de la tarde se despidió de Alfredo, tranquilizada y segura.

Por la noche, en la trastienda solitaria de Pezzo, Luján habló con Alarcón:

—Oye, lo que te tengo que decir es muy grave...

Titubeó un instante; Alarcón respondió:

—Si crees que es demasiado y dudas un poco, no me digas nada... Si no, desembucha...

—Tengo que hablarte de Flora... —murmuró Alfredo mirando fijamente a su amigo.

En la expresión de Luján, en la gravedad de la voz, en el miedo de las palabras susurradas, Alarcón adivinó acalorándose:

—¡Animal!... ¿Cómo te has atrevido?

—¡Yo no me atreví!... Sucedió lo que tenía que suceder... Fue un instante, un segundo y... ¡qué sé yo!

—¿Y Flora está...? —inquirió Alarcón terminando con un gesto la pregunta.

—Sí, desde hace quince días... ¿Qué voy a hacer?

Se sulfuró el escritor:

—¿Y todavía me lo preguntas? ¡Pedazo de sinvergüenza! ¿No sabes lo que debes hacer? ¡Casarte! ¡Casarte ahora mismo, mañana, en esta semana, pero casarte!

—Es que yo había pensado...

—No hay nada en qué pensar: no tienes otro camino.

—Pero es que todavía no tengo nada, ni muebles, ni casa, nada...

—No importa: dices que te van a cambiar a Ayacucho, a Arequipa, a los demonios, y te casas y mientras tanto vives con tu suegro... Después, dices que el ministro cambió de opinión y te quedas aquí y poco a poco arreglas tus cosas...

Luján pretendió protestar:

—¡Yo no puedo hacer eso!...

—¿No puedes? Bueno, pero yo puedo hacer otra cosa: contarle tu canallada a Ignacio Erazo y a Pompilio Zúñiga...

Se acachazó el cinismo del badulaque:

—Sería echar una mancha sobre la reputación de Flora...

—Nada de eso: ellos no hablarían pero te acogerían a ti, que sí la has manchado.

Luján se quedó pasmado: cuando él iba a buscar el consejo y la complicidad de su íntimo amigo,

de ese amigo a quien él había llevado al Strasbourg y a quien había pagado los tragos para que bailase con Jeanette, éste le salía con la antífona de casarse y tenía la audacia de amenazarlo a él, a él que era un caballero...

—¿Y con qué derecho?...

Alarcón suavizó la voz y el gesto;

—Mira, Alfredo: somos amigos hace quince años... Yo te llevé a la municipalidad y hemos vivido juntos durante seis años... Acuérdate cómo fueron las cosas al principio. Flora ha hecho una locura provocada por ti, te quiere y tú la quieres, y no tienes ninguna razón para hacer una estupidez que sería un crimen. Yo no necesito tener ningún derecho para impedirte cometer esa estupidez... Lo sensato es casarse... Ella va a tener un hijo como manda la ley y como manda el cura... Y si no, ¿qué te va a pasar en Osila si se llega a saber la cosa? ¡No seas bruto! Cásate y ya está.

Cásate y ya está... Muy fácil era decirlo: Luján tenía unas deudas, no tenía dinero y la cosa era un poco difícil... ¿Cuándo creía Alarcón que debía casarse? ¿En abril no era demasiado rápido? ¡Caramba, en las cosas en que lo metía Alarcón! La culpa la tenía él, nadie más que él, que fue a pedirle consejo, es decir, a pedirle que ratificase la canallada en que Luján había pensado como la mejor solución del conflicto: provocar un aborto... ¡Y ahora le salía con la antífona* aquella!...

* A pesar de que su significado real es simplemente "breve pasaje de la Sagrada Escritura", Díez-Canseco utiliza la palabra con el sentido de "sermón" o "reprimenda".

Pero en el fondo tenía razón... En efecto, Florita lo quería... ¿Cómo no iba a saberlo él que había recibido entre sus brazos y sobre sus labios todos los transportes y toda la ternura de su pobre amante enloquecida y apasionada? Además, un día u otro habría tenido que casarse y eso de vivir con su suegro no le parecía tan mal, pensándolo bien... Y allí, en la bodega de Pezzo señaló la fecha:
—El 22 de abril me caso...

Se extrañó Alarcón:

—¿Y por qué el 22?

Y la guaragua supersticiosa del truhán:

—Los dos patitos...

INDICE

VII ESTUDIO PRELIMINAR

LAS URRUTIA

- | | |
|----|--------------------------|
| 3 | Un avance de la novela |
| 17 | Dedicatoria sul génerois |
| 25 | I |
| 33 | II |
| 53 | III |
| 59 | IV |
| 75 | V |
| 81 | VI |

EL MIRADOR DE LOS ANGELES

- | | |
|----|---------------------|
| 95 | San Jarija de Oslia |
|----|---------------------|

LIBRO I: ALELUYAS DE VISPERAS

- | | |
|-----|--------------------------------|
| 105 | Beatas y dondiegos |
| 115 | Chocolate con hojltas limeñas |
| 127 | La señorita y la beata |
| 137 | San Lunes |
| 145 | El tren de San Jarija de Oslia |

LIBRO II: ROMANCE Y NOCHES BUENAS

- 163 Misa de gallo
- 179 Hulanos y muñecas
- 193 Las dotes de don Numa Pompilio
- 207 Su Ilustrísima Señoría
- 221 Baños y tranvías

LIBRO III: FESTEJOS Y MAS FESTEJOS

- 237 La novena y el puesto
- 251 Borricos y anticuchos
- 265 Festejo de "La Pantoja"
- 281 Payasadas de Antruejo
- 295 Santa Cecilia y Asmodeo
- 309 Luna de miel, tropiezo y "happy end"

B/569. ... / 1974

El mirador de los ángeles de José Diez-Canseco,
se terminó de imprimir en julio de 1974 en
INDUSTRIALgráfica S. A., Chavín 45, Lima 5, Perú.
La edición fue de dos mil ejemplares y estuvo
a cargo de Juana Iglesias.

RECEIVED
BIBLIOTECA
MUSEO DE ARTE
LIMA
1974

La incursión en el ámbito regional costeño, la ironía juguetona y sávida, la fresca descripción de ambientes y caracteres —aunque sin lograr tipos psicológicos profundos—, califican a José Diez-Canseco como un escritor de insoslayables méritos y cuya obra “plantea un verdadero reto para nuestra crítica literaria”.

Diez-Canseco (1904-1949) se inició como periodista, colaborando en *Variedades*, *Mundial* y *Revista Semanal*; más tarde en *La Prensa* y *La Nación*. El *Mercurio Peruano* le publica en 1930 su cuento largo “Suzy”. En 1932 gana, con su cuento “Jijuna”, el primer premio de un concurso organizado por *La Prensa* de Buenos Aires. Su novela más conocida, *Duque*, se publica en 1934; posteriormente, bajo el título de *Estampas multas* (1938) reúne dos relatos cortos: “Gaviota” y “El kilómetro 83”. *Lima: coplas y guitarras* (1949) compila sus versos y prosas últimas.

La presente edición abarca dos textos hasta ahora inéditos: *El mirador de los ángeles* y *Las Urrutia* que funge como un “ensayo general” del primero y lo complementa. Ambas novelas configuran y confirman el mayor logro de su autor: el haber calado con validez y hondura en el verdadero sentido estético de lo “criollo”.



INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA

EDITORIAL